Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación
puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna
ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico,
de grabación o de fotocopia, sin permiso previo por escrito
de los titulares del copyright.
© José Manuel Fernández

JOSÉ MANUEL FERNÁNDEZ

OPERACIÓN RESCATE

Para Fátima y Julio,
por su infinita paciencia.

INTRODUCCIÓN

A veces, resulta desesperanzador, o al menos a mí me lo parece. Comprobar cómo a un ser se le ofrecen múltiples oportunidades de progreso, numerosas ocasiones para avanzar en su camino y la respuesta es siempre la misma: oídos sordos y más estancamiento. Aunque los mecanismos del dolor moral, mucho más intensos que los del tormento físico, actúan para rectificar ese tipo de desequilibrios a través de las leyes de acción y reacción, es cierto que hay coyunturas en las que antes de recurrir a esos dispositivos de corrección, merece la pena ofrecer al sujeto una nueva posibilidad de rescate, una postrera contingencia en la que de una vez por todas el individuo tome conciencia de su problema y dé un paso decisivo hacia la madurez de su esencia.

En general, nos cuesta trabajo entender los esquemas de funcionamiento del mundo espiritual. Esto es lógico, ya que salvo excepciones, el aprisionamiento del alma en las estructuras orgánicas durante la existencia en la materia, hace que aquella permanezca "impregnada" de vibraciones groseras que limitan su comprensión. Esta es la razón por la que entendemos mucho mejor el sentido de nuestras acciones y sus efectos una vez en el plano espiritual. Encarcelados en la carne, todo se vuelve difuso y más complicado de descifrar, señal de que todavía nos movemos en un mundo de pruebas tan solo atribuible a nuestro proceder en el pasado.

Aquellos que tanto por su desarrollo intelectual como moral gobiernan nuestro destino, sin que ello implique pérdida alguna de nuestro libre albedrío, conocen de antemano nuestras necesidades, nuestros fallos y nuestras virtudes. Por eso, todos somos puestos en circulación en la coyuntura más adecuada, en la más precisa, en la más exacta que nos corresponde. Un único fin: progresar. Muchos son los caminos por los que podemos evolucionar pero al final siempre nos topamos con esa puerta de acceso a la Verdad por la que todos, sin excepción, debemos pasar. Cuando el sujeto se ofusca en una serie de comportamientos contrarios al buen proceder, cuando se obsesiona con darle la espalda a esa entrada luminosa por la que hemos de atravesar, las entidades más elevadas no se escabullen sino que actúan.

Este proceder es jerárquico y ordenado, que no caótico y azaroso. Todo se halla milimetrado hasta en su detalle más diminuto, de modo que los objetivos que se pretenden alcanzar se sirven de los medios más idóneos. Al dar a conocer la historia de Fabio, uno se pregunta cuál es el grado de vileza o tal vez de irresponsabilidad que puede llegar a desarrollar un espíritu. Sin duda, los debe haber mucho peores. No lo niego y estos últimos son aquellos sobre los que se ciernen esos mecanismos de causas y efectos automatizados de los que antes hablábamos y que como dispositivos de reajuste, contribuyen al orden armónico de la atmósfera en la que nos desenvolvemos.

Es posible que este hombre del que vamos a desvelar su relato, se halle aún en ese límite que le permite voluntariamente efectuar un giro a la trayectoria de una vida hasta ahora dominada por los excesos, el egoísmo y la nula compasión hacia los demás. Lo comprobaremos a lo largo de las próximos capítulos. Ese es mi reto y mi vocación: mostrar con palabras escritas el estancamiento de un personaje tan peculiar como Fabio, enfangado en sus propios problemas, prisionero de

sus nefastas decisiones, deudor de los frutos de unas semillas que fueron germinando con el agua y el abono de sus propios actos.

Un día, enlazados y organizados convenientemente todo ese conjunto de elementos o particularidades que hacen tan reconocible a la esfera espiritual, alguien procedente de un plano muy superior decide intervenir en la vida de nuestro protagonista. Para ello, deberá ejecutar una acción tan lejana en el tiempo como inusual para él: encarnar en un cuerpo físico en un mundo tosco, tan rudimentario en lo ético como es la Tierra, lugar en el que moran los personajes de esta historia. El esfuerzo que ha de realizarse para cumplir esta circunstancia es enorme pero las metas a lograr bien merecen ese sacrificio temporal. Así son las mentes preclaras y los corazones hermosos, siempre dispuestos a sobrellevar sobre sus hombros la carga que haga falta con tal de atender a los supremos designios de la evolución. Y es que todos progresamos cuando cumplimos con nuestro deber, da igual el aire que respiremos o el orbe en el que vivamos.

Queridos hermanos de senda: os presento al malvado Fabio, actor de este drama desarrollado en la segunda mitad del siglo XX, pero tan hijo de Dios como tú o como yo, a las dulces Marcia y Adriana, a mi maestro Rafael, luego conocido como Daniel en el plano físico y a quien os habla o mejor dicho, os escribe. Soy Manuel, alguien que en su condición de espíritu aunque sin envoltura material, tan solo aspira a continuar con su camino de aprendizaje. He sido durante años testigo de sucesos que describen el perfecto funcionamiento de un Universo ideado por el Creador y que responde a la palabra más sublime que hayamos escuchado jamás: amor.

Confieso que han sido muchas etapas, innumerables luchas, caídas y elevaciones que se alternaban, pruebas de todo tipo, mas mi intuición no me engaña. Buscad en el cofre más escondido, en la sima más profunda, en la cumbre más azotada

por los vientos o en las inmensidades del cosmos. ¿Qué hallaréis? Descubriréis la presencia de Dios en todas partes. Aunque es todo luz clarificadora, Él carece de sombra. Amigos, basta ya de incertidumbres, su plan es tan compasivo para con nosotros que aún flotando en el firmamento, comprobaríamos que el vacío del espacio infinito huele a misericordia y se encuentra impregnado de su amor.

Un abrazo a todos.

Manuel.
Colonia espiritual de Nueva Europa,
en el año de nuestro Maestro Jesús de 2013.

CAPÍTULO I

PINCELADAS ESPIRITUALES

¿Qué hay en la mente de Dios? No podemos saberlo, al menos por ahora. Algún día lejano, quizás. Solo los espíritus perfectos, aquellos que moran y trabajan junto al Creador alcanzan a comprender el curso de sus pensamientos y la relevancia de sus decisiones. Por las funciones desarrolladas durante siglos o milenios, han accedido al insuperable honor de compartir sus disposiciones y de colaborar con Él en el gobierno de un Universo infinito. Mas este desconocimiento de la esencia divina no ha de desalentarnos; justamente lo contrario, ha de ser un motivo más para acelerar nuestra marcha en el camino de pruebas que tenemos a nuestra vista y ante el que no cabe más opción que la labor edificante para mejorar en todos los aspectos nuestra condición de almas en progreso.

El mundo espiritual resulta impecable en su concepción. No podía ser de otra manera, al haber sido concebido por un Ser que contiene en sí mismo la perfección. En nuestro anhelo por acercarnos a una patria que desde dentro nos reclama como hijos desterrados, nos aproximamos a su contemplación solo desde una forma indirecta, que no exacta, pero que al menos nos sirve para disipar dudas y aclarar nuestro futuro, el cual no es otro que la vida perenne como espíritus. Antes de conseguir ese sublime galardón, habremos de transitar por

innumerables caminos, unos más tortuosos, otros con menos obstáculos, pero todos ellos desplegados ante nuestros ojos, construidos tanto en base a nuestras decisiones del pasado como para cumplir la eterna ley del progreso a la que el hombre se enfrenta desde que fue creado.

La otra dimensión, además de perfecta y estar destinada para unos fines, es piramidal. Todo pasa un filtro, todo es útil, todo responde a unos objetivos previamente definidos. En su cúspide, el simple aliento del Creador condiciona la organización del resto de la figura geométrica que constituye esa realidad. Nosotros nos hallamos también bajo esa influencia, que asegura desde la salida del sol cada día hasta el paso de las estaciones, pero no olvidemos que nuestro diminuto planeta no es el centro del orbe conocido, como hasta hace unos siglos el ser humano creía. Dios no solo se encarga de nuestros designios sino también del resto de esferas celestes, aspecto que por nuestras limitaciones aún no alcanzamos a entrever.

Podemos permanecer serenos aquí y ahora, sin miedos ni angustias, involucrados a menudo en un materialismo que solo consiente en dar carta de veracidad a lo que ve, escucha o palpa. Con nuestras convicciones sobre el más allá y sobre por qué estamos aquí, trascendemos esa cortedad de miras que condena a la criatura humana a conformarse con maldecir una crónica a veces repleta de miserias y dolores o una biografía, donde el lujo y los placeres están tan presentes que acaban por sumir al sujeto en una especie de vacío existencial, persuadido de que lo que está entrando por sus sentidos es lo único realmente válido, pero eso sí, con una inalterable fecha de caducidad. Felizmente, con las explicaciones concedidas por el mundo invisible, la frase "todo acaba con la muerte", perdió su sentido hace ya muchos años.

Bien merece la pena dormir tranquilos, pues nuestra conciencia, esa voz interior que regula el ánimo y el color de nuestras acciones, nos habla y nos anticipa que no podemos

quedar atrapados en una visión tan reducida de la realidad. Aunque lo precisemos para subsistir, el ser humano es algo más que comer, beber o respirar.

Descendiendo por esa pirámide de la que hablábamos, el amor de Dios se derrama a través de cada una de sus criaturas. Incluso los que nos situamos cerca de la base, acertamos a intuir que solo la compasión y la práctica de la bondad nos pueden acercar a esa especie de pequeño éxtasis que cualquiera puede experimentar cuando ha realizado una buena acción.

¿Acaso existe mayor regocijo en la vida que extender hacia los demás ese afecto del que el Creador nos ha dotado? Es como escuchar por dentro un dulce mensaje que nos acaricia al envolvernos y nos dice: "Yo os regalé mi amor; vosotros, sencillamente, compartidlo". Los buenos espíritus, es decir, los que han alcanzado un nivel notable de desarrollo intelectual y moral, se comportan como mensajeros divinos. Actúan y trabajan para llevar la palabra y el pensamiento de Dios a los confines del Universo. Cuando el hombre, en uso de su libre albedrío, se estanca en la marcha evolutiva a la que se halla destinado, surgen los denominados "problemas". Curiosamente, este término que a veces nos asusta tanto, tiene su origen en la antigua lengua griega. Este vocablo simbolizaba el acto de "lanzar hacia delante" y se le atribuía una significación más bien relacionada con los retos que la propia existencia planteaba.

En este sentido, o se toman medidas pronto o las dificultades por las que pasamos se encallan. Esto es muy semejante al individuo que se ha perdido en un paisaje tan apartado como desconocido. De nada le vale sentarse en el suelo, poner sus rodillas junto a la cabeza y aislar su cuerpo con sus brazos. Algo tendrá que hacer para despejar la incógnita de su parálisis. Puede pedir ayuda levantando alguna señal para ser visto desde arriba o desde el horizonte, tendrá que buscar algo que calme su hambre o su sed y finalmente, si no halla

solución, habrá de emprender una caminata que le conduzca a algún sitio habitado. De no ser así, si permanece en la pasividad confiando en que alguien le solucione la coyuntura, sucumbirá.

Las aguas estancadas, además de volverse turbias, acaban por oler mal. Algo parecido sucede en nuestro interior cuando el conformismo se apodera de nuestra mente atrofiando la voluntad. Cuando aun sabiendo que no estamos actuando bien persistimos en el mal, las consecuencias se tornan evidentes: los brazos de la amargura y la desesperación nos aprietan tanto que tenemos dificultad hasta para respirar. No nos ahogamos, pero la sensación de agobio es directamente proporcional al grado de abandono personal y a la obstinación en el error. Y es precisamente ese sentimiento de zozobra, el que nos empuja a través del dolor a cambiar nuestro rumbo para no hundirnos más en la ciénaga de nuestra apatía.

Benditos sean los buenos espíritus, que cuando penetran en el pensamiento de los hombres y contemplan su parálisis, adoptan decisiones para que el individuo salga de la charca que le impide reanudar su marcha de progreso. Ellos cuentan con una tenacidad inquebrantable, con la intención enérgica de ayudar, no precisan convencerse del buen fin de sus obras pues la claridad inundó de certidumbres su mente hace mucho tiempo. ¿Qué hace falta pues? Muy simple: el empeño del sujeto para ser auxiliado, una voluntad firme por rehacer su vida, por mejorar en todos los sentidos una trayectoria que se hallaba muy deteriorada por la acumulación de actos negligentes.

Sin embargo, esto no siempre es posible. Cuando uno se aletarga, sufre, pero incluso en medio de esos padecimientos se puede llegar a pensar que no hay alternativa, que no existe un camino diferente por el que transitar hacia una luz que nos ilumine entre tantas tinieblas. No hay que viajar muy lejos para observar tan triste escenario. Es cierto que en este tipo de manifestaciones se producen diferentes grados de intensidad, pero incluso para los casos más recalcitrantes hay respuestas

adecuadas por parte de la esfera espiritual. No existe un solo ser sobre la superficie del suelo en el que habitáis que no goce de la inestimable oportunidad de reconducir su ruta. Por muy ruin que sea su conducta, por muy inmoral que haya resultado una actitud, siempre el divino brazo de la Providencia se nos tiende, a fin de que levantemos nuestra mirada y podamos dirigirla con dignidad hacia el frente de nuestras esperanzas.

Compañeros de rumbo, os expreso mi más afectuoso saludo. Yo también viví mucho tiempo sobre vuestro suelo, envuelto en un armazón orgánico, por lo que puedo hablaros de vuestros conflictos y de vuestras luchas, sencillamente porque yo pasé por experiencias similares. Ahora visto ropajes masculinos. La razón no es otra que la de mantenerme en sintonía con mi última misión en vida física que desarrollé en vuestro planeta. En ella, efectué un salto evolutivo necesario que me ha llevado a habitar desde entonces en la colonia espiritual de "Nueva Europa".

Como en cualquier otra ciudad existente a lo largo de vuestra atmósfera, la misión de las mismas se orienta esencialmente hacia el objetivo de la ayuda. Constituimos zonas intermedias entre la superficie terrestre a la que estamos tan vinculados, donde encarnan las almas, y otras áreas más elevadas donde no todos pueden acceder pero desde las que se planifican decisiones influyentes que se transmiten desde arriba hacia abajo. Recordad la figura piramidal de la que os hablaba al principio, porque ilustra muy bien el discurrir del funcionamiento de este plano en el que ahora resido.

Yo soy un mero colaborador. Cumplo con variados cometidos, aunque lo más notorio de mi actividad es que me encargo de atender a vuestros hermanos enfermos que provenientes de la dimensión material, llegan a mi colonia con múltiples deficiencias y en un estado más que lamentable. Esta tarea no es fácil y en muchos casos resulta hasta desafiante. Paciencia es lo que se requiere con muchos espíritus que a pesar

de haber dejado sus huesos y sus carnes bajo tierra o consumidos bajo el fuego abrasador de la cremación, todavía creen que están siendo engañados, que se hallan atrapados por una pesadilla de la que no pueden despertar o más simple aún, que están siendo víctimas de una grave alucinación. Tal es su aferramiento a los conceptos materialistas que aún enfrentándose a la evidencia de la existencia espiritual todavía siguen pensando que se hallan frente a un fraude. Observándoles a diario, bien puede decirse que su etapa post mórtem no resulta nada fácil.

Os confieso que para mí no deja de ser un fenómeno llamativo, pues todo esto que os cuento se produce aun viendo ellos nuestros magníficos jardines, habiendo sido atendidos en nuestro hospital o incluso escuchando el suave rumor de las aguas cuando caen en nuestras espléndidas fontanas, las cuales hacen de esta polis de calles rectas y plazas circulares un lugar casi "celestial".

Si bien aquí llegan almas de todo tipo, lo más común es que nos traigan las de personas que por una u otra razón siguen enfrascadas en unas ideas que nosotros nos encargamos de aclarar. Cuando la mayoría de ellas accede a este lugar de verdadera salubridad, necesariamente se enfrentan a sus antiguos esquemas materialistas, sobre todo cuando con nuestra asistencia y guía, visualizan aquellas escenas de su pasado existencial que han marcado el paso de sus huellas. Son los instantes en los que estos espíritus sufren un auténtico "shock".

Aunque resulte un golpe brutal para sus conciencias, es bueno que así suceda. ¿Por qué demorar la exposición a una prueba tan esencial que tarde o temprano habría de producirse? ¿Por qué habría de posponerse ese proceso de aprendizaje reparador? Mi tarea consiste precisamente en dulcificar esa etapa de transición desde la más confusa ignorancia hasta la asimilación paulatina de unos conceptos más depurados. Con el tiempo y el trabajo bien hecho, muchos cambian su antigua percepción por otra mucho más acorde a la realidad del plano

espiritual y a la de las leyes divinas. Los buenos hermanos que me acompañan y que componen los denominados "equipos de rescate" son los que desarrollan la delicada misión de recogerlos desde la "costra" terrenal y trasladarlos a "Nueva Europa".

La inmensa mayoría de ellos admite el recuerdo de haber permanecido un tiempo más o menos largo en un escenario de impotencia donde imágenes de todo tipo, pero en general negativas, desfilaban ante sus atónitos ojos. Se trataba de decorados poco propensos a la alegría pero sí muy relacionados con el triste discurrir que muchos de ellos habían completado en su última encarnación en la vida corporal.

Así, aparecen cuadros como la dolorosa espera de las almas junto a sus cadáveres que puede prolongarse durante años, quizá aguardando a la falsa ilusión de que estos "resuciten" de la tumba en carne y huesos para volver a acoplarse a ellos. Otros reviven una y otra vez hasta la extenuación la reunión posterior de su parentela, en la que sus riquezas y posesiones son repartidas entre unos familiares ávidos de ganancias que llegan incluso a las manos para disponer de la herencia. Algo importante a reseñar es que la medición de los tiempos no es la misma en los dos planos. Tened por seguro que una hora es una hora y que un día es un día; lo que varía por completo es la percepción subjetiva del trascurso de los distintos intervalos y esto es adecuado a la realidad de cada ser, de manera que podríamos decir que el flujo de ese reloj universal que es el existir va adaptado a la situación específica de cada espíritu. Mas esto no debería sorprenderos en exceso, pues algo similar sucede en vuestro plano, donde los minutos no son contados por igual por el hombre ocupado en labores constructivas que por la persona ociosa y aburrida.

Otros continúan deambulando por sus antiguos lugares de reunión. Así, encontramos numerosos bares atestados de espíritus suspirando por absorber los vapores del alcohol desprendidos de cualquier bebedor o el humo expelido por

un fumador. A los ojos de alguien imparcial, este fenómeno podría resultar triste, pero la identificación de muchas almas con sus antiguos hábitos es de tal intensidad, que un buen número de ellas prosigue con sus viejos rituales como si fueran lapas adheridas a una roca de la que no desean desprenderse. Tampoco resulta extraño comprobar cómo otras entidades inmateriales persisten en el intento de gobernar sus negocios o concentrarse en sus anteriores trabajos.

Por último, algunos hermanos incorpóreos ponen todo su empeño en querer "vengarse" de unos individuos de la esfera física a la que ya no pertenecen pero a los que les atribuyen intenciones malvadas de todo tipo o en otras palabras, a los que les achacan sus desgracias o incluso la causa de su óbito. De aquí provienen un buen número de los denominados "obsesores", muchos de los cuales se convierten en auténticas "sombras" amenazantes para sus víctimas. Los efectos de la muerte orgánica pueden parecer complejos pero cuando nos aproximamos a su estudio y profundizamos en ellos, comprobamos que responden a la más pura lógica.

Sin embargo, por mucho que se prolonguen intervalos como los descritos, todo en la existencia posee unos límites y al igual que hasta las más pesadas coyunturas muestran un inicio, también tienen un final. De este modo, llega un momento para todos estos espíritus en los que la reflexión recae sobre sus atribuladas mentes. Como no pierden la capacidad intelectiva, alcanzado el instante del análisis más serio, comienza a surgir en ellos el debate interno y en consecuencia, la aparición de preguntas y la búsqueda de respuestas. Inundados por el hartazgo de su situación, cerciorados de que el peor dolor de su antiguo cuerpo resulta minúsculo en comparación a la angustia moral del presente, se unen en un común y desgarrador grito que resuena en los confines del espacio al proclamar… ¡¡¡AYUDA!!!

Ahí radica la clave. Eso es lo que piden con todas sus energías, ser asistidos, ya que sus circunstancias les han conducido

a un brutal estado de desesperación. Conscientes de la soledad en la que se habían desenvuelto debido a su tozudez, ahora solicitan clemencia, amparo y auxilio redentor por parte de unas fuerzas invisibles que hasta ese momento habían ignorado, enfrascados como estaban en el círculo vicioso de sus obsesiones. Permanecían sordos al socorro que en sus conciencias se les brindaba y de pronto, he aquí que se dan cuenta de que no pueden avanzar ni un paso más si no es a través del apoyo de sus hermanos más adelantados. Tal es el grado de sufrimiento interior que padecen, que se arrodillan con el pensamiento con tal de acabar con las incertidumbres que corroen sus almas. Quieren desprenderse del fango que les impide caminar y para ello precisan de una mano a la que agarrarse.

Soy uno de los múltiples enfermeros que existen en la ciudad. Buena parte de la labor desarrollada en mi colonia tiene que ver con la atención dispensada a esas entidades "desencarnadas" que arriban constantemente a "Nueva Europa". Su primera necesidad es el descanso, ya que las luchas mantenidas las han dejado exhaustas. En segundo lugar, una vez que se han recuperado lo suficiente, llega el turno de las aclaraciones. Esto posee su propia lógica; hasta el ser más confundido rehúsa vivir en la ignorancia por mucho más tiempo cuando observa a su alrededor la claridad de nuestras calles y de nuestras dependencias como hospitales, viviendas, jardines o bibliotecas. Y qué decir de la casa de cristal con forma de pirámide cuyo vértice mira hacia el cielo infinito, como si señalara hacia los planos superiores de ese Reino anunciado por Jesús. Allí reside y trabaja Helga, nuestra dirigente espiritual. Es todo tan maravilloso, está todo tan bien organizado, que el asombro en la mente de unos espíritus hasta hace poco desorientados se torna en embelesamiento ante lo que contemplan.

Una vez repuestas sus fuerzas, comienza una nueva fase en mi tarea. Cada cierto tiempo, me son entregados los expedientes donde constan los historiales de aquellos "pacientes" que me

han sido asignados. Una vez estudiada la documentación, me aplico con ellos durante un período más o menos largo, para que descubran a través de las explicaciones oportunas el sentido de su última existencia en la dimensión terrenal. En función de la evaluación obtenida, se considera el resto de cometidos que quedaron pendientes de cumplimiento. Este tipo de análisis, como puede deducirse, solo puede realizarse con relación a los objetivos que se trazaron antes de regresar al mundo de la materia. Hay que tener en cuenta que la "programación" con la que encarna cada espíritu en el vientre de su futura madre se halla perfectamente planificada por mis compañeros "programadores", cuya labor técnica, además de admirable, es de vital importancia. Por supuesto que cada alma participa de ese proyecto existencial, aunque es preciso aclarar que a mayor desarrollo evolutivo del espíritu, mayor es su implicación en el diseño de su propio plan.

No creáis que esta actividad resulta siempre placentera o exenta de dificultades. No todos los espíritus aceptan de buen grado el diseño que se efectúa de su próxima encarnación. Algunos continúan tan endurecidos en sus postulados que parecen piedras sobre las que uno intentara escribir. Aun viviendo entre nosotros por un tiempo, todavía desconfían de nuestra labor o dicho de otro modo, no terminan por admitir que el objetivo primordial de la vida no es otro que el progreso y que este conlleva pruebas a las que han de enfrentarse.

A veces, se produce justamente el efecto contrario. Muchos quedan tan deslumbrados ante la belleza y la armonía que se respira en "Nueva Europa", que por regresar cuanto antes a nuestro espacio, se imponen una serie de retos en su próxima biografía para los cuales ni disponen de los recursos necesarios ni se encuentran capacitados. Desean, a toda costa, acumular méritos en su crónica. Sin embargo, esto se asemejaría a un niño que solicitara el ingreso directo en la universidad sin haber completado antes la enseñanza primaria y la media.

Como es obvio, fracasaría y luego, vertería lágrimas amargas por la decepción recibida. No, esa pirámide espiritual a la que nos referíamos antes no funciona así. Dios no quiere que sus hijos se enfrenten a desafíos para los cuales no se hallan lo suficientemente preparados. ¿Dónde estarían entonces su proverbial inteligencia y su amor misericordioso para con todas sus criaturas?

Nada pasa inadvertido en la dimensión en la que vivo. Es tanta la claridad, que no hay sitio para las sombras, ni siquiera espacio para ocultar las verdaderas ideas de cada uno. Y es que en verdad, nos mantenemos desnudos. A diferencia de la dimensión física, donde la peor de las intenciones puede permanecer escondida tras una pícara sonrisa, aquí nos reconocemos bien porque nuestra única piel son nuestros pensamientos. Todo se percibe, hasta la resistencia que oponen esos espíritus que se niegan a contemplar la luz de la Verdad que a sus ojos se ofrece. El proceso de encarnación se halla disponible para todos ellos, a efectos de que vayan puliendo las aristas de la piedra de sus corazones, las cuales, con tan solo rozarlas, son capaces de rasgar la tez de cualquier criatura hasta hacerla llorar. Así es el camino de vuelta y así es como debe ser; no puedes realizar una completa descripción del bosque por el que viajas si no lo has atravesado totalmente. Ese recorrido conlleva innumerables pruebas y desafíos a los que unos seres como nosotros, dotados tanto de inteligencia como de libre albedrío, debemos enfrentarnos a fin de crecer. Dios no quiere que sus hijos se estanquen en el lodazal sino que desea que avancen a paso seguro por un sendero gradual de iluminación que ha de llevarnos, con el tiempo, muy cerca de su amorosa presencia.

Sin embargo, ni siquiera las criaturas que vivimos en estas espléndidas ciudades tan llenas de color podemos sustraernos a las leyes del progreso. Es del todo inherente a nuestra condición y así lo percibo yo en mis adentros desde hace algún tiempo; las fuerzas de la transformación operan en las almas

con la misma naturalidad que el ser humano aspira a mejorar sus condiciones existenciales. Confieso que estoy muy a gusto con la labor que desarrollo, pero una tendencia tan evidente como intensa en mi naturaleza, me pide más.

El poco tiempo libre del que dispongo, debido al trabajo que me ocupa, lo empleo en aprender, en leer, en acceder a una sabiduría ancestral que me servirá de trampolín en alguna fecha venidera para continuar con mi proceso evolutivo. Todavía recuerdo cómo esa inclinación me marcó tanto en mi último paso por la esfera física. Como estos aspectos no se pierden por el hecho de cambiar de "vestido", dicha propensión se mantiene. Admito que una de las cosas que más ilusión me produce a diario es saber que cuando acabo con mi tarea habitual, puedo visitar la maravillosa gran biblioteca que en su día se edificó aquí. Plantas y más plantas atestadas de libros de todo tipo, bajo una gran cúpula que permite el paso gradual de la luz según el momento de la jornada, hacen de este lugar el sitio ideal para poder aprender cuantos conceptos quieras.

No obstante, existe una diferencia fundamental en comparación a las del plano material. En vuestras bibliotecas podéis hallar cuantos títulos deseáis pero redactados por autores de vuestro planeta. Aquí contamos con una ventaja fundamental: además de contar con vuestras obras, podemos consultar las producidas por escritores de otros mundos, pues es hora de entender que la Tierra no es el único planeta donde encarnan los espíritus sino que la cantidad de orbes resulta infinita, acorde al grado evolutivo de las almas. Y es que el Universo es demasiado grande como para concentrar la vida física en un lugar tan reducido como el que ahora habitáis. Pensad pues en el ilimitado caudal de sabiduría que existe en "Nueva Europa" y en el regocijo que supone para cualquier avezado estudiante el disponer de tantos ejemplares provenientes desde los incalculables fulgores de las estrellas.

CAPÍTULO 2

EL MAESTRO RAFAEL

No todo depende de mí, por supuesto, ya que la interacción con otros espíritus resulta constante. Os lo explicaré con brevedad. La libertad del ser fluye como las aguas del río desde su nacimiento pero existen limitaciones para su curso, como las impuestas por el buen gobierno y por la aplicación de las leyes divinas que a todos sin excepción nos afectan. Como Dios oye incluso en las esquinas más recónditas del pensamiento de sus hijos, un día, conocí a Rafael, a quien yo respetuosamente llamaba maestro. Él me contestaba con cariño diciéndome que para un lugar como la Tierra, a la que mi colonia se hallaba tan asociada, tan solo había existido un auténtico Maestro, Jesús, y que como gobernador nuestro seguía realizando sus labores de dirección del planeta. Sin embargo y observando mi afectuosa insistencia en mi tratamiento para con su persona, al final cedió, sabedor de mis nobles intenciones al denominarle de ese modo. A mí, desde luego, desde el primer día que le conocí me pareció acreedor de dicho título.

Cuando llegué aquí hace ya años, habiendo cumplido mis correspondientes deberes en la esfera de la carne tal y como me asignaron, me fue ofrecida la posibilidad de permanecer destinado en "Nueva Europa" hasta nueva orden. Acepté encantado, pues en todo momento no tuve dudas acerca de que mi labor podía resultar positiva, contribuyendo con ello al

adelantamiento de muchos espíritus y a mi propio crecimiento. Al principio fui un mero observador, pues la mejor forma de aprender todo un conjunto de enseñanzas que debía asimilar, era simplemente contemplando cómo mis compañeros más adelantados llevaban a cabo sus trabajos, los cuales en el futuro me corresponderían a mí. Más tarde, de mero aprendiz, pasé a colaborador en esas tareas tan esenciales que antes os describía. Por último, al haber puesto todo mi empeño en adquirir y perfeccionar todas las destrezas que me eran mostradas, pude permitirme realizar mi trabajo solo o si era necesario en compañía de otros hermanos. Aún así, siempre y cuando la dificultad lo demandara, existían casos complejos para los que solicitaba la ayuda de los encargados en mi área de cometidos. Es tan hermoso sentir cómo nos apoyamos los unos a los otros...

Una jornada de descanso, tras haber disfrutado durante horas de una serie de lecturas edificantes en la gigantesca biblioteca de la ciudad, me decidí por dar un paseo agradable cerca del lago central, donde se acumulan el verdor y el brillo de unos espléndidos jardines, a fin de despejar mi pensamiento de los asuntos intelectuales que me habían ocupado durante la tarde. Al poco de iniciar mi caminata, cuál no sería mi sorpresa cuando de pronto, escuché una voz desconocida a mis espaldas que me dijo:

—"Pedid y se os dará, buscad y encontraréis, llamad y se os abrirá".

Cuando me giré envuelto por el significado que evocaban aquellas famosas palabras del Evangelio, contemplé la esbelta figura de un hombre con apariencia de mediana edad, mayor que yo sin duda, pero que en su rostro denotaba la sabiduría acumulada por el paso de los siglos. ¿Por qué me saludaría con tan bello mensaje? ¿Qué querría de mí aquel dignatario con apariencia de filósofo?

—¿Recuerdas las palabras de Jesús? —expresó el desconocido.

—Claro, señor, cómo no —respondí—. Son tan bellas que resultan imposibles de olvidar. Pero… ¿puedo saber quién eres?

—Mi nombre es Rafael y acabo de llegar a "Nueva Europa". Los designios del Todopoderoso nos llevan a muchas almas a viajar grandes distancias de unos lugares a otros cuando resulta necesario. Este lugar donde resides no es mi sitio natural de estancia, pero el peregrinaje hacia aquí se hacía imprescindible. Querido amigo, provengo de una esfera superior en la que orientamos los asuntos de las diversas colonias espirituales que rodean al planeta Tierra, al cual os halláis tan vinculados. Bendita tarea la desarrollada por estas nobles ciudades y sus habitantes, sin las cuales los objetivos de progreso dispuestos desde las alturas jamás podrían llevarse a cabo.

»He descendido hasta aquí por varios motivos, mi buen hermano Manuel. Uno de ellos es que desde hace tiempo venimos observando tu evolución, de la cual por cierto, nos sentimos satisfechos. Lo que más me gusta de ti es tu inconformismo. Esto debes entenderlo en el mejor de los sentidos y no en el de la rebeldía, pues te considero un espíritu al que le mueven unas ansias enormes de progreso. Eres un alma impulsada por los resortes de la evolución y percibo esa fuerza muy intensa en tu interior. Por ello he de felicitarte, pues converso precisamente contigo para cumplir con tus aspiraciones más profundas. Mas ahora no conviene hablar de ello. Me he coordinado con Helga, la dirigente de esta colonia. Mañana, si lo tienes a bien, mantendremos una reunión con ella y cuando nos hallemos los tres juntos, te informaremos de los objetivos que nos hemos trazado respecto a ti, de modo que podamos responder de forma conveniente a tus esperanzas de aprendizaje.

»No debes preocuparte, Manuel. Me he presentado ante tu figura con las maravillosas palabras del Nazareno, ya que en ellas se hallan contenidas a la perfección mis intenciones. Así es,

querido hermano, alcanzada la hora, no solo debes desear algo desde tu intelecto sino que cuando tu voluntad se concentra en ello, movida por los inmortales resortes de la transformación, esos pensamientos se "materializan" en ondas mentales que se extienden por los confines del Universo. Y ocurre entonces que algunos espíritus captan esos mensajes, pues constituye una de nuestras funciones el escuchar los latidos de las almas que anhelan adelantar sus pasos por el sendero de su propia superación. Para eso estoy aquí. No nos anticipemos, ya que con el tiempo irás comprendiendo de forma idónea el contenido de la importante misión que hemos planificado.

»¡Abrázame, hermano! Vamos a permanecer trabajando juntos durante una etapa más o menos larga y cuanto antes nos compenetremos, mejor para ambos. Me despido ahora hasta el amanecer, donde serás convocado a la pirámide de cristal. Allí, en presencia de Helga, hablaremos con todo detalle de nuestro programa de actuación. ¡Qué inmensa alegría tengo por haberme encontrado contigo! Emocionantes retos tenemos por delante. ¡Bendecido seas, Manuel!

Al día siguiente, me desplacé nervioso y cargado tanto de curiosidad como de ilusión hacia aquella imponente estructura cristalina de forma poliédrica, cuyo vértice apuntaba al mismísimo cielo. Entrar allí suponía todo un espectáculo difícil de explicar a través de simples palabras. La luz era tan intensa que hasta que no pasaba un rato, mi vista no se acostumbraba a aquella peculiar atmósfera tan blanquecina que dominaba ese espacio. Al fin, tras ascender por unas escaleras guiado por uno de los hermanos que desempeñaba su trabajo en ese edificio, fui acomodado en una estancia donde aguardé ya con más calma el encuentro que tenía previsto.

Me quedé extasiado contemplando con mis ojos la maravillosa perspectiva de "Nueva Europa". Una de las paredes de aquella gran habitación de forma rectangular estaba recubierta exclusivamente de un vidrio transparente, por lo que la luz pe-

netraba con mucha fuerza pero desde la que se podía observar la imagen de unas calles rectilíneas que se cruzaban una y otra vez. Bajo mis pies, pues yo estaba situado a cierta altura, se podía apreciar aquella impresionante fontana redonda, tan famosa en la ciudad por ser lugar de cruce de las dos arterias principales que justo convergían en ese punto. Varias cascadas de aguas límpidas se vertían de forma constante sobre su base, dotando a aquella zona de la colonia de una belleza indescriptible.

Cuando más absorto me hallaba mirando la organización de aquel entramado de pasajes y construcciones, tan semejante a las antiguas "polis" griegas y romanas, noté una presencia a mis espaldas que me hizo girar la cabeza y a continuación, todo mi cuerpo. En efecto, Helga, la dirigente espiritual de "Nueva Europa" y el maestro Rafael, como yo le denominaba, estaban frente a mí, exhibiendo cálidas sonrisas de acogida.

—Sentémonos los tres aquí, en el centro —manifestó con buen humor aquel ser con forma femenina y apariencia celestial—. Así estaremos más cómodos.

—Muy bien, entonces empezaré a hablar yo —expuso de buen humor aquel espíritu con aspecto de sabio llamado Rafael—. Todo este lugar me trae tantos recuerdos refrescantes a mi memoria… que me hacen sentir dichoso por compartir con vosotros tamaña experiencia. Querido Manuel, no hace mucho fui informado de tus pretensiones de progreso, de tus firmes deseos de acelerar en buena medida tu aprendizaje. Como te indiqué ayer, para eso he venido. Ya le he expuesto a Helga el contenido de mis planes y comparte conmigo los objetivos que tengo en mente. Como comprenderás, amigo, ninguna de nuestras decisiones quedan sujetas a los efectos del azar sino que atendiendo a los requerimientos del libre albedrío y al desenvolvimiento de las leyes divinas, no solo me he desplazado a esta hermosa ciudad para ayudarte sino también con otra meta, aunque relacionada cómo no, con tu destino. Me explicaré...

Mientras escuchaba atentamente las palabras de mi maestro, daba desde mis adentros gracias infinitas a los cielos y al Creador, pues por razones que todavía no alcanzaba a comprender, alguien desde las altas esferas que componen el firmamento espiritual se había fijado en los sinceros anhelos de crecimiento que moraban en una sencilla alma como la mía. Era como si el humilde eco de mis peticiones hubiera resonado entre las laderas de las montañas que componen los mundos superiores y alguna inteligencia impregnada de amor hubiera puesto sus miras en mi delgada silueta.

—He sido autorizado —prosiguió Rafael—, para descender a la esfera terrenal y encarnar en un cuerpo físico. Te preguntarás con curiosidad dónde está la clave de todo este importante asunto. Se halla en que tú vendrás conmigo y permanecerás a mi lado todo el tiempo, pero no introducido en la dimensión de la carne como yo, sino como espíritu, justo como te encuentras ahora. Tu labor será equivalente a la de cualquier estudiante que desea avanzar en la práctica de sus destrezas. Has recibido aquí, en la colonia, una buena formación teórica, has asimilado con paciencia diversidad de conceptos, pero como sucedería en cualquier universidad de la vida, ahora llegó el momento de la puesta en práctica, de desenvolver en una realidad como la material todo ese conjunto de valiosos conocimientos que has adquirido.

»Si te sirve de ejemplo, piensa que a cualquier médico, por muchos libros que haya asimilado, le llega tarde o temprano la oportunidad de ponerse su vestimenta, asir sus instrumentos y por último, operar a su paciente. ¡Venga, Manuel, que leo tu pensamiento! Te he estado observando el rostro mientras que te anticipaba un breve resumen de tu próxima misión y te he visto como desencajado, dominado a partes iguales por el asombro y el temor. ¿No te estarás torturando con la idea de no estar en disposición para tan magno acontecimiento? Ah, ya sé. Te gustaría tener ante tus ojos expuesto punto

por punto, la descripción completa, exhaustiva, de tu nuevo cometido. Tranquilízate amigo. Tú mismo, desde tus adentros, eras el que estabas demandando novedosos desafíos. Es lógico que cuando esa coyuntura que reclamabas pasa de la potencialidad a la acción, te sientas cuando menos inquieto o incluso preocupado. En ninguna facultad de ese planeta tan vinculado a nuestra actividad y llamado Tierra, el decano te iba a proporcionar el primer día todo el contenido desglosado de tu plan de estudios y prácticas.

—Lo siento, maestro —respondí—. Por más tiempo que lleve en "Nueva Europa" todavía no me he acostumbrado al hecho de que una mente pueda ser leída como si permaneciera transparente. Pero todo lo que has comentado es cierto. Por mi carácter, no soy muy dado a las sorpresas. Amo el trabajo metódico, la planificación y me considero bastante disciplinado. Eso sí, me angustian las incertidumbres, aunque reconozco que no puedo evitarlas porque forman parte del largo camino evolutivo. Admito que tienes toda la razón y es que de pronto, me han asaltado las dudas sobre si estaré capacitado para tal misión, sobre si ese reto no superará mis expectativas. Solo me pregunto si sabré estar a la altura de los acontecimientos. ¿Has previsto esa circunstancia?

—Cómo no, joven amigo —expuso con firmeza el espíritu elevado—. Por supuesto que se ha evaluado esa cuestión que comentas. Para tu seguridad, te diré que no observo el más mínimo problema. Mira, podemos lanzarte al escenario más propicio, con más o menos dificultades acordes a tu nivel de preparación y a los méritos contraídos, pero regálate unos segundos y párate a pensar. ¿Crees que tu libre albedrío se va a ver disminuido o va a desaparecer? ¿No gozarás del poder de tu voluntad para adoptar decisiones en todo momento y lugar? Por tanto ¿qué has de temer? La prueba a la que vas a ser sometido es perfectamente proporcional a la posición que has consolidado con tu labor desarrollada hasta ahora, no es más

que un nuevo paso adelante en ese itinerario por el que todos hemos de transitar. Eso sí, una vez que la superes, avanzarás lo suficiente como para plantearte en tu senda nuevos objetivos que desde luego renovarán tu ilusión y te transformarán en una mejor alma.

—Tus palabras me serenan, maestro —manifesté moviendo mi cabeza de arriba a abajo—. De todas formas, coincidirás conmigo en que el ambiente de la esfera terrenal resulta duro, sus vibraciones son toscas, los asesinatos o la violencia se hallan a la orden del día, en definitiva, el egoísmo y el orgullo dominan los comportamientos de la mayoría de sus habitantes... Al contemplar ese escenario de contiendas, uno tiene a veces la desoladora sensación de que el reloj evolutivo se mueve con exasperante lentitud…

—Relájate, Manuel —añadió aquel ser con aspecto de filósofo—. Te conozco y sé que tus nervios no son más que el producto de tu afán perfeccionista. Mas ten en cuenta que resulta inevitable enfrentarse al dilema que los retos implican si pretendes seguir avanzando. Si supieras con absoluta certeza y con antelación cómo vas a reaccionar frente a los lances que la existencia te plantea ¿acaso no se estaría mermando tu capacidad para elegir? ¿No te resultaría incluso aburrido? El tedio, la monotonía, provienen más bien de la falta de estímulos, muy propio de aquellos espíritus que prefieren la "falsa seguridad" de su estancamiento a los nuevos horizontes que les plantean sus futuras luchas. Solo Dios sabe de nuestro porvenir porque conoce hasta la música de los latidos de nuestro corazón, pero te aseguro que como hijos suyos, jamás veremos coartada nuestra disposición para escoger, para definir qué ritmo marcar en nuestra andadura.

—Lo acepto —apunté con voz tenue—. No podemos renunciar a plantar semillas, aquellas que luego habrán de producir frutos cuando germinen con nuestros actos. Es algo consustancial a nuestra naturaleza.

—Así es, mi buen alumno —afirmó el maestro—. Pero tú no vas a alterar tu estado. Lo que va a ocurrir es que vas a mudarte de hogar durante unos años, aunque continuarás perteneciendo a la dimensión espiritual. Yo en cambio, no solo voy a trasladarme de casa sino que me voy a ver constreñido a introducirme en una estructura de células, sangre y carne. No hace falta que te recuerde las serias limitaciones que ese fenómeno supone para cualquier alma, pero te diré algo: el objetivo del desafío así lo requiere. Por tanto, no hay queja alguna sino tan solo anhelo de progreso, pues a todos, estemos donde estemos, nos mueve el mismo impulso de mejora, ese deseo intrínseco que Dios depositó en nuestra conciencia a fin de acercarnos a Él. Mas este propósito tan loable como universal solo puede llevarse a cabo de una forma: el trabajo edificante. Tal es la ley.

—La verdad —añadí—, no le resto mérito al hecho de tomar "cuerpo". Debo entender que para ti, ese trance supondrá una prueba de una magnitud colosal. Si a mí me lo propusieran, lo aceptaría, desde luego, pero he de reconocer que me turbaría bastante el ánimo y que durante un tiempo permanecería meditabundo y casi paralizado ante la responsabilidad que tendría que asumir.

—Manuel, amigo —expresó Rafael—, estamos en pleno siglo XX. Ya sabemos que la corteza terrenal no es lugar de agrado para muchos espíritus que gracias a sus sacrificios se han hecho acreedores de existir en zonas de vibraciones más excelsas. Hace muchísimo tiempo que no me acerco por un sitio como ese planeta Tierra del que hablamos, pero conforme crezcas, notarás en tu interior una completa disposición para cumplir los requerimientos que te sean asignados. Esta actitud de entrega constituye uno de los signos distintivos de la evolución. Cuando hablo de esa postura abnegada, me refiero a que en esos momentos ves tan claros los objetivos de tu transformación, que sabes perfectamente que la misión que

se te encarga obedece con precisión quirúrgica a la voluntad divina, la cual desea que sus hijos avancen.

—Estimado hermano —intervino con tono de dulzura Helga—, en cuanto le expliques al muchacho los detalles de vuestra embajada a la esfera física que vais a compartir, con seguridad no solo comprenderá mejor el impecable engranaje de los mecanismos evolutivos sino que además le servirá para despejar sus legítimas dudas acerca de lo que le espera.

CAPÍTULO 3

UN OSCURO PASADO

—Desde luego —respondió Rafael mirando a la dirigente de la colonia—. No puedo estar más de acuerdo. Veamos, Manuel. Vamos a viajar a una ciudad de tamaño mediano en la superficie terrestre, con algo menos de unas cien mil almas encarnadas. Nos situaremos en los entresijos de un hogar que no marcha precisamente bien debido a la voluntad del cabeza de familia. Este se llama Fabio, está casado con Marcia y tienen una hija adolescente de doce años que responde al nombre de Adriana. Pero será mejor que entendamos la coyuntura de este núcleo de tres personas con la ayuda de las imágenes. Así podremos comprobar con mayor exactitud la realidad de una situación que podríamos calificar cuando menos como desesperante.

Al poco, se abrió una especie de ranura en la bóveda de la sala, de la cual se desprendía un haz de luz que proyectaba justo delante de nuestros ojos una película tridimensional, tan real que casi podía tocarse con las manos.

—Te advierto —continuó mi maestro—, que hay escenas desagradables que pueden herir tu sensibilidad, secuencias muy lamentables a las que no se les ha alterado nada de su contenido. Ya sabes que en estas ciudades espirituales existen amplios archivos que permiten comprobar el pasado y la evolución de todos los espíritus que de ella dependen.

—Sí, estoy al corriente —contesté—. Yo fui aleccionado con ese tipo de información cuando arribé a "Nueva Europa". La verdad es que resulta impactante visionar el discurrir de tu vida, esos extractos donde se almacenan tus mayores alegrías pero también tus peores disgustos. En aquella época, mi mente quedó muy marcada al enlazar los efectos con sus causas en mi última existencia. Fue cuando comprendí cómo todo lo que me había sucedido no eran más que pruebas, peldaños de una larga escalera que debía ascender si aspiraba a alcanzar mi estado actual. Uno se emociona tanto al verse actuando en el bendito escenario de la "carne"… Tras esa experiencia tan impresionante permaneces como mudo, solo aciertas a exclamar un sentido "gracias" al Creador por lo contemplado, por lo aprendido y por las consecuencias extraídas para el propio desarrollo como alma.

—Presta atención —prosiguió Rafael—, ahí tenemos a nuestro personaje principal, a Fabio. Fue abandonado por su madre al poco de nacer en una cubeta de basuras. Ella ejercía la prostitución y en uno de sus múltiples contactos sexuales, sin pretenderlo, concibió una criatura. Evidentemente, este lance no resultó accidental. Como deducirás, las llegadas al mundo corporal de los diferentes espíritus están más que planificadas desde las esferas superiores, aunque desde luego son aún numerosos los seres encarnados que no reconocen este aspecto. En el pasado, nuestro protagonista dispuso de una posición social acomodada y valiéndose tanto de su atractivo físico como de su alto nivel económico, dejó embarazadas a varias mujeres a las que luego repudió, por lo que terminaron en completo desamparo y a su suerte. Jamás optó por reconocer la paternidad de ninguno de los chiquillos a los que había contribuido a traer al mundo.

»Imagina ese período anterior al actual, piensa en el tormento por el que pasaron aquellas jóvenes así como sus retoños en una época en la que ser madre soltera o simplemente

hijo sin padre reconocido, constituía una grave lacra que te hacía sentir como un "apestado" de la sociedad. Este fue el triste origen de Fabio, desatendido como un desecho en medio de los desperdicios de la gente. Afortunadamente para él, era verano y aunque aquello se produjo de madrugada, pasadas unas horas, unos niños que se hallaban jugando por esa zona escucharon el lloro persistente y agudo del recién nacido, por lo que dieron el aviso a los mayores.

»Al no poder demostrarse quién había sido el autor de semejante fechoría ni tampoco reclamar nadie la ausencia del crío, fue asignado por las autoridades correspondientes a un orfanato donde se alojaría durante años. Su destino estaba sellado: jamás ninguna familia, ni siquiera ningún particular, se interesaron por su adopción. Su "mala suerte" continuó en aquel establecimiento oficial, escaso tanto de personal como de medios de todo tipo. Por añadidura, la gestión de los administradores a cargo del hospicio no pudo resultar más nefasta para los niños y en concreto para él. Pasó hambre y necesidad y a veces, conforme iba creciendo de edad fue reclamando diversas peticiones que nunca le fueron atendidas. Su carácter problemático y su rebeldía aumentaron conforme uno de los cuidadores de aquel lugar le sometía a malos tratos físicos y a vejaciones de toda condición. Este hombre que en general poseía de todo menos buenas intenciones para con los chavales, no era sino un sujeto al que Fabio en su anterior existencia de potentado, había sometido a innumerables humillaciones. Nada más entrar a trabajar allí, su inconsciente perturbado le recordó con la suficiente claridad la enemistad declarada que tenía con aquel muchacho que le solía mirar orgullosamente como "por encima del hombro".

—Todas las deudas contraídas se pagan, maestro —apunté moviendo mi cabeza en gesto afirmativo.

—Has dicho una gran verdad, mi querido alumno. Muchos habitantes de ese planeta donde vamos a ir destinados claman

contra el cielo cuando observan a un asesino, a un tirano o sencillamente a alguien que se ha conducido por la idea del mal en vida, morir tranquilamente en el lecho de su casa. "¡Qué injusta es la existencia! ¿Dónde estaba Dios para remediar esta infamia?" proclaman a los cuatro vientos con pesar y rabia. Mas con el tiempo, tienen que ampliar su perspectiva y superar su cerrazón, pues no hay nada más milimétrico y más exacto que la justicia divina, la cual lleva medidos y pesados con estricta precisión no solo nuestros actos sino hasta nuestros pensamientos. Alguien escribió hace muchos siglos antes de Jesús, respirando esa atmósfera hacia la que vamos a descender: "En tus manos está mi destino…". Manuel, cada ser establece el cálculo de sus obras, mas el Creador aglutina todas las cuentas en sus manos.

—Así es, desde luego —expresé con convicción.

—Este fenómeno de sufrir necesidad —continuó con el relato mi maestro—, debió resultar especialmente cruel para Fabio, pues conservaba todavía intacto en su inconsciente el recuerdo de las tendencias marcadas de su anterior existencia, donde se había dado a los lujos y a los placeres, desdeñando cuantas oportunidades le fueron llegando para reconducir sus pasos. Manuel, imagina por unos momentos a alguien que ha podido permitirse todos los excesos que ha deseado, que ha elegido por propia voluntad disfrutar de todo lo que se puede comprar con el dinero y que de pronto, en su nuevo peregrinaje por la vida física, tiene que asumir que esa inclinación a vivir en medio de las comodidades y de la opulencia ya no va a repetirse. Si esa persona, en las profundidades de su alma, no admite que el teatro existencial en el que se va a mover no va a depender en esta ocasión de su acceso a las riquezas materiales, sino de su confrontación a un contexto de luchas en el que habrá de sobreponerse a una serie de pruebas difíciles, terminará por pasarlo muy mal.

—En efecto, Rafael —contesté con seguridad—. Esa lección la conservo aún fresca en mi memoria desde mi

último paso por la experiencia corporal. Cuando intuyes en tus adentros que tu vida no será cómoda ni sencilla, lo mejor es que lo aceptes cuanto antes. Postergar una y otra vez esos compromisos que hemos de encarar no solo resulta inútil sino que además puede restar fuerzas a nuestros recursos mentales. No es lo mismo acometer esos retos con tus energías intactas que estar derrotado de antemano, superado por la merma que para tu voluntad suponen tus propias quejas y la maldición de tu destino.

—Así es, amigo, pero prosigo ahora con la historia de nuestro personaje principal. Como te decía, en ese ambiente hostil y de desarraigo, nadie derramaba una lágrima por él. La lucha entre los críos por obtener algún tipo de privilegio, aunque fuera una minúscula porción de comida extra, desembocaba a menudo en peleas que ocasionaban heridas no ya físicas sino también psicológicas, esas que no acaban por cicatrizar a pesar del tiempo transcurrido. Fue así como Fabio alcanzó la adolescencia, etapa en la que resultó trasladado a otro centro adaptado a personas de su nivel.

»Falto de cariño, incomprendido y con una amarga hostilidad muy latente por las injusticias que él percibía a su alrededor, se escapó varias veces de aquel recinto, aunque al poco retornaba aburrido al mismo, harto de dar vueltas deambulando por la calle. De este modo, con escasa formación y educado en un clima de violencia contenida, se fue aproximando a su mayoría de edad. Poco antes de esa importante fecha, volvió a huir pero esta vez para no regresar jamás, pues una vez cumplidos los años correspondientes ninguna autoridad le reclamaría de forma oficial.

»Todos los intentos por inculcarle algún tipo de conocimiento técnico de cara a su futuro resultaron infructuosos. Una y otra vez rechazó las oportunidades de aprendizaje que desde su pubertad se le ofrecieron, argumentando que llegado el momento "ya se buscaría la comida" o que él "no tenía

ninguna necesidad de estudiar para un oficio". Parecía claro que el haber vivido de las rentas y de su posición acomodada en el pasado, le seguían influyendo en el presente. Por tal motivo, los pensamientos que se amontonaban en su cabeza acerca de ganarse un sustento en el mañana, los ahuyentaba con excusas de lo más ridículas, carentes de cualquier soporte racional.

»Manuel, pon ahora especial atención en la escena que sigue porque anuncia el comienzo de la relación con Marcia, su actual esposa. Ella era una chica muy noble, aunque poco dotada para los estudios. Y lo cierto es que, para cumplir con sus metas en esta encarnación, no los necesitaba En aquel momento de esta historia vivía con sus padres y tenía una edad similar a la de Fabio. Su papá, obrero de baja cualificación, alternaba las faenas ocasionales con amplios períodos de desempleo. Ya te adelanto que en esa familia no se respiraba precisamente un buen ambiente. Además, el progenitor de la chiquilla presentaba un serio problema que se agudizaba en las fases de mayor aburrimiento, es decir, cuando no encontraba trabajo o cuando no hallaba actividad alguna en la que centrar su atención. De un carácter complicado, primitivo en sus reacciones y protestón ante la más mínima adversidad, era persona poco dada a tolerar frustraciones. Hastiado por lo que le rodeaba, procuraba mitigar sus penas ahogándolas en el alcohol.

»Las situaciones de violencia familiar con su esposa se repetían con frecuencia. A estas no era ajena Marcia, que de vez en cuando y solo por estar allí, también recibía algún que otro golpe cuando intentaba en su condición de hermana mayor, proteger a su madre de la furia incontrolada de su marido.

»Una tarde, contemplando la enésima escena de brutalidad en su domicilio, decidió salir de allí por unas horas con la intención de despejar su mente, de modo que cuando regresara, la atmósfera cargada de aquel salón principal donde habitualmente se producían las discusiones se hubiera

disipado. Harta de tantos obstáculos, se acercó a la casa de un vecino en el que vivía un joven llamado Renato, del que sabía que la deseaba ardientemente, pero al que le había denegado la posibilidad de acercarse a ella al no sentir nada por él, sobre todo por los malos modales que solía exhibir y que le recordaban demasiado el estilo de su padre.

»La desesperación del momento y la sensación de fracaso que sentía por dentro la indujeron a llamar a ese chico que la pretendía, para salir a dar una vuelta y tomar algo con él, buscando una evasión temporal de la complicada situación existente en su hogar. Mira, Manuel, examina esas imágenes ahora. Fíjate cómo las misteriosas fuerzas del destino reúnen a las almas de las personas. El muchacho que suspira por Marcia está conduciendo un coche con ella sentada a su lado y es ahí cuando pasan junto a Fabio, que pasea por la calle huido del centro de donde se ha escapado y ajeno a lo que sucede justo a su lado. Está anocheciendo. Pasados unos minutos, nuestro hombre observa una secuencia unos metros por delante de su vista. Alguien sale despedido con violencia de un automóvil y se queda tendido en la acera. ¿Qué ha ocurrido? Renato, que anhelaba a Marcia, ha intentado abusar de ella dentro del vehículo y esta se ha negado. Al no conseguir su objetivo, la ha echado de malos modos y a empujones fuera del auto hasta que la ha dejado tirada sobre el pavimento. A continuación, ha pisado el acelerador y ha desaparecido de aquel escenario en el que no ha podido obtener lo que ansiaba: tener contacto carnal con la chica.

»Es el momento clave. Fabio ha contemplado lo que ha ocurrido y llevado por un impulso intuitivo, se ha acercado con rapidez a socorrer a la muchacha:

—¡Eh, eh! —exclamó nuestro protagonista conforme se arrimaba a Marcia—. ¿Qué te ha pasado? Tranquila, no tienes sangre, solo unos pequeños rasguños en tus rodillas. ¿Estás bien? ¡Oye, responde!

»La muchacha despegó entonces su cara del suelo y miró con gratitud a nuestro hombre —continuó con la historia Rafael—. De pronto, se olvidó del nuevo maltrato recibido, de la humillación que le había supuesto el roce mantenido con Renato, como si resultara una vulgar mercancía de "usar y tirar". Por fin, alguien le había preguntado por su estado o por cómo se sentía (se repitió en el pensamiento la joven). Un fenómeno que hubiera sido habitual para cualquiera, a ella le había maravillado. Una mirada de simpatía entre aquellos dos seres golpeados por los vaivenes de la vida, se cruzó en medio del crepúsculo de aquella crucial jornada. Ya ves, Manuel, que a veces las personas se encuentran en las coyunturas más sorprendentes, pero como ya sabes, esto no debe extrañarte pues forma parte de su código de programación, único para cada individuo y en el que se hallan contenidas vicisitudes como la que has visto.

»Muchos factores se combinaron en aquella tarde que expiraba. Fabio halló en Marcia la oportunidad de conocer a alguien diferente, ajeno al asfixiante entorno del centro de huérfanos donde siempre había permanecido. Constituía una puerta abierta de par en par al mundo normalizado y por la que pretendía cruzar tras su escapada definitiva del orfanato. En cambio, para la joven, aun proviniendo de otras circunstancias, aquella coincidencia también suponía un punto de liberación, pues en este caso, sus pensamientos finales eran absolutamente concordantes con los del chico. Ella pretendía sustraerse del ambiente infernal que reinaba en su casa y vivir nuevas aventuras en su lozanía. De manera repentina, se le pasó por la cabeza que en la vida no solo había sujetos como Renato, movido por impulsos animales, sino que existían otros que podían obrar con consideración y respeto hacia su figura.

»Así, mientras que Fabio ayudaba gentilmente a Marcia a incorporarse y recuperar la compostura, aquel se atrevió a decirle:

—Cómo me gustaría charlar contigo para que me comentaras lo sucedido, pero te seré claro. No llevo dinero encima ni siquiera para invitarte a la más barata de las bebidas.

A la mujer le agradó no solo el gesto de él sino la sinceridad de sus palabras, por lo que se sintió emocionada y le respondió:

—Ah, si es por eso, no debes preocuparte —expresó ella con una amigable sonrisa en sus labios—. Aunque no llevo mucho encima, sí tengo lo suficiente como para que podamos tomar algo mientras hablamos, si tú quieres, claro.

»Sentados frente a frente en aquel minúsculo bar de afeado aspecto pero cercano al lugar de los hechos, la cuerda que sujetaba sus corazones se soltó y dada la tremenda necesidad de comunicarse entre dos seres que habían subsistido "aislados" durante tantos años, la marea del desahogo mutuo creció y creció hasta desbordar sus sentimientos más profundos. El clima de pasión entre la nueva pareja se incrementó hasta niveles en los que el afecto compartido te conduce a flotar por encima de las nubes. La ingesta de alcohol, el ambiente cálido de una primavera avanzada y la desinhibición de dos almas que se reconocían la una a la otra como seres torturados por los eventos de la existencia, contribuyeron a encender la mecha de la fogosidad más desbocada. Sin apenas haberse relacionado, pero como si aquellas horas de parloteo se hubieran dilatado en meses de afable trato, realizaron el acto sexual de forma tan natural como imprudente, en mitad de la dulce pradera que suponía la presencia de un parque cercano, arropados en la intimidad de la noche.

»Sin embargo, Manuel, debo aclararte que esta pareja coincidió de forma indirecta hace ya muchos años, aunque ambos llegaran a unirse en la actualidad desde entornos diferentes. Ya sabes algo sobre los antecedentes de Fabio. Pero ¿y Marcia? Te pondré al día. Ella había realizado en el pasado una magnífica labor, donde asistió con misericordia a cuantos les rodeaba. No obstante, no llegó a tratarse con

Fabio, el otrora rico hacendado del ayer. Curiosamente, su más importante cometido lo llevó a cabo cuando como hombre que trabajaba de funcionario municipal, tomó por esposa a una de las mujeres que habían sido víctimas de los engaños del rico Fabio en el pasado. No le importó unir su destino a una mujer que para la época, no era virgen antes de casarse y además, tenía ya un hijo de otro hombre. Para evitar las habladurías, renunció a su puesto y solicitó un traslado que al poco le fue concedido a otra ciudad, donde cuidó y atendió generosamente tanto a su nueva esposa como a la hija que había nacido antes y cuyo progenitor resultó ser nuestro protagonista.

»Con el sacrificio que le supuso su sustancial trabajo en aquella existencia, efectuó un importante salto cualitativo en su evolución. Por tal motivo y a efectos de continuar con su senda de crecimiento, le fue ofrecida la oportunidad de "tomar carne" como mujer en un entorno de pocas alegrías como resultaba su actual familia, aspecto que ya has podido comprobar, pero sobre todo, vinculándose como esposa al destino de Fabio, con el cual debería convivir y reconducirle en sus pésimas actitudes. No era desde luego una labor fácil, porque habría de exponerse a múltiples coyunturas en las que tendría que enjugar muchas lágrimas de impotencia.

»Querido alumno, ahora ya sabes que cuando un espíritu instaura un buen ritmo de marcha a su camino evolutivo y toma conciencia de ello, para nada desea detenerse, no vaya a ser que eso le suma en las aguas del estancamiento. La contemplación del orbe espiritual impacta tanto a las almas, que te puedes imaginar la de promesas que llegan a realizar cuando se les informa que la superación de grandes pruebas a través del amor, es la vía más directa para acceder a la dimensión en la que nos hallamos ahora. No existe espíritu al que no se le advierta de los riesgos de su futura misión, aunque solo el libre albedrío y una fuerte voluntad de progreso, son los factores que transportan en volandas a las criaturas en su camino de

perfección. Nosotros dos nos disponemos ahora a prosperar a través de esta esencial tarea que tenemos entre manos, pero recuerda que se avanza desde ambos mundos. Considerando nuestra libertad de actuación, yo lo haré desde el lado físico y tú desde el incorpóreo.

—Entiendo, señor.

—Fíjate bien, Manuel. Incluso espíritus que proceden de puntos diferentes, pueden vincularse para recorrer juntos un camino con el que tendrán, cada uno a su modo, más posibilidades de conseguir sus objetivos.

—Maestro Rafael, —expuse—, supongo que Fabio no participó apenas de su "programación" para su existencia actual.

—Dices bien —afirmó el enviado a "Nueva Europa"—. Aunque se trató de explicarle la coyuntura en la que se había situado voluntariamente por el peso de sus actos a lo largo de los siglos, aunque se le hizo ver con claridad que su estancamiento tan solo le aportaría nuevos sufrimientos en el futuro, tenía el oído y sobre todo su corazón más duros que el pedernal. Ya conoces el dicho de que el peor ciego es el que no quiere ver pero lo mismo podríamos aplicar al que no desea escuchar. Ante tal circunstancia, tan solo cabe el buen hacer de los hermanos "programadores", los cuales sitúan al individuo en el mejor de los escenarios, no en aquel que el afectado pretendería para eludir sus responsabilidades, sino en el más adecuado acorde a las leyes divinas por la que nos regimos y que sirven para facilitar nuestro crecimiento interior.

»Ya te adelanto que es complicado que un espíritu de esta categoría permanezca satisfecho con los pormenores de la nueva coyuntura a la que va destinado. Eso ya está previsto, es decir, su rebeldía para con su posición en la esfera de la "carne", su oposición a repetir curso otra vez, pero ten por cierto que es la única vía para que las almas avancen. Las asignaturas pendientes han de superarse mediante examen y nadie puede

ser eximido de tales pruebas. Por eso la justicia del Padre jamás falla en sus determinaciones, ya que las coordenadas individuales de cada existencia corporal son adaptadas con toda precisión para cada caso particular.

—¿Y qué más sucedió tras el apresurado encuentro de la pareja? —pregunté con gran curiosidad.

CAPÍTULO 4

LA BODA MÁS TRISTE

—Sí, retomo la historia de estos dos seres con los que vamos a compartir momentos tan intensos. De aquel descubrimiento amoroso en el parque entre almas necesitadas de afecto, surgió una criatura de la que te hablaré más adelante: Adriana. El padre de Marcia, con una fuerte inclinación a emborracharse para evadirse de la realidad, no era tonto. Por eso empezó a sospechar que algo raro ocurría con su hija, cuando observó que esta permanecía menos tiempo en casa ayudando en las labores del hogar, que salía con más frecuencia por el barrio y que le había desaparecido algo de dinero. En uno de sus habituales arrebatos de violencia tras la ingesta de alcohol y sin que nadie pudiera impedirlo, llegó una tarde a casa en un estado de conciencia lamentable y con un aliento a vino que espantaba a cualquiera a su alrededor.

»De este modo y sin mediar palabra, se fijó en Marcia y la agarró por los pelos hasta zarandearla. Con la pobre muchacha chillando de dolor por el pasillo a manos de aquel bruto, la llevó hasta su cuarto empujándola contra la cama. Después de quitarse el cinturón que sujetaba su pantalón, gritó a voces:

—O me dices lo que está pasando ahora mismo o te despellejo a latigazos hasta que te arranque la piel. ¡Sabes muy bien que soy capaz de hacerlo! Si no hablas, te dejaré el cuerpo

que no podrás ni mirarte la cara en el espejo ni salir de casa durante meses.

»Marcia miró desafiante a su padre, al ser consciente de que si le proporcionaba la información que él quería escuchar, su aventura con Fabio se rompería para siempre en cuestión de horas permaneciendo encerrada bajo llave, por Dios sabe qué tiempo. Arriesgando su físico y con entereza, optó por quedarse callada. Al momento, el hombre realizó un repentino gesto y golpeó con su cinto hacia donde estaba la joven, pero esta anduvo veloz de reflejos apartándose, por lo que el tremendo chasquido de la correa en vez de alcanzarla de lleno sobre su pecho, impactó con fuerza en una de las pantorrillas desnudas de su pierna derecha. En cuestión de segundos, un verdugón rojo considerable se dejó ver en aquella zona de su cuerpo.

»La chiquilla se refugió entonces debajo de la cama pero su padre, como un endemoniado ante la resistencia que su víctima le ofrecía, comenzó a propinarle patadas hasta que en una de estas consiguió levantarla con las manos para dejarla caer con gran estruendo sobre el suelo. Aturdida, Marcia se arrastró hasta una de las esquinas de la habitación, a merced de los instintos más bajos de aquella bestia con apariencia humana. Esta vez, el impacto le alcanzó de lleno en la espalda por lo que empezó a llorar copiosamente. Atenazada por la ferocidad de su progenitor, el cual parecía resuelto a desfigurarla sin límites, la muchacha se arrodilló, disponiéndose a confesar entre unos sollozos que le cortaban hasta la respiración:

—¡Lo siento, papá, no me pegues más, te lo suplico! Yo no quería… pero él me ayudó…es un buen chico, de verdad. Algún día tenía que salir de aquí… ya tengo edad suficiente… no me castigues… perdóname…

—¿Edad suficiente? Yo decidiré cuándo deberás irte o no de esta casa. Aquí mando yo y no permitiré que ocurran cosas a mis espaldas. Bien, entonces toda la información coincide

con la que me ha dado tu hermano al que le ordené que te siguiera. O sea, desdichada, que te ves con un zagal de aspecto desharrapado, que os besáis a plena luz y en público, que camináis cogidos de la mano y hasta os abrazáis… ¿Y el dinero? ¿Acaso crees que aquí sobra? Dime lo que has hecho con él o no respondo de mí… ¡Te juro que te mato!

—¡Ay, papá, lo lamento tanto! Le he dado a Fabio pequeñas cantidades porque el pobre no tenía ni dónde comer ni dónde dormir… Se halla en una situación tan desesperada, pero él me socorrió… te lo aseguro… y yo le quiero, por favor…

—¡Estúpida niñata! Mi propia hija me roba dinero delante de mis narices ¡con la falta que me hace! Y encima se lo regalas a un desconocido que mañana puede que te abandone. ¡Desgraciada! ¿Sabes lo que has hecho? ¿No podías haberte buscado a alguien decente y no a un vagabundo? ¡Maldita furcia! Tengo el enemigo entre mis paredes y no me he dado cuenta. Y eso que eres la mayor, la que debería ser la más responsable. Te diré una cosa y que se te grabe bien en tu cabeza. ¡Te prohíbo que te encuentres con él! Si me entero de que le ves o de que me falta una sola moneda, atente a las consecuencias. Lo de hoy será solo una caricia en comparación a lo que te haré.

Sin embargo, las cosas mejoraron algo para nuestro hermano Fabio. Obtuvo un empleo de lavaplatos en un bar no muy alejado del hogar de su novia y además, con una rebaja pequeña de su salario, podía alojarse en una de las habitaciones de la pensión que estaba encima y que pertenecía al mismo dueño.

Habiéndose producido otra monumental borrachera de su padre, Marcia aprovechó el sueño de este envuelto en los vapores del alcohol para encontrarse con su joven amor y contarle lo ocurrido, aunque evitó citarle los detalles de cómo había sido golpeada para no empeorar el nerviosismo. Cuando se despidieron, la chica no pudo garantizarle a Fabio cuándo sería la próxima ocasión en la que podrían verse. En esos precisos instantes de tanta incertidumbre acerca de su relación,

ninguno de los dos sospechaba que ella llevaba una criatura en su seno.

Adriana, pues así se llamaría la niña venida al mundo fruto de aquella noche pasional, había sido la hermana mayor de Marcia hacía ya muchos años en otra existencia y en esta encarnación, dada su magnífica vinculación ancestral con su futura mamá, a la hora de confeccionar sus "programaciones" ambas estuvieron de acuerdo en renacer como madre e hija. Acorde a las leyes del cielo, esto no dejaba de constituir sino la ocasión propicia para que Marcia le devolviera ahora como progenitora a Adriana, parte de los desvelos que esta había realizado en el pasado al cuidar durante un prolongado tiempo de su hermanita más pequeña.

Sin embargo, con resultar este motivo importante, nada se deja al capricho de la imprevisión a la hora de planificar la vida de las personas. Existía, desde luego, una cuestión primordial en todo este asunto. Ambas mujeres se necesitarían la una a la otra de forma imperiosa, apoyándose mutuamente para enfrentar la delicada misión de tratar de influir sobre un espíritu tan endurecido como el de Fabio. Este llevaba no ya años, sino numerosas existencias estancado en el hedor de las aguas putrefactas que no se mueven ni se renuevan. El impulso proporcionado por las conciencias más evolucionadas de su futura esposa e hija, podría servirle de palanca para que el alma de nuestro protagonista espabilara de una vez y reiniciara con brío su andadura por el camino del bien.

—Rafael, perdona que te interrumpa en esta magnífica exposición que estás efectuando del conflictivo caso que nos ocupa —intervino Helga—, pero intuyo que Manuel ya se está haciendo a la idea de lo que os espera a ambos.

—Gracias por tu comentario de apoyo —le respondí a la dirigente—, pero antes de dar mi opinión al respecto, el relato de Rafael me parece tan emotivo, aunque triste, que ardo en deseos de seguir escuchando más datos que me aproximen a la realidad de la actual coyuntura de estos seres.

—En efecto, Manuel. Es posible que ya te hayas formado una idea sucinta de lo que ocurre, pero ahora corresponde revelar lo que ha sucedido con estos personajes desde donde los dejamos hasta la actualidad, lo que marcará el preludio de nuestra intervención. Transcurridos algo más de dos meses desde que conoció al muchacho, Marcia no pudo aguantar más y presa de la ansiedad, habló con su madre. El hecho es que no podía esconder por más tiempo que estaba embarazada y como no sabía cuándo podría ver de nuevo a Fabio, decidió desahogarse con su progenitora, un ser que bastante tenía con soportar a su marido pero que al menos la escucharía ante sus ruegos por confesarle un secreto importante. Tras finalizar una conversación abundante en lágrimas, la madre la abrazó y le comentó que debía buscar la oportunidad más idónea para comentárselo al cabeza de familia, a fin de que la noticia, conociendo al personaje, no acabara en tragedia anunciada.

»Al día siguiente, un gran estrépito provocado por golpes y patadas en muebles y paredes junto a gritos ensordecedores, se dejaron oír en el hogar de nuestra joven. La mamá de Marcia había pensado que el mejor momento para contarle a su marido las novedades de la joven encinta sería a primera hora de la mañana, cuando aquel se hallara más despejado y menos propenso a una reacción violenta. Mas ese período no debió ser suficiente para apaciguar la brutalidad que exhibió su esposo, el cual, indignado, tomó un machete que tenía oculto en un armario y que estaba tan afilado que daba pavor contemplarlo.

—Llévame ahora mismo con él —chilló el hombre esgrimiendo el arma en su mano—. Déjame verle o no respondo de mí.

—Pero papá, es muy temprano. No sé si estará despierto. A veces tiene tanta faena que se acuesta muy tarde.

—Me da igual, pues que se despierte. ¡Venga, vamos!

Al instante, agarró a Marcia del brazo con fuerza, conminándola a que le condujera a la pensión donde el chico

residía. Mientras, escondió en su pantalón aquel cuchillo tremendo de estilo militar que conservaba como recuerdo de su antiguo paso por el Ejército.

Apenas salido el sol sobre el horizonte, padre e hija llegaron tras un breve paseo al lugar donde trabajaba y se hospedaba Fabio. El rostro de la muchacha era el vivo reflejo de un ambiente de tensión increíble que hasta se podía palpar. En esos angustiosos minutos, nadie podía asegurar lo que allí podía acontecer. Sin hacer más preguntas y tras haberle indicado Marcia la ubicación exacta de la habitación de su novio, el padre aporreó con fuerza la puerta. Pasaron unos inquietantes segundos antes de que el muchacho, que estaba en ese momento durmiendo, abriera. Sin pensarlo, el padre agarró por el cuello a Fabio y le empujó hasta arrinconarlo contra una de las paredes. Extrayendo el machete con una agilidad sorprendente, se lo colocó al asustado joven por debajo del mentón y con la parte afilada punzando su piel.

—Desgraciado, no sé quién eres ni me interesa, pero dime si eres tú el padre de la criatura que mi hija lleva dentro.

—Pero, pero… ¿qué está usted diciendo? No sé nada de ese tema. Me hace daño, me está ahogando. ¡Por favor, suélteme, no puedo respirar bien!

Mientras tanto, Marcia, aterrorizada, asistía impotente en el pasillo al deplorable espectáculo de contemplar a su progenitor poniéndole un cuchillo en el cuello al padre de su futura criatura. La situación estaba alcanzando su mayor cota de angustia.

—Mira, chico, no me hagas enfadar aún más. No permitiré que mi hija se convierta en una despreciada madre soltera que nadie desea mirar a la cara, en algo que se transforme en un escándalo para mí y para mi familia. Te lo advierto: no pasaré por esa vergüenza. ¿Tú y Marcia os habéis acostado alguna vez?

—Sí, pero por favor, suélteme —gritó Fabio sintiendo la presión del afilado machete sobre su garganta—. Lo hicimos solo una vez al principio de conocernos.

—¿Cuándo? ¿En qué fecha? ¡Respondeeee…!

—No sé, no estoy seguro, era todavía primavera… hace unos dos meses.

—Ah, bien, entonces coincide —meditó en voz alta el hombre mientras reducía la fuerza que su mano ejercía sobre el cuello del joven—. Mira, chaval ¿sabes lo que va a ocurrir a partir de ahora? ¿No te lo imaginas, imbécil? No sé ni cómo ni cuándo pero te aseguro que será pronto. No quiero que la deshonra se abata sobre mí. Solo tienes una opción: o te casas con mi hija o acabo contigo. Cambio ahora mismo los años de cárcel que me caigan por mantener a salvo el honor de Marcia. Además, no recibiría mucha condena. Cualquier tribunal sabría "comprender" el estado de "locura" que a un hombre de honor le asaltaría en una coyuntura como esta. No te soltaré hasta que me respondas, desgraciado. ¿Vas a casarte con ella?

—Síííi… —respondió a la desesperada el muchacho—, pero, por favor, necesito respirar.

Al instante, la ferocidad exhibida por aquel sujeto desapareció como por arte de magia.

—Mira, Manuel, fíjate con detalle en la expresión de ese individuo. Si lo piensas un poco, estaba claro que a aquel señor, más que preocuparle la noticia del embarazo de su hija, lo único que le importaba era conservar a buen recaudo su reputación entre los suyos y en el barrio.

—Bien —afirmó el papá de Marcia—. Ahora me voy a casa y me llevo a mi "niña". Antes de irme, te dejaré una cosa muy clara. Si acaso se te ocurre esfumarte de la ciudad o te da pánico el compromiso, estarás perdido. ¡Haberlo pensado antes! Créeme: te buscaré como a una rata y puedes estar seguro de que te encontraré y entonces, convéncete de que no seré tan "generoso" contigo como lo he sido hoy. Pido al cielo para que cumplas la palabra que me acabas de dar. No me gustan los engaños y mucho menos los farsantes. Están

en juego cosas muy importantes. Si esta escena se tiene que repetir, date por muerto, chico. Ya me has oído.

Curiosamente, en unas dos semanas, todo estaba arreglado. Si ese hombre brutal hubiera puesto el mismo empeño en buscar trabajo que en casar a su hija encinta, las cosas le hubieran ido mejor en su vida. Pero ya habrás notado, querido alumno, que las almas poco evolucionadas dejan ver sus incoherencias a la menor ocasión. Con gran discreción y sin ningún tipo de festejo, dada la falta de dinero de los contrayentes, se desarrolló una triste ceremonia de casamiento en una pequeña iglesia alejada de aquel vecindario en la que todo eran prisas, sobre todo por parte del padre de la novia. El vestido de Marcia, nada ostentoso, hubo de ser de una talla ligeramente mayor, a fin de disimular la incipiente "barriguita" de la futura mamá. Para rematar aquella jornada gris en la que más que la alegría de una boda parecía celebrarse la desaparición de un problema, nada más firmarse los documentos del matrimonio y salir todos del templo, el nuevo suegro le "dictó" a su yerno la siguiente sentencia:

—Ahora eres el marido de mi hija y por eso te respetaré. Pero te diré algo: no quiero saber nada absolutamente de vuestra existencia, ni de ti ni siquiera de ella. Por mí, desapareced del mapa. No os perdonaré jamás la humillación que me habéis hecho pasar. Tampoco disculpo a mi hija mayor, por haber perdido su honra a manos de un pordiosero como tú que no tiene ni dónde caerse muerto. Por cierto, si algún día decides abandonarla, piénsalo dos veces. Vete muy lejos donde no pueda hallarte porque en el caso de que la dejes, iré a por ti para darte el escarmiento que te corresponda. Creo que me he explicado con la suficiente claridad. Y ahora, hasta nunca.

Con aquellas palabras lamentables que más bien se asemejaban a una sentencia de destierro que a una felicitación familiar, terminó la escueta conversación que al final resultó un monólogo por parte de aquel sujeto tan zafio. Tal vez, la

única noticia agradable de aquella jornada de penoso recuerdo fue que el propietario del bar donde trabajaba Fabio, consintió en cambiar la habitación donde su empleado se hospedaba por una más grande, acorde a las necesidades de la nueva pareja. Todo ello manteniéndole al muchacho el mismo precio de alquiler que ya pagaba por su alojamiento en una estancia individual de la pensión que existía en la planta superior del edificio.

CAPÍTULO 5

INSTINTOS SALVAJES

—La verdad, maestro —intervine con aire de tristeza, la historia que me estás contando no puede ser más desalentadora.

—Nada nuevo bajo el sol, querido amigo —contestó la dirigente de "Nueva Europa"—. Esa tierra que contemplas bajo nuestros pies todavía guarda en sus entrañas muchos recuerdos de tragedias, de desdichas, de crónicas como esta en las que el orgullo y el egoísmo son sus protagonistas invisibles, esos que nadie ve pero que mueven la trama que corresponde a la biografía de los personajes. Ellos son los que deciden con su voluntad hacer daño a sus semejantes y dejarse arrastrar por la crueldad en sus actuaciones. No escuchan a la voz de sus conciencias cuando les advierten claramente de que están transitando por el camino equivocado. Mas no olvides que junto a estos actores siniestros que aparecen, emergen otros como las dos mujeres, Marcia y Adriana, cuya actitud difiere por su luz, por su entereza, por su disposición a avanzar en su camino a pesar de los terribles obstáculos que habrán de superar. Lo demás, Manuel, es tan solo la puesta en marcha de la ley de acción y reacción que a todos nos afecta por igual.

—Desde luego, Helga —concordé asintiendo con mi cabeza—. Es cierto, las fuerzas opuestas luchan entre sí, como

si la batalla entre el estancamiento y el progreso se desplegara ante nosotros a cada segundo de la vida. Y dime, Rafael, ¿qué más sucedió tras la apresurada boda?

—Querido alumno —manifestó Rafael—, ya te anticipo que lo que resta de la historia es de carácter similar a lo que ya te he contado. Ánimo, no te dejes abrazar por el pesimismo, porque si no nos enfrentáramos a esta dramática situación, no existiría ninguna necesidad de actuar por nuestra parte. Recuerda siempre las maravillosas palabras de Jesús al respecto, cuando hablaba de que eran los enfermos y no los sanos los que precisaban de la atención de un médico.

»El transcurso de las primeras semanas pareció amortiguar en parte la tremenda tensión que se había palpado en la pareja desde aquella tarde primaveral en la que se conocieron. Bien pronto se hizo patente que el pequeño sueldo que percibía Fabio no sería suficiente para responder a las necesidades de tres personas y mucho menos de una niña pequeña que requería mayores gastos y cuidados. Las diferencias entre los dos jóvenes de dieciocho años se intensificaron conforme la gestación iba desarrollándose. Al acercarse el momento del parto, aunque Marcia era tan abnegada que ni siquiera le solicitaba a su marido las atenciones que otras mujeres en su situación le hubieran pedido, todos los fantasmas del muchacho se le aparecieron de golpe hasta perturbarle incluso el sueño.

»Manuel, debes entender que esto obedece a una lógica: las reminiscencias de otras épocas afectaban a nuestro protagonista de una forma muy acentuada, porque incorporaban a su recuerdo inconsciente su absoluta irresponsabilidad en el pasado, cuando contribuyó a traer numerosas criaturas a la vida para después abandonarlas a su suerte. La llegada de su nueva hija Adriana era como si removiera en su mente el tremendo conflicto de un ayer en el que en vez de afrontar sus compromisos como padre de unos niños, lo que hacía era huir a toda costa de sus deberes, a pesar del sufrimiento que su actitud infligía no solo

en los recién nacidos sino también en sus madres que se veían desatendidas en todos los aspectos. Su más brutal egoísmo estaba a punto de aflorar en su más salvaje expresión.

»Marcia empezó a sospechar de extrañas actitudes en su esposo. Así, cuanto más crecía su barriga más lejano se mostraba él, como apartándose progresivamente de una cuestión tan vital que afectaba por igual a la pareja. Un día, las lágrimas brotaron de las pupilas de la mujer cuando recibió una "patada" por parte de su hija en el vientre y llamó a Fabio para que tocara con emoción a la futura bebé. La respuesta del hombre resultó glacial: "tengo que volver al trabajo, ahora no puedo, no tengo tiempo para esas cosas". Fíjate, Manuel, en que su dulce esposa tan solo le pidió compartir con ella y con Adriana unos segundos de intimidad afectiva, pero él ni siquiera se detuvo a reflexionar sobre tan importante asunto.

»Fabio tenía más claro a cada minuto que pasaba que la nueva presencia de una tercera persona en su familia le incomodaba más y más. Por fortuna, a Marcia le ocurría justamente lo contrario, es decir, conforme se aproximaba el nacimiento de su niña, su intuición le decía en lo más profundo que su hija podría librarle de la desoladora sensación de fracaso que tenía con respecto a su matrimonio. A ello se unía, no hay que ignorarlo, la especie de maldición que el padre de la muchacha había realizado sobre Fabio, y por ende sobre Marcia y su futura criatura. Una visita de apoyo o de asistencia familiar en momentos tan delicados se hacía altamente improbable para la chica, hasta que aquel hombre tan primitivo no levantara el veto que había aplicado sobre la figura de nuestro principal protagonista.

»Al menos, el nacimiento de Adriana no presentó dificultades, aunque la "presencia ausente" del nuevo padre, demostraba con claridad que la llegada del bebé le suponía más una complicación que un motivo de regocijo. Observando el panorama y anticipándose a lo que estaba por venir, la madre

lloraba por dentro aunque sonriera por fuera. El doloroso trance que observaba ante sus ojos venía a indicarle el tremendo coste emocional que le estaba suponiendo aquel encuentro pasional de la primera noche en que se encontró con Fabio. Habían transcurrido nueve meses desde aquel entonces.

»Lamentablemente, no podía presentar a su hija a nadie, salvo al jefe de su marido y a algún que otro cliente que visitaba aquel lugar con frecuencia. ¡Qué triste coyuntura! Haber parido a un nuevo ser y no poder mostrarlo por sufrir un aislamiento forzado. Otra vez los aspectos del pasado se imponían sobre los actuales, dada la nula predisposición a cambiarlos por parte de uno de los personajes: nuestro hermano, sobre el que habremos de actuar. En su soledad y no se equivocaba, Marcia fantaseaba con Adriana y la contemplaba con el tiempo como su apoyo más sólido para acometer el empinado obstáculo que constituía la prueba de convivir con un sujeto como Fabio, tan rígido en sus planteamientos de maldad que lo peor estaba aún por llegar.

»Con algunas semanas de vida, la pequeña sufría algunas noches de llanto más o menos continuo en lo que no dejaba de constituir un aspecto habitual en muchos críos de tan corta edad. Su padre, que había empezado a fumar justo antes del parto, ante la imposibilidad de dormir bien aquella madrugada no tuvo otra salida que encender un cigarro para calmar sus nervios. Cuando se hallaba en el balcón de la habitación que daba a la calle, pareció que la criatura se había calmado, por lo que decidió dar su última bocanada de humo antes de volverse a acostar. De pronto, la chiquilla comenzó a llorar de nuevo en su cuna, esta vez incluso con más fuerza que antes. Cayendo en la desesperación y dominado por el instinto más salvaje y destructivo, Fabio no tuvo otra ocurrencia para desahogar su frustración que apagar su cigarrillo con saña sobre la espalda de la niña, la cual, al sentir el tremendo daño de la quemadura, chilló hasta el paroxismo de dolor.

—¡Nooo…! —exclamó Marcia indignada mientras cogía a la pequeña entre sus brazos en instinto protector tras ser testigo de la brutal escena—. ¡Monstruo! Eres un malvado… ¿cómo has podido hacer eso?

—¡Cállate, furcia! —gritó el marido atravesándola con su mirada—. ¡Tú tienes la culpa de todo! ¡Si no me hubieras embrujado aquella maldita noche en el parque, este demonio de cría no estaría aquí fastidiándome el descanso!

—Pero, pero… ¿cómo puedes decir eso? Ni siquiera sabía lo que hacía. Fue mi primera vez. ¡Sádico! ¿Cómo puedes haber quemado a una criaturita inocente como tu propia hija?

—¡Cierra el pico, estúpida, o tú pagarás por ella!

—Pero ¿es que no tienes sentimientos? Dios mío ¿qué hay en tu alma? —preguntó alarmada Marcia.

—¡Que te calles de una vez, maldita imbécil! —gritó el marido preso de la ira.

Lo que siguió, querido amigo, es duro de explicar pero previsible en un alma tan alejada de la compasión como era el caso de aquel brutal hombre tan poco acostumbrado a que le discutieran sus decisiones. La serie de golpes que recibió Marcia de aquel salvaje individuo fue tan escandalosa como indignante. Viendo el peligro sobre su cabeza, la muchacha tuvo el tiempo justo de depositar sobre la cuna a la asustada cría, impidiendo al menos que esta pudiera recibir algún puñetazo de aquel tipo que había desencadenado una tormenta de agresividad como nunca en la intimidad de la habitación. ¡Cuántas imágenes desfilaron en esos instantes en el recuerdo de la joven, al hacer memoria de la paliza que hacía unos meses le había propinado también su padre! Tras el vergonzoso acto sobre el bebé y la lluvia de porrazos descargada sobre su indefensa esposa, la cual ni siquiera opuso resistencia, Fabio cogió una chaqueta, dio un portazo y en mitad de la noche se lanzó a la calle para escapar de un escenario en el que ya no se sentía cómodo después de su execrable actuación.

—Dios mío —comenté—, qué paciencia ha de tener el Creador con sus hijos más descarriados. Maestro, lo que me has mostrado es capaz de alterar el ánimo de cualquier alma con un mínimo de sensibilidad.

—Tú lo has dicho —expresó Rafael—. Solo los sujetos de una misma catadura moral justificarían esa clase de episodios tan reprobables y tan opuestos a la idea de la misericordia.

—¡Uf, señor! Mucho me temo que la misión que tenemos por delante es más que complicada. Cuanto más veo y más te escucho, más me convenzo de la complejidad de los objetivos a cumplir. El carácter de nuestro protagonista supera incluso mis previsiones más pesimistas. Esta escena ha puesto de manifiesto que estamos ante un espíritu animalizado, enrocado en unas actitudes de difícil modificación.

—Tranquilo, Manuel. No hay nada tan negativo en la vida que no pueda reconducirse, aunque cueste tiempo. Lo contrario, sería condenar a algunos seres a un infierno eterno que no tendría cabida en ese Reino de los Cielos proclamado por Jesús. Sería tanto como decir: "Hermano, no tienes remedio, vistas las innumerables ocasiones de redimirte que has desaprovechado, te castigo a pasar el resto de tus días en la oscuridad". Esta sentencia no encaja con el amor de Dios. Ya lo has apuntado antes: la paciencia divina es ilimitada porque su amor es también infinito. El trabajo será arduo, no te lo voy a negar, pero mayor será la satisfacción que experimentemos por el deber cumplido.

—Entiendo, señor.

—Prosigo, mi querido discípulo. En su paseo solitario entre las sombras de la noche, Fabio no halló argumentos para alterar su concepción de que lo que le estaba sucediendo: estaba convencido de que se trataba de una desgracia, de una nueva abominación arrojada sobre su destino que ya tuvo su penosa inauguración habiendo nacido del seno de una prostituta y siendo abandonado en mitad de la basura con tan solo

horas de edad. ¿Por qué me está pasando esto? —Era la frase que le martilleaba la cabeza sin detenerse a pensar en otras explicaciones—. Llegó incluso a renegar de la determinación que había tomado en la temporada anterior, cuando huyó de aquel tenebroso lugar cual era el orfanato en el que vivió durante tantos años. Hasta maldijo el momento en el que llevado por la "lástima", ayudó a Marcia la tarde en la que la conoció al ser arrojada del coche por Renato. "Hubiera sido mejor mirar para otro lado y haber seguido caminando" —se repetía—. Para su mentalidad tan obcecada, era como si le hubieran tendido una trampa que por supuesto no se merecía, incrementada en el presente por el peso que para él suponía el tener que mantener y "soportar" a una nueva criatura como su hija, la cual no había pedido a nadie.

—Y Marcia ¿cómo reaccionó ante la crueldad manifestada por su marido? —interrogué con interés.

—Pues ella respondió con una sensación de impotencia extrema. Lo que más le amargaba la existencia no era que lo acontecido pudiera tratarse de un incidente aislado, sino que esa deplorable actitud se perpetuara en el futuro haciendo del día a día en un hogar de una sola habitación un sitio insoportable en el que respirar. El pánico y aún peor, el pesimismo, penetraron bajo la piel de Marcia. Ya no oraba en sus adentros para no recibir más golpes del bárbaro de su esposo, sino porque la niña no sufriera lesiones ni malos tratos de su padre.

»Por fortuna, ese brote agresivo que le empujó a quemar con un cigarrillo a su propia hija desapareció por el momento, no tanto porque Fabio mejorara de actitud sino porque la cría fue madurando poco a poco y por tanto, consiguió mejorar la calidad de su sueño. Sin embargo, la lamentable lección de aquella triste madrugada quedó grabada con fuego en la mente de la joven madre, por lo que conforme pasaron las semanas, Marcia empezó a consolidar unos esquemas de indefensión más que preocupantes frente a su marido.

»Esto te lo comento, Manuel, para que comprendas que cuando una persona empieza a sentir miedo frente a otra, queda como anulada en su personalidad, sometida a los absurdos caprichos ajenos. El transcurso del tiempo fue confirmando el fenómeno que te he dicho. Ya no solo era la muchacha la que se iba impregnando de las vibraciones de amargura existentes en ese desdichado hogar sino que hasta la pequeña, conforme iba creciendo, también notaba que la relación entre sus padres era preocupante y que su progenitor estaba habitualmente dominado por las sensaciones más turbadoras.

»Cuando Adriana cumplió los cinco años, sucedió un hecho que aumentaría la tensión en el ambiente. El dueño del negocio se hallaba próximo a la jubilación y ante la apetitosa oferta realizada por una constructora que pretendía demoler aquel viejo edificio que hacía las veces de bar y pensión para construir nuevas casas, el propietario del establecimiento no se lo pensó dos veces pues la cifra de dinero propuesta resultaba cuantiosa. Como gesto de compensación hacia su empleado y una vez acordada la venta del local con la empresa, el jefe se puso tan contento que le donó a Fabio en concepto de resarcimiento una cantidad en metálico con la que podría hacer frente a sus gastos durante los meses siguientes, ya que este quedaría en el paro y los tres miembros de la familia sin alojamiento en el que habitar.

»En todos esos cinco años, la actitud de Fabio para con su mujer resultó lamentable, atribuyéndole a ella la responsabilidad de todos sus males. Pasara lo que pasara, si era de carácter negativo, la muchacha era la culpable. La erosión del día a día fue de tal magnitud que Marcia había renunciado ya a luchar e incluso a responder a su marido. El ambiente de amargura que se respiraba, unido al impacto emocional de la agresión de aquella fatídica noche, la habían vuelto temerosa y desconfiada de él. Aunque transcurrieran etapas sin que la golpeara, eso no significaba que no la maltratara psicológicamente y que la humillara cuando le apetecía.

»Cuando Fabio tenía necesidades sexuales, no cabía discusión alguna. La voluntad del varón se imponía siempre con independencia del estado físico o anímico de la joven. Poco le importaba a él la disposición de su mujer. Decididamente, Manuel, nuestro protagonista consideraba a su esposa como un vulgar juguete con el que saciar sus deseos, ya fueran los de la carne o mentales, alguien con quien cebarse si las cosas le habían ido mal durante el día a través del desprecio o el insulto. La relación de afecto entre la pareja brillaba por su ausencia. Además, su actitud habitual no alteraba para nada un comportamiento que se fue haciendo regular en su trayectoria. En este sentido, cuando contaba con alguna disponibilidad económica, contrataba los servicios de alguna prostituta como modo de conocer en la cama a mujeres diferentes que no fueran la "desgraciada" de su esposa y que según él, tantos infortunios le había traído. Mas sus adversidades no estaban en el carácter de Marcia o en la presencia de la niña, sino en su nula disposición para modificar unos esquemas de conducta que podían calificarse como patológicos y que se alargaban ya desde hacía siglos.

»El traslado de residencia se hizo tan pronto como se pudo, ante las prisas de la empresa constructora por demoler cuanto antes el viejo edificio en el que Fabio había trabajado y en el que la pareja y la cría habían vivido. Tampoco había excesivos enseres por cargar. Al fin, los tres lograron establecerse en una pequeña casita por la que debían pagar un alquiler barato pero cuyo importe daría lugar a problemas en el futuro si él no obtenía ningún empleo a medio plazo, una vez clausurado el antiguo bar y la pensión. Al menos, la pequeña Adriana gozaría de algo más de espacio para jugar, considerando que se trataba de una barriada donde existían muchos hogares de las mismas características y donde la presencia de críos de su edad elevaría sin duda el ánimo de la niña, ya que en el tiempo que llevaba existiendo tan solo había conocido la soledad y la ausencia de

contacto con otros chiquillos. La buena noticia para ella era que en las próximas semanas ingresaría por primera vez en la escuela.

»El cambio de domicilio tuvo unas consecuencias nefastas para nuestro personaje. Cerca de su hogar había un bar en el que muchos hombres del vecindario se reunían para beber y jugar. Con tanto tiempo libre por delante y con escaso interés por buscar un nuevo trabajo, el dilatado período de ocio se fue convirtiendo en una nueva criatura monstruosa que anidó con fuerza en el interior de Fabio. Aquellos que coincidían en aquel antro y que pasaban tantas horas juntos tenían en común un aspecto: gustaban de criticar a todo y a todos, quizá para no mirarse en el espejo de sus propias miserias. La ingesta de alcohol les desataba la lengua y el alivio que experimentaban maldiciendo a la sociedad, al Estado o a las instituciones, a los que culpaban de su situación, les servía de coartada perfecta para no enfrentarse a sus particulares debilidades: una voluntad inexistente para cambiar. Como se suele decir en el plano terrenal, querido Manuel, es más fácil afirmar que no tienes estímulos o facilidades para caminar que simplemente ponerte de pie y empezar a andar.

»Y así un día y otro, Fabio llegaba a casa cada vez más borracho. La niña, al contemplar el estado deplorable de su padre se refugiaba en las faldas de su mamá, no fuera a ser que aquel le propinara alguna patada o un tortazo sin sentido, simplemente por el hecho de existir o de permanecer en la casita. Por desgracia, la cría ya acumulaba una dura experiencia al respecto. Como complemento, Marcia también se amparaba en la pequeña, volcándose de forma continua en ella, alegrándose sobremanera cuando la recogía a diario del nuevo colegio donde había iniciado su etapa escolar.

»Sin embargo, el dinero se agotaba mientras que la embriaguez persistía. Los meses se sucedieron y la situación degeneró de mal a peor. Fabio continuaba sin empleo y

atenazada su poca voluntad por los efectos de la bebida, se estaba convirtiendo en una persona que casi vegetaba, cuyas jornadas transcurrían entre el bar y el trayecto de vuelta a su casa, donde dormía para recuperarse y acudir de nuevo a la taberna. Una noche, regresando de ese antro, le vino a la cabeza la idea de contar el dinero que le quedaba. Se obsesionó tanto que se puso a rebuscar con malos gestos por todo su hogar, desordenando todo cuanto pillaba, tirando cajones por el suelo y vaciándolos en un completo caos. Marcia, viendo lo que estaba sucediendo y sola frente al peligro de alguien violento y encima bebido, se armó de valor y se atrevió a dirigirle la palabra a aquel hombre alterado por sus propios fantasmas:

—Si lo que estás buscando es dinero, no hace falta que desmontes más la casa.

—¿Qué es lo que quieres decir, estúpida? —respondió el marido traspasándola con sus ojos.

—Esto es todo lo que hay —afirmó la mujer sacando unos cuantos billetes de su bolsillo—. No sé si llegaremos con ello a una semana, ni siquiera si tendremos para comer de aquí a unos días. Y ya te adelanto, por supuesto, que no habrá para pagar el próximo mes de alquiler. No sé si lo sabías pero es la pura verdad. El engaño no puede prolongarse por más tiempo. Esto que tengo en mi mano es todo lo que resta de la compensación que te dio tu antiguo jefe antes de cerrar su negocio.

En un movimiento repentino y poco usual para su estado de embriaguez, Fabio le arrebató a su esposa de la mano el delgado fajo de billetes que esta portaba:

—¡Dame eso, desgraciada! Maldita sea, te has gastado casi todo en no se sabe qué y yo sin enterarme de nada. Dime, ¿en qué lo has derrochado? ¿En "ropita" para la estúpida de tu hija que cada vez se parece más a ti? ¡Me tenéis harto, las dooooos…! Os voy a dar vuestro merecido…

Aquello no era un ser humano, era una bestia desatada y dominada por los peores instintos. Cuando Adriana comprobó delante de sus ojos que su padre se quitaba el cinturón para pegar a su madre, se puso delante de Marcia como sirviendo de "escudo" para su mamá. Esta agarró rápidamente a su hija y la envolvió con sus brazos para protegerla, por lo que se llevó el primer golpe en mitad de su rostro. Como los latigazos proseguían, se arrojó al suelo con su hija debajo y como pudo y a gatas huyó de la casa abriendo con dificultad la puerta.

—¡Escapad, escapad, malditas ratas! —gritó hacia la calle el marido—. Ya ajustaré cuentas con vosotras. ¡Malditas ladronas, que me habéis dejado sin dinero!

A continuación, dio un portazo tremendo y se acostó para olvidar lo sucedido y dormir la borrachera, no sin antes apurar de un solo trago una bebida alcohólica que se sirvió a toda prisa, probablemente para olvidarse cuanto antes del incidente.

CAPÍTULO 6

UN PEQUEÑO RAYO DE LUZ

La pobre de Marcia y su hijita se quedaron llorando abrazadas a pocos metros de su hogar pero sin pretender entrar de nuevo en casa para no recibir otra brutal paliza. Mas como las buenas almas habitan en cualquier lugar del planeta y Dios jamás nos desampara, una señora mayor que había observado la escena desde la ventana y que vivía sola, pues estaba viuda y sus hijos se habían emancipado hacía tiempo, llamó a las dos mujeres con un gesto silencioso y las invitó a pasar a su hogar.

—Doña Mercedes, —comentó cabizbaja y entre sollozos Marcia—. Somos vecinas pero no sé cómo agradecerle su hospitalidad. ¿No le molestaremos? Somos dos, pero es que estamos de verdad desesperadas.

—En absoluto, hija. Eran tantos los gritos que se oían que me alarmé y me asomé a ver qué ocurría. Tengo la certeza de que tu esposo tiene serios problemas con la bebida. ¿No es así?

La compañera de Fabio miró con intensa tristeza a la señora y no se atrevió ni a articular palabra, aunque la expresión de sus ojos era del todo significativa.

—Bueno, ahora todo eso da igual, —manifestó con seguridad doña Mercedes—. Pasad, venga, que os pondré algo de cenar y después os acostaréis para descansar aquí esta noche. Tengo sitio de sobra, yo ya cumplí con mi trabajo de

madre y mis hijos, por fortuna, hace años que salieron de aquí en busca de su futuro.

Para Marcia y Adriana, aquella acción constituyó una tabla de salvación en medio de un mar embravecido. La niña no se separaba de la madre ni para respirar, tal era la intensidad del impacto en su frágil mente infantil tras la desagradable circunstancia de contemplar cómo su padre se ensañaba a correazos con su mamá. Además, doña Mercedes no solo les concedió cobijo en aquella desoladora jornada sino que les regaló algo todavía más valioso: su compañía y su consuelo. Así fue como mientras la pequeña chiquilla se durmió agotada por la fuerte impresión, Marcia y la señora de la casa se dispusieron a compartir horas de desahogo que para la esposa de nuestro protagonista supusieron como un bálsamo reparador para sus profundas heridas.

Aquella velada de penoso recuerdo, Marcia recibió en la habitación donde dormía la reconfortante visita de su espíritu guardián, quien buscó en el manantial de su sabiduría las frases y las palabras más justas para animar a su tutelada. Esta, derramando lágrimas de dolor, le explicaba a su protector su falta de fuerzas para seguir soportando la infernal coyuntura por la que estaba atravesando. Su ángel la alentó a resistir, pues ese era el esencial compromiso que ella había aceptado antes de descender a la esfera de la carne con objeto de impulsar con brío su propia evolución. No obstante, le comentó que si tanta era su impotencia, podía renunciar a continuar en la compañía de aquella alma animalizada que era Fabio. "Es tu decisión, querida Marcia y nadie puede alterar tu libre albedrío" —le comentó en tono amoroso—. Le habló también de la fortaleza que hay que mostrar en los momentos de grave dificultad, pues solo los caminos tortuosos llevan a los seres a sacar de dentro los mejores recursos que poseen. Al tiempo, la estimuló a afrontar con valentía la costosa prueba por la que estaba pasando, pues incluso tras las peores tormentas siempre asoma la luz esperanzadora del sol.

El mensaje aportado por su custodio tuvo su efecto, ya que a la mañana siguiente, la joven se levantó con nuevas energías aunque con grandes dudas sobre cuál sería el próximo paso que debía dar. ¿Debería retornar a su casa y exponerse a la tremenda furia y el agrio carácter de su marido? Tampoco podía volver a su antiguo domicilio con la niña, pues su padre la había "desterrado" de por vida el día de su triste boda. ¿Cómo seguir soportando a aquel "monstruo" que se había interesado por ella años atrás, cuando fue arrojada de un coche al no querer mantener relaciones sexuales con el joven que la deseaba?

—Maestro, —manifesté interrumpiendo el relato de la historia—. No he podido evitar emocionarme. Se trata de una crónica conmovedora que me rompe el corazón. ¡Qué valentía, qué coraje el de Marcia! ¡Cuántos no hubieran renunciado a sus responsabilidades mucho antes! ¿Es que no hubo ningún intento de cambio por parte de ese hombre? Es como si el destino hubiera apretado la garganta de esas dos antiguas hermanas y estas se mostraran ya como faltas de oxígeno para respirar.

—En efecto, Manuel —comentó Rafael—. Lo has expresado bien. Mira, fíjate ahora en las imágenes del día posterior a estos hechos. Fabio volvió al bar, pero en esta ocasión no a absorber otro trago, sino a tomar un café bien cargado para despejarse. Hasta un bebedor habitual como él reconocía que se había propasado con el alcohol en la jornada previa. Su espíritu acompañante también había realizado un buen trabajo de orientación aquella agitada madrugada, recordándole a su protegido por enésima vez los fallos que voluntariamente estaba cometiendo así como el futuro negro que le aguardaba si persistía en tal actitud.

—Dios mío —añadí—. Vaya papel le ha tocado desempeñar a ese hermano con Fabio. Ha de sufrir como el que más al constatar que sus consejos son reiteradamente ignorados. ¡Qué pena! Alguien de bien, impotente, con las manos atadas

para guiar los pasos de su tutelado, el cual tan solo insiste con terquedad en los caminos del mal.

—Así es, prosiguió Rafael. Para esta clase de espíritus supone una carga añadida de trabajo el velar por este tipo de hermanos descarriados, mas no se sorprenden. Ellos conocen por anticipado las deficiencias de sus tutelados y aún así, jamás renuncian a su labor de apoyo ni decaen en la función tan esencial que les compete. Es de justicia valorar el mérito de su trabajo y la sabiduría del Creador al proporcionar a cada encarnado la orientación de un guía protector.

»Como te decía, permaneciendo Fabio aquella mañana en el bar, surgieron buenas noticias. Parecía increíble, pero apoyado en la barra, nuestro protagonista no se asemejaba al hombre violento y animalizado de la tarde anterior. Reflexionaba sobre lo ocurrido hacía unas horas en su casa como si hubiera sufrido una pesadilla de la que no podía despertar y aunque solo fuera por unos momentos, ese amanecer se encontraba lúcido. De repente, levantó la mirada del suelo, giró su cabeza y puso su atención en lo que sucedía en las afueras del local. El sobresalto que se llevó resultó mayúsculo, cuando siguió con sus ojos la silueta de alguien que pasaba por allí y que se había bajado justo enfrente del bar de una furgoneta vieja y destartalada. Fabio se precipitó al exterior con la velocidad de un rayo.

—¡Eh! ¿Eres tú, Miguel? ¿Seguro? —exclamó el marido de Marcia.

—Pero Fabio ¿cómo tú por aquí? ¡Cuánto tiempo viejo amigo! —manifestó el desconocido.

Ambos habían sido compañeros de fatigas en el orfanato durante un buen puñado de años y habían hecho amistad, movidos sobre todo por la dificultad que les suponía subsistir en una institución que no era su casa. Como la presencia de obstáculos comunes suele generar en muchos casos lazos de afecto, los dos antiguos compañeros se alegraron enormemente por volverse a ver tras ocho años de separación. Así, durante más de

una hora, pudieron revivir antiguas aventuras, un pasado lleno de penalidades y narrar cada uno sus peripecias hasta la coyuntura actual en la que habían vuelto a coincidir. Sorpresivamente, durante la amena charla, Fabio no sintió la necesidad de festejar aquel evento ingiriendo de nuevo alcohol. Al fin, una luz de esperanza pareció abrirse tras la emotiva conversación.

En aquella época, Miguel estaba trabajando como recogedor de chatarra y de papel que luego entregaba a su jefe para reciclar o vender si el material se hallaba en buen estado y se trataba de piezas útiles. Precisamente y para abarcar más zonas de búsqueda, el dueño del negocio estaba sopesando la contratación de alguien más para realizar dicha tarea. El antiguo amigo de Fabio le prometió a este que hablaría con su patrón, ofreciéndole ciertas posibilidades de poder aspirar a ese empleo.

Las novedades positivas se vieron corroboradas a la jornada siguiente. Aunque el sueldo que percibiría nuestro protagonista no era precisamente elevado, lo cierto es que sí le permitiría hacer frente a los gastos de la casa y comer todos los días, eso sí, sin ningún tipo de excesos y con el presupuesto siempre muy ajustado. Sin duda, a Fabio le habían regalado una nueva oportunidad de reconducirse.

Cuando le fue confirmada la noticia de su contratación, quiso compartir su alegría con su esposa e hija. ¿Habría llegado para la familia ese punto de inflexión a partir del cual todos los aspectos de la existencia giran hacia un nuevo y prometedor futuro? Entretanto, Marcia y Adriana seguían "refugiadas" en la casa vecina de doña Mercedes, la cual, viviendo sola, le había manifestado a la joven y a la niña que podían alojarse allí todo el tiempo que hiciera falta hasta que las aguas del temporal provocado por Fabio se calmaran.

Así fue como a los dos días del tremendo incidente ya reseñado, nuestro actor principal se dirigió a la morada citada, pues ya sabía que su mujer y la cría se habían instalado en aquel

hogar huyendo de su furia incontenible. Por fin, manteniéndose sereno y sabiendo lo que hacía, llamó con sus nudillos al portón del domicilio de la señora mayor, suplicándole a su esposa a través de uno de los resquicios de la puerta que volviera a su casa, al tiempo que le comentaba en tono conciliador la grata noticia de que había obtenido un empleo que acabaría con las angustias económicas del momento.

Fíjate bien, querido Manuel, en la mirada de Marcia, porque es el puro reflejo de lo que anida en su alma. Ella, ni siquiera expresa odio hacia su marido, hacia alguien que en estado de embriaguez la ha maltratado hace unas horas sin contemplaciones. Tan solo emana una ojeada de compasión hacia él, aunque por dentro deja traslucir los efectos del castigo al que ha sido sometida, como el náufrago que en mitad de la tormenta se deja arrastrar por las olas de un destino que la trasladan hacia un lugar desconocido.

Hasta cierto punto, las cosas parecieron mejorar en el trío que componía aquella parentela. No es que el carácter agrio y egoísta de Fabio se transformara, simplemente es que ahora se hallaba mucho más ocupado en un trabajo para el que no cabía mucho descanso, por lo que el hombre llegaba agotado por las noches a su casa, con lo cual, las oportunidades de que surgieran conflictos se reducían en buena medida. Sus borracheras se fueron espaciando en el tiempo, alcanzando solo los fines de semana o las fiestas, aunque en el período posterior a la consecución de su empleo como chatarrero, nunca se igualó el nivel de violencia exhibido en la tarde que provocó la huida aterrorizada de la madre y la hija hacia el hogar de doña Mercedes.

Los años transcurrieron y Marcia y aquella señora mayor que tanto la había ayudado trabaron una profunda y leal amistad. Esta, además, era una magnífica cocinera y al gozar de mayor tiempo libre por su edad, le preparaba a la pequeña Adriana unos postres que hacían la delicia tanto de la chiquilla

como de su mamá. Estaba claro que el acogimiento en aquella jornada que pudo cambiar la vida de nuestros personajes no sería olvidado jamás por la esposa de Fabio. Pero como el paso de los años no perdona a la envoltura orgánica que sirve a los seres de vehículo, doña Mercedes fue envejeciendo con rapidez y perdiendo fuerzas, por lo que cada vez se mostraba más impedida para el desempeño incluso de las labores más sencillas. Fue entonces cuando Marcia le encargó a su hija que en el tiempo que no permaneciera en la escuela, ayudara a aquella señora en todo lo que necesitara, lo que constituyó para la anciana un regalo del cielo. Contemplar a la jovencita corretear por su casa y asistirla, dulcificaron sus últimos días de estancia en la esfera terrenal.

Los tres hijos de doña Mercedes solo la visitaban en contadas ocasiones y nunca por un período de más de media hora, limitándose tan solo a dejarle algo de dinero a su progenitora con lo que complementar su exigua pensión. Lo que más precisaba aquella mujer de ellos a su avanzada edad, es decir, la atención y una disposición afectuosa, brillaban por su ausencia. Curiosamente, estos se vieron "liberados" de cualquier compromiso más allá de la más mínima formalidad cuando supieron que tanto su vecina Marcia como la jovencita Adriana, se llevaban tan bien con su madre que se encargaban de velar por el buen estado de la anciana.

—Caramba, maestro —expuse con cierto tono de queja—, ni siquiera la voluntad de las buenas personas como esta señora se vio recompensada por la actitud egoísta de sus descendientes.

—Sí, Manuel —respondió Rafael—. Es muy común en la corteza terrestre el que se produzcan este tipo de hechos. Mas nada pasa desapercibido para el plano espiritual que todo lo ve y todo lo registra. Mi buen alumno, la contabilidad divina carece de errores en sus cálculos. Es cierto que personas abnegadas, que se sacrifican por otras, pasados los años, a veces

se ven "premiadas" por la indiferencia de aquellos a quienes criaron y cuidaron. Pero entiende que hasta el más mínimo de los gestos o actitudes suman o restan velocidad al camino evolutivo de cada criatura. Piensa que las mayores recompensas no pertenecen a ese limitado plano físico donde los seres son puestos a prueba, sino que se recogen en la dimensión espiritual, la cual constituye, no lo olvides, nuestra auténtica casa.

Transcurrió el tiempo. Dado que el estado de salud de doña Mercedes fue debilitándose, se hizo cada vez más necesaria la supervisión constante de la misma, por lo que Marcia tomó una difícil pero meditada resolución: decidió retirar a su hija de la escuela, pues siendo esta casi una mujercita de doce años podía ayudar a la anciana en su delicada tarea de asistencia. Adriana, toda una bendición para su madre y tan afín a ella por su ancestral parentesco, era tímida y muy callada pero su corazón, a pesar de su juventud, resultaba tan grande que no le cabía en el pecho. Por todo ello, aceptó de buen grado el encargo de su mamá, aspecto que hubiera resultado más problemático de asumir en otros adolescentes de su edad. De nuevo, se demostraba que los lazos inmortales forjados en otras vidas podían obrar auténticas maravillas.

Esas dos almas de apariencia femenina no habían encarnado en el mundo como familia para obstaculizarse, sino para cooperar y crecer juntas en base a la tremenda prueba que la simple presencia de Fabio les suponía a ambas. El paso de las estaciones y las vicisitudes que acaecían en torno a aquel hogar así lo demostraban.

—¿Y qué pasó con los parientes de Marcia? ¿Acaso no volvieron a contactar con ella ni a tener noticias? —expuse con curiosidad.

—En efecto, Manuel. Tras la "sentencia de destierro" proclamada por el padre de la joven a modo de maldición el día de su boda, no hubo más relación entre nuestra buena protagonista y aquella familia que por la empecinada voluntad

de aquel terco hombre había declarado a su primogénita como proscrita. Al respecto, ten en cuenta un dato importante. Aunque la ciudad donde vivían no era muy grande, te aseguro que a la hora de ignorar a alguien podía más la distancia emocional que la física.

»La maldad generada en el interior de algunos individuos les empuja a no intimar con los espíritus más evolucionados, no vaya a ser que se "contagien" de su bondad y eso les obligue a reformarse. Es más, esos seres empeñados en el mal trabajan por su propio aislamiento o por su comunicación con otras almas empantanadas. Y es que el despertar de la pesadilla que supone su pernicioso camino puede resultar muy duro para los que se mantienen inalterables en su estancamiento.

»Bien, ahora presta atención, querido amigo. Hemos llegado al punto exacto donde quería detenerme. Tenemos una descripción sustancial de la estructura familiar donde vamos a trabajar, conocemos el entorno y a sus personajes. Para disponer mi "aterrizaje" en ese núcleo, próximamente se van a producir una serie de importantes novedades que servirán de capítulo introductorio a nuestra labor.

—¿Puede saberse de qué tipo de acontecimientos estás hablando, Rafael? —interrogué a mi maestro.

—Por supuesto. En toda operación bien planificada hay que preparar bien el terreno. Te lo resumiré. El negocio de la chatarra del que ahora mismo vive Fabio se ha asentado mucho en la localidad, por lo que para la misma faena va a haber un exceso de manos que exploten el mismo sector. Esto implica que el dueño que emplea ahora mismo a nuestro protagonista tendrá que despedirle a fin de no entrar en pérdidas. Ello, como ya te imaginas, provocará una carga de frustración muy grande en el marido de Marcia. En fin, ya te habrás dado cuenta del tipo de reacciones que suele tener Fabio ante las adversidades de la existencia. Creo que no hace falta insistir más en esta cuestión.

—¿Otra crisis agresiva, otra pérdida de control? Dios mío, ¿más palizas para su mujer y su hija? —exclamé horrorizado.

—No exactamente, Manuel. En este caso, su violencia se desviará hacia el deseo sexual, por lo que pretenderá a toda costa yacer con su esposa. Producto del alcohol en su sangre, ya lo comprobarás, no adoptará como hasta ahora, ninguna medida de barrera frente al embarazo. Y justo ahí aparecemos nosotros.

—Caramba, maestro, esto quiere decir que vas a encarnar como consecuencia de un acto con muy poco de afecto y mucho de instinto primitivo.

—Sí, así es, pero en este caso no cabe otra opción porque como comprenderás y dada la crítica situación económica de la pareja, Fabio nunca ha deseado tener más hijos bajo ningún concepto para no aumentar sus cargas. Por ello es necesario que tenga nublada su razón, para que nuestro objetivo llegue a buen fin. Nosotros no podemos alterar las leyes naturales y si el acto no se realiza sin protección no puede existir concepción posible.

—Entiendo, Rafael —concordé con un movimiento afirmativo de mi cabeza.

—Por otro lado, —prosiguió Rafael—, a la buena de doña Mercedes no le queda mucho recorrido por el plano físico, pero ella, acorde a su elevado altruismo, ha reservado una sorpresa final para Marcia y su hija. Has de saber que a escondidas de sus hijos, ha ido ahorrando en su casa, mes a mes, una cierta cantidad de dinero que vendrá muy bien…

—¡Para calmar la ira de Fabio cuando se entere del embarazo de su mujer! —interrumpí con celeridad.

—¡Muy bien, Manuel! Así es, la desaparición orgánica de la anciana y su donación económica a Marcia coincidirán en el tiempo con la concepción del que te está hablando.

—Entonces, está todo muy claro y estructurado —respondí—. Ahora, si es posible, me gustaría conocer algo sobre el papel que desempeñaré en esa compleja coyuntura.

CAPÍTULO 7

PREPARATIVOS Y CONCEPCIÓN

—No debemos adelantar acontecimientos, mi buen alumno, pero si me pides que te resuma tu labor, esta va a consistir en el aprendizaje a través de la observación, aunque en algunos casos podrás intervenir, por supuesto. No has de preocuparte, amigo. Se trata de que respondas a través de tus propias reflexiones, que realices un intenso adiestramiento a través del estudio en una situación nada cómoda correspondiente al mundo de los encarnados. Además, podremos mantener contacto cuando resulte necesario, si bien lo habitual será que lo hagamos durante el período del sueño al resultar una vía más accesible. ¡Venga, muchacho! ¡Alegra tu rostro y no te alarmes! Si se hiciera preciso, yo te buscaría para comentar juntos el cumplimiento de nuestra misión, así como tus preguntas o cualquier duda que te surgiera.

»No obstante, recuerda siempre lo siguiente: nadie, absolutamente nadie, puede contrariar las leyes divinas que nos hablan del libre albedrío existente en cada una de sus criaturas. Esto quiere decir que yo con mis actuaciones puedo generar consecuencias en los otros, pero que la palabra última en cuanto a sus decisiones la tendrá siempre Fabio, que es el personaje principal de esta obra redentora en la que tendremos que invertir lo mejor de nosotros mismos.

—Maestro, después de cavilar sobre esta cuestión de la que hemos estado hablando, he llegado a la conclusión de que me recuerda cada vez más a una "operación de rescate".

—Sí, no está nada mal como la has denominado. Podría considerarse de ese modo. Sin embargo, por más cabos que le arrojes a alguien que se está ahogando en la tormenta, es necesario que ese sujeto tienda su mano y agarre finalmente la cuerda. Es posible que en función de las circunstancias tengas que actuar, simplemente aconsejando o guiando a los personajes del ambiente. El carácter de tu participación lo dejo a tu arbitrio, pues sé que conocimientos y buenas intenciones no te faltan. Manuel ¡son tus prácticas! Tu función consiste en analizar la realidad del plano físico y aplicar todo lo que has aprendido aquí durante tu última etapa. Al mismo tiempo, harás méritos para aspirar en el futuro a nuevos y apasionantes desafíos, aquellos que conforme los superes irán marcando el ritmo de tu evolución. ¿Qué te parece la propuesta, querido discípulo?

—Asombrosa —contesté con una ligera sonrisa que no ocultaba mi inquietud—. No tengo palabras. Me encanta la inteligencia que subyace bajo este plan tan audaz. Dios quiera que todo llegue a buen término para todos.

—Confía en las intenciones del Creador y desde luego, en tus propios recursos. Medita en todo lo que has asimilado sobre la figura de nuestro protagonista. Acuérdate de que la parálisis y la inmovilización de las criaturas son estados contrarios a las leyes celestiales, las cuales nos impulsan al avance paulatino, al progreso intelectual y moral. Piensa en el volumen de sufrimiento padecido por aquellos seres que se empecinan una y otra vez en incurrir en sus mismos errores, fallos que tan solo les demuestran lo equivocado de sus planteamientos y lo alejado que se encuentran del amor que el mismo Padre les ha regalado. Déjate guiar por tu intuición. Si la bondad mora en ti, no habrás de inquietarte sino que solo desearás empezar cuanto antes.

—Ojalá me halle al nivel de tus expectativas sobre mí, maestro.

—Seguro que sí. A partir de este momento, comienza una nueva fase para todos nosotros. Te aseguro que trabajo no nos va a faltar.

De este modo, finalizó la larga conversación que habíamos mantenido para explicar los pormenores de nuestra "embajada" en la superficie terrenal. Las tres entidades presentes en aquella luminosa sala de la colonia espiritual de "Nueva Europa", o sea, la dirigente Helga, mi maestro Rafael y el que os habla, se despidieron efusivamente. Todo quedó nítido en cuanto a la composición de la misión que teníamos por delante, si bien nadie podía anticipar los resultados de la misma. Lo único que cabía esperar era que cada uno de nosotros estuviera a la altura del colosal reto que teníamos ante nuestra vista.

Así, en la jornada prevista, cuatro entidades se prepararon adecuadamente en el departamento de reencarnación de aquella deslumbrante ciudad. A dos de ellos, maestro y alumno, ya los conocéis, mientras que otros dos hermanos les acompañarían en el viaje a fin de facilitarles su esencial cometido.

Ezequiel es un espíritu "constructor" y dentro de sus atribuciones está la de proporcionar exactamente la configuración genética de la que va a disponer el nuevo ser que reencarna. Su compañera Clara, con funciones similares, trabaja todo lo relativo al proceso de "miniaturización", es decir, la manipulación del periespíritu que se va a unir a un cuerpo orgánico, con el fin de que se acople a la perfección al útero de la madre que le servirá de vehículo durante los siguientes nueve meses. Como veis, tareas nada fáciles, pero asignadas a estos dos hermanos dada su idónea formación al respecto. Se trata de operaciones que exigen una precisión quirúrgica absoluta, por lo que solo almas especializadas pueden encargarse de tan trascendental actuación. La forma en que se adapte el espíritu ya reducido al embrión que surge tras la fecundación, así como su dotación

de genes, son tan vitales que marcan el futuro de la nueva criatura, de modo que pueda cumplir con los requisitos establecidos en su "programación" y adaptarse a los dictámenes divinos de las leyes de causa y efecto.

Mientras se efectuaba el trayecto desde "Nueva Europa" a la corteza terrestre, las cosas en la ciudad que ya conocemos se desarrollaban de la forma prevista. Los buenos espíritus saben de las intenciones humanas porque estudian concienzudamente a las criaturas y valoran el corazón que late en sus adentros. En efecto, la reacción inmediata de Fabio, nada más enterarse de que el jefe de la chatarrería iba a prescindir de sus servicios, fue más que predecible.

Mediada la tarde, caminando desde el taller hacia su casa, iba maldiciendo su suerte, quejándose en voz alta y en soliloquio acerca de lo tortuoso de su destino. Renegaba de su sórdido nacimiento entre desperdicios, de una infancia vivida entre muros de orfanatos, del trato que los demás le habían dispensado y hasta se acordaba de las palizas recibidas de sus "cuidadores" por su irregular conducta cuando era un adolescente. Como su cabeza constituía en esos momentos un torbellino desatado, también le vino a la memoria el encuentro con Marcia. Aunque al principio y después de tantas carencias afectivas le había venido bien, finalmente ese asunto le había complicado la vida sobremanera pues en su opinión, se veía en la obligación de tener que mantener a dos mujeres que nada le aportaban.

Aún así, no tenía valor para dejarlas. La contradicción resultaba flagrante, ya que reconocía hallarse muy incómodo con su corta parentela pero quizá no deseaba volverse a quedar desvalido en la soledad de las calles, vagando por ellas como un pobre perro de barriada que ha sido abandonado a su suerte. De vez en cuando, llegaba a su pensamiento la amenaza de su suegro, el cual había jurado despellejarle si se separaba de su hija. ¡Quién sabe! Tal vez a nuestro hombre de treinta años, a pesar de su habitual irresponsabilidad, todavía le restara en

sus oídos la capacidad para escuchar la delicada voz de su conciencia advirtiéndole de que le iría peor sin la compañía de su familia.

Fabio ya se imaginaba un panorama desolador que cobraba cada vez más fuerza en su mente. Sin ningún tipo de ingresos en el domicilio y con la rabia añadida que le suponía el tener que buscar una nueva ocupación para cubrir sus gastos, ya que en el fondo aspiraba a poder subsistir sin necesidad alguna de trabajar como en su anterior existencia, se dirigió raudo como un rayo hacia aquella taberna escenario de tantos disgustos por su afición al alcohol, suspirando por un trago que aliviara su ansiedad y le hiciera olvidar su presente más inmediato.

Tras varias horas ingiriendo vino, jugando a las cartas y discutiendo a viva voz con otras personas del bar, pareció arrinconar en el vacío las palabras que su exjefe le había dedicado esa misma tarde al despedirle. Se cansó de estar sentado y salió a tomar el fresco. Andando más mal que bien, se dio cuenta de que no había nadie por la calle, por lo que tras dar unas vueltas por los pasajes solitarios de aquel vecindario, se fue a su hogar. Conforme daba algún que otro tumbo producto de la ingesta tóxica, comenzó a obsesionarse con la idea del sexo, como si manos invisibles acariciaran su cuerpo de arriba abajo y le transmitieran la idea de rastrear el placer de la carne a toda costa. De ese modo, lo más repentino que surgió en su cabeza fue la imagen de su mujer, por lo que conforme iba llegando a su casa se fue acrecentando su deseo de mantener relaciones con ella, desahogando así los impulsos más animalescos que a esa hora le envolvían por toda su piel.

Al llegar a su domicilio, bien avanzada la noche, Fabio comprobó cómo madre e hija dormían plácidamente en la misma cama de la habitación matrimonial. Tal era el apoyo que se ofrecían entre aquellas dos criaturas ante el ambiente de peligro que las atenazaba por culpa de aquel hombre, que no era la primera vez que ambas descansaban juntas cogidas de la

mano, como sintiéndose de esa manera más seguras frente a los embates del mar de la existencia.

Con un manotazo y sin contemplaciones, el padre echó de la cama a su hija, la cual, aterrorizada por el brutal golpe en mitad del sueño corrió con rapidez hacia su estancia a fin de evitar males mayores. Sin poder esperar más y sin mediar ni el más mínimo diálogo entre aquellos dos seres que se parecían tanto como el día a la noche, nuestro protagonista se abalanzó sobre Marcia sin la menor delicadeza, dominado por la obsesión elaborada en su pensamiento y bajo el empuje de los vapores etílicos. En esos instantes decisivos para el "descenso" de mi maestro sobre aquella familia, a Fabio tan solo le interesaba consumar el acto sexual y descargarse así de las preocupaciones surgidas durante el día.

Ella, como ya resultaba tristemente usual, ni protestó. Ningún sonido cruzó el umbral de su tímida garganta. Tampoco opuso resistencia, por si acaso terminaba golpeada por aquella bestia con apariencia humana. Mientras recibía las embestidas de su marido, su mente no estaba allí sino que viajó hacia un descampado donde arrodillada sobre un suelo pedregoso, abrió sus brazos y elevó su mirada al cielo al tiempo que repetía una y otra vez la misma frase de amargura: "¿hasta cuándo, Dios mío, hasta cuándo?".

Por fortuna para ella, aquel acto frío, vacío de afecto y contrario a su voluntad, finalizó con prontitud, quedando Fabio al punto dormido sobre el lecho. Era tal el repugnante hedor a alcohol que exhalaba el aliento de aquel hombre y los ronquidos que emitía, que sigilosamente se deslizó por las sábanas para no despertarle y se "escapó" a la habitación contigua de su hija para dormir junto a la muchacha, aunque la cama resultara más estrecha y más incómoda. Eso poco le importaba con tal de permanecer más cerca de Adriana, su auténtico sostén en aquel infierno en el que se había transformado su casa. Las lágrimas que la madre derramaba por sus mejillas en la oscuri-

dad se secaron en cuanto sintió las tiernas manos de su "niña" que adormilada, le hizo sitio junto a su costado y le regaló una sonrisa inconsciente que provenía de su corazón.

Mientras trataba de coger el sueño nuevamente, interrumpido por la rudeza y la absoluta falta de cariño de su marido, Marcia pensaba y pensaba, tratando de hallar una solución a la insoportable coyuntura en la que se veían envueltas tanto ella como su "pequeña". La buena de la mujer desconocía por completo que en tan solo horas, acontecimientos cruciales cambiarían su destino y el de los que la rodeaban.

No pasaron dos horas desde los últimos sucesos cuando cuatro espíritus penetraron en la atmósfera de aquel convulso hogar. Cada uno tenía su misión a cumplir; resplandecían plenos de ilusiones porque la tarea que debían llevar a cabo podría constituir un bello trabajo que serviría para adelantar el camino evolutivo tanto de los afectados como el propio. Mientras que Marcia dormía junto a Adriana, Ezequiel se acercó a la madre y procedió a escoger de entre todos ellos, al espermatozoide más adecuado que residía en ella tras el acto sexual para que atravesara la barrera del óvulo. Tras unos emotivos instantes de espera, la "suerte" estaba echada. Sirviéndose de la perfecta "claridad" de su vista, a pesar de la oscuridad reinante en la habitación, el hermano "constructor" guió a aquella "cabeza con cola" que había elegido, para que fecundara a la forma circular que le aguardaba. El proceso continuó felizmente su marcha y la semilla de un nuevo proyecto de vida asomó en el cuerpo de nuestra protagonista, la cual recuperaba fuerzas para albergar en su seno a la criatura que habría de nacer tras nueve meses de gestación.

Del mismo modo, Clara, se dispuso a ir reduciendo progresivamente el periespíritu de Rafael, el cual se fue dejando hacer bajo las sabias manos de aquella especialista hasta que la forma de mi maestro se acopló perfectamente a la nueva unión surgida de las células del marido y su esposa. Las leyes genéticas ya estaban en marcha, de modo que la "programación"

prevista para la entidad recién concebida llegara a su culmen. Todas las características corporales y psicológicas fueron implantadas a través de aquel maravilloso trabajo de ingeniería quirúrgica donde nada, absolutamente nada, fue dejado al azar. El proyecto de ese ser, destinado a llamarse Daniel, enfrentaba sus primeros instantes de vida en el vientre de la que habría de ser su madre sobre la superficie terrenal.

Mientras tanto, yo observaba atónito toda aquella labor realizada con exactitud milimétrica y me preguntaba si algún día, estaría en condiciones de desarrollar tan complicado trabajo. Nunca antes había presenciado el procedimiento a través del cual un espíritu queda vinculado al útero de una mujer, señalando el inicio de una nueva existencia en el plano físico. Emocionado por lo que estaba examinando, intercambié unas profundas palabras de agradecimiento con Clara y con Ezequiel. A continuación, mi actitud de admiración se tradujo en el cálido abrazo que les di, al tiempo que ellos me desearon de todo corazón el mejor de los éxitos en compañía de mi gran maestro, Rafael.

Tras la conmovedora despedida que me dejaba en "soledad" en aquella casa y frente a un drama humano tan intenso, me senté a meditar antes del amanecer y me decidí por contemplar a los tres espíritus que tenía ante mis ojos y que serían parte de mi estudio durante los siguientes años. ¡Qué sensación de paz me produjo ver los dos cuerpos tan cercanos de madre e hija! Verdaderamente, eran entes separados por la "carne" pero la energía que fluía de sus almas se entrelazaba de vez en cuando, como signo inmortal del apoyo mutuo que debieron jurarse la una a la otra antes de descender a la tosca dimensión de la materia. Seguro que la aparición de mi maestro propiciaría aún más la unión armónica de aquellos dos seres que ya se encontraban hermanados desde un pasado inmemorial. El pequeño haz de luz que provenía del vientre de Marcia y que se distinguía perfectamente entre la penumbra,

indicaba con claridad la aparición allí de un ser que con el tiempo daría mucho que hablar entre aquella familia.

Al poco, me introduje en la habitación donde dormía Fabio. Por desgracia, el fenómeno y las sensaciones que observé fueron opuestas a las que había notado hacía tan solo unos momentos. En medio de una neblina que olía a vapores etílicos, un hedor amargo y desagradable inundaba aquel ambiente rodeando la silueta de aquel hombre. Dos formas animalescas desconocidas de color verdoso que emitían gruñidos secos revoloteaban en torno a la figura de nuestro protagonista. Estas, al verme, me analizaron con sorpresa, como si no esperaran mi inoportuna visita. Desaparecieron de inmediato de la estancia atravesando la pared que servía de cabecera a la cama, no sin antes dirigirme una retadora y repugnante mirada y expresar unos sonidos de disgusto irreproducibles. El tono grisáceo, a veces negruzco, en el que se transformaba la figura de la tendida figura de aquella persona me inspiró la mayor de las compasiones. Acompañado del silencio, me preguntaba cómo era posible que existieran aún seres con tan poca conciencia de sí mismos y con tanta persistencia en retomar una y otra vez el camino hacia su perdición.

Cuando al cabo de las semanas Marcia se dio cuenta de que no tenía la menstruación, se asustó muchísimo y empezó a hacer memoria de lo que podía haber ocurrido. De pronto, vino a su cabeza aquella noche de pésimo recuerdo donde su marido borracho la forzó a mantener relaciones sexuales. ¡Quizás Fabio, debido a su estado, no adoptara las medidas de seguridad habituales! —caviló apoyando su barbilla en su mano derecha—. Este pensamiento provocó que conforme pasaran los segundos, se pusiera a temblar como una niña aterrorizada y es que por más que intentaba evitarlo, todo ese proceso la llevaba inevitablemente a evocar aquel día lejano en el que también le había sucedido lo mismo, aunque fuera doce años antes y en otras circunstancias.

Empezó a pensar que si se trataba de su segundo embarazo, resultaba dramático que tanto Adriana como su futuro hijo fueran a venir al mundo producto de la inconsciencia y no voluntariamente buscados. ¡Qué desolador le resultaba todo aquello! En la primera situación eran muy jóvenes, recién llegados a la adultez, y con poco más de dieciocho años, se dejaron arrastrar por los efectos de desinhibición de la bebida y por la inexperiencia de la juventud. Y en esta ocasión, ya con los treinta cumplidos, ella ni siquiera había tenido opción de elegir. Su esposo, bajo los efectos del alcohol, la había obligado a tener contacto carnal sin haberlo deseado.

Poco sospechaba la buena de Marcia, que en este caso, estaba siendo utilizada como instrumento de manos superiores, capaz como mujer de traer al mundo físico ni más ni menos que a un espíritu que con su actuación podía girar bruscamente el curso de los acontecimientos. En cualquier caso, lo prioritario en esos instantes de terribles dudas era cómo hacerle llegar a su marido la noticia sin que ello provocara una tragedia de daños irreparables.

De nuevo, la historia se repetía en una fatal concatenación de circunstancias. Si en el primer embarazo la persona que la amedrentaba era su propio padre, hasta el punto de que este amenazó de muerte a Fabio si no se casaba, ahora era su mismo esposo el que le producía pavor con tan solo pensar en que debía decirle que estaba esperando a otra criatura. Para abundar en el desasosiego, como si las coincidencias quisieran poner a prueba los nervios de Marcia, esta ya sabía que el hombre que tanto la hacía sufrir estaba de nuevo sin trabajo. "¡Dios mío! —pensó la mujer embarazada—, con lo mal que le sientan las horas de ocio". Estaba claro que la madre de Adriana ya se estaba imaginando las consecuencias nefastas que ello podría suponer para la deteriorada convivencia entre el matrimonio y por ende, para su hija.

CAPÍTULO 8

LA ANCIANA BENEFACTORA

Esa misma tarde, doña Mercedes cayó enferma y aunque no se trataba de nada grave, las perturbaciones en los mayores siempre pueden acarrear efectos demoledores sobre su salud.

—Escúchame con atención —le comentó la anciana a nuestra protagonista—. Ya sabes que soy de edad avanzada y que cualquier día de estos me tocará enfrentarme a ese juicio del que nadie puede escapar.

—Por favor, doña Mercedes —exclamó Marcia—. No sea tan negativa. Estas molestias se le pasarán pronto y usted se recuperará para volver a la normalidad.

—Agradezco tus palabras, mi buena amiga, pero no puedo engañarme. Mira, hoy he tenido un sueño de lo más curioso que me ha hecho meditar sobre el tema de la muerte. Me he visto tumbada en la cama de mi habitación y cómo mis hijos me rodeaban. Al principio no entendía bien lo que estaba pasando, por lo que les pregunté a cada uno de ellos, pero ninguno me contestaba. De pronto, ellos comenzaron a hablar de mí, de la posibilidad de que yo tuviera oculta una cierta cantidad de dinero en alguna parte de la casa. Esto que me sucedía en el sueño tenía su lógica, ya que cuando yo era más joven y existía en el hogar alguna dificultad económica, tanto mi marido como mis pequeños sabían que su madre tendría escondida alguna cantidad de

billetes en alguno de sus cajones o en el lugar más insospechado, lo que nos ayudaría a todos a salir adelante. Siempre me ha gustado ir ahorrando poco a poco, casi sin hacer ruido, como una forma efectiva de hacer frente a los imprevistos de toda familia.

»Cuando vi en mi sueño que la discusión se encendía entre ellos y que incluso la disputa desembocaba en una agria polémica, mis peores temores salieron a la luz y comprendí por fin que ese tipo de conversación entre mis hijos tan solo podía darse si yo hubiera muerto. Me fije en mi cuerpo tendido sobre el lecho, en mis manos cruzadas sobre el vientre, en mis ojos cerrados y sobre todo en mi pecho, pues por más que lo observaba no se hinchaba con el aire que penetraba en los pulmones ni registraba movimiento alguno.

»De pronto, tuve que aceptar el escenario. Para mí, aún estando dormida, parecía una fiel reproducción de una realidad futura. Resultó un golpe tremendo sobre mi conciencia. Mis hijos acompañaban mi cadáver, estaban en torno a mí y yo me encontraba, no ya reposando sino bien muerta. Cuando la tristeza comenzó a invadir mi interior como un manto con el que te cubres en época de frío, una chispa de ingenio acudió a mi atormentada mente. ¿Cómo era posible que yo fuera testigo de mi fallecimiento? Si ya me hallaba en el túmulo ¿cómo podía asistir a lo que era mi propio velatorio y con qué sentidos era capaz de escuchar la charla que mantenían mis hijos?

»Cuando más vueltas le daba a aquel asunto en mi cabeza y la desesperación crecía en mis adentros, una mano surgida de la nada se posó sobre mi hombro derecho. Me incorporé y al girarme hacia atrás, no podía creer lo que mis ojos estaban contemplando. Una silueta borrosa y que despedía una suave luz, se fue formando ante mi vista hasta que distinguí por fin el rostro feliz de mi hermana mayor, Fernanda, la que nos dejó hace ya unos años. La emoción me embargó por completo. Si supieras lo buena que era, la armonía que aportaba a nuestro hogar incluso cuando éramos niñas.

»Sonriéndome como un ángel, pues eso a mí me parecía, me dijo que nosotras habíamos sido como uña y carne, siempre tan unidas, tan dispuestas a ayudarnos y a apoyarnos ante la más leve adversidad. Con lágrimas derramándose por mis mejillas la abracé con toda mi alma y ella, asiéndome dulcemente con su mano, se dio la vuelta y me señaló con sus dedos una puerta que emitía una gran luz blanca. Con su mirada enternecedora y esgrimiendo una amplia sonrisa, me invitó a seguirla cruzando aquel umbral tan luminoso…

»Y justo ahí, al borde de ese maravilloso acceso que conducía a no se sabe qué lugar rebosante de claridad, terminó mi sueño, querida Marcia. Cuando me desperté esta mañana, me sentía un poco confundida, con sensaciones encontradas. Lo positivo es que recordaba todo lo sucedido con gran detalle. Por un lado, tenía la pena de haber oído hablar a mis "niños" de aquella triste manera que me pareció tan vergonzosa… Por otra parte, me sentí tan ilusionada con la aparición de la figura de mi amada Fernanda, con su angelical aspecto, con sus delicados gestos, que por momentos me sentí tan dichosa…

»Nunca tuve temor, pero te confieso que hoy, menos miedo me produce la idea de escapar de este mundo donde creo que ya he cumplido mi ciclo. Intuyo, y como has podido comprobar tengo buena base para ello, que me están esperando y que la hora de que me juzguen está próxima. Yo que siempre me sentí tan cristiana, tan admiradora de la enseñanza de Jesús, suspiro para que el Maestro perdone mis faltas y tenga a bien sentarme a su derecha, donde dicen que se colocan los justos. Ahora, a mi edad, es lo único a lo que aspiro.

—Doña Mercedes —comentó Marcia—, su relato me ha conmovido y ha reforzado mi convicción de que podemos ser asistidos desde el más allá por nuestros seres queridos cuando llegue el supremo instante. Creo que ellos son avisados con antelación y con su amor, se apiadan de nuestros sufrimientos cotidianos. Por eso nos socorren en esa situación de tránsito

que anuncia el paso a la otra vida. ¡De verdad, qué experiencia más hermosa ha tenido usted! Creo que por sus actos, por su evolución en todos estos años, se ha hecho acreedora de experimentar ese sueño tan alentador. No sabe lo que me alegro, al igual que por saber que su hermana pueda estar presta para ayudarla en ese momento tan trascendente.

—Sí, hija mía —intervino la anciana—, aunque me siento muy apenada por la actitud que observé en mis hijos, lo cual, por desgracia y aunque se tratara de un sueño, no me sorprende en absoluto. Yo intenté educarles en unos valores que consideraba justos y acordes a la moral pregonada por nuestro Jesús, pero qué verdad es que cada uno es libre de seguir los pasos que quiera. Una madre puede ofrecer educación y lo más importante, su ejemplo, mas el que ve y escucha luego desarrolla su propia forma de encarar la vida. No sé si lo ocurrido esta noche constituirá para mí un anticipo de lo que ha de venir o si simplemente ha reflejado mis temores más escondidos. Sea lo que sea, oraré por ellos para que Dios les siga amparando. ¿Sabes una cosa que me duele en el alma? ¡Qué poco he disfrutado de mis nietos! Además, mi prole se ha ido desvinculando cada vez más de mí, sobre todo a partir de enviudar, justo cuando más necesitaba de sus visitas para no sentirme tan sola en una vejez que te atenaza y que te dificulta hasta los movimientos más elementales…

—Tiene usted mucha razón —contestó Marcia—, pero el tiempo sitúa a cada uno en el lugar en el que se merece.

—Sí, así es. Ese es el motivo principal de mi aflicción. Sin embargo, nosotras nos hemos hecho tan amigas en tan pocas semanas que hasta lamento no haberte conocido mucho antes. La verdad es que no sé qué hubiera sido de mí en estos meses si no te hubiera encontrado. Siento de veras que haya sido consecuencia de unos hechos tan dramáticos. Lo cierto es que os he contemplado sufriendo tanto, a ti como a Adriana, que al menos los que pasamos por circunstancias difíciles debemos apoyarnos para sobrevivir mejor. ¿No lo crees tú así?

—Desde luego, señora. Es muy natural que de las dificultades salgan buenas amistades, pues ellas nos permiten afrontar los problemas cotidianos con más fuerza que en soledad.

—Mira, Marcia, te confesaré un secreto. Por fortuna, mis hijos consiguieron establecerse adecuadamente en la economía y nunca han pasado por penurias como por las que yo sí tuve que transcurrir en mi juventud. Acompáñame a la cocina y ayúdame a caminar. Quiero mostrarte algo.

Una vez llegados allí, doña Mercedes se sentó y le señaló a nuestra protagonista con su dedo índice un lugar de la pared.

—¿Ves ese azulejo que se halla justo por encima de las flores? —indicó la anciana.

—Sí. ¿Qué ocurre?

—Ve palpando con tu mano. Si aprietas con suavidad en el sitio exacto, este se abrirá hacia fuera. Fíjate y comprobarás cómo dentro, en un hueco existente, hay un pequeño cofre metálico. Sácalo con cuidado y luego empuja el azulejo para dejarlo exactamente tal y como estaba, como si fuera uno más de la pared.

Marcia cumplió al pie de la letra las instrucciones aportadas por doña Mercedes hasta que completó el procedimiento que le había sido indicado.

—Bien, hija mía. No abras lo que contiene, por más curiosidad que puedas tener en tus adentros. Ahora, debes llevártelo a tu casa y guardarlo en un sitio seguro. Prométeme que solo lo abrirás cuando yo ya no esté en este mundo. Te lo pido como un favor especial. Si cumples con mi última voluntad, te aseguro que ese cofre te resultará muy útil en cualquier momento del futuro, yo diría que incluso a muy corto plazo.

—Pero, señora, no sé si aceptar. ¿Por qué habría de darme algo que por su aspecto debe ser muy valioso para usted? Me pregunto si no sería mejor decírselo a sus hijos. Ellos son sus herederos.

—Marcia, por Dios, si te lo regalo a ti es porque quiero, es mi libre voluntad. Te lo entrego con todo mi cariño. Es un presente que también le vendrá muy bien a tu pequeña. Si supieras el consuelo y la compañía que me habéis entregado en esta etapa de soledad. No hay nada material que pueda pagar esa inversión en caridad que habéis realizado con una pobre vieja como yo. Créeme de verdad, querida amiga. Ahora mismo, ofrecerte ese cofre es la mejor acción que puedo desarrollar.

—Está bien, doña Mercedes, no deseo disgustarla. Cumpliré con lo que usted me ha dicho y le doy mi palabra de que solo lo abriré cuando usted ya no esté aquí sino con su hermana mayor, allá en el paraíso que les corresponde a las personas de su bondad. Tiene que saber que me he emocionado con su gesto. ¡Si supiera lo feliz que me ha hecho esta conversación entre amigas!

De pronto, Marcia se derrumbó y apoyándose sobre la mesa se echó a llorar. A duras penas, logró articular unas frases.

—¿Sería usted tan amable de escucharme aunque solo fueran unos minutos? Tengo que contarle algo que no me deja vivir ni descansar, ni siquiera por las noches. Es algo terrible que me ha sucedido sin esperarlo, pero no malo por el hecho en sí pues tengo treinta años y soy joven sino por las circunstancias que me acompañan en este suceso…

Y así fue cómo nuestra mujer le fue detallando a la señora mayor todas las vicisitudes acerca de su nuevo embarazo, su tremenda ansiedad por las sensaciones que emanaba ante el acontecimiento y todo lo que ello podría conllevar cuando Fabio se enterara de la grave noticia. Al menos, pudo desahogarse y compartir su angustia con alguien que sabría comprenderla.

En este caso, doña Mercedes consoló a Marcia con todo su amor y la ayudó a contemplar su nueva coyuntura desde un punto de vista más optimista, haciéndole entender que si Dios había permitido que aquello sucediera debía existir una importante razón para ello. "Jamás la llegada de una nueva criatura

al mundo puede suponer un motivo de tristeza" —exclamó con convicción. Repentinamente, a la anciana se le iluminaron los ojos y como si hubiera recibido un golpe de intuición en la médula de su conciencia, se dispuso a hablarle a la futura mamá de un plan que su mente había hilado a toda velocidad.

—Ya sé lo que vamos a hacer —expresó con vigor la señora—. La sed se calma con agua y los "disgustos" se compensan con noticias favorables que reduzcan su impacto negativo. Creo conocer el alma de tu marido. Ya hemos hablado en muchas ocasiones de ello. Los viejos, por nuestra experiencia, sabemos calar a la mayoría de las personas. Cuando yo me haya ido de este plano, lo cual no tardará mucho en suceder, deberás esperar un día y a la mañana siguiente, comunicarle a Fabio la buena nueva acerca de tu embarazo. Evidentemente, si yo sigo entre los vivos tendremos que variar nuestro plan pues ya no podrás ocultar por más tiempo tu estado, pero en ese caso, lo hablaríamos sobre la marcha.

»Como es lógico, en cuanto se entere de lo que le tienes que decir, tu marido reaccionará con agresividad porque eso le recordará que es pobre y que no tiene trabajo. También le alterará porque le traerá a su cabeza el compromiso que tiene de hacer algo productivo pero para lo que no está dando ningún paso. En fin, todos sus fantasmas se le aparecerán de pronto. Pues bien, la clave estará en que cuando le observes más agitado deberás enseñarle el contenido del cofre. Estoy segura de que suavizará su actitud hostil y que hasta su rostro cambiará de expresión. No te puedo certificar que vaya a funcionar tal y como te he comentado pero se trata de mi intuición y quería compartirla contigo.

—No sabe usted la alegría que me proporciona —respondió con una sonrisa Marcia—. Ahora puedo sentirme más tranquila durante los próximos días. Quiera Dios que esta criatura que traigo en mi seno contribuya a mejorar nuestra situación, la de una familia que no es tal por voluntad de alguien

a quien conocemos, que se formó de un modo improvisado por los avatares del destino y que a pesar de lo sucedido en todos estos doce años, todavía no sé ni cómo no ha desaparecido. ¡Dios mío, tengo tantas dudas! Daría lo que fuera por saber si el nuevo ser que va a venir, va a traer más paz a mi hogar y no más luchas, discusiones o golpes sobre mi espalda o sobre la de mi pobre Adriana. ¡Que Jesús nos proteja tanto a mí como a mis hijos! Muchas gracias señora, siempre estaré en deuda con usted.

A la semana siguiente y coincidiendo con la segunda falta de Marcia, esta había dejado a Fabio durmiendo en la habitación por la mañana y acompañada de su chica adolescente, se dirigió a la cercana casita de doña Mercedes. Dada la confianza existente entre ambas, nuestra protagonista disponía de una copia de las llaves por lo que se dispuso a entrar con su hija. Al penetrar allí, le extrañó el sospechoso silencio que reinaba en el ambiente. Cuando alcanzó la estancia donde descansaba la anciana, todo era quietud, nada se movía. Con cierto temor pero con firmeza, la mujer tocó la frente de doña Mercedes y comprobó con su mano la frialdad del cuerpo de una persona que había abandonado la dimensión física hacía ya horas, al poco de anochecer.

Acongojada por el tremendo suceso pero manteniendo la calma, Marcia no quiso que Adriana evitara el trance de ver a aquella señora ya "desencarnada". Le permitió observarla, al tiempo que le exponía a la chica que la anciana ya no estaba allí y que lo que veía sobre la cama era tan solo el vehículo que le había servido de soporte en vida. Su verdadera esencia viajaría ahora por otros lugares, probablemente acompañada de su querida Fernanda, la hermana mayor con la que había soñado que vendría a recogerla unos días antes. Curiosamente, todo lo que le había anticipado acerca de su muerte aquella mujer que le dio cobijo el día de la paliza que le propinó su marido, se había cumplido al pie de la letra.

CAPÍTULO 9

EL COFRE MISTERIOSO

En la jornada posterior, una vez cumplimentados los trámites típicos que corresponden a estos lances, Marcia quiso cumplir con el consejo que le había dado aquella sabia y benefactora dama, ya desaparecida del mundo de la carne. Se levantó temprano y con una única idea en su cabeza: comentarle a Fabio las novedades con respecto a su estado. Había llegado el momento idóneo, pues demorar la noticia por más tiempo tan solo podría agravar la situación.

A pesar de que la anciana había fallecido, Marcia ni siquiera se había atrevido a abrir aquella cajita misteriosa. Dándole vueltas al asunto, se decidió finalmente porque resultara su marido el que abriera el cofre y que fuera lo que Dios quisiera. Desde luego, lo que más temía de todo aquel embrollo es que a Fabio le cegara la ira, no pudiera contenerse y que concluyera la situación agrediéndola, con el correspondiente peligro que eso podría implicar para la criatura que albergaba. Ya ni siquiera le importaba ser ella la violentada sino "¿qué pasaría si era el feto el que recibía algún mal golpe y le ocasionaba alguna lesión irreversible?" —pensaba nuestra protagonista ante lo que se le venía encima.

Armándose de valor aunque muy nerviosa, esperó a que se despertara y cuando él estaba a punto de desayunar se dispuso a hablarle:

—Fabio, perdona que te moleste pero tengo que decirte algo importante.

—¿Importante? ¿Para quién? ¿Para ti? Aquí lo único importante es que llevo dos meses sin trabajar y que el dinero se acaba. Lo demás, poco me puede interesar. Además, me duele la cabeza mucho. No me fastidies con tus estúpidas historias.

—Siento lo de tus migrañas pero es que necesito comentarte un asunto cuanto antes.

—Espero que sea algo bueno porque si no es así, vete preparando. ¿Sabes? Cada vez estoy más harto de ti y de tu hija, que cómo no, es un calco de tu figura. ¿Qué casualidad, verdad? Todo el santo día, seguro que intentando predisponerla contra mí. Vaya asco, tener el enemigo en mi propia casa. Bastantes problemas me causáis teniendo que vestiros y alimentaros a mi costa.

—Verás… ¿recuerdas aquella noche en que regresaste de la calle muy tarde y ni siquiera quisiste hablar conmigo, sino que echaste a Adriana de la cama y me tomaste inmediatamente?

—Pues no, ahora mismo no estoy para recordar nada. Pero ¿a qué viene eso? ¿Qué me quieres decir, desgraciada? ¡Eh! No me gusta nada el aspecto de tu mirada. No sé, pero por tus ojos seguro que me estás advirtiendo sobre algo que no me conviene en absoluto. Ten cuidado con lo que me cuentas o te arrepentirás.

Marcia se dirigió a la puerta de la cocina donde se hallaban conversando para cerrarla, a fin de que si se producía algún incidente, la adolescente que estaba durmiendo no les escuchara.

—Mira, Fabio —expresó la mujer que llevaba a mi maestro en sus entrañas—, tan solo quiero decirte que producto de lo ocurrido aquella madrugada…tengo ya dos faltas… es decir, que estoy embarazada desde hace unos dos meses.

—¿Cómo dices? —preguntó en actitud furiosa su marido—. ¡Maldita furcia! Tú me buscaste con tus artimañas y me emborrachaste aquella tarde para conseguir a tu hija y ahora, doce años después, me has vuelto a embaucar con la misma técnica diabólica. Esto es más de lo que puedo soportar… ¿Será posible? Pero, qué asco, no recuerdo nada de esa condenada noche… por más que intento hacer memoria… ¡eh, un momento! Esto puede haber sido peor… si no me acuerdo de nada de lo que tú comentas que yo hice y en cambio, tú estás preñada… eso quiere decir… ¡que me has engañado con otro!… porque yo no sería tan estúpido como para traer al mundo a otro crío con lo mal que estamos de dinero…

—Mira —reflejó Marcia llorando con profunda amargura—, de ti podía esperarme cualquier cosa, pues mi capacidad de asombro contigo, por desgracia, cada vez es menor, pero que me acuses de haberme acostado con otra persona, ya es el colmo… esto ya lo supera todo… cuando mis manos jamás han puesto sus dedos sobre otra piel que no haya sido la tuya, cuando incluso al cruzarme con un hombre por la calle bajo los ojos y aparto la mirada, cuando a pesar del daño tremendo que nos has hecho en todos estos años a mí y a Adriana me he seguido entregando a ti en cuerpo y alma, sin rechistar… pero ya veo que cuando uno está completamente bebido es capaz incluso de olvidar las cosas más importantes que hace.

—¡Cállate ya zorra o te rajo en canal! ¡No sigas hablando! Eso es lo que eres… una víbora mentirosa capaz de liarme con tus enredos. Me da igual cómo haya sido, pero me has engañado y me has arrojado encima una preocupación. ¿Crees que no conozco tu técnica? Eres una especialista en crear problemas y cuando estos te superan, me los lanzas a mí para que los resuelva, pero te juro que esta vez no te vas a burlar más de mí porque yo sé cómo quitármelo de en medio…

La cara de Fabio fue cambiando de la contracción a la crispación y de esta a la ira más furibunda. Por unos segundos,

pensé que acorde al libre albedrío de los seres humanos, todo el plan trazado por Rafael se malograría y se interrumpiría bruscamente por obra de un ser salvaje, esclavo de sus reacciones más atroces.

Creí que aquel asunto que había estudiado con tanto detenimiento y toda nuestra misión quedarían allí cercenados, justo delante de mis ojos y al poco tiempo de viajar yo junto a la dimensión física… Era como si todo el esfuerzo invertido por mi maestro no hubiera servido para nada, aplastado por la voluntad de una criatura tan primitiva cuya aura negra estaba a punto de reventar y alcanzarnos a todos con sus despojos de suciedad moral.

La tensión se incrementó tanto que el hombre tomó un vaso que estaba sobre la mesa de la cocina y empezó a apretarlo con tanta fuerza con su mano derecha que le estalló, provocándole diversas heridas que le hicieron sangrar profusamente. Aprovechando los instantes de confusión de su marido, el cual se arrodilló sobre el suelo debatiéndose entre la rabia y el dolor, Marcia se retiró asustada hacia atrás, a una distancia prudencial y tras sacar rápidamente de un cajón el enigmático cofre que la noche anterior había trasladado de su escondite original hasta allí, se atrevió a decirle:

—Por favor, Fabio, tranquilízate, te lo ruego. La criatura no viene sola. Antes de morir, doña Mercedes me regaló esto. No sé lo que contiene pero conociéndola, debe ser algo de valor. Ella insistió mucho en que te lo entregara cuando te diera la noticia sobre mi embarazo.

—Esa estúpida vieja te dominaba con sus malas artes —exclamó aquel brutal sujeto mientras trataba de contener la hemorragia apretando fuertemente un trapo—. ¿Qué puede ser bueno que provenga de esa desgraciada?

—No lo sé, pero no puede ser malo, estoy convencida. Además, ella siempre fue muy tierna conmigo, aunque no te lo creas.

—Dame eso, antes de que te lo quite por la fuerza. Maldita sea, está cerrado. No puedo forzarlo con una sola mano. Tendré que destrozarlo o tirarlo contra algo duro.

—No, por favor, tranquilo, no quiero que lo rompas. Es una caja muy bonita que me gustaría conservar, en recuerdo de esa bella persona. Toma, aquí tienes la llave con la que podrás acceder a su contenido.

Fabio tomó la llave e inconscientemente, se dio la vuelta para descubrir a solas el secreto de lo que se hallaba guardado en el interior del cofre. Entonces, el gesto del marido de Marcia fue cambiando desde la ira hasta la sorpresa para transformarse por último en una risa de lo más sardónica.

—Aaahhh… ja, ja, ja… —rompió a gritos Fabio—, ya me da igual ese niño o la cosa que venga. Aquí hay algo realmente valioso. ¡Endiablada anciana, quién lo diría… a sus años y ocultando tanto dinero en su casa, la muy sibilina! Seguro que fue aprovechándose de su pensión de viuda para ir ahorrando y ahorrando sin gastar un solo cruzeiro… Pero si será imbécil la vieja… ¿cómo se le ocurrió regalarte toda esta cantidad de billetes, a ti, a una desconocida? Ese vejestorio debió perder la cabeza en los últimos meses…

—Me temo, Fabio, que aunque te lo explicara varias veces, creo que no llegarías a entenderlo. Además, tú ni siquiera la habías tratado. ¿Cómo puedes hablar con tanta ligereza de alguien con quien ni te has relacionado?

Pero su esposo ya no estaba en la conversación, se hallaba ensimismado, hasta había olvidado el dolor por las heridas en su mano. Se la lavó con rapidez, se vendó los cortes y se sentó en la mesa preso de la ansiedad. Esparció sobre el mantel todos los fajos de billetes que estaban atados y los fue ordenando según su valor, con el fin de calcular el importe exacto de lo que allí se acumulaba.

Tras unos minutos de hacer cuentas y más cuentas, ante la mirada atónita de su esposa que contemplaba la escena con

cara de asombro pero también de profundo agradecimiento, aquel energúmeno pareció calmarse. Se encontraba como obsesionado, pensando en lo que podría hacer con aquellas cantidades en metálico. A continuación, Marcia elevó una oración de gracias en honor de una persona que con su natural bondad, había tomado la decisión solo una semana antes de donarle los ahorros de sus últimos años. De este modo, cuando parecía presagiarse un decorado de violencia desatada protagonizado por Fabio, un hombre que por no asumir su responsabilidad incluso había dudado de la fidelidad de su compañera, la situación se transformó en un ambiente de contenida alegría debido al dinero que por sorpresa había entrado en aquella casa. Por fin, la enorme tensión acumulada por la noticia de la próxima presencia de mi maestro, se había disipado por completo hasta dejar en ese hogar una atmósfera de mayor relajación.

—¡Es increíble! —remarcó Fabio—. He estado haciendo sumas y aquí puede haber dinero para vivir tranquilamente y sin preocupaciones un año o más, según al ritmo que se gaste. ¡Qué bien! Al fin una buena noticia. Relax, mucha calma, que eso es lo que le faltaba a esta casa. Es un período más que suficiente para encontrar un trabajo que no resulte muy incómodo pero que nos permita llevar una vida digna. Bueno, ya veremos. Te diré una cosa muy seria, Marcia. Desde hace mucho tiempo para acá, nada más que he tenido disgustos con la "gestión" que tú has realizado de mis ingresos. A partir de hoy, seré yo el administrador. Hay demasiados billetes aquí delante como para dejarlos en unas manos tan irresponsables como las tuyas. Cualquiera podría pensar que incluso antes de asomar esa "cosa" que llevas dentro, ya te lo habrías gastado todo. No te "preocupes", que ya le buscaré yo un buen escondite. Cuando necesites algo, me lo pides, que yo sabré lo que tengo que darte.

—Fabio —respondió la mujer—, no pretendo contradecirte, pero esa generosa donación fue para los tres y para el que está por venir, no solo para ti. ¿No crees que acapararlo

todo por tu parte sería faltarle el respeto a la última voluntad de doña Mercedes?

—Cállate, idiota, si no fuera por ti no me vería ahora en esta coyuntura de tener que alimentar otra boca más dentro de siete meses. ¿Y encima te atreves a cuestionar mi decisión? ¿Quieres que estemos de nuevo en la ruina por tu desastrosa intendencia? ¿Crees que por estar embarazada no voy a golpearte si es necesario? Yo velaré por ese dinero, imbécil. En tu poder no sé ni cuánto duraría. No creas que soy tan torpe. Hace años que me he dado cuenta de que solo tienes ojos para tu hija y dentro de unas semanas serán para Adriana y para el que venga. Y mientras, yo, abandonado a mi suerte y obligado a buscarme la vida.

»¿Qué sería de ti, desgraciada, en manos de un perturbado como tu padre? ¿Acaso no te has puesto nunca a pensar en ese "detalle"? Yo te recogí de la calle que era tu sitio natural porque no podías vivir ni en tu propia casa. ¿Sabes una cosa? De no haber sido por mí, ahora estarías mendigando por ahí, robando en las tiendas como una vulgar ladrona o peor aún, vendiendo tu cuerpo al mejor postor por un trozo de pan con el que saciar tu hambre. Anda y da gracias al destino que hizo que te cruzaras conmigo. A pesar de mi terrible historia llena de disgustos, amargado por el trato que la existencia me había dado, aún así, me fijé en ti y te recogí de entre la miseria que constituía tu ambiente. Y encima me hablas de compartir este dinero… venga ya… ¡no seas más estúpida de lo que pareces! Y ahora, quédate aquí en la cocina hasta que yo vuelva, cierra la puerta y no se te ocurra salir. Voy a buscar un buen lugar para ocultar todos estos billetes. Ya me previnieron en el orfanato para que mantuviera siempre alejado el dinero de cualquier mujer preñada porque... gastan sin control. ¡Como para fiarme de ti!

Al poco, el marido regresó con aspecto risueño, ilusionado con el escondrijo que había hallado para el dinero y seguro de que quedaba a buen recaudo.

—Ya está. No sabrías donde lo he guardado ni con la ayuda del mejor adivino. ¡Bueno, esto hay que celebrarlo! Me voy al bar. ¡Qué gran noticia! Tú eres la que lleva el niño dentro de ti así que cuida de él, no vaya a ser que sufras un inesperado accidente. ¡Ja, ja, ja…!

Al observar yo con atención aquella tremenda escena, me llevé las manos a la cabeza. ¡Dios mío, qué trabajo me estaba costando aceptar lo que mis ojos estaban contemplando! ¡Y eso que acababa de aterrizar en aquel decorado físico! ¡Qué inmensa paciencia debía tener el Creador con alguna de sus criaturas! —me decía a mí mismo. Os confieso que ante la visión de aquel lamentable espectáculo, lloré de impotencia, pues temía que todo lo que había escuchado supusiera tan solo una pequeña introducción de lo negativo que podría venir en el futuro. Y es que por más que mi maestro me hubiera mostrado escenas en "Nueva Europa" del pasado de ese espíritu con forma masculina, era muy diferente a presenciarlo inmerso en la realidad. Desde luego que aquella misión de rescate no iba a tener nada de sencillo.

Al mismo tiempo que pedía ayuda a Dios para que me diera fuerzas, para que mi pensamiento no tratara de escapar de tanta brutalidad, me acordé de Rafael, "embutido" por momentos en el útero de Marcia. El hecho de haber aceptado tal cometido, complicado desde cualquier perspectiva que se enfocara, señalaba a las claras su superioridad moral y por ende, la enorme seguridad que poseen este tipo de seres tan especiales en sus facultades, aspecto que por supuesto no sucedía conmigo, ya que la simple escena a la que me había expuesto me había provocado una angustia tremenda. Mi maestro debía haber librado tantas batallas en el ayer, debía haber conseguido tantas conquistas sobre sí mismo a fuerza de pundonor y de superar escollos, que ahora disfrutaba por méritos propios de la posibilidad de continuar evolucionando asumiendo retos para mí imposibles de aceptar, al menos por el momento.

No obstante, pretendiendo acostumbrarme cuanto antes a los fluidos tan negativos emitidos por Fabio, le seguí en sus andanzas de aquella jornada. Tras la noticia de la insospechada "herencia" que había recibido, nuestro protagonista consideró que ese día tenía que ser a todas luces festivo.

Así, el muy inconsciente no tuvo otra ocurrencia que dirigirse hacia su bar preferido y pasados unos minutos empezar a invitar a todo aquel que entraba en el local. Su frase expresada a plena voz "voy a ser padre, todos a beber", se repitió hasta la saciedad durante horas y horas como eco en las montañas. De todos los presentes en aquel tugurio, yo era el único que me daba cuenta de la falsedad de su mensaje, de la mentira de sus palabras, pues lo único que celebraba este sujeto era el ingreso inesperado de una suma cuantiosa de dinero en sus bolsillos. Nada que ver, desde luego, con el embarazo de su esposa, a la que había vuelto a humillar relegándola a un papel indigno al acusarla de embustera, de mala administradora e incluso de furcia. Yo, que había seguido sus pasos desde que había salido de casa, ya había observado que para agasajar a tanto aprovechado y dejar correr tantos litros de vino por las sedientas gargantas de los convidados, Fabio había tenido que gastar un buen puñado de billetes de esos que tanto sacrificio le había llevado ahorrar a la bondadosa de doña Mercedes.

Nuestro insensato protagonista se había gastado en el bar entre bromas y alcohol, casi todo el dinero de la parte que había tomado aquel día para celebrar la "herencia" recibida, aunque tratara de justificarse a sí mismo argumentando que lo hacía para festejar el segundo embarazo de su mujer. Así, cuando llegó la oscuridad, no tuvo otra idea que la de dirigirse a uno de los burdeles de la ciudad a fin de rematar el día con una conclusión eufórica, placentera, muy acorde al carácter extremista que con frecuencia exhibía este hombre, tan radical en su laxitud para buscar trabajo como para amargarle la existencia a su familia con sus continuas humillaciones e insultos.

Confieso que ni siquiera penetré en aquel antro. Los fluidos viscosos que salían del interior y la presencia de múltiples "invitados" del plano inmaterial que parecían defender su "terreno" de dominio con uñas y dientes, me hicieron desistir rápidamente de contaminarme con aquellos efluvios tan perjudiciales. Mientras aguardaba fuera la salida de Fabio de ese lugar, reflexioné sobre aquella jornada en la que me había enfrentado a un buen número de experiencias que cuando menos y a mi entender, implicaban un aprendizaje por observación.

Pasado un tiempo, ya en plena madrugada, continué el rastro de aquel hombre que dando pasos irregulares se desplazaba a pie a su casa, tras haber saciado todos los instintos que el cuerpo le había reclamado, eso sí, respondiendo a la simple demanda de su espíritu primitivo. En esta ocasión, tampoco pude olvidar fácilmente otra página lamentable del ambiente familiar que se produjo a tan intempestiva hora.

Fabio se introdujo medio inconsciente en su domicilio y al meterse en la cama, tropezando más de una vez, despertó con el ajetreo a su esposa. En pocos segundos, Marcia percibió los olores encontrados de un aliento bañado en alcohol junto al fuerte perfume de alguna de las chicas del prostíbulo con la que su marido había yacido. No pudo evitar ponerse a llorar en silencio, mostrando con sus abundantes lágrimas la desgracia que constituía su matrimonio. Sin aguantar más la tristeza que la embargaba, lo único bueno que pensó es que esa noche su acompañante no la acosaría para tener relaciones sexuales, pues ya había satisfecho ese tipo de impulsos. Me daba la impresión de que el estado de embarazo de la mujer tampoco hubiera refrenado esa tendencia, pues cuando este ser bebía sus pasiones más impetuosas quedaban al descubierto.

Durmiendo boca arriba y emitiendo unos ronquidos característicos de su estado que imposibilitaban descansar al que permaneciera a su lado, de nuevo se repitió una escena

más que acostumbrada. Marcia no pretendió alargar esa tortura, por lo que salió a los pocos minutos de la habitación y se fue a dormir a la estancia contigua con sus dos hijos, la una, Adriana, una bendición de Dios y el otro, el futuro Daniel que anidaba en su seno, un "enviado" del Todopoderoso.

CAPÍTULO 10

APRENDIZ SILENCIOSO

Las semanas fueron transcurriendo conforme la preocupación de nuestra mujer fue aumentando. No tenía ningún control sobre el dinero que estaba depositado en no se sabe qué escondrijo pero pensó con toda lógica, que cada jornada quedaría menos, porque no había ingresos en el hogar, el alquiler de la casa debía ser pagado puntualmente y como ocurriese en el pasado, el extenso tramo de ocio le sentaba fatal al cabeza de familia, pues este, en vez de mostrarse activo para lograr un empleo, anestesiaba la ansiedad por la incertidumbre futura sumergiéndose casi a diario en los vapores etílicos de la bebida.

Como sucede en muchos seres encarnados, las etapas de inactividad, muchas veces buscadas por voluntad propia, se convierten en auténticas torturas tanto para el cuerpo como para la mente. No solo no dedican esos períodos a actividades formativas o de aprendizaje sino que comienzan a incubar dentro pensamientos de todo tipo pero que suelen distinguirse por su fuerte carga de negatividad. Finalmente, un buen número de esas personas calman esa angustia procedente del vacío aspirando a alcanzar un estado de adormecimiento. Es la única forma que tienen de acallar la voz de la conciencia que nunca desaparece ni en el peor de los escenarios y que como instrumento divino que conserva toda criatura dentro de sí, les

habla a las claras de sus desvíos y de la urgente necesidad de un cambio.

¡Ay, amigos! Comparto esta reflexión con vosotros porque lo viví muchas veces en "Nueva Europa", cuando como enfermero me tocaba asistir a numerosos "desencarnados" que arribaban a nuestra colonia en lamentable estado tras dejar sus cuerpos agujereados por los impactos de las drogas. Precisamente, son esas fases de desidia las más proclives para sembrar las semillas del estancamiento en su espíritu. No saben o se niegan a reconocer por comodidad, que a la larga, el olvido de sí mismos y de la realidad tan solo engendra auténticas monstruosidades.

Salvo el sufrimiento de Marcia y también el de Adriana, que ahora y a sus doce años velaba por su madre y la ayudaba en todas las labores del hogar, pero que por su edad ya se había dado cuenta de las miserias morales que la rodeaban merced a la detestable conducta de su padre, nada cambió, lo cual ya de por sí resultaba preocupante.

A los tres meses de convivir con aquel núcleo familiar y en su ciudad, tuve un encuentro de claridad. Paseando por uno de los jardines cercanos para absorber las buenas vibraciones de los árboles y las plantas, sentí una presencia consoladora a mis espaldas. ¡Dios mío, era mi maestro! Inconscientemente, me arrodillé ante su luminosa figura y empecé a llorar de alegría como un crío.

—¡Maestro, maestro! ¡No sabes cuánto te he echado en falta! Me he sentido tan solo todo este tiempo. Ay, Rafael, lo que he visto es muy duro. Nunca me hubiera imaginado lo brutal de este drama y que tanto tú como esas dos mujeres estáis experimentando. Tengo que decirte que presenciar esta situación no tiene nada que ver con visionarla como hacíamos arriba al proyectarse la película de los hechos. He tenido la percepción de que la intensidad de este "teatro" tan real de la vida me sobrepasaba por todas partes. No sabía ni cómo

desahogarme, por eso a veces he tenido que recurrir a las lágrimas, como forma de sacar de mis adentros toda la pena que me suponía observar todo este panorama desolador, atravesado por el atroz egoísmo y la inconsciencia de este personaje tan deprimente.

—¡Eh, mi joven aprendiz! ¿Quién te dijo que esta misión sería fácil? Ya sé, una cosa es ver una película sobre unos hechos y otra bien distinta vivirla en directo. ¿Verdad, Manuel? No es lo mismo que te hablen de un lugar conflictivo que viajar a ese mismo sitio y contemplarlo tú mismo con tus propios ojos. ¡Ánimo, levántate, esto no ha hecho más que empezar! No puedes desfallecer tan pronto. Al principio te resulta duro porque la diferencia entre vivir en una colonia espiritual y hacerlo en esta atmósfera de pruebas resulta abismal. Pero creo que lo peor ha pasado para ti. Una vez que me he ido reajustando al cuerpo de Marcia, me será más fácil hablar contigo e intercambiar impresiones. Tranquilo, con frecuencia los primeros instantes en una misión son los más complicados; luego, sobreviene la adaptación y después, acabas por amar tu trabajo.

Ese encuentro con mi tutor fue para mí fundamental. En mi calidad de enfermero en "Nueva Europa", había asistido a escenas lamentables de espíritus confundidos, muchos de ellos exhaustos, otros obsesionados y algunos hasta reacios a cualquier consejo y de corazón endurecido, pero la exposición a la figura y a las pésimas vibraciones de Fabio me había superado, aunque fuera solo por un período. Decididamente, ya me había olvidado de los sinsabores de la vida orgánica y presenciar durante semanas el desarrollo diario de un núcleo familiar en el que faltaba ni más ni menos que la armonía, me desestabilizaba. En cualquier caso, volver a ver a Rafael implicó elevar mi estado de ánimo. Me cargué de argumentos y sobre todo de fuerzas para proseguir con mi cometido. Tuve la impresión de que mi maestro apareció en el momento

oportuno, cuando las dudas me asaltaban. Y es que en la dimensión espiritual son unos auténticos expertos en el arte de dominar los tiempos.

Muy cerca del alumbramiento de aquel niño destinado a modificar el rumbo de la nave en la que viajaban un hombre y dos mujeres, ocurrió un suceso importante que afectaría a la travesía de aquel barco. Serginho, el camarero que trabajaba en el bar al que solía acudir Fabio, llevaba unos diez años contratado en aquella taberna de barrio. Con el paso del tiempo y las visitas tan frecuentes de nuestro protagonista, ambos habían llegado a trabar una estrecha amistad, típica de almas afines tanto por su carácter como por sus intereses. Aquella tarde, fui testigo de una interesante conversación en el local entre los dos personajes y que se desarrolló como sigue:

—Oye, amigo —comento Serginho mientras le servía a Fabio una nueva consumición—. Te diré una cosa: puede que mi destino cambie en cuestión de horas.

—¿Por qué lo dices? ¿Cómo es eso?

—Bueno, ya sabes que soy hijo único. Mi padre lleva ya varios meses muy enfermo. No es ninguna sorpresa para mí. Sin embargo, mi madre me ha hecho saber que en esta ocasión, la situación se ha agravado más de lo habitual y que se teme lo peor. Ya le he pedido permiso al jefe. Mañana a primera hora me desplazaré a la metrópoli para reunirme con ellos. No es que me una un especial vínculo con él pero ya me entiendes, esas cosas de la muerte y de estar junto a los moribundos. Bueno ¿y tú qué vas saber si no tienes ninguna familia de origen? Ja, ja, ja…

—Hoy estás muy "gracioso", según parece, y eso que tu papá se está despidiendo de este asqueroso mundo…

—Vale, era una broma, hombre. En fin, voy al grano. Lo que me preocupa de este asunto es su negocio. Se trata de un pequeño local de alimentación que ahora solo abre al público cuando mi madre puede atenderlo. Como mi padre requiere

muchos cuidados y horas de atención, está claro que la situación no puede continuar así. Mira, Fabio, he estado dándole vueltas al asunto y aunque no me vaya a hacer rico gestionando ese comercio, lo cierto es que podría vivir más relajado. Además, algo muy importante: no tendría que aguantar a nadie impartiéndome órdenes todo el día. ¿Lo comprendes? ¡Sería mi propio jefe! Es una ocasión única para ser independiente. No sé si a mi padre le queda mucho o no para morir, pero como no tengo hermanos, ese empleo me pertenece. ¿Qué te parece, qué opinas tú de todo este embrollo?

—Mira —contestó Fabio con desdén—, si te digo la verdad no sé qué pensar. No me incumben tus asuntos; si tú quieres cambiar y estás convencido de que te va a ir mejor, pues me alegraré por ti pero no puedo decirte más. ¿Acaso crees que soy un consejero o tal vez un adivino? Además, a mí no me gusta vivir en la metrópoli. Resulta todo más agobiante, hay más gente, más coches, más prisas… Prefiero la tranquilidad de esta ciudad. Las cosas van más lentas pero son más reposadas.

—Vamos a ver, hombre. No te estás enterando de adónde pretendo llegar. Me explicaré algo más porque veo que hoy no estás muy lúcido. Párate un momento y piensa. Si yo me voy definitivamente de aquí… ¿qué ocurrirá?

—Y yo que sé, Serginho… pues que tu jefe tendrá que buscar a alguien que te sustituya, supongo. Ya se las arreglará, aunque creo que te echará de menos, porque lo cierto es que nunca le oí quejarse de ti.

—A eso voy. Tú y yo somos amigos ¿verdad?

—Sí, claro, desde hace tiempo. Son muchas copas las que me has servido y algunas ni me las has cobrado… ja, ja, ja…

—Entonces, eso quiere decir… que tú no tienes trabajo y que si yo le hablo al dueño de ti… como él confía en mí y aprecia mi opinión… ¡conclusión! Yo podría recomendarte para este empleo. ¿Sí o no? ¡Responde!

—Ya. Pero ¿por qué él habría de hacerte caso?

—Venga ya… por lo mismo que tú has comentado antes… porque son muchos años junto a él, soportando sus órdenes sin rechistar y cumpliendo con sus encargos. Él sabe que de no haber sido por mí, este local no habría funcionado o habría perdido clientela… ¡Eh, que la simpatía es fundamental para este tipo de negocios y a mí de eso me sobra! Antes de que me largue, ese viejo tendrá que concederme ese último favor. Te lo garantizo. Oye, pero ¿tú estás dispuesto a aceptar esa faena? ¿Me estás escuchando? A ver si mi labor va a ser estéril y yo voy a quedar mal porque a ti todo este asunto te da igual…

—No, no, no. Yo no he dicho nada al respecto. Pero ahora que lo comentas, no estaría mal, pues ya he trabajado como camarero y no sería nada nuevo para mí. De tanto tiempo que he permanecido aquí como cliente, ya me sé de memoria la dinámica de este lugar. El viejo es un poco insoportable pero el primer jefe que tuve tampoco era un prodigio de amabilidad. Después de todo, yo me crié en un orfanato. ¿Qué podría frenarme a mí, que he sobrevivido sin padres, sin familia ni muchas otras cosas? Pensándolo bien, me harías un gran favor, Serginho, sobre todo por lo cerca que me coge este local de mi casa. Podría venir todos los días a trabajar a pie y regresar de la misma forma. ¡Bueno, no quiero hacerme ilusiones, haz lo que tengas que hacer!

—Bien, Fabio. ¡Déjalo de mi cuenta! Si la semana que viene no estás aquí contratado, te pago una noche completa en el burdel de la esquina y con la mejor mujer que elijas.

Con una pícara sonrisa, compartida entre aquellos dos espíritus afines, finalizó la conversación que marcaría el destino de ambos y por supuesto, el desarrollo de mi misión.

CAPÍTULO II

RONDAS NOCTURNAS

La historia de aquellos personajes prosiguió su curso. Por fin, el acontecimiento esperado se produjo. Un niño sano y de características biológicas absolutamente normales salió del cuerpo de su madre y tomó aire de una atmósfera dominada por los impulsos primarios del egoísmo y del orgullo, correspondientes al planeta en el que mi maestro veía los primeros rayos de la luz del sol. Marcia recibía a su hijo con ilusión, pero dadas las circunstancias, con la esperanza de que en el futuro no llegaran más, no fuera a ser que el ambiente se enrareciera y la integridad de los miembros de esa familia peligrara debido a los impulsos salvajes de Fabio. El nombre asignado al recién nacido fue el de Daniel, tal y como el propio Rafael había adelantado, el cual seguro que se valió de algún mecanismo para inspirar a su padre, que fue quien eligió llamar así a la nueva criatura.

Por otra parte, la noticia de la muerte del progenitor de Serginho se conoció a los pocos días, por lo que este se mudó a la metrópoli tal y como tenía planeado, tomando posesión de su nuevo trabajo como responsable del negocio que hasta ese momento había sido de su antecesor. Como le había prometido a nuestro protagonista, el ya antiguo camarero, utilizó su proverbial capacidad para la palabra, reforzada a lo largo de los años atendiendo a tantos clientes, para hablar con

su jefe y recomendarle que contratara a Fabio como nuevo empleado de su bar.

Nunes, pues así era conocido por su apellido el dueño del establecimiento, no se fiaba mucho del marido de Marcia. Y es que más de una vez le había visto salir de allí con la pesadez del alcohol a cuestas. Sin embargo, sabía que Fabio vivía junto a su negocio, lo que le facilitaría su tarea. Este le prometió en sincera charla desempeñar a la perfección su trabajo. Evidentemente, una cosa era acercarse a la taberna para beber, jugar a las cartas o pasar el tiempo y otra bien distinta llegar allí para desempeñar una labor por la que iba a recibir un salario.

Por fin y tras algunas dudas, presionado porque en esos momentos no conocía a más candidatos disponibles para ese puesto, se decidió a contratarle, eso sí, advirtiéndole de que si en algún momento le sorprendía bebiendo le despediría de inmediato. Fabio aceptó el reto y coincidiendo con la aparición de una boca más que alimentar, comenzó a desarrollar su tercer trabajo en aquel local en el que había pasado tantas horas como cliente.

Mas las sorpresas no se terminaron aquel día en el que nuestro protagonista inició su tarea como camarero. Cuando supe de lo sucedido, tuve una intuición más que poderosa. Con el acontecimiento que ahora voy a relataros y aprovechando las circunstancias que se produjeron, de alguna forma se estaba allanando el camino a nuestro hombre, a fin de comprobar si realmente este se decidía por darle un singular giro a su trayectoria vital.

De este modo, una noche me sentí especialmente inquieto. Habían transcurrido tres semanas exactas desde el nacimiento de mi maestro y efectuando un paseo de madrugada por las cercanías de la casa donde habitaba la familia, me sorprendí cuando descubrí al señor Nunes sentado en el suelo, justo delante de la puerta de su local. Al acercarme, me di cuenta de que tenía la mirada perdida, encontrándose como ensimis-

mado, absorto en sus pensamientos. Tampoco observé ningún cordón luminoso que saliera de su cuerpo. Empecé a preguntarme si de verdad había sucedido lo que ya sospechaba.

Mi súbita reflexión me empujó a penetrar en el bar, busqué por todos los rincones y al dirigirme a la despensa, en efecto, allí estaba sobre el suelo el cuerpo de Nunes tumbado boca arriba con los ojos abiertos y su mano derecha sujetando la zona correspondiente a su corazón. Aquel día era el único de la semana en el que cerraba el local, tanto para descansar él como su empleado. Es seguro que acudiría allí por alguna razón que en ese momento yo ignoraba. Por motivos que solo el cielo sabía, había sufrido un infarto fulminante que había acabado con su existencia física en cuestión de segundos.

Salí rápido, me puse justo enfrente de su silueta, pero no me miraba. Intenté explicarle con delicadeza y sencillez lo que le había sucedido, pero mi intento resultó estéril. Como si permaneciera sordo a mis mensajes o ciego a mi presencia, se levantó del pavimento lentamente y con mucha dificultad. Una vez erguido, agachó su cabeza y se desplazó hacia otra parte de la ciudad alejándose de mi zona de influencia. Decididamente, se hallaba en pleno proceso de turbación y por más que quisiera no iba a lograr atraer su atención. Me quedé pensativo, pero intuí que ya llegaría el momento en el que por su propia voluntad o por ayuda ajena, abriría los ojos de su alma y contemplaría la realidad de su novedosa situación.

A la mañana siguiente, nuestro protagonista, que era el encargado de abrir temprano el negocio, se llevó una de las mayores sorpresas de su vida, al contemplar el cadáver de su difunto jefe tendido sobre el suelo de la despensa del local. Como el señor Nunes no tenía esposa porque era viudo, fueron avisados sus tres hijos a fin de completar los trámites legales y darle sepultura. La familia del hombre que había sido víctima de una muerte tan repentina no deseaba tener complicaciones. Por fortuna para Fabio, no quisieron perjudicarle. Aunque les

hubiera gustado vender aquel pequeño local perteneciente a su padre, fueron lo suficientemente sensibles a la coyuntura del empleado y tras visitar la modesta casita en la que comprobaron la bondad de Marcia y de Adriana, así como la presencia de la nueva criatura, acordaron tomar una decisión.

De este modo, el bar seguiría funcionando como propiedad de los hijos del antiguo dueño, asignándosele a Fabio la explotación del mismo. Este debería pasarles a los arrendadores un porcentaje mensual de las ganancias obtenidas, al tiempo que le daban completa libertad para que gestionara el establecimiento a su voluntad. Acorde a la clientela y a la previsión de ingresos medios, se estimó la parte que percibiría Fabio, de modo que este no atravesara por dificultades económicas para sostener tanto a su esposa como a sus dos hijos.

¿Sabría nuestro hombre administrar esa nueva oportunidad que el destino le brindaba al permitirle manejar un negocio de forma autónoma y sin tener que cumplir las órdenes de un jefe? En un santiamén, la "suerte" de Fabio había cambiado como de la noche al día. Yo pensé que con que invirtiera su esfuerzo en mantener operativo aquel local, una vez asegurado su sustento, podría dedicar más horas a cambiar por dentro, a pulir sus enormes defectos, aspecto que por supuesto requeriría de él un tremendo sacrificio pero que merecería la pena con vistas a un futuro progreso evolutivo.

Nuestro protagonista no quiso contratar a nadie. Eufórico por el acuerdo alcanzado con la familia Nunes, se cargó de ilusiones y se contempló con la suficiente fuerza como para sobrellevar aquella tarea. Después de todo, era joven y contaba con treinta años de edad, aunque yo no dejaba de preguntarme por lo que ocurriría con su trabajo. ¿Qué sucedería a partir de ese momento? ¿Tendría que ver algo Rafael con los últimos hechos acaecidos? En fin, ya llegaría la ocasión de preguntarle.

Unas semanas después, la situación en aquella coyuntura tan especial era la siguiente: el bar se había puesto en marcha

de nuevo y Fabio había logrado conservar intacta a la antigua clientela del señor Nunes y de Serginho, este último ya trasladado a la metrópoli. En cuanto a la familia, una aparente calma reinaba. Marcia tenía que redoblar sus esfuerzos debido a la llegada de su nueva criatura. Por fortuna para ella, la joven Adriana, que más que su hija se asemejaba casi a una compañera de labor, le ayudaba en todo, lo que suavizaba su intensa dedicación tanto para la casa como para el recién llegado.

Estando tanto tiempo su marido fuera del hogar debido a la gran cantidad de horas que debía permanecer abierto el local, las ocasiones para el enfrentamiento o las disputas se redujeron drásticamente. En este sentido, el día más peligroso era la jornada de descanso, pues un hombre que carece de actividades en las que invertir su tiempo libre acaba por esparcir tierra fértil en su cabeza para que arraiguen los pensamientos negativos. Doy fe de que así era. No soportando la presencia en su entorno de los tres seres que constituían su familia, Fabio se escapaba de su domicilio, mas yo sospechaba en mis cavilaciones que este triste hombre lo que de verdad hacía era huir de sí mismo. ¡Dios mío, tal vez intentara espantar su propio vacío interior!

Me di cuenta de que una infancia y una adolescencia tan escasas de cariño, sin las figuras de unos padres que le recondujeran en los momentos difíciles, sin la exposición a unos modelos de conducta adaptativos debía tener necesariamente unas consecuencias en su condición actual. Como la mayoría de los huérfanos de la época asignados en orfanatos, su proceso educativo o mejor dicho la ausencia del mismo, debió tener unos efectos terribles sobre su presente, marcándole de forma brutal. Todo ello, en clara relación a un pasado en otras vidas feroz, inhumano, propio de un egoísmo despótico donde la compasión para con el prójimo había sido nula. El río de su crónica desembocaba en el perfil del ahora

de un sujeto de complicado "abordaje". Su aversión a asumir responsabilidades y su carente delicadeza en el trato con los suyos, completaban la descripción de una persona a la que tendría que seguir observando y estudiando.

A veces, hasta me daba por pensar para qué Fabio se había comprometido con formar y mantener una familia, pero todo en su existencia había resultado tan accidentado, tan falto de reflexión, que simplemente se estaba enfrentando a los factores de un ayer infausto que le perseguían como las sombras de la noche. Y cuando hablo de su pasado no solo me refiero al que se contabilizaba en ese período sino a ese que todos llevamos dentro, aquel en el que hemos ido sembrando semillas de toda clase y en el que ahora tan solo recogemos sus frutos, para unos, dulces como el almíbar y para otros, tan amargos como la piel de un limón. Constituye nuestro zurrón de experiencias inmortales, moldeado desde el primer instante en el que empezamos a obrar con inteligencia y libertad.

Y sin embargo, ahí estaba, tumbado con desgana en la cama o en el sofá, apoyado en la barra de cualquier bar próximo, "matando" las horas de su fecha de descanso o yendo al prostíbulo más cercano, por aquello de que una sola mujer no le bastaba, máxime cuando la conexión entre la pareja era casi inexistente. Los pocos mensajes que se cruzaban entre ellos eran los de las continuas quejas por parte de él o la petición temerosa de ella de alguna cantidad de dinero, pues Fabio le había privado de la competencia para administrar las cuentas de la casa. Y es que la desconfianza existente entre ambos era de tal calado que hubiera minado en poco tiempo la convivencia de cualquier matrimonio.

Una noche, cuando nuestro hombre se acostó, me situé junto a su lecho para contemplarle y me puse a meditar pegado a su silueta en voz alta, como si estuviera hablando conmigo mismo. Él tenía libre albedrío, nadie le había despojado de su capacidad de elegir. Pensé en que por más conflictivos que resul-

taran sus antecedentes, si uno dispone de una enérgica voluntad para cambiar, no hay fuerza en el mundo que pueda impedir la transformación interna. Hasta los buenos espíritus aplauden con entusiasmo tal disposición, pues gustan de decir a sus hermanos más descarriados: "Felicidades, bienvenidos al buen camino".

¡Ay, Fabio! Sabía tanto de ti, amigo, conocía tantos datos de tu último paso por los adoquines de la Historia, que viendo sumirte en la inconsciencia, rogaba a Dios para que guiara tus futuros pasos, o el cuchillo afilado del sufrimiento se cerniría de nuevo sobre tu fracturada alma, sin ni siquiera haber cicatrizado las heridas de tus antiguos cortes, aquellos que tú mismo te propinaste con el tajo de tu mano irresponsable.

Venían a mi mente todas aquellas secuencias facilitadas en mi colonia espiritual acerca de ti, cuando te contemplé en aquella etapa de "feliz" vividor, de distinguida posición económica y social, del terrible daño infligido a tantas mujeres con tu abandono desleal y tu absoluta irresponsabilidad. Recordé de nuevo el escenario de tu nacimiento, tu cuerpecito de niño dejado en medio de la basura y el descubrimiento "afortunado" que de ti hicieron unos críos que jugaban por allí. ¡Ay, Fabio! Tal vez no pudo ser de otra forma. ¿Acaso se te iba a permitir venir al mundo en un palacio suntuoso y con todo el poder en tus manos para que prosiguieras con la misma senda de extravíos, provocando el lloro otra vez de cuantos te rodearan? No, querido hermano, no habría sido justo. Dios no se equivoca y programó tu vuelta al plano físico en semejantes condiciones porque precisabas de esas circunstancias y no de otras para continuar tu avance.

Si supieras que cuanto más te observo, cuanto más me fijo en tu indiferencia, en el desprecio que mantienes hacia tu esposa, hacia tus hijos… más compasión siento por ti, pues conozco el tipo de semilla que estás sembrando y créeme que su fruto, cuando llegue el momento, te sabrá a hiel. Si tomaras tan solo un minuto de calma y te detuvieras a reflexionar para que comprendieras que tu familia no ha venido a tu lado a

molestarte, ni a importunarte y mucho menos a herirte, sino a auxiliarte en tu duro camino, a tender sus amorosas manos en aras a tu redención…

¡Despierta, amigo! No mires más atrás, a la penumbra de tu caverna, no te recrees más en los tortuosos recuerdos de tu ayer, en unas condiciones materiales de las que ahora careces porque abusaste de todo lo que se te ofreció. ¿Es que eres tan duro contigo mismo que aún no lo entiendes? Gira tu cabeza de una vez y torna tu corazón hacia la vista de la portentosa luz que mora en el paisaje al que no quieres acceder, donde el aire puro que respirarás y el viento fresco que agitará tu rostro te convertirán en un hombre nuevo.

Enfrascado en mi propia conversación, como pensador que lanza sus palabras al espacio, puse mi interés en los párpados de Fabio y comprobé cómo las órbitas de sus ojos se movían cada vez a más velocidad y con mayor intensidad. Cuando aparté mi vista de su cara, algo extraño sucedió. La imagen de un ser, sentado sobre la misma cama pero dándome la espalda se encontraba allí, junto a mí. De forma rápida me moví hasta situarme enfrente de aquella figura que había emergido en mitad de la oscuridad. ¡Era él, el mismísimo Fabio que se había desprendido en sueños de su envoltorio de carne y se hallaba en la habitación conmigo!

De repente, caí en la cuenta de que aquella coyuntura constituía una magnífica oportunidad para charlar con él, con el ser para el que mi maestro había realizado el esfuerzo titánico de encarnar en un mundo que no era el suyo. Tuve el vivo deseo de aclarar conceptos, de analizar su realidad, de darle ánimos y expresarle todo mi apoyo a pesar de sus graves equivocaciones. El amor de Dios, ese que te rodea y te envuelve hasta hacerte soñar con su majestuosa presencia, se apoderó de mí y me empujó a hablar aunque nerviosamente:

—¡Eh, Fabio! ¡Mírame, compañero de camino! ¡Escucha, estoy aquí para ayudarte! Hablemos de nuestros asuntos.

Aquella forma humana parecía no atenderme al principio, como si tratara de ignorar mi presencia, pero pasados unos minutos levantó su cabeza con parsimonia y fue entonces cuando clavó su mirada en mi rostro:

—¿Quién eres tú? No te conozco —respondió secamente aquel individuo con expresión de enfado—. Además ¿cómo has entrado en mi casa? Te has colado en mis dominios sin autorización ¿verdad? Esto es un allanamiento de morada. Puedo denunciarte a las autoridades para que te detengan ¿sabes? O mejor dicho, no voy a perder el tiempo avisando a nadie. Yo mismo te echaré de aquí a la calle, que debe ser tu sitio natural. Te advierto que no está bien eso de despertar a la gente mientras que se halla durmiendo. Has interrumpido mi descanso, imbécil. ¡Anda que si has venido aquí a robar! Supongo que no me habrás hecho levantar para nada. Ja, ja, ja… estúpido, has acudido al lugar equivocado. Aquí no hay nada, salvo telarañas y un hombre amargado que no acaba por saber ni dónde está ni para qué vive en este sucio mundo.

—Por favor, óyeme con atención. No he venido a quitarte nada sino todo lo contrario. Solo serán unos minutos. Además, lo que dices es una sarta de incoherencias, producto de la gran cantidad de alcohol que has bebido esta tarde y que te nubla la mente y seca tu inteligencia. Mírame bien a los ojos, me llamo Manuel, confía plenamente en mí, quiero ayudarte.

—¿Ayudarme? ¿Tú a mí? ¿Cómo puede ayudarme alguien a quien ni siquiera conozco? Pero un momento, ahora que caigo, ¿cómo sabes mi nombre? Y deja de mirarme con esos ojos tan luminosos, me haces daño a la vista.

—Hermano, sé de ti lo suficiente como para que entiendas que estoy a tu servicio. ¿Qué necesitas? Pídeme lo que quieras que si está en mis manos, te lo daré.

—¡Gracioso el desconocido visitante! Creo que no soy el único que ha bebido esta tarde. Pero ¿te das cuenta de la cantidad de memeces que salen por tu boca? ¿Te comprendes

a ti mismo o escapaste del manicomio más cercano? Entonces el caballero está dispuesto a firmarme un cheque en blanco. Si es así, idiota, dámelo cuanto antes, que yo escribiré la cifra. Total, ya que el señor se ha ofrecido con tanta generosidad…

—Mucho me temo, amigo, que no dispongo de eso que has dicho.

—Bien, entonces, puedes hacer algo mejor. Tranquilo, yo te diré lo que me conviene. ¿Puedes acercarte al registro de la propiedad y apalabrarme una casa mejor para mí y no este maldito cuchitril en el que habito? Ni siquiera un animal se sentiría contento entre estas paredes. Si te fijas, la dignidad ha de tener un precio y aquí, carezco de ella.

—No, tampoco puedo realizar eso.

—Vale, entonces ¿para qué estás aquí? ¿Puede saberse para qué prometes cosas que no está en tu mano conceder?

—Verás, Fabio, mi ayuda no consiste en otorgarte posesiones materiales.

—Ah, ya comprendo —expresó socarronamente Fabio—. Tenías que haberlo comentado antes. Mira, estoy pensando en otra posibilidad para que seas altruista conmigo. ¿Me harías el favor de hablar con los hermanos Nunes y convencerles para que me regalen el local del negocio en el que trabajo? Considera que no estoy pidiendo nada material, simplemente que tengas una charla amistosa con los dueños del bar y que amablemente les persuadas para que accedan a eso que te he mencionado. No me negarás que constituiría un magnífico acto de caridad por tu parte. De este modo, todas las ganancias de mi dura labor recaerían sobre mí y no tendría que bregar tanto para que otros se lleven la parte más sustanciosa de mis horas.

—Me temo, hermano —contesté con cara de desilusión—, que no puedo violentar la voluntad de otras criaturas.

—Mi opinión entonces, lo que yo creo, es que eres un perfecto inútil, Manuel o como te llames. Supongo que los demás no te harán mucho caso ni perderán el tiempo contigo,

porque te gusta demasiado prometer cosas pero luego tus intenciones se quedan en el vacío. Si no puedes concederme nada de lo que te he solicitado, más vale que te largues cuanto antes de mi casa y me dejes en paz.

—Fabio ¿has oído hablar alguna vez de la palabra "amor"? ¿Conoces el significado de la ayuda al prójimo?

—Ah, tú te refieres a esas novelas que de vez en cuando lee mi mujer donde muchachitas jóvenes suspiran románticamente por hallar al hombre de sus sueños.

—No, no hablaba de eso.

—Ah, perdóneme el señor. Entonces creo que aludes a esos seriales radiofónicos que escuchan las mujeres maduras o las ancianitas para animar la poca vida que les resta. ¿He acertado ahora?

—Pues no. Yo estoy aquí para llevarme tus malos pensamientos y cambiarlos por otros que amplíen tus miras, que te hagan tomar el camino correcto, aquel que te aleja de los dolores y las quejas y te inunda de paz en todos los sentidos.

—Oye, tus expresiones son muy rimbombantes pero me temo que poco prácticas. ¿Sabes lo que pienso? Que eres un lunático, o peor aún, unos de esos predicadores que se valen de la palabrería para captar adeptos que luego han de pagarles una cuota mensual para mantenerles.

—Escúchame, amigo ¿todavía no conoces por qué permaneciste durante dieciocho años en un orfanato? ¿No sabes que tu esposa y tus hijos están esperando tan solo un gesto en tu mirada, una ligera sonrisa dibujada en tus labios para lanzarse sobre ti y comerte a besos?

—Caramba con el charlatán. ¿Ves cómo tengo razón acerca de ti? Seguro que ya has hablado con algún vecino para recabar información sobre mi pasado y así tratar de convencerme con sutiles argumentos. Venga, hombre, que es un truco muy antiguo eso de recopilar datos sobre alguien para luego soltárselos en su cara y deslumbrarle. En cuanto a esos

tres que has mencionado, te diré algo. Estás completamente errado. No vienen hacia mí, ni esperan nada de mí, tan solo sobreviven gracias a mí, se apoderan del trabajo de mis manos, del sudor de mi frente para seguir respirando. No sé si he sido claro.

—Hermano, siento decirte que lo único que veo claro aquí es la dureza de tu corazón. Del mismo modo, contemplo tus pocas ganas por alterar el rumbo de tu existencia.

—¿Rumbo? Ja, ja, ja… no me hagas reír, majadero. Ahora resulta que voy a estar en mitad de la mar y que soy un pobre grumete que debo aprender a navegar. Anda, déjalo ya, que te pones en ridículo. Eres tan patético con tus manifestaciones que no puedo evitar las carcajadas.

—Mira, dime solo una cosa. ¿Te gustaría hacer algo diferente en tu día de descanso?

—¿De qué estás hablando, mamarracho?

—Sí, me refería a algo distinto que no sea beber compulsivamente hasta la inconsciencia o visitar esos lugares en los que sacias tus instintos sexuales.

—Vaya con el predicador. ¡Qué raro que no me hubieras soltado el sermón antes! Ahora me vas a proporcionar lecciones gratuitas de moralidad y sin yo pedirlas. ¿No sabes que soy mayor de edad desde hace ya unos años? No existe ley que me prohíba consumir alcohol o fornicar con fulanas. Además ¿qué hay de malo en beber o en desahogarse con el sexo? ¿Acaso hago daño a alguien? Es un dinero que gano con mi sacrificio y lo gasto en lo que me da la gana. ¿Ves cómo estoy en lo cierto? No eres más que un propagandista de frases baratas. Si lo que pretendes es captarme para tu grupo o secta, lo tienes claro. De verdad, si hay alguien que te sigue en tu discurso, debe ser un tarado o alguien muy corto de inteligencia. Por favor, habría que ver al caballero ante una botella de exquisito vino o ante una señorita desnuda de buena presencia. El señor, seguro que muy refinado, rehusaría con educación el aroma de

la bebida o apartaría de sus ojos la visión de la piel de la chica como Dios la trajo al mundo. ¿Qué me dices, listo? ¿Resistirías la tentación o es que te consideras especial? ¡Venga ya, déjate de estupideces!

—Fabio, te diré algo con todo mi cariño pero también con todo mi respeto. ¿Quieres saber dónde se sitúa la raíz de todos tus problemas? ¡Porque al menos estarás de acuerdo conmigo en que tienes problemas y muy serios!

—Mira por dónde y aunque sea la excepción, en eso coincido contigo.

—Escucha con cuidado. Todas tus dificultades provienen del mismo punto: no aceptas la realidad en la que vives. ¿Es que no te das cuenta? Salvo cuando te hallas absorbido por tu trabajo, lo que te evita momentáneamente reflexionar sobre quién eres o qué haces en este mundo, a la más mínima oportunidad de permanecer solo, te escapas. ¿Por qué huyes? ¿A qué temes? ¿A tu soledad? ¿Tienes miedo de ti mismo, de tu propia sombra? ¿Te asusta el simple hecho de que como toda alma posees la función del pensamiento y no te gusta lo que intuyes?

—Creo que estás empezando a cabrearme con tu absurdo soliloquio, maldito charlatán.

—Esta noche, Fabio —expresé con emoción—, te lanzo un reto: no escapes más. Templa el ánimo y reflexiona. Aunque al principio te duela, finalmente te liberará de tus cadenas. Piensa en los tuyos, en tu familia, pero no como personas contrarias a ti sino como almas que tan solo desean abrazarte. Ni siquiera precisan de grandes palabras ni de discursos retóricos sino de una mirada sincera de amor, de un pequeño cambio en tus gestos. Es preciso que elimines esos hábitos tan arraigados en ti y que los sustituyas por otros mucho más adaptativos. Cuando regreses del trabajo, habla con tu esposa y no te escondas en el silencio de la indiferencia, cuéntale cómo te ha ido durante el día, pregúntale a Marcia por lo que ha

hecho durante la jornada, dale un beso a Adriana, que es casi una mujer, pues sin ella y sin su apoyo a su mamá tu hogar se habría desintegrado hace ya tiempo. Por último, contempla el regalo divino que te ha sido concedido y que no es otro que Daniel. Tú has sido su vehículo para que él viniera al mundo y esa responsabilidad te alcanza y te redime al mismo tiempo.

»Cuando disfrutes de tu fecha de descanso, cambia tus esquemas mentales. Olvídate de la toxicidad del alcohol y aléjate de las vibraciones perturbadoras del prostíbulo. Si supieras la de ideas negativas que se plantan en tu mente mientras que realizas esas actividades. Amigo, solo huyes de tu vacío interior. Si logras rellenar esas horas libres con actividades edificantes no tendrás ninguna necesidad de beber, por ejemplo. Es cuestión de erradicar los hábitos más perjudiciales y de introducir en tu vida otros más sanos que te beneficien y no que te hagan arrastrarte por el barro de la infamia.

»No te estés quieto, no te abandones a la inacción. Piensa con la razón, no con el primitivismo de los instintos, pero actúa. Haz planes. Toma a tu familia, sal al campo, organiza una comida con ellos, pasea cogido de sus manos, dedícales caricias de afecto. ¿No te das cuenta de que ellos te devolverán el ciento por uno? Mi querido compañero de tribulación: estos son los tesoros que yo te ofrezco. No puedo firmarte cheques en blanco ni regalarte posesiones, ni siquiera alterar el curso del pensamiento de otros seres para que actúen a tu favor. Te brindo mi mano en señal de ayuda y mi voz como garantía de buenos consejos. Eso es cuanto puedo concederte y créeme que te lo entrego de todo corazón.

—¡Oh, qué lenguaje tan conmovedor! Manejas muy bien los términos, "pregonero". Hasta por unos instantes me he sentido afectado, pero de pronto, he mirado alrededor, he visto mi realidad y me han entrado náuseas. Agradezco tu sincero interés pero, déjame tranquilo. Observo mi entorno y tan solo siento desazón y amargura. Mis problemas van a seguir, te

lo aseguro, no se van a resolver por arte de magia y además, tu receta me parece de lo más azucarada. Es más, tiene tanto almíbar que se me atraganta. Perdóname, pero tengo asuntos más importantes que atender. Ahora que he comprobado que eres inofensivo, creo que voy a dar una vuelta por ahí. Le echaré un vistazo a mi negocio para comprobar que está todo en orden y luego me pasaré por mi burdel favorito. ¿Sabes una cosa, predicador? Me encanta ver cómo lo hace la gente. A veces, uno disfruta más mirando cómo se practica el sexo que realizándolo. ¿Por qué será, ja, ja, ja…? ¿A qué no puedes responder a tan "profunda" cuestión?

Seguidamente, Fabio se levantó de la cama y su espíritu atravesó una de las paredes de la habitación para dirigirse a la calle, a la búsqueda de los lugares donde tenía concentrada su atención. Mientras, su vehículo físico continuaba recostado, respirando y exhalando vapores del alcohol ingerido en las últimas horas, totalmente ajeno a la conversación que habíamos mantenido él y yo.

Apesadumbrado, con emociones encontradas, permanecí un tiempo en aquella habitación reflexionando sobre lo que había ocurrido. Si bien no había podido convencer a aquel ser de la necesidad de un cambio, tampoco esperaba nada especial de un primer encuentro tan sorpresivo como excitante. Es cierto que los cuerpos constituyen para vosotros la referencia por la que os identificáis, vuestros cabellos, el color de los ojos, la estatura o el peso, incluso la forma de caminar, pero esto no es más que la punta del iceberg, sabiendo que incluso el semblante con el que os mostráis se halla siempre marcado por el verdadero principio que radica en el interior del sujeto y que no es otro que su espíritu.

En esa hora de la noche, yo verdaderamente había hablado con la esencia de Fabio, con su alma, con la parte que gobernaba sus actos, la que tomaba sus decisiones, en definitiva, la que señalaba el estado evolutivo de esa criatura

enfangada en su parálisis más triste. Se había acostumbrado tanto al barro del estancamiento que no contemplaba otra posibilidad de actuación. Y como a nadie le gusta reconocer que se halla atrapado en un lodazal, en este caso, su única manera de evitar la desesperación consecuente era darse a la bebida o a los placeres mundanos, es decir, algo que le alejara a toda velocidad de la realidad.

Mas no hay que engañarse, porque el despertar es aún peor que la pesadilla por la que transcurres. Solo la asunción progresiva de responsabilidades eleva tu dignidad doliente desde los suelos y tu valía; y no es que antes no la tuvieras, era simplemente que permanecía diluida entre las aguas pestilentes entre las que nadabas. Fabio olía mal y no precisamente por el sudor que exhalaba sino por su pobreza de miras, lo que se vio reflejado en las respuestas que ofreció a mis requerimientos. Mi breve conversación con él incrementó mi ternura para con su alma, convencido más que nunca de que cualquier trabajo que acometiera con su figura no se perdería y que al final, acabaría por dar sus frutos. Me dejé llevar por mi intuición y elevando mi mirada, di gracias al cielo por habérseme dado la oportunidad de hablar con aquel personaje objeto de mi misión. Pensé, con cierta carga de optimismo, que ya llegarían nuevas ocasiones de interactuar con él.

CAPÍTULO 12

TRIÁNGULO EQUILÁTERO

A los pocos días, percibí un aviso. Los espíritus no recibimos llamadas telefónicas, ni telegramas, ni siquiera cartas con remite. Usamos o mejor dicho nos valemos de la energía más poderosa que mora en todos los confines del cosmos: el pensamiento. Merced a él, se ordenan y se distribuyen todo tipo de comunicaciones a lo largo de la escala evolutiva que constituye nuestro plano. Al permanecer aprisionados en la materia durante el periplo físico, vosotros precisáis de papeles escritos o de voces que os manifiesten la índole de un mensaje. A través del pensamiento, nosotros sintonizamos con todas esas comunicaciones que nos mantienen coordinados y en orden, pues no existe mayor verdad que la de reconocer la perfección y el sentido con el que operan todos los orbes que componen el Universo. Encarnados y "desencarnados" nos hablamos de forma permanente; lo único que varía es la herramienta con la que efectuamos dichos intercambios.

Como os digo, ese día fui citado en los jardines centrales alrededor de la medianoche. Me encaminé hacia allí. Se trataba de la zona verde más extensa de la ciudad y aunque sin ser tan grande como el espacio similar con el que contábamos en "Nueva Europa", sí que resultaba proporcional para el tamaño de aquella población. La presencia de numerosos árboles así como de una abundante vegetación, aportaban a dicha área

una majestuosidad y un ambiente de calma muy propicios para cualquier reunión entre espíritus.

Cumplí con lo que sentí en mis adentros y a la hora prevista me introduje en aquel laberinto de verdor.

—¡Querido Manuel! —exclamó una alegre voz a mis espaldas.

—¡Maestro! —afirmé—. ¡Qué honor contar con tu visita!

—¡Fíjate, amigo! Hace unos momentos me hallaba "atrapado" en el cuerpecito de una criatura de tan solo unos meses cuya silueta descansa oportunamente en su cuna y ya ves, ahora he recuperado mi forma original para que me reconocieras.

—La verdad es que no deja de sorprenderme la habilidad que tienes para cambiar de "traje" con tanta facilidad.

—Bien, lo primero que he de comentarte es que todo sigue su curso. Sabíamos que el inicio sería duro y que Fabio continuaría con su rutina de estancamiento. Son muchos años e incluso siglos los que lleva con su esquema negativo de hábitos como para pensar en que pueda alterarlos de la noche al día. En cualquier caso, quería felicitarte por las palabras que le transmitiste el otro día a nuestro amigo. Fueron muy apropiadas para su estado. Piensa que en el futuro podrás contar con nuevas oportunidades como la vivida y actuar otra vez en el mismo sentido. Te doy entera libertad al respecto y no añadiré nada más a esa cuestión, pues tu discurso fue ajustado a las circunstancias.

»Como pudiste comprobar, querido alumno, su alma está erosionada y los vientos que la han golpeado la han endurecido con el tiempo. Pero reflexiona sobre un aspecto importante: el tipo de experiencias a las que se ha enfrentado pueden marcarle pero más esencial resulta aún su reacción, es decir, la clase de respuestas que ofrece frente a los eventos a los que se expone. Eso es realmente lo que vale, pues son muchas existencias las que llevamos sobre nuestra espalda y tarde o temprano, la mayoría de los seres acometen coyunturas similares ya que

forman parte de su constante proceso de aprendizaje. Sin embargo, lo que varía todo el escenario y señala el camino del progreso es la decisión que eliges, o sea, cómo respondes a los distintos avatares por los que vas pasando.

»Como ves, así se explica que personas expuestas a coyunturas idénticas reaccionen de forma diametralmente opuesta. El avance se deriva justamente de ese proceso. Cuando el individuo aprende, evoluciona; se desarrolla porque su alma interactúa de modo constante con el medio en el que se desenvuelve. Fabio se halla desde hace tiempo refugiado debajo de un duro caparazón, moldeado a golpe de martillo y cincel por sus propios hábitos de conducta. Mas considera un factor clave: por muy rocosa que resulte esa coraza siempre puede ser disuelta. Lo contrario sería negar la posibilidad del cambio, privarle de alterar unas actitudes, por muy asentadas que se encuentren dentro del propio sujeto.

»Dios es sabiduría plena y aunque otorgó a sus hijos la libertad para comportarse, es cierto que les dotó de la conciencia, un factor que tarde o temprano, bien sean años o siglos, acaba por impulsar al sujeto hacia el progreso. Es un código que está inscrito en lo más profundo de la persona y ya te digo, en algún momento, por la reflexión personal o por el dolor que implica siempre cualquier alejamiento de la Verdad, el ser tiende a levantarse de su propio barro, de su parálisis, gira su cabeza hacia arriba y retoma la vía del florecimiento. En otras palabras, Manuel, las leyes divinas no contemplan el estancamiento a perpetuidad sino que la semilla del progreso está plantada en las capas más recónditas del espíritu humano siendo su instrumento de manifestación la propia conciencia.

»Tal precepto nos inclina a lo largo de las épocas, por un lado, al avance intelectual, porque aprendemos, porque ampliamos nuestro caudal de sabiduría, tal y como hacen los niños al estudiar, pero también nos empuja al crecimiento ético, porque cambiamos, porque modificamos nuestras

disposiciones dirigiéndolas hacia el bien. En cualquier caso, es preferible prosperar voluntariamente, por propia convicción y no impulsados por los resortes obligados de las leyes de acción y reacción. En estos últimos lances, los sufrimientos que se experimentan son intensos, aunque necesarios para la reorientación de la persona.

—Magnífico discurso, Rafael —proclamé—. Siempre tan ilustrativo. No sabes lo importante que resulta para mí tu apoyo. Soy un mero colegial, volcado en el aprendizaje de mis asignaturas y ahora ya he comprobado que no solo de libros vive el alma, como cuando pasaba largos ratos absorbiendo enseñanzas en la gran biblioteca de "Nueva Europa", sino que toda esa serie de conceptos que asimilé debían tener una traducción práctica en la actuación sobre unos hechos que como estoy constatando, no son nada fáciles.

—En efecto, mi buen alumno. El Creador no deja nada al azar; sabe que sus lecciones de sabiduría no son papel mojado sino obras que transforman a los seres por dentro y les conducen a la evolución. Ten por seguro que el Padre no va a descuidar la educación de cada una de sus criaturas y que adoptará las medidas pertinentes para que aquellas se instruyan. Recuerda que no es lo mismo aprender por propia voluntad y de forma regular, que forzado, dejándolo todo para el final y llegando al típico agobio producto de la ausencia de disciplina. Todo discurre bajo su docta mirada, esa que muestra unos ojos plenos de misericordia y que asegura la coyuntura más propicia en el instante más oportuno para todos sus hijos. En este sentido, Manuel, continuando con tu misión, te anuncio que voy a ampliar tus objetivos.

—Estoy a tu disposición, maestro —respondí con convicción—. Tú dirás de qué se trata.

—Cuando tengas ocasión —me propuso Rafael—, quiero que hables con Marcia y con Adriana. Cuando yo crezca, me encargaré personalmente de animarlas, pero mientras

ese instante llega y por razones obvias, delego en ti esa responsabilidad. Paso todo el día con ellas y las observo, por lo que una gran compasión se apodera de mi interior. Considera que a pesar de su fortaleza, nunca viene mal un mensaje de aliento, unas palabras de consuelo, un abrazo reparador, aunque por tu condición debas buscar el mejor momento para que tu energía penetre en sus adentros.

—Por supuesto, maestro. Esas dos mujeres se hallan tan unidas al destino de nuestro protagonista que merecen el más firme apoyo del mundo espiritual.

—Sin ninguna duda, Manuel. Constituirá un peldaño más de tu misión, lo que te permitirá profundizar más en tu proceso de aprendizaje y en la expansión de tus nobles sentimientos. ¡Nada se nos muestra fácil ante nuestra vista! Si no hay esfuerzo, no podemos hablar de mérito.

—Gracias, Rafael. Lo tendré en cuenta. ¡Qué inmensa alegría me producen tus visitas! Suponen para mí un baluarte de apoyo en mi trabajo.

—Muy bien, amigo. Seguiremos en contacto.

Al día siguiente, tenía más claro que nunca lo que debía hacer. Madre e hija habían vuelto a dormir juntas y se despertaron prácticamente a la vez. Era tal la conexión entre esos dos seres unidos por los lazos del pasado que casi les entraba sueño a la misma hora y se levantaban también al unísono de sus intenciones. Como en aquella época existía además una criatura en la que volcar sus cuidados, la coordinación entre ambas féminas aumentó aún más.

Una vez erguidas de la cama, las dos se encontraban en plena fase hipnopómpica, es decir, la etapa que transcurre desde que las personas se despiertan hasta que se despejan por completo y que suele abarcar unos minutos. Es justo en ese breve período cuando la mente se halla más receptiva para recibir cualquier tipo de mensaje cuyo recuerdo puede mantenerse a lo largo de varias horas o incluso durante el resto

de la jornada. Fue entonces cuando aproveché esos instantes para "silbarle" en los oídos de mis admiradas mujeres el mismo mensaje: "esta noche, cuando duermas, reúnete conmigo en casa pues quiero hablar contigo".

Me hizo gracia comprobar cómo ambas sentían una especie de ligero cosquilleo en la base de su oreja, lo que las empujó a rascarse el pabellón auditivo, como si un insecto diminuto hubiera penetrado por aquella cavidad que nos permite captar los sonidos. Por la forma en que madre e hija reaccionaron, supe de inmediato que habían recibido mis palabras y que aquella noche, sin duda, constituiría una magnífica ocasión para conocernos mejor y continuar con nuestro avance, cada uno a su ritmo y en su respectiva dimensión.

—Mamá —dijo Adriana—, mientras desayunaba en la mesa de la cocina. Yo no sé si a ti te ha ocurrido lo mismo pero nada más levantarme, cuando estaba lavándome la cara, me ha venido a la cabeza un pensamiento relativo a esta próxima noche, como si tuviera pendiente algo por hacer. Fíjate cuál ha sido mi sorpresa que rápidamente me he mirado en el espejo y he sentido como un escalofrío que recorría todo mi cuerpo.

—Hija, yo no he tenido esa sensación pero te confieso que nada más abrir mis ojos, he tenido también la expectativa de que pronto sucedería algo importante, aunque ahora que lo comentas no pienso en nada concreto. La verdad es que no logro saber de qué puede tratarse. Ahora que se ha ido doña Mercedes, volvemos a estar solas aunque unidas como lo que somos: dos seres que se quieren. Y es que no salimos apenas de casa, salvo para comprar las cosas de comer y pasear a Daniel. Tampoco me quejo ¿sabes? Podría ser mucho peor. De no ser por ti, habría arrojado la toalla hace ya mucho tiempo. No te extrañe que te diga esto, Adriana, pero es que tú has tenido que madurar de manera obligada, de golpe y por la fuerza de los hechos que has vivido.

—No te preocupes, mamá. Me doy cuenta de lo que me dices y yo tampoco voy a hacer un drama de nuestra situación. En cuanto a lo que me ha pasado por la mente nada más salir de la cama, lo curioso es que no me genera inquietud sino esperanza. Es como si fuera a producirse una buena noticia. Bueno, ¡qué sé yo! Lo que tenga que ser, será.

—Que así sea, Adriana. Ya bastantes problemas acumulamos con tu padre como para que ahora la coyuntura se complique más. Dios sabrá disponer de tu hermano y de nosotras y aunque el camino por el que andamos está lleno de obstáculos, siempre he notado su mano de auxilio acariciándonos y dándonos todo su apoyo para mantenernos juntas incluso ante la peor de las adversidades.

Salvo cuando Fabio pretendía mantener relaciones sexuales con Marcia, esta solía dormir en la misma habitación con su hija y desde hacía meses en compañía también de Daniel, que descansaba en su cuna al lado de su mamá y de su hermanita mayor. Incluso después de los encuentros carnales, la madre se apresuraba a acudir junto a sus dos criaturas. Era la mejor forma de evitar la incómoda presencia de su cónyuge y de permanecer cerca de las dos figuras que sí respondían a sus expectativas de amor más profundas.

Al padre, no solo no le molestaba sino que hasta le agradaba este tipo de gesto de su esposa. Primero porque por puro egoísmo, disponía de más espacio en la cama para moverse y dormir a sus anchas las borracheras. Segundo, porque ya escarmentado por la experiencia de la niña en su día, prefería no tener que soportar ningún lloro infantil del pequeño de la casa, pues eso interrumpía su descanso y le irritaba tremendamente. En estos casos, ni que decir tiene que a la mañana siguiente, Fabio se despertaba de pésimo humor. Las consecuencias ya podían preverse: malas palabras, gestos de disgusto o incluso algún golpe que se escapaba con el primer ser que se le cruzara, normalmente su indefensa mujer, a quien

culpaba sin rubor de todos sus males. Por su parte, a Marcia tampoco le importaba pasar la noche con sus dos vástagos y de camino, ya que no podía negarse a yacer con su marido, al menos le evitaría durante el resto de las horas de la madrugada.

Cuando madre e hija se acostaron aquella jornada, nada sospechaban de lo que iba a acontecer. Esperé pacientemente el tiempo necesario hasta que sus almas aflojaran los lazos que las unían con sus respectivos cuerpos. Durante mi permanencia en la colonia de "Nueva Europa", estudié cómo ese desprendimiento tan necesario como regular que se produce en el estado de sueño coincidía con la fase onírica, es decir, con aquella en la que nos sentimos transportados a paisajes diferentes, a escenarios del pasado, a largas o cortas distancias según adonde viajemos. En verdad, no existen barreras para el desplazamiento del espíritu, pues este no cuenta con las limitaciones propias del organismo. Asimismo y según los casos, el factor tiempo puede sufrir una contracción o una dilatación, teniendo los sujetos las más curiosas sensaciones una vez despiertos. Así, el producto de la experiencia sufrida puede parecernos extensísimo en su duración cuando quizá hayan transcurrido solo unos minutos y al revés. Esto depende de muchos factores y cada persona lo aprecia de un modo distinto.

No obstante y por lo que aprendí, existía un aspecto bastante claro. Cuando la cuestión que se aborda en el mundo de los sueños resulta esencial para la criatura, esta no se olvida, por lo que el individuo, al despertar, posee un recuerdo más o menos claro de la misma, en cualquier caso el suficiente como para que le afecte a su vida diaria, pues no estamos hablando de temas baladíes. Si es necesario, nosotros nos encargamos de grabar en el recuerdo dicha enseñanza, ya que esta se halla en relación al desempeño de su "programación" en el plano físico. En numerosas ocasiones, los espíritus que se encargan de este tipo de funciones se ven impelidos a hablar con sus tutelados o les transportan a determinados escenarios donde

se les proporcionan las debidas explicaciones sobre cuestiones de gran trascendencia para su avance evolutivo.

De este modo, Marcia comenzó a agitar suavemente su cabeza de un lado a otro al tiempo que movía la órbita de sus ojos de forma irregular pero constante, señal de que estaba a punto de realizar el salto a la dimensión inmaterial. En efecto, al poco consiguió efectuar un brinco con su cuerpo espiritual e incorporarse desde la cama hasta situarse en el suelo donde yo la esperaba. Aunque al principio se sorprendió y hasta se asustó al verme allí en su habitación, lo primero que hizo fue acariciar dulcemente a sus dos hijos. Estaba claro que ni siquiera esa impresión tan novedosa que había tenido al contemplarme había interferido en su amor de madre. Tras el gesto afectivo con Daniel y Adriana, volvió a fijarse en mí.

Elevé mis dos brazos y los extendí hacia delante, realizando un ademán de lo más clarificador al expresarle desde mis adentros mi deseo de acogerla. Pero antes que nada, la mujer dijo:

—¡Dios mío, eres un ángel, un mensajero del Padre celestial!

—¡Marcia, mi buena hermana! Tan solo soy un espíritu que tiene el encargo de auxiliarte en tu dura tarea. Deja que te envuelva con mis manos para consolarte, para expresarte mi más dulce apoyo ante los obstáculos de tu andadura. Permíteme felicitarte por los tremendos sacrificios que ahora realizas pero que se convertirán en verdaderos tesoros el día de mañana.

Admito que la escena resultó hermosísima. ¡Qué verdad es que las almas se reconocen por su esencia! La carne distorsiona la percepción del otro, incluso el concepto de la naturaleza de quien tenemos delante, lo que da lugar a errores que a veces se tarda en corregir. Sin embargo, en la mitad de aquella serena noche, tan solo se produjo un inmortal abrazo entre dos seres desnudos de maldad y vestidos no con ropas onerosas, sino ataviados con la ternura de la que Dios provee a los hijos del

progreso. Con mi acto, quise transmitirle a aquel ser de forma femenina mi más sincero apoyo por la labor que estaba llevando a cabo, en muchos casos en decorados tormentosos donde uno corre grave riesgo de ahogarse en sus propias penas y confundirse en sus debilidades. Tras esa ocasión tan sublime como emotiva, observé que Adriana también se había despegado de su silueta orgánica y que con lágrimas en sus ojos nos contemplaba desde el silencio entre sorprendida y admirada.

—Mamá, por favor, déjame estrechar a este ángel que Dios nos ha enviado para alegrarnos la vida.

Si no fuera por lo conmovedor del momento, me hubiera reído por la ocurrencia de la adolescente que al igual que Marcia, me identificaban con un mensajero divino. Si supieran que yo era tan solo un humilde espíritu, a veces asustadizo y falto de experiencia, que al igual que ellas me hallaba en misión de progreso aunque con otra configuración… Pero reflexioné sobre la marcha y decidí no arrebatarles esa ilusión que tenían de estar ante alguien a quien ellas asociaban a un personaje sacado de esos libros humanos que dibujan a figuras aladas portadoras de buenas noticias.

Guiados por la intuición, los tres completamos abrazados un círculo uniendo nuestras manos y sobre todo, nuestros corazones. Aunque era la primera ocasión en la que nos "veíamos" cara a cara, sin interferencias, parecía que nos conocíamos desde los albores de los tiempos. Para mí, constituía la máxima expresión de que los hijos del Padre se reconocen como hermanos comunes de causa, con sus luchas, con sus caídas y ascensiones, pero todos marcados por el mismo vínculo e idéntico sentimiento de felicidad común a Aquel que un día decidió crearnos.

Con la confianza ganada en nuestros pensamientos, les revelé mi nombre. Tras garantizarle a la buena de Marcia que podía salir de su hogar sin preocuparse por el cuidado de su pequeño Daniel, nos dirigimos a los bellos jardines centrales

de la ciudad, a efectos de encontrarnos más cómodos que en el recinto de la casa. Sentados sobre el húmedo césped, formamos de manera involuntaria los vértices de un triángulo equilátero. Mirándonos unos a otros, yo esperaba con una amplia sonrisa en mi boca quién de las dos tomaría el primer turno de palabra. Finalmente, la joven Adriana se dispuso a hablar:

—Ángel Manuel ¿por qué mi padre es como es? Si supieras el dolor que nos causa con su conducta a mi madre y a mí. Menos mal que nos tenemos la una a la otra para consolarnos, pero es un sufrimiento constante que nos desgarra por dentro.

—Hija mía —respondí—, te comprendo perfectamente. Llevo ya un tiempo en vuestro hogar y he tenido ocasión de comprobar lo que me dices. Su conducta es incalificable pero todo ese daño que os provoca no es más que una muestra de su debilidad. Son sus propias inseguridades las que le arrastran a actuar como un malvado, pero te aseguro, Adriana, que nunca es tarde para rectificar.

—Manuel —interrumpió Marcia—. ¿De verdad piensas que mi marido podrá cambiar algún día?

—Solo Dios lo sabe. Depende enteramente de él. Nosotros, los espíritus, al igual que vosotras, a lo máximo a lo que podemos aspirar es a ayudarle, entregándole nuestro amor para que cambie su punto de vista sobre la realidad, pero créeme si te digo que no podemos alterar su voluntad de elegir. Lo que te voy a decir no es ningún consuelo pero has de saber que la primera víctima de su actitud es él. Los seres estancados como es el caso de Fabio, que reinciden en el tiempo en comportamientos deplorables, son los que más sufren con su propia conducta. Solo el dolor y el propio convencimiento pueden librarle de las aguas movedizas en las que nada cada día y en las que se hunde un poco más conforme transcurren sus jornadas.

—Óyeme, ángel —comentó Adriana—. Incluso desde pequeña, yo ya me di cuenta de cómo era mi padre. Es un tema que lo he hablado con mi mamá muchas veces, pues hemos

contemplado la posibilidad de huir un día junto a mi hermano y empezar los tres una nueva vida, no sé dónde, pero lejos de este infierno al que él nos somete cada amanecer.

—Mis buenas amigas: almas libres sois y como tales, tenéis plena capacidad para escoger qué hacer con vuestros destinos. No obstante, os diré una cosa. Los espíritus, antes de nacer a la existencia actual, adquieren unos compromisos. Vosotras os amáis tanto porque habéis coincidido muchas veces como compañeras y hasta como hermanas en el ayer. Antes de juntaros de nuevo en el ahora como madre e hija, realizasteis una grave promesa y que no era otra que la de vivir esta tremenda prueba que supone el habitar junto a un alma desgraciada como la de Fabio. Si efectuasteis dicho compromiso fue por algo.

»La razón se halla es que quisisteis adelantar a buen ritmo por ese camino evolutivo por el que todos transitamos. Las recompensas son mayores cuanto más importantes son los desafíos. Este reto que tenéis entre manos es fatigoso, nadie lo niega. En virtud de esa misión común que os trazasteis antes de entrar en el plano físico, una como esposa y la otra como hija, os garantizo que si la superáis, vuestro progreso habrá dado un gran paso al tiempo que vuestra felicidad futura se verá consolidada. Esta constituirá la conclusión a la victoria exultante que obtendréis en este gran combate que se desarrolla en la actualidad en el terreno de la "carne".

»¿Qué más puedo deciros? Os he dado esta información para que la tengáis en cuenta, pero solo se trata de datos. No está en mi mano ampliar o limitar vuestra capacidad decisoria porque está escrito que nada ni nadie puede atentar contra la libertad de actuación de las almas. Así lo dispuso el Creador y así será eternamente.

—Manuel, —se dirigió hacia mí Marcia mientras que las lágrimas se derramaban sobre sus mejillas—. Fabio es un borracho, no tiene mucho interés en trabajar y si fuera por

él, se limitaría a vivir de no sé qué rentas. Cuando quiere desahogar sus frustraciones no tiene otra ocurrencia que pegarme, también ha maltratado a Adriana y ni siquiera gasta tiempo en contemplar a Daniel, como si el crío constituyera otra pesada losa para su vida. Me ha retirado la posibilidad de gobernar mi hogar porque carezco de acceso al poco dinero que ingresamos. Para colmo, cuando le da la gana se alivia y se divierte con prostitutas, humillándome en mi propia casa cuando entra por la puerta oliendo a caros perfumes de mujeres con las que previamente se ha acostado. Ante toda esta catarata de acontecimientos negativos que quebrarían la moral de cualquier criatura ¿qué actitud crees que debo tomar?

—Marcia, hermana, insisto en lo que te comenté antes. ¿Recuerdas las hermosas palabras de Jesús al respecto? "Ama a tus enemigos". ¿Qué mérito tendría el querer tan solo a tu hija? ¿No ves que ya has consolidado con ella un vínculo que jamás se deteriorará, perfectamente anudado por los lazos de vuestra convivencia común en el pasado? El valor reside en la naturaleza de la prueba. Antes te lo dije, pero no me importa repetirlo: grande es tu desafío pero grande resultará también tu recompensa. Dios comprende todas las decisiones de sus hijos y hagas lo que hagas en el futuro, sabrá entender la tuya así como la que tú también tomes, Adriana.

»Esta noche hermosa, en la que estamos apostando por un mañana luminoso en el que despertemos con nuevas fuerzas para continuar la lucha, yo os pido de todo corazón un poco más de paciencia. Os aseguro que el Padre jamás pondría en nuestra ruta un obstáculo que no pudiéramos sortear. Habéis elegido actuar juntas en esta intensa prueba que afrontáis. Apoyándoos la una a la otra será mucho más fácil superar la tremenda barrera que implica la presencia de Fabio en vuestras vidas. No perdáis la fe, conservad la confianza en el Creador. Su inteligencia no deja ningún cabo suelto. Pronto recibiréis una ayuda que jamás hubierais imaginado.

—¿Ayuda? ¿De quién? —me preguntó Marcia abriendo sus ojos todo lo que pudo.

—Acaba de nacer entre vosotras una criatura elevada, alguien de quien tan solo puedo hablar como el ser más armónico que yo haya conocido. Se trata de mi maestro, el cual y en su momento, os facilitará a las dos las cosas. Desde hace años, habéis pedido socorro para superar tan brutal dificultad, la de convivir con un espíritu empantanado en sus propios errores y que de tanto sufrir, alcanza con su desesperación a los más cercanos. Dejad que el tiempo avance un poco y vuestra justa petición será atendida. Nunca estaréis desamparadas. Yo estaré junto a vosotras pero será la actuación de mi maestro la que resulte fundamental para reconducir tan delicada cuestión. Desde la dimensión inmaterial en la que me muevo, solo os puedo agradecer el increíble esfuerzo que estáis realizando ambas. Os animo para que sigáis recorriendo el camino que diseñasteis antes de tomar cuerpo en esta ciudad tan cargada de pesadas vibraciones. Os lo repito: no resta mucho para que os den un relevo en al abordaje de esta gran prueba. De este modo, esta se os hará mucho más llevadera y empezaréis a recibir la recompensa a vuestro sacrificio en este mismo plano.

Mis palabras debieron salir desde lo más hondo de mi corazón pues madre e hija se miraron la una a la otra y en una curiosa muestra de complicidad entre almas afines exclamaron:

—¡¡¡Daniel!!!

Entonces, asentí con mi rostro en un gesto inequívoco y sin esperar más tiempo, nos vimos de nuevo abrazados y juntando nuestras cabezas en una señal de lo más esperanzadora. Entre sonrisas cómplices y ánimos renovados, volvimos a casa. Ellas regresaron a sus siluetas orgánicas mientras que yo me extasié comprobando durante unos minutos más, cómo los tres seres que había en aquella estancia respiraban al unísono mientras sus cuerpos reposaban en busca de vitalidad.

CAPÍTULO 13

DE MAL EN PEOR

La vida siguió su curso en la ciudad, núcleo donde innumerables pruebas estaban programadas y donde la ley de causa y efecto continuaba con su impecable funcionamiento. Mi maestro cumplió un año de existencia terrenal pero Fabio, lejos de mejorar fue a peor. Ocurrió que con el paso de los meses empezó a cansarse de regentar el negocio que tenía alquilado y una ola de pereza le iba elevando hacia la cota más alta de miseria personal. El fantasma de la bebida, por supuesto con su consentimiento, se le apareció de nuevo y le envolvió por completo. De este modo, empezó a consumir más y más pero no ya solo en casa o por la calle sino hasta en su propio trabajo, algo absolutamente prohibitivo si quería mantener en buen funcionamiento aquel bar. Estaba tan cerca de todo tipo de bebidas que… ¿por qué no probar? ¿Por qué no tomar un trago? ¿Quién le iba a denegar el permiso para escapar de una penosa realidad que no acababa por aceptar hasta en aquel lugar que para él le suponía su única fuente de ingresos? ¿Quién se atrevería, quién? —se decía en su pensamiento. Y cuanto más se lo repetía, más desafiante se mostraba ante los ojos del mundo que le contemplaba.

El asunto fue a peor y poco a poco se le fue escapando de las manos. Me puse a reflexionar y me preocupé. ¿Habría tenido mi conversación con Fabio un efecto contraproducente?

De alguna forma, me recordaba a los niños pequeños cuando se obstinan en hacer algo por ir en contra del criterio de los mayores. En muchos casos, cuanto más insistes en reconducirles más se aferran ellos en su pretensión de seguir con sus conductas. Este hombre no era un crío, desde luego, pero por desgracia, su reacción estaba resultando idéntica.

Desde mis adentros, pedí luz a las esferas superiores para que "alumbraran" la mente de mi "paciente". Mas cuando uno no desea tomar el tratamiento que se le ha prescrito, la enfermedad prosigue inexorable hasta extenderse por todos los rincones del individuo.

Hubo dos momentos puntuales que marcaron la ruina económica de Fabio. En el primer incidente, nuestro personaje se quedó dormido a causa de la ingesta de alcohol en un camastro que existía en una habitación junto a la despensa del bar donde almacenaba las bebidas. Por fortuna para él, unos de los clientes de mayor confianza expuso al público presente que el dueño había sufrido una indisposición y que el local se iba a cerrar durante el resto de la jornada. Sin embargo, los rumores acerca de que nuestro protagonista estaba borracho en aquella tarde empezaron a extenderse. Transcurridas unas fechas, el segundo percance resultó aún peor. Los malos modales de una de las personas que estaba allí apoyada en la barra de la taberna provocaron en Fabio una reacción muy agresiva. Si vives de un establecimiento público en el que tu imagen es tu principal garantía de éxito, no puedes ni debes enzarzarte en una discusión a gritos con otro sujeto dentro de tu propio negocio y mucho menos, violentarlo.

Lo que se inició como una vulgar riña con palabras cada vez más subidas de tono, prosiguió cuando nuestro personaje arrojó un vaso de agua en la cara al individuo con el que discutía. A continuación, la pelea se agravó y un intercambio de puñetazos se desató en aquel sitio que más bien parecía un ring de boxeo que un local abierto a gente con más ganas de

divertirse que de combatir. El personal que había allí presente no daba crédito al lamentable espectáculo que se estaba desarrollando delante de sus atónitos ojos. Si Fabio no hubiese estado bebido en aquel momento, lo más probable es que la situación se hubiera podido reconducir simplemente invitando a ese sujeto a salir del local o avisando a la policía. Pero no fue el caso. Los ánimos encendidos de los dos contendientes terminaron con los mismos a patadas en el suelo en medio de insultos constantes. Hizo falta la intervención de varias personas para separar a los dos antagonistas, hasta que un agente del orden se personó por allí y el momento de tensión se resolvió finalmente. Por fortuna para Fabio, el policía no denunció los hechos ya que era asiduo visitante del bar y conocía a nuestro hombre desde hacía tiempo. Aunque esta contingencia evitó más complicaciones a corto plazo, la suerte para el negocio estaba echada.

El progresivo abandono de Fabio para consigo mismo y su estado etílico prolongado un día sí y otro también fueron ahuyentando a la clientela, por lo con el paso de los meses, ya solo se acercaban al local los más fieles o aquellos que por vivir en la barriada y no desplazarse a otro lugar más lejano, preferían acudir a un sitio en el que los vapores del alcohol se habían adueñado tanto del ambiente que más que un negocio parecía una reunión de amigos en el que el responsable del grupo bebía más que los componentes del mismo.

Una jornada de descanso, Fabio se levantó por la mañana de un humor de perros, sobre todo por el tremendo dolor de cabeza que tenía, tan solo atribuible a los excesos de la ingesta tóxica de la noche anterior. Fue en esas circunstancias cuando una idea se le instaló en su cabeza. Estando próximo el pago mensual que debía realizarle a los tres hijos del fallecido señor Nunes, decidió calcular las cantidades de las que aún disponía. Así, se dirigió al lugar secreto de la vivienda donde guardaba la mayor parte de su dinero.

Por más que sobó los billetes uno a uno repetidamente, para comprobar si se había producido alguna equivocación, no existía error alguno. Las matemáticas resultan siempre exactas y las sumas y restas de números no engañan. De ese modo, se dio cuenta de que no tenía capital suficiente ni siquiera para abonar a la familia Nunes el dinero correspondiente a la cuota del mes siguiente.

Fabio sufrió un colapso, cayendo al suelo con estrépito. No había transcurrido ni un minuto cuando su embotada mente, intentando buscar una salida al tremendo embrollo en el que él mismo se había metido, acertó a encontrar un "chivo expiatorio" para aquella coyuntura que le estaba apretando su garganta hasta dejarle sin respiración.

—¡Marcia, Marcia! ¿Dónde estás, desgraciada? —dijo el hombre hecho una furia.

—Estoy aquí, en la habitación, dándole a Daniel su papilla—respondió la mamá sin sospechar lo que iba a ocurrir en aquel aciago día.

Penetrando en la estancia como un animal salvaje y envuelto en los pensamientos más negativos, Fabio portaba en su mano derecha un reducido número de billetes que agitaba nerviosamente desde atrás hacia delante.

—¡Maldita ladrona! Lo sabía, has descubierto mi escondrijo secreto y te has ido apoderando poco a poco de pequeñas cantidades para que no me diera cuenta. ¡Si serás bruja! Pero qué sibilina que eres, Marcia. Siempre lo has sido. Pero no creas que te vas a librar de esta. Te diré algo que juro cumplir: o me devuelves de inmediato lo que me has robado o no respondo de mis actos. ¿Qué te crees, que soy un imbécil?

—¡Pero Fabio, por Dios! Te doy mi palabra de que no sé de qué me estás hablando. Yo desconozco por completo el lugar donde guardabas eso. Te lo aseguro por lo más sagrado, por mis hijos, que yo no te he quitado nada de nada.

—¡Maldita furcia! ¡Esta vez no te saldrás con la tuya!

A Marcia solo le dio tiempo de dejar a su hijito en la cuna cuando una lluvia de patadas y golpes de todo tipo fue descargada sobre su cuerpo, cada vez más lleno de magulladuras y moratones. Entrando en pánico y guiada por su instinto más elemental, se refugió de aquella bestia con apariencia humana bajo la cama de Adriana, donde tantas y tantas noches había dormido en compañía de sus dos vástagos.

El infeliz de Fabio, al quedarse sin elemento al que patear, fijó de pronto su atención en Daniel, que le miraba con sus grandes ojos desde su cuna de madera, como si no quisiera perder detalle del desolador suceso que se estaba desarrollando. Su malvado padre no tuvo otra ocurrencia que soltar el dinero que aprisionaba en su mano derecha y hacerse con un jarrón de cristal que había sobre una mesita a modo de adorno. Atrapado por el impulso más bestial, esgrimió aquella figura como terrible arma.

A aquel hombre le molestó tanto la intensa mirada de su hijo, que interpretó como desafiante, que levantó su brazo y ciego de rabia se dispuso a golpear a aquella inocente criatura de poco más de un año que estaba siendo testigo de una escena que hubiera helado la sangre del individuo más insensible.

—¡Maldito seas, niño de los mil demonios! Si no hubieras nacido, desgraciado, ahora no tendría estos problemas. Yo te enseñaré a mirarme de otra manera. ¿Quién te has creído que eres?

Marcia, que se encontraba escondida bajo el colchón no tuvo tiempo de reaccionar frente a la terrible amenaza que se cernía sobre el benjamín de la casa. Cuando el desastre en forma de violencia atroz estaba a punto de abatirse sobre aquella familia, de pronto, Adriana, que había regresado a su domicilio tras haber comprado el pan del día, escuchó el escándalo y entrando con rapidez en la habitación, al darse cuenta de lo que estaba a punto de suceder, se abalanzó sobre su padre por la espalda rodeándole con sus juveniles brazos por el cuello.

—¡Condenada imbécil! —vociferó nuestro protagonista—. Os habéis puesto de acuerdo. Todos estáis contra mí, contra el que os mantiene. Estúpida niñata, te vas a enterar de quien manda aquí. ¡Suéltame inmediatamente!

Como no podía librarse de la muchacha a sus espaldas, comenzó a girar sobre sí mismo y en su desesperación, lanzó un fuerte golpe hacia atrás con el jarrón que se rompió en mil añicos al impactar contra la pared. La estruendosa ruptura de aquel objeto pesado le causó al hombre varias heridas en sus dos manos. En cambio, la jovencita tan solo sufrió una serie de pequeños rasguños al soltarse con anticipación del cuello de su padre y caer al suelo, pues había intuido lo que aquel iba a hacer.

El dolor repentino y sobre todo, la visión de la sangre entre sus dedos, provocaron una especie de "cortocircuito" en la mente de Fabio, paralizando su ataque de furia. Este movió su cabeza por sorpresa de un lado a otro, como negando lo que había ocurrido, para salir a continuación como una bala de la habitación y de la casa, poniendo sus pies en la calle, como pretendiendo huir a toda costa de aquel escenario de terror en el que se había comportado como el actor principal de un drama dantesco.

Al erguirse Marcia, comprobó que Daniel estaba ileso, al rodearle con sus brazos y examinarle de arriba abajo, pese a que su padre había estado a punto de golpearle con saña. Por su parte, la adolescente tan solo presentaba unos pequeños cortes bajo el pelo de su cabeza, pero sin importancia para su integridad. Aunque estos no constituían peligro alguno, la chica se hallaba dolorida en su espalda, pues en su intento de salvar a su hermano, había recibido un fuerte impacto en esa zona a causa de Fabio, cuando este se revolvió contra el tabique en su afán por librarse de ella.

Mientras que el pequeño no paraba de decir "ma-ma" y "a-na" (de Adriana), las dos mujeres se abrazaron llorando y

se sentaron sobre la cama, donde tantas madrugadas habían escapado de aquel infernal ambiente envueltas en los viajes de sus dulces sueños.

—Hija —rompió a llorar la buena de Marcia—. Yo no sé por qué Dios me ha puesto delante del camino a tu padre. Cuánto me habría gustado que tú no hubieras venido al mundo producto de una noche loca de improvisación, sino a través de una acción meditada y buscada a conciencia. Hasta en eso me amarga este matrimonio al que se le podría llamar de mil formas menos de esa. Incluso el inocente de tu hermano apareció por esta casa efecto de la violencia y de la falta de voluntad, tanto por Fabio que no sabía ni lo que hacía al estar bebido como por la mía, ignorante de lo que estaba sucediendo aquella noche en la que fui sometida a la enésima humillación. Adriana, te cuento todas estas cosas porque sé que estás preparada para conocerlas, porque has madurado por la fuerza de los hechos, porque las circunstancias te han obligado a ser más fuerte que cualquier otra criatura de tu edad. ¡Qué desgraciada me siento, hija mía! Si no hubiera sido por tu presencia, creo que me habría tirado al tren hace mucho tiempo o me hubiera colgado de cualquier cuerda. De verdad, pienso que después de lo acontecido hoy, mi paciencia ha rebasado el límite de lo tolerable.

—¡Mamá, por favor, me estás asustando! ¡No hables así!

—Estoy pensando, cariño. Déjame meditar porque esta situación no puede continuar de este modo. Hay que buscar un remedio con urgencia. Como habrás notado, los episodios de agresividad de tu padre no solo no han remitido con el paso del tiempo sino que van a más así como sus borracheras. Si te digo la verdad, estoy alarmada. Un día de estos, ya no estaremos aquí para contarlo. Mira, Adriana, he tomado una decisión. No hace falta que me acompañes. Tú ya eres mayorcita y debes quedarte aquí sola un rato cuidando de tu hermano. No tardaré mucho, te lo prometo.

—Pero, madre ¿dónde vas a ir con esa cara tan triste? Además, tienes que lavarte un poco y arreglarte…

—Hija, lo siento de veras pero me voy a acercar al distrito policial del barrio y voy a denunciar a tu padre.

Guiada por un impulso interior, la adolescente le levantó el vestido a su madre y numerosas lágrimas asomaron por sus pupilas. Las señales inequívocas de la violencia estaban marcadas sobre su maltrecho cuerpo. Cardenales y hematomas habían quedado grabados sobre su piel, producto de la actuación cruel de un hombre fuera de sí, que por no mirarse a sí mismo, no fuera a ser que entrara en estado de shock, era capaz de pegar salvajemente incluso a sus seres más cercanos.

Dios mío —me dije a mí mismo mientras escuchaba la trascendente conversación—. ¡Qué cerca anduvo este lance de terminar de la forma más trágica! Por más que quería apartar esa imagen de mi pensamiento, no hacía más que cavilar sobre lo que hubiese ocurrido si Fabio hubiera descargado su fatal golpe sobre la silueta de mi maestro.

El rostro de Marcia había quedado de milagro a salvo de las marcas de la furia de su marido, excepto el labio inferior roto por el que se derramaba un hilo de sangre. La decisión estaba tomada. Aquella mujer, vapuleada desde hacía años por el despotismo de una figura masculina sumergida de continuo entre los vapores del alcohol y sus propias miserias, amén del egoísmo más atroz, lo tenía más que claro. El supremo instante de romper con un torturado pasado se acercaba. Mi reacción en forma de pregunta hacia mis adentros fue inmediata. ¿Qué sucedería entonces con mi misión y con la del pequeño Daniel? ¿Y con Fabio?

—Mamá —interrumpió mis disquisiciones la joven del hogar—. ¿Estás segura de lo que vas a hacer? ¿Y si al final la denuncia no es atendida por las autoridades y la situación empeora? ¿Cómo conviviríamos entonces con papá en esas circunstancias?

—Llegó la hora de asumir riesgos, hija mía. Lo hago por nosotros. He sido tan vejada a lo largo de mi vida y he sufrido tanto, que aunque te parezca mentira, mis límites de aguante se han ampliado hasta cotas a las que yo jamás sospechaba que llegarían. Pero hay algo que no podría soportar. He visto con mis ojos cómo esa bestia arremetía contra su propio hijo y contra ti. Me veo tan indefensa que he desistido de cosas en estos años a las que nunca pensé que renunciaría, como la salvaguarda de mi dignidad. Hasta me he arrastrado por el suelo por tal de sobrevivir a este infierno, con lo que ya sabes que eso implica. Pero lo que no podría tolerar, lo que no me perdonaría nunca, sería verte a ti o a Daniel caer bajo los puños de ese inconsciente. Tú misma has observado lo que ha pasado hace unos minutos. ¿Quién te dice que esto no puede volver a repetirse mañana, la semana que viene o más tarde? ¿No ves que los tres estamos ante un peligro inminente, que estamos corriendo un grave riesgo de resultar muertos o gravemente heridos ante la maldad de este hombre al que le vencen la bebida y los más bajos instintos?

»Vete a saber cuándo regresará. Solo le pido a Dios que le ilumine, aunque me temo que él no se halla en disposición de abrir su vista ni al más mínimo resquicio de claridad. ¿Acaso crees que va a volver a casa mejorado? ¿De verdad piensas que va a meditar serenamente sobre lo que ha hecho, sobre su estado actual, sobre cómo ha llegado a esta coyuntura y que eso le va a empujar a cambiar? Ya no se trata de ser más o menos optimista, es sencillamente una quimera. Este hombre se arrastra hasta el filo de un precipicio, paso a paso, y cuando se lance al vacío, en su desesperación, va a pretender tirar de nosotros. No sería justo, Adriana. Hay que tomar medidas ya o me arrepentiré para siempre.

—Como tú quieras mamá. Tú ya sabes que yo te seguiré al fin del mundo. Jamás te dejaré sola y ahora menos, que tenemos al pequeño Daniel bajo nuestra responsabilidad.

Reconozco que me sentía anonadado. Os garantizo que al presenciar la charla entre aquellos dos seres, sufría tanto que era como si estuviera en sus pieles. Ignoraba por completo qué lazos del destino se estaban soltando en aquel crucial instante y qué otros se estaban anudando. Me dejé llevar por los acontecimientos, me comporté como un mero observador y es que confieso que no tenía ni idea de qué hacer o qué actitud tomar. Durante unos segundos me concentré, tratando de escuchar la voz de mi conciencia. Fue entonces cuando noté algo por dentro que me invitaba a no intervenir en aquella delicadísima coyuntura.

Transcurrió más de una hora. Lentamente, con lágrimas sobre sus pómulos, Marcia se fue cambiando de ropa mientras que su mente no dejaba de darle vueltas a los impactantes hechos vividos esa amarga mañana. Era como si hubiera "olvidado" el dolor físico producido por los golpes sobre su cuerpo para centrarse en un padecimiento más difícil de digerir: el psicológico, aquel que te lleva a darle una y mil vueltas a un asunto sin encontrar explicaciones al mismo. Al final, tras dejar a Adriana al cuidado de mi maestro, cerró con suavidad la puerta de su casa y comenzó a caminar sola por la avenida hasta que tras unos minutos andando, alcanzó el edificio policial más cercano.

Se obsesionó con la idea de realizar la diligencia lo más rápido posible para retornar cuanto antes a su hogar, pues temía seriamente que Fabio volviera allí en cualquier momento y que se ensañara con sus dos hijos. Así, subió con premura los seis escalones que daban acceso a la puerta por la que se entraba a la dependencia oficial. Un agente la invitó amablemente a sentarse en la sala de denuncias a fin de tomarle declaración sobre los hechos sobre los que pretendía ofrecer su descripción.

—Ahora que lo pienso —comentó el policía tras tomar asiento y contemplar de frente a Marcia—, usted es la señora de Souza. ¿No es así o me equivoco?

—Sí, tiene usted razón, soy yo.

—Permítame la familiaridad porque la tengo asociada a su esposo. Yo he ido a veces a tomar algo por su bar, el de la esquina que está cerca de aquí. Pero un momento, por su cara veo que… ¿es que no se ha enterado de la noticia?

—Noticia ¿qué noticia? No sé a lo que se refiere…

—Mire usted, es que me ha tocado a mí avisarle por teléfono pero como en su casa no disponen de aparato, tuve que dar el aviso a alguien que viviera cerca de usted y que sí dispusiera de ese servicio.

—Pero, por favor ¿de qué se trata? Me está asustando…

—Ay, señora, creí que estaba usted enterada del mensaje que le dejé a su vecino. Claro, ahora lo entiendo, por eso me extrañó verla aquí… no era lógico. Créame que lo siento, pero su marido ha sufrido un terrible accidente.

—¿Cómo dice? Pero si yo he estado con él hace tan solo un rato, hará poco más de una hora… ¡no puede ser!

—Le pido mil disculpas por la desagradable novedad pero es que se me hace difícil comunicar este tipo de hechos. Al parecer, Fabio resultó atropellado violentamente por un coche que se dio a la fuga.

—¡Ay, Dios mío! ¿Qué me está usted contando? ¿Y cómo está él? ¿Es grave? ¿Qué sabe de su estado?

—No lo sé con exactitud, señora Souza, pero del atestado provisional que se elaboró deduzco que la situación es seria. Por los datos recogidos, su marido entró en el negocio que regenta, estuvo allí dentro un tiempo y acorde al testimonio de los testigos, tras cerrar la puerta trasera salió y se dedicó durante unos minutos a pasear por las calles adyacentes con evidentes signos de embriaguez.

—Pero si él se fue de casa sin haber tomado nada de nada…

—Pues lo que usted comenta me lleva a pensar que esa tremenda borrachera que exhibía debió cogerla al consumir

alcohol compulsivamente a solas y dentro de su local. Lo cierto es que en uno de los tumbos que dio, invadió por sorpresa la calzada atravesándola. Fue el momento, según he podido leer en el breve informe, en el que un vehículo que pasaba por allí a toda velocidad arremetió contra él arrollándole por completo.

—¿Y dónde se halla él ahora mismo?

—Como había muchas personas por allí, alguien debió avisar a los servicios de urgencia que se personaron en el lugar del accidente al poco. Ahora mismo permanece ingresado en el hospital donde ha sido trasladado. Mire, le voy a escribir en este papel las señas para que se informe sobre él.

—¡Ay, Dios mío, qué tragedia! Me voy ya hacia allí.

—Pero un momento, señora Souza, tan solo unos segundos. Reconozco la gravedad de la situación y la preocupación que esto genera, pero usted había venido aquí para algo en concreto. Si desconocía el accidente de su esposo, evidentemente es que no estaba informada. Por cierto, le brota algo de sangre en su labio inferior ¿algún golpe, algún incidente?

—Ah, sí, no es nada. Al levantarme hoy para ir a la cocina me choqué con la puerta de la habitación. Era temprano y aún se hallaba oscuro. Un descuido absurdo que a veces sucede… Venía por una consulta sin la mayor importancia. Otro día me acerco por aquí. Gracias por la información. Discúlpeme, pero me tengo que ir.

Y así fue como en aquella crucial jornada, los hilos del destino se tejieron de tal forma, que acabaron por hilvanar una prenda de vestir que no tenía nada que ver con la que se pretendía confeccionar al principio, tras los violentos hechos acaecidos en el hogar de aquella familia, una vez que nuestro protagonista se despertó con la idea de contar el dinero que le restaba. La situación experimentaba de repente un giro brusco, inesperado, tan radical que era como empezar de nuevo a contar otra historia. Tras oír con atención la conversación entre aquel agente del orden y Marcia, me dije a mí mismo que

habría que evaluar con calma las consecuencias de lo acaecido y adaptarse a las nuevas circunstancias que tras el brutal accidente, dibujaban un diferente escenario de actuación.

CAPÍTULO 14

SECUELAS

El cuadro mental de Marcia cambió por completo. Agobiada, confundida por lo ocurrido, era incapaz de imaginar los efectos del terrible suceso pero intuía que nada sería igual a partir de aquel instante. Cuando bajó del taxi y penetró en el recinto hospitalario, no le fue permitida la visita a su marido. Este iba a ser operado de urgencia, presentando diversas fracturas y todo tipo de heridas por su cuerpo. De ellas, la más preocupante era una lesión que se observaba en su columna y que podía deparar consecuencias indeseables para aquel hombre, el cual, ya sedado, esperaba a ser intervenido. Preguntado el doctor, la información que le comunicó provocó en Marcia una especie de sudor frío que recorrió toda su piel. Existía una alta probabilidad de que Fabio quedara postrado en una silla de ruedas. Solo el paso del tiempo y una entre mil posibilidades determinarían el que volviera a caminar, aunque en este caso con ayuda de muletas.

—Señora —respondió el galeno—, si me lo permite le seré franco. Váyase a casa con sus dos hijos que la necesitan ahora mismo más que su marido en la mesa del quirófano. Permanecer aquí no le servirá de nada, ni a usted ni a él. Regrese mañana a esta misma hora y le daremos las correspondientes novedades.

Abatida, cabizbaja, sin ánimo ni para mirarse y todavía dolorida por los tremendos golpes recibidos en aquella trágica

mañana, nuestra protagonista se marchó a su hogar para ver cuanto antes a sus dos vástagos y referirle a Adriana todo lo sucedido. Después de todo, no tenía otro ser con el que desahogarse de sus enormes penas. Por más vueltas que le daban al asunto y atrapadas por la ansiedad, madre e hija eran incapaces de hallar una salida en medio de aquel desafío que el destino había situado frente a sus ojos. ¿Qué sucedería en el futuro?

—Mamá ¿y si ahora tenemos que cuidar de papá como si fuera un niño al que hay que hacerle de todo? ¿No crees que la mano de Dios ha intervenido hoy para que mi padre no nos vuelva a pegar? Es… ¿cómo te lo diría? Sí, ya sé. Es como si su propia violencia se hubiera revuelto contra él.

—Te entiendo, Adriana. Pero yo lo que me pregunto es si esta mañana hubo alguien que le obligara a golpearnos y si no fue él el que decidió emborracharse a solas en su propio bar y salir luego a exponer su vida con la cogorza que llevaba en su cabeza. Fabio ha desarrollado una forma muy destructiva de superar sus frustraciones.

—Hablemos más bajo, mamá. Mira la carita de Daniel. A veces me sorprende bastante con lo renacuajo que es. Nos está observando y es… como si se estuviera enterando de todo. Es la pura inocencia pero ¿viste cómo miró a padre hoy? Sus ojos no eran los de un crío sino los de un adulto que está juzgando lo que el otro hace. Me di perfectamente cuenta cuando mi mirada se cruzó con la de él, antes de saltar sobre la espalda de papá para evitar que le agrediera con el jarrón. La verdad es que me quedé asombrada. Todavía tengo el recuerdo fresco del brillo de sus pupilas. Ahora permanece tranquilo… parece que el "peque" se ha tomado un descanso y se ha dormido. Pobre hermanito, al menos no tiene conciencia de lo que sucedió hoy y sobre todo, de lo que podría haberle pasado.

—Sí, tienes toda la razón, hija. Vayamos a la cocina para seguir hablando. Ahora más que nunca nos necesitamos la una a la otra para sobrevivir a este trance.

Cuando intenté seguir sus pasos para continuar escuchando la interesante conversación que se mantenía entre aquellas dos mujeres que más que madre e hija parecían hermanas unidas por el mismo destino y los mismos eventos, una mano se posó sobre mi hombro derecho reclamando mi atención:

—Maestro —exclamé con sorpresa—. Tú por aquí, tan cerca y tan lejos a la vez. Nunca dejarás de asombrarme.

—Querido aprendiz, reunión de estudio. Tras lo sucedido es un buen momento para reflexionar y extraer alguna conclusión. ¿No te parece?

—Por supuesto, la verdad es que los acontecimientos se han precipitado. Creo que sería positivo meditar sobre ello.

—Bien, Manuel. Salgamos a dar una vuelta. Llegada esta hora, la ciudad empieza a recogerse, a tranquilizarse tras la frenética actividad del día. ¡Ven, acompáñame!

Salimos a la avenida y mientras caminábamos, intercambiamos impresiones.

—Mi buen estudiante ¿qué deducciones extraes después de una jornada tan movida?

—La vida es sorprendente, Rafael. En cualquier momento se pueden desatar unos vientos que alteren el curso de la nave. Y digo yo ¿el temporal de hoy estaba recogido en la "programación" de Fabio? ¿Formaba parte de su singladura?

—Te comprendo —expuso con calma Rafael—. Digamos que era una posibilidad, algo que estaba potencialmente ahí, pero que en función de cómo se desarrollara su trayecto podía surgir o no.

—¡Uf! Me resulta un poco complicado de entender.

—¿Acaso la existencia humana, sus pruebas y su evolución son algo simple? Los caminos de los seres no son una mera sucesión de hechos invariables. La vida fluye como las aguas de un río, pero a veces esas aguas se desbordan por las abundantes lluvias y en otras el caudal desciende afectado por la sequía.

—Me temo que me he perdido, maestro. Creo que los actos terribles de hoy han reducido mi capacidad de análisis y concentración.

—Trataré de aclararlo. No podemos esconder ciertas escenas consustanciales al drama de unas criaturas imperfectas que moran en un mar de retos. Recuerda el ejemplo de la bala perdida que se produce en el plano de la materia. Al ser disparada, esta sigue su trayectoria acorde a las leyes físicas pero para impedir que dé en el blanco porque no es el momento, o bien se inspira al que dispara para que no apunte bien y por tanto, yerre el tiro, o bien se sugiere a la víctima que se aparte lo justo para evitar el impacto.

—Entonces, maestro ¿debo entender que la situación crítica de esta mañana ha activado algo similar a un plan "B", es decir, un plan alternativo?

—Muy bien razonado, Manuel. Así es. Todo interactúa, todo se halla en relación, las causas con sus efectos y viceversa, porque los efectos actúan como generadores de nuevas causas. Cuando una persona atraviesa por sorpresa una calle atestada de coches, no disponiendo de los reflejos ni de las capacidades normales debido a su intoxicación, es muy probable que pueda ser arrollada, aunque el conductor pueda aminorar las secuelas del atropellamiento y las lesiones de la víctima afectarle de una forma muy diferente. Llegados a este punto crítico de la historia, se han producido estos hechos para que los participantes de este drama sobre el que tantas enseñanzas estás recibiendo, continúen su trabajo evolutivo entre ellos mismos. En otras palabras, mi buen alumno, el percance sufrido por Fabio tan solo a él es achacable, pero bien es cierto que no se ha evitado para que el escenario resultante prosiga como campo de labor en el que haya que prolongar la siembra a la espera de recoger nuevos frutos de paz y armonía, de reajuste entre los diferentes actores.

—Comprendo, Rafael. Tan solo una pregunta relacionada con la cuestión y que me consume por dentro. ¿Habría sido

posible que Fabio hubiera descargado sobre ti un golpe mortal de necesidad?

—Me remito a la explicación anterior, amigo mío. Adriana se vio compelida a regresar a casa cuanto antes, intuyendo que algo importante estaba sucediendo. Jamás dudé de que la joven, una vez contemplara la escena, impediría a toda costa y dominada por una imponente fuerza el que su padre hiriera a su hermano más pequeño.

—Pero maestro, imagina que ese hombre enloquecido se hubiera librado de su hija y de su mujer. ¿Quién podría haber evitado un fatal desenlace sobre ti?

—Solo Dios lo sabe, mas recuerda lo que ya has estudiado tantas veces. Jamás permanecemos en solitario. Ese pensamiento de estar en soledad es una antigua reminiscencia de la vida en la carne. Al igual que yo te veo a ti, hay también otros que nos observan a ambos. Tú puedes contemplarme ahora a mí, pero por la gran diferencia de vibraciones que existe entre nosotros, podría volverme invisible a tus sentidos. Podría hacerlo por un acto de mi voluntad pero no respondería a ninguna lógica dentro del marco de nuestra misión. Es cierto que eres un espíritu, pero ello no implica que puedas verlo todo a tu alrededor. Amigo, existen muchos universos dentro del Universo. Considéralo. Has decidido libremente ser mi discípulo en este trabajo que estamos efectuando juntos, mas no creas que por habitar temporalmente en el cuerpecito de un niño me hallo indefenso. Disfruto de gratas compañías que velan por el buen funcionamiento de mi cometido, aunque no las percibas por la velocidad a la que giran sus partículas.

—Comprendo, maestro. No sabes lo que agradezco tus aclaraciones. Eres increíble. Tus palabras me consuelan porque disipan las dudas de un alma como la mía con tanto que aprender…

—Todo en su orden, Manuel. Algún día te hallarás en mi coyuntura y posiblemente les repetirás algunas de mis

expresiones a tus alumnos. La pirámide espiritual no solo se estructura de arriba abajo o a la inversa, sino que también se contemplan las relaciones de horizontalidad, es decir, las que se originan entre niveles similares. Bien, nuestra tarea continúa. Felicidades por lo que estás haciendo. Quiero comentarte una cosa: si hoy tuviste el presentimiento de que no debías participar en los hechos que observabas, era porque debía ser así. La voz de la conciencia está perfectamente vinculada al principio inteligente que el Padre depositó en cada una de sus criaturas. Te aseguro que su eco tiene más poder y exactitud que el más formidable de los teoremas matemáticos. Hazle caso siempre, jamás te defraudará, mi buen amigo.

A la mañana siguiente, habiendo dejado a Adriana a cargo del cuidado de Daniel, Marcia se dirigió al hospital para recibir las últimas novedades sobre el estado de salud de Fabio. Curiosamente, justo en el instante de su vida en el que más había deseado separarse de aquella perversa criatura, ahora, arrastrada por las misteriosas fuerzas del destino, se sentía inclinada a permanecer junto a su figura.

Tras la delicada intervención a la que había sido sometido en la jornada previa, nuestro protagonista permanecía adormecido por el efecto de los sedantes administrados, por lo que nuestra mujer tan solo pudo ver a su esposo encamado y durante unos minutos, pero sin poder intercambiar palabra alguna con él.

—Le dejo un rato con él, señora, pero por favor, no prolongue su estancia en la habitación —afirmó el doctor con un gesto clarificador—. Él requiere ahora cuidados casi continuos de nuestra parte y su presencia aquí entorpecería nuestra labor.

Cuando me quedé a solas junto a ella, permanecía apesadumbrado. Podía leer perfectamente los pensamientos de aquella mujer, pues proyectaba por encima de su cabeza múltiples representaciones que la transportaban durante

años a un futuro en el que cuidaba de una especie de vegetal humano tumbado sobre una cama mientras que ella envejecía día a día sin descanso. ¡Y aún así, sonreía tiernamente, como si aceptara su sino sin protestas ni rebeliones internas! Me inundó tal sentimiento de compasión que me aproximé a Marcia y le acaricié los cabellos mientras le susurraba en sus castigados oídos, tan habituados a escuchar palabras agresivas, expresiones de amor y de entereza, pues solo Dios conocía los motivos de lo que había ocurrido y sin duda, estos obedecían a un fin constructivo y de aprendizaje. Durante unos segundos, pareció animarse y hasta relajarse, al realizar varios suspiros profundos que le proporcionaron algo de calma en aquel mar embravecido sobre el que surcaba.

El lazo brillante que salía del pecho de Fabio me indicaba que su alma ni siquiera estaba allí. ¡Qué lástima!—me dije. Aquel hombre, víctima de sus propios desvaríos, no podía ser testigo de la impresionante escena en la que una persona maltratada y humillada durante tantos años por aquel espíritu bestial había ido allí a primera hora a interesarse por el estado de su propio agresor. ¡Qué grande es el amor, Dios mío! —proclamé—. Une hasta los confines más alejados del cosmos.

A una señal de la enfermera, indicándole con sus manos a Marcia que el tiempo de la visita había terminado, esta salió de la habitación y se despidió de su marido con una mirada con la que recorrió la silueta del accidentado.

—Perdone doctor, he de irme. Estoy muy intranquila. ¿Qué puedo esperar de la situación? ¿Debo ponerme en lo peor o he de ser más optimista?

—Todavía es pronto —respondió el médico—. Su marido ha sufrido un percance de envergadura. Como ya le informamos ayer, nuestra mayor preocupación son las lesiones observadas en su columna vertebral. Hay que aguardar a su evolución pero no quiero llevarle a engaño. La coyuntura es alarmante. Si después las cosas mejoran, siempre constituirá

un consuelo para usted y si se confirman las previsiones más negativas, al menos ya se habrá adaptado mentalmente a tal eventualidad.

—¿Y cuál puede ser ese estado tan lamentable para el que debo prepararme?

—Está muy claro. Debido a la tremenda fuerza del impacto recibido, su esposo tiene algunas vértebras afectadas. Se lo diré sin tapujos: existe una alta probabilidad de que él deba permanecer en una silla de ruedas de por vida. El hecho traumático ha resultado de tal intensidad que desde su cintura hasta abajo no sentirá nada, será como una parte invisible para él, incapaz de percibirla.

—¿Y no existe ninguna esperanza para él en el futuro de restablecimiento?

—Por lo que sabemos, solo en algunos casos excepcionales y similares al suyo se han producido recuperaciones en la movilidad de sus piernas. De todas formas, nunca sería total sino reducida, necesitando el paciente para caminar de la ayuda de muletas o de apoyo humano. Las distancias que podría cubrir en esas circunstancias serían cortas. Créame que lamento darle estas malas noticias pero no pretendo que se haga ilusiones falsas más allá de lo que la ciencia médica puede abarcar en la actualidad.

—Comprendo, doctor —expuso nuestra mujer bajando sus ojos envueltos entre lágrimas.

—Señora, tengo que informarle de otra novedad que no será de su agrado. ¿Sabe si su marido disponía de algún tipo de seguro laboral?

—Bueno, esos asuntos los llevaba él pero creo que sí, se trataba de algo referente a su condición de trabajador en un negocio como un bar.

—Lamentablemente tuvimos que comunicar al departamento de Justicia los resultados de su analítica de sangre. Al respecto, su índice de alcohol era muy elevado. No sé ni cómo

pudo mantenerse en pie en la calle antes de ser atropellado después de beber tanto.

—Sí, por desgracia esa situación no es nada nueva para mí.

—Lo que quiero indicarle es que en esos casos de intoxicación, ningún seguro va a abonarle indemnización alguna. Es precisamente una de las causas de exclusión, al igual que sucede con los suicidios que se cometen para que los familiares cobren una importante cantidad. Debe disculparme porque conozco las consecuencias del informe elaborado, pero debe entender que haber omitido este dato tan esencial hubiera puesto al hospital en una situación de absoluta ilegalidad. Por último, si su marido sobrevive y recibe el alta de este centro, ha de asumir una circunstancia vital para su estado.

—¿Y qué circunstancia es esa?

—Él no puede volver a beber. En este tipo de enfermos, es relativamente frecuente que dada su inactividad y su imposibilidad para realizar actividades sin ayuda de alguien, incluso las más sencillas, acaben por desarrollar algún tipo de toxicomanía. De alguna forma, buscan a la desesperada evadirse de una realidad que ellos asumen como cruel e injusta. Dados sus antecedentes y su perfil, hay que ser todavía más cautos. Sería muy lamentable para él, para su familia y para su salud. No sé si me he explicado lo suficiente. Hay que retirar del ambiente cualquier tentación y dar instrucciones a las personas que se muevan a su alrededor de que no le proporcionen ningún tipo de bebida alcohólica, por más que el afectado suplique o lo sugiera bajo el pretexto de la pena o de los nobles sentimientos hacia un inválido.

—Ya, comprendo, me hago cargo. Adiós y hasta mañana.

A solas, sobrepasada por la situación y por lo que había escuchado de labios del médico, bajó los escalones por una solitaria escalera de servicio. Deseaba llorar y desahogarse en silencio, sin que nadie la viera en tan deplorable estado

de tristeza y angustia. De pronto, pensó en sus dos hijos, se acordó del inmenso apoyo de Adriana y de los relucientes ojos de Daniel. Contemplando el horizonte desde la altura de la planta del hospital donde se hallaba, esgrimió una tímida sonrisa que le aportó renovados ánimos. Sin duda y ante lo que se le avecinaba, contaría con todo el apoyo del mundo espiritual.

Sintiendo un enorme peso sobre sus hombros se sentó allí mismo, para refrescarse con la ligera brisa marina que soplaba acariciando su rostro. Reposó su cabeza sobre sus rodillas encogidas. Me acerqué a Marcia, intentando consolarla con mi presencia. Derramé sobre sus oídos expresiones de apoyo y de aliento. A los pocos minutos, levantó su mirada y la extendió sobre el horizonte, sobre el azul intenso del mar, testigo mudo de los sinsabores de una vida intrincada que se cernía sobre nuestra protagonista pero que a buen seguro, tendría su recompensa en el futuro.

Mas la dimensión celestial jamás abandona a ninguna de sus criaturas. A los pocos días de suceder aquel accidente y estando todavía ingresado Fabio, tres hombres se presentaron en el domicilio de Marcia y llamaron a su puerta.

—Buenas tardes, señora —saludó uno de los desconocidos—. Debe perdonar nuestra intromisión y aunque usted no sepa de nosotros, nos presentaremos. Somos los tres hermanos dueños del local que regentaba su marido. Nos hemos enterado de lo ocurrido y créanos que lo lamentamos profundamente.

Marcia, entre sorprendida y confusa, invitó a aquellos tres señores a penetrar en su humilde casita. Presagiaba que los invitados tendrían importantes novedades que comunicarle y que le afectarían directamente tanto a ella como al resto de su familia. Intrigada al máximo, se dispuso a escucharles con toda su atención.

—Verá usted, señora Souza —indicó el mayor de los hermanos, convertido en improvisado portavoz del grupo—.

Su situación debe ser cuando menos complicada, dadas las circunstancias del terrible accidente. Nos hemos informado y ya sabemos que a su marido no le corresponde ningún tipo de compensación económica a pesar del trance por el que ha pasado. Por nuestra parte, hemos estado pensando y dada la imposibilidad de que Fabio vaya a desempeñar de nuevo su antiguo trabajo, hemos adoptado una decisión que precisamente queríamos tomar cuando nuestro padre falleció, pero que por respeto a su esposo y para que no se quedara sin ocupación resolvimos postergar.

»De común acuerdo, hemos convenido vender el local de nuestra propiedad y que hasta ahora había servido como bar. Tranquilícese. Deseamos explicarle nuestros motivos. Gracias a Dios, nuestra posición económica es desahogada y no sufrimos penurias ni necesidades de ningún tipo. Le aseguro que aunque sea yo el que hable, lo estoy haciendo también por boca de mis dos hermanos aquí reunidos. Aunque el dinero no nos sobra, tampoco constituye un fin perentorio en nuestra existencia. Por tal motivo, hemos decidido donarle justamente la cuarta parte de la cantidad por la que se venda el inmueble. Conversando entre nosotros, llegamos a la conclusión de que era lo más justo para todos. Creemos que si alguno de los presentes se enfrentara a una situación tan problemática como la que usted está atravesando también nos gustaría que alguien nos prestara su ayuda.

»Hagamos cuentas. Con usted, somos cuatro personas. Por eso nos parece de justicia cederle de modo proporcional ese 25%, a fin de que le sirva de auxilio ante el futuro incierto que puede afectar a su parentela. No es una cantidad que vaya a resolver ni mucho menos su porvenir pero a corto plazo, al menos le servirá de sustento para hacer frente a las necesidades más prioritarias.

Marcia, maltratada y humillada en tan innumerables ocasiones, por su familia de origen, por su marido y ahora

por las vicisitudes del accidente, no sabía ni qué hacer ni qué palabra pronunciar. Tras superar un primer instante de desconcierto, instintivamente se arrodilló ante aquellos tres hombres y solo acertó a expresar en voz baja mientras lloraba, un tímido "¡gracias, gracias, señores! ¡Que Dios se lo pague!".

—Señora, por favor —interrumpió la escena el mayor de los visitantes mientras ayudaba a la mujer a incorporarse—. Levántese, lo hacemos de corazón. ¿No oyó usted hablar de tratar a los demás como nos gustaría que nos tratasen? Tan solo seguimos los dictados de nuestras conciencias y en ese sentido no hay diferencias entre nosotros. Bien, esperemos que la venta no se demore. En cuanto esta se realice, le haremos llegar el importe que a usted le corresponde. Por nuestra parte, queda todo bien zanjado y ya no le molestamos más, pues tendrá usted mucho en qué ocuparse. Nos despedimos. Lo único que nos resta es desearle mucho ánimo y mucha fuerza. ¡Que Dios la bendiga así como a su familia!

Transcurrieron algunas semanas. Ni un solo día dejó de visitar Marcia a su marido durante su estancia en el hospital y dentro de los horarios autorizados. A pesar de que Fabio ya estaba consciente, este no abría la boca, guardando un mutismo despreciativo. No le dirigía la palabra a su mujer, ni siquiera le saludaba ni le respondía cuando ella le preguntaba siempre "¿cómo te encuentras hoy?". Las escenas que se desarrollaban ante mi vista no eran precisamente de festejo.

CAPÍTULO 15

EL PARALÍTICO MORAL

Un día, una ambulancia se detuvo por la mañana ante la casita de Marcia. De su interior descendieron Fabio, acomodado en una silla de ruedas, y su esposa, que había acudido al centro hospitalario a recogerle y a acompañarle en su trayecto de vuelta hasta su domicilio. Adriana también salió para ayudar en lo que hiciera falta. Cuando esta última contempló a su padre con la testa agachada, mirando al suelo fijamente, como si pretendiera aislarse de todo lo que le rodeaba, no pudo evitar mover su cabeza de adolescente varias veces de izquierda a derecha, como si su pensamiento hubiera anticipado de pronto la actitud nociva que su padre iba a mostrar durante el futuro.

La joven ya había sido informada por su madre acerca de que su progenitor ya no tendría más vida en las piernas, salvo milagro del cielo, que tampoco podría mantener relaciones sexuales, dada su insensibilidad en la zona y por último, que precisaría de asistencia continua durante el resto de sus días, pues ahora se situaba en una coyuntura de absoluta sujeción con respecto a los que convivían con él.

Permanecí atento a toda la escena, a cómo resultaba el ingreso de Fabio en su hogar tras la convalecencia obligada y a la reacción de su familia ante las nuevas circunstancias. De ese modo, reflexioné sobre cómo cambian las tornas en

el discurrir de las personas. Aquel que había vilipendiado y maltratado a los suyos, no dudando en golpearles o humillarles cuando le venía en gana, ahora se observaba en la incómoda tesitura de tener que depender de ellos hasta para la operación más sencilla. Pensé aliviado en que al menos las agresiones físicas de aquel hombre se verían reducidas por imposición de su enfermedad. Y no me equivoqué, pero lo que desconocía era que un espíritu encarnado cuya envoltura orgánica funciona muy por debajo de sus posibilidades, puede convertirse en una criatura muy peligrosa desde otros puntos de vista. Y eso que aquel ser mutilado no sabía que su mujer había estado a punto de denunciarle por sus recurrentes palizas justo un poco después de su fatal percance. Estaba claro que una nueva etapa de cohabitación entre aquellas almas se abría ante mi vista.

A Marcia todavía le dolían los puñetazos y las patadas de la última afrenta, pero aunque los hematomas y los moratones habían desaparecido, restaba lo más complicado: que se disipara su tremenda aflicción por las heridas más graves recibidas, aquellas que quedan grabadas a fuego en el alma. Desde luego, la conducta despreciativa observada por Fabio durante toda su estancia en el hospital no ayudaba para nada a que esos recuerdos tormentosos del pasado, visibles en el castigado rostro de nuestra mujer, se olvidaran. Ella también le ocultó a su marido el hecho de que unos días antes de su regreso a casa, había recibido la crucial visita de aquellos tres hermanos que puestos de acuerdo, habían decidido donarle la cuarta parte de la venta del local en el que nuestro protagonista había trabajado en los últimos tiempos hasta su severo accidente. No tuve que esperar mucho para averiguar cómo se desenrollaría la madeja de esa turbia relación, pues aquella misma tarde por fin se rompió el silencio del hombre de la silla de ruedas. Incluso antes de lo que preveía, las cartas fueron puestas sobre la mesa:

—¿Acaso permanecerás callado el resto de tus días? —inquirió la esposa mientras recogía la mesa tras el almuerzo—.

¿No le vas a dirigir la palabra a las personas que a partir de hoy mismo tendrán que velar por tu supervivencia?

—¿Hablar? —contestó con sequedad y en tono cínico el marido—. ¿De qué se supone que debe hablar alguien destrozado de barriga hacia abajo y destinado a habitar en una silla para siempre? ¿De ilusiones, de proyectos o de esperanzas? Dime ¿qué temática prefieres, "cariño"?

—Ya, además de tu sarcasmo, si te sirve de alivio y pese a la deprimente historia en común que arrastramos, ya lo he comentado con tu hija. Cuidaremos de ti el tiempo que haga falta, da igual que en el futuro puedas volver a andar o no. Tan solo te estaba preguntando, a la luz del mutismo que has mantenido durante tu convalecencia, si el atropello te había alterado las facultades para charlar o comunicarte con el resto del mundo. En otras palabras, me gustaría saber si nos vas a seguir ignorando, menospreciando, o si por el contrario, te vas a dignar a emitir algún sonido audible, aunque sea de vez en cuando.

—No seas mezquina, que nos conocemos. Bastante castigo tengo con lo mío. Soy un hombre sentenciado por voluntad de no sé quién a vivir como un vegetal. Al menos las plantas no piensan, por lo que no se pueden volver locas. No sienten ni tienen conciencia de lo que son. Yo en cambio, estoy obligado a meditar sobre mi situación lo que me quede de vida. Como ves, esto es peor que las antiguas condenas a los galeotes, que permanecían encadenados a sus remos hasta morir. Si sus amos ganaban la batalla, continuaban bogando indefinidamente y si su nave era derrotada o resultaba destruida, se ahogaban sujetos por un hierro a sus pies. Como yo, carecían de escapatoria ocurriera lo que ocurriera. Por más vueltas que le dieran a su coyuntura, una opción siempre era peor que la otra. No sé si has "captado" la línea de mi argumento.

—Perfectamente. No soy tan estúpida como para ignorar lo terrible que debe ser estar en tu posición. Tan solo te pido

que ese "castigo" del que tú hablas no lo hagas del todo insoportable. No estaría de más que dadas las circunstancias, realizaras un pequeño esfuerzo y te pusieras también en nuestro punto de vista. Te lo repito: no vas a quedar desamparado, pero por favor, te suplico que lo hagas todo un poco más fácil, más llevadero, para que cada vez que Adriana o yo te limpiemos, te preparemos la comida, te acostemos o te saquemos a pasear, esto no se convierta en un suplicio que nos haga replantearnos si realmente merece la pena el sacrificio que estamos haciendo contigo. Creo que eres consciente que el punto de partida de esta historia tras el accidente, no es desde luego el más optimista. No me invento nada, solo contemplo un ayer juntos y casi me echo a llorar, mas gemir y quejarse no valen de nada, hay que extraer fuerzas de dentro y continuar hacia delante, sea como sea.

—¡Eh, tú, desgraciada! —chilló el hombre con mirada recriminatoria—. ¿Eso que has dicho es quizá una amenaza? Ahora que estoy aquí postrado como un caballo sin patas ¿me vas a provocar con tu actitud? ¿Vas a aprovecharte de mi condición de inválido para fastidiarme? Te lo advierto. No me puedo levantar y hacerte pagar por tus insolencias, pero la fuerza de mis brazos y de mis manos se desarrollará más conforme avancen las semanas. Ten por tanto cuidado cuando te acerques a mí, no vaya a ser que una tarde de estas se me vaya la cabeza y te dé el mayor escarmiento de tu existencia, maldita zorra.

—Dios mío, está claro que no solo no has cambiado ni un ápice, sino que este trágico episodio te ha hecho empeorar no ya tu boca, sino hasta tu corazón.

—¿Es que todo lo que no has sido capaz de decirme en estos trece años de convivencia lo vas a verbalizar ahora, valiéndote de tu superioridad porque puedes moverte libremente y yo no? ¡Qué bajo y qué cobarde sería eso de tu parte, aunque de ti jamás he esperado nada bueno para mis intereses!

—Fabio, no busco la confrontación a pesar de todo el sufrimiento que nos has causado. En cuanto a lo que dices y a tus acusaciones, te seré clara: es cierto que verte así me ha ayudado a abrir los ojos de mi torturada alma. Nos tenías amedrentadas a las dos por tu fuerza bruta, por tu malicia más salvaje, por la perversidad que demostrabas en cada una de tus recurrentes borracheras. Nos tratabas como si fuéramos dos animales a los que habías domesticado mediante el látigo y el insulto, como en un circo. Al menos esas criaturas a veces recibían la mirada afectuosa de su amo: tu hija y yo y más recientemente Daniel, ni eso. Yo no estoy dispuesta a responder a tus hostilidades pero has de saber, que ahora que dependes de nosotras hasta para comer y orinar, tan solo esperamos que seas algo más complaciente con tu lengua. Ni siquiera aguardamos un "gracias" salido de tus labios, solo rogamos para que no obstruyas nuestra labor de asistencia hacia ti con tus conocidas humillaciones y amenazas.

—¡Maldita furcia, de nuevo me chupas hasta la sangre, como en el pasado! —exclamó Fabio expulsando espuma por su boca—. ¡Con razón no quería yo ni hablar en el hospital! Algo así me temía yo de ti y de la víbora de tu hija, que es un clon de su madre, cómo no. Desgraciadas, así es como me correspondéis a todos mis desvelos durante todos estos años, cuando tenía que trabajar como una bestia de carga para que pudierais comer y vestiros. ¡Qué frágil es la memoria, sobre todo cuando el egoísmo rebosa por los poros de toda tu piel, Marcia!

Nuestra mujer no podía dar crédito a las palabras que salían de la garganta de su marido. Era todo tan irracional, tan de locura, que parecía que ella hubiera sido la maltratadora durante esa larga etapa en la que tanto Adriana como ella misma sufrieron todo tipo de padecimientos y vejaciones.

—¡Aaaaah! ¡Quiero morirme! —chilló Fabio con toda la rabia que acumulaba en sus cuerdas vocales—. ¡Ten cuidado

conmigo, zorra! Un hombre desesperado es lo más peligroso que hay, pues es capaz de cometer la peor maldad que puedas imaginar. Te advierto que ahora ya me da igual todo. Esto no es vida sino un sucedáneo. El día menos pensado, cuando los pensamientos negativos me invadan la cabeza, le prendo fuego a la casa con vosotros dentro. No es mala idea, así nos daremos los cuatro una vuelta por el infierno.

—¡Dios mío! —exclamó Marcia horrorizada mientras llevaba sus manos a su frente—. No sabes ni lo que estás diciendo. Ruego al cielo para que me dé paciencia, pues se va a convertir en la clave de esta situación. Ya he comprobado hablando contigo, que aunque tu cuerpo se haya visto reducido a la mitad, tu mente prosigue con su senda destructiva, quizás ahora potenciada por tu enfermedad. Parece que el "castigo" que has sufrido en vez de hacerte reflexionar ha empeorado tu lenguaje y no digamos tus intenciones.

—¿Castigo? ¡Maldita seas, yo te acuso! ¡Cada vez que pienso que eres la responsable de lo que me pasó! Si no me hubieras robado el dinero para quedártelo tú y repartirlo entre tus dos condenados hijos, nada de esto habría sucedido. No hubiera tenido la necesidad de emborracharme para olvidar la terrible coyuntura que suponía no poder pagar el alquiler del local y por supuesto, no me habrían atropellado. ¡Yo te maldigo a ti y a tus vástagos, a quienes nunca deseé engendrar! ¡Bruja! Siempre has procurado engañarme con tu falsa humildad, con tu timidez disimulada, con esa modestia adulterada que escondía el monstruo que llevabas dentro y que ha provocado que me halle en esta posición tan deplorable. Me veo y odio vivir un minuto más. Hasta me da rabia tener que respirar para no contemplar más la ruina en la que me has metido. Pero no te mientas a ti misma. No te equivoques. Tú eres tan desgraciada como yo, con un padre que es como una mala bestia y que no quiere saber nada de ti, con una familia que en todos estos años ni se ha dignado a llamarte o a preguntar por cómo te iba. Ni

siquiera saben que has parido dos veces. ¡Qué gracia me hace! Tienes una ruina encima de tus hombros que a ver quién te saca del pozo ahora. Cuando yo podía trabajar, os mantenía, cosa que nunca me agradecisteis y ahora…ja, ja, ja…a ver qué hacéis… a ver cómo sobrevivís… a ver cómo salís adelante sin mí… A mí me da igual, yo ya lo tengo todo perdido, qué me importa vivir así un día más o un día menos. No tengo esperanzas de ningún tipo. Sin embargo, vosotras, como causantes de mis desdichas, empezaréis ahora a reconocer quién ejercía de veras el mando en este asqueroso cuchitril en el que vais a permanecer como ranas atrapadas sobre el barro pegajoso. ¡Desdichadas! Si tuviera una pistola a mano me pegaba un tiro, pero primero os arrastraba conmigo hasta el averno.

—Eres un engendro diabólico, Fabio. ¿Cómo puedes conservar tanto odio en tu interior? Ah, ya sé. Es que no puedes guardarlo, porque es tanto el veneno que albergas dentro que por esa razón tienes esa necesidad de expulsarlo, de "compartirlo" con los que te rodean, alcance a quien alcance, aunque sean los tuyos.

—Sí, lista, hazte ahora la valiente con un lisiado. Y ahora ¿qué? Tal vez a la señora de la casa no le guste que le hablen de ciertos asuntos. Dime, espabilada, ¿cómo vas a mantener desde hoy a tu familia? Ya sé que a mí me darás los restos de lo que le sobre a tus dos hijos, pero responde, ¿venderás tu hermoso cuerpo? El tiempo ha pasado pero para la edad que ya acumulas tus carnes no están tan "mal". Contesta, ¿te meterás en la cama con cualquiera a cambio de unos billetes para comprar comida? ¿Te traerás aquí a tus nuevos amantes o practicarás los "servicios" a domicilio? Todavía no estoy seguro de si ese Daniel de los demonios lleva mis genes, porque yo no tengo conciencia de esa fantasía que te inventaste sobre lo que pasó aquella nefasta noche. Yo puedo beber mucho pero no soy tan imbécil como para traer un hijo al mundo así por así. ¿Para qué? ¿Para dejarlo morir por inanición?

Se hizo un momentáneo silencio tras aquella tempestad de palabras y reproches. Qué pena tan inmensa sentí al presenciar un escenario tan depresivo, tan desmoralizador. Veía a Marcia y me temblaba el espíritu. Mientras que una vaporosa nube negra, de esas que están a punto de descargar una tormenta de rayos y truenos, se situaba por encima de la cabeza de Fabio, ella, sin embargo, proyectaba por encima de sus ojos una silueta de mujer apesadumbrada, que derrama lágrimas desde su alma cándida y que no alcanza a entender la respuesta perversa del otro ser que tiene enfrente. ¡Era tanta la injusticia, las absurdas acusaciones que había tenido que escuchar de boca de su marido, que estaba a punto de derrumbarse!

¡Dios mío! —me dije. Qué complicado se me hacía comprender la actitud adoptada por ese hombre tan desalmado. En vez de tratar de ser agradable con sus dos cuidadoras, las que durante años tendrían que asistirle las veinticuatro horas de cada jornada, lo que hacía era expeler "sapos y culebras" por su lengua. En lugar de allanar el camino para que la convivencia en medio de tantas dificultades se hiciera más llevadera, ese sujeto contaminado por las peores intenciones tan solo manifestaba su amargura, intentando atormentar a quien le rodeara. Aquello constituía una lucha entre las fuerzas del bien y las del mal, entre el empuje hacia el progreso y la inercia del estancamiento, entre el fulgor del cielo que deslumbra y las tinieblas del abismo que te absorben. ¿Quién vencería? ¿Quién arrastraría a quién a su terreno?

—Fabio, después de todo me das pena, pero a pesar de que te conozco desde aquella extraña noche en la que me entregué a ti, lo último que esperaba escuchar es que me acusaras a mí y a tus hijos de tu desgracia. Está claro que tu lengua viperina supera en maldad a la violencia de tus golpes. Solo le pido a Dios que me dote de la suficiente entereza para resistir y que no me arrepienta de haber tomado la decisión de permanecer contigo en estos momentos tan difíciles.

—Sé que me odiáis tanto como yo a vosotras. Me habéis desangrado por dentro y habéis conseguido lo que pretendíais: humillarme, mortificarme, dejarme como un vegetal para burlaros a mis espaldas. Disfrutad si queréis del terrible espectáculo, pero ya nada espero de esta asquerosa existencia que llevo: orfanatos, palizas, rechazos, borracheras para olvidar mi mala suerte y nadie que me ayude. Tengo 31 años pero mi vida ya está cumplida. Se ha acabado desde el accidente provocado por tu actuación. Te lo digo con claridad: todo lo que viva a partir de ahora será una tortura añadida para mí. ¡Maldigo al destino y a ese Dios del que tanto hablas pero que tan poco se preocupa por sus "hijos"!

—Lo que faltaba —me dije. ¡Qué ignorancia tan mayúscula! Me preguntaba qué podía hacer yo, una vez comprobado lo mal que le había sentado a Fabio su estado de parálisis parcial y la guerra de sufrimiento que se avecinaba. Pensé en lo que ocurriría cuando mi maestro fuera creciendo en el plano físico y comenzara con sus actos a intentar rescatar a aquel pobre hombre, hijo del Creador como todos nosotros, pero esclavo de sus terribles defectos y estancado en el fango de su anquilosamiento moral.

El dinero entregado por los hermanos que vendieron el antiguo local-bar a Marcia le permitieron a esta un cierto alivio económico, al menos durante varios meses. Sin embargo, ella no quiso demorar el tomar una decisión acerca de su futuro. Aunque se había esforzado hasta los límites de sus fuerzas para criar a sus hijos y organizar su casa, ahora disponía de la más costosa de las obligaciones: cuidar de un marido inválido. Sintió por dentro la imperiosa necesidad de hallar un trabajo, a la espera de generar algún tipo de ingresos para el mantenimiento de su humilde vivienda y de sus moradores. Mas a pesar de la terrible coyuntura, del ambiente enrarecido provocado por la mente cruel de aquel perturbado hombre que hacía de su perversidad el orgullo de sus conquistas, todo

el dolor que soportaba Marcia por voluntad de su esposo tenía su contrapeso en la ayuda del mundo espiritual. Yo intuía que el amparo de la otra dimensión tenía mucho que ver con la elevada actuación de Rafael, el cual, jugueteando por los pasillos de aquella modesta construcción, de vez en cuando se detenía, miraba hacia atrás y me sonreía tiernamente al reconocerme.

Transcurridas unas semanas desde que Fabio fue dado de alta del hospital y resultó conducido a su domicilio, este fue llevado por Adriana a dar un paseo por los alrededores del barrio, a fin de que se relajara tomando un poco el aire y se distrajera. Con sus trece años, ya era toda una mujercita que contaba con la suficiente fuerza para trasladar a su padre en silla de ruedas. Justo durante ese intervalo alguien llamaba a la puerta de nuestra protagonista:

—Siento molestarla, señora Souza. No sé si me recuerda. Soy Julio, el hermano mayor de la familia Nunes, dueño del local que vendimos y donde trabajaba su marido.

—Claro, señor, cómo no iba a reconocerle. Pero pase, por favor, aunque no podrá ver a Fabio porque mi hija lo ha llevado de pequeña "excursión" para que no esté todo el día encerrado entre paredes.

Tras acomodarse ambos en el sofá de la salita…

—Perdone, señora, además de ver cómo le iban las cosas, tenía un asunto que comentarle y que quizá podría resultar de su interés.

—Ah, pues me parece muy bien. No sé qué decirle, don Julio. No me quejo del destino aunque sí es cierto que el ambiente, como comprenderá, no resulta del todo favorable. Fabio se deja dominar mucho por el mal humor, pero esto es lógico si nos atenemos al poco tiempo que ha transcurrido desde su atropello. Todavía no ha aceptado su nuevo estado, pero creo que este tema es cuestión de paciencia. Nosotras intentamos darle ánimos pero por ahora, resulta una ardua tarea con débiles resultados.

—Ya, me hago cargo. No debe ser fácil que en un instante tu vida gire 180 grados, te deje postrado y tan dependiente de la familia. Bien, iré al asunto que me ha traído aquí. Verá usted. Por mis negocios, tengo algún trato con el señor Cerezo.

—¿Está usted hablando del famoso y acaudalado dueño de la hacienda "Los Cafetales", la que se halla en las afueras de la ciudad?

—Sí, en efecto, el mismo. Por si no lo sabe, este lleva casado desde hace mucho tiempo con doña Alfonsina, una buena mujer, créame. Resulta que hace poco, una de las chicas que tenía allí en casa contratada se fue con su marido a la metrópoli, ya que a él le habían ofrecido una importante mejora salarial en otro empleo de mayor responsabilidad. Esto dio lugar a que ese puesto que ocupaba la muchacha quedara vacante. Por mi amistad con su cónyuge, doña Alfonsina me invitó por primera vez a almorzar a su mansión. Entonces, conversando sobre diversas cuestiones, surgió este asunto, preguntándome por si yo conocía a alguna persona de confianza que pudiera sustituir a la mujer que se había marchado. Al principio le dije que no sabía de nadie; pero es curioso porque se va a reír, pero cuando me disponía a salir de allí me fijé en un gran cuadro que tiene a la entrada la señora y que supongo debe ser el retrato de algún pariente o antepasado de la familia, digo yo. Lo extraño y es adonde quiero llegar, es que la mujer de la pintura tenía un parecido con usted muy acusado. De pronto, se me hizo la luz dentro y al asociar las dos imágenes por su semejanza, se me vino al pensamiento el perfil de su rostro. Por eso estoy aquí. Yo apenas la conozco, Marcia, pero me da usted una grata impresión y yo no suelo equivocarme mucho en mis primeras corazonadas. Es un sexto sentido que rara vez me falla. Yendo a lo práctico ¿le interesaría a usted ese trabajo?

—¡Pues claro que me interesa, señor Nunes! Fíjese que con esta coyuntura, con mi marido impedido y sin ninguna

fuente de ingresos en casa, cualquier ocupación nos puede venir bien para ganar alguna cantidad de dinero. Pero ¿qué tendría que hacer exactamente?

—Uf, pues la verdad es que no lo sé, pero supongo que un poco de todo, cocinar, limpiar, lavar, planchar… lo habitual en esas grandes casas. Déjeme decirle algo. Doña Alfonsina no tiene hijos ni tampoco empleo. Por fortuna para ella, los ingresos de su marido son cuantiosos. Mis tratos son sobre todo con el señor Cerezo, por lo que no le puedo aportar muchos datos sobre su mujer, pero haciendo nuevamente uso de esa intuición que tanto me ayuda en mis relaciones con los demás, observé el día que fui a comer a su casa que era una persona que guardaba en su interior una tristeza considerable. Es una mujer afable, educada, muy cortés, pero me quedó la sensación de que pasaba muchas horas sola. Me explicaré. Al parecer, ella ha sentido mucho la marcha de su antigua criada, pues además de realizar sus tareas, esta le servía de apoyo en su soledad. El dueño de "Los Cafetales" pasa muchos días de viajes de negocios, a veces semanas o incluso meses cuando debe trasladarse al extranjero. Lo cierto es que él no para mucho por allí y eso debe repercutir inevitablemente en doña Alfonsina, al notar en exceso el peso del aislamiento.

—¿Y las amistades? Una persona de esa posición debe tener muchos contactos sociales.

—Tiene usted mucha razón. No cabe duda de que al estar en la parte más alta de la pirámide comunitaria, así debería ser. Mas tengo la impresión de que esta señora no responde al típico patrón de mujer de clase alta con múltiples relaciones y que organiza o asiste regularmente a eventos de sociedad. Todo esto, si le soy sincero, se lo digo dejándome llevar por el corazón. En otras palabras, quizá ella busque en usted un estilo similar al de su antigua empleada, es decir, alguien que además de trabajar, le dé conversación y sobre todo compañía. No sé si me estoy explicando lo suficiente…

—Ya, entiendo —contestó con gesto afirmativo Marcia—. Usted me está hablando de una persona que necesita de apoyo durante las horas del día.

—Sí, eso es. Se lo comento porque esa fue la impresión que me dio doña Alfonsina cuando se refería al carácter y a la labor desarrollada por su antigua empleada. En fin, si lo desea, yo la llamaré y le concertaré una visita. Así ella podrá ver que me he tomado en serio su ofrecimiento en aquel almuerzo y por supuesto, espero que ambas se causen una grata impresión. Si todo va bien, van a tener que pasar muchas jornadas juntas.

—No sabe cómo se lo agradezco, don Julio. Es curioso, pero usted ya me ha ayudado antes y ahora, vuelve a hacerlo. Por mi parte, cuente conmigo para esa entrevista. Mi hija es ya casi una mujer y confío plenamente en ella. Podrá valerse por sí misma para cuidar de mi marido y del pequeño Daniel durante mis horas de ausencia, siempre y cuando termine por trabajar en aquella gran casa, claro. La verdad es que nos hace falta tener alguna fuente de ingresos cuanto antes. Sería angustioso agotar el dinero que nos queda y permanecer en la incertidumbre. No sé cómo agradecerle por segunda vez este amparo que nos proporciona, no ya solo a mí, sino a toda mi familia. Es usted como un ángel para los Souza.

—Bueno, no me las dé aún. Hay que aguardar a que esa señora dé su visto bueno. En cualquier caso, soy de la opinión de que todos debemos ayudarnos cuando la ocasión lo requiere. Ya bastante dura es la vida como para encima no tratar de compensarlo con la solidaridad entre semejantes. ¡Ah, Dios mío, con un poco de mejor intención en los corazones, las cosas resultarían mucho más fáciles!

—Qué razón tiene, caballero. Entonces, espero su intervención. Le apuntaré el número de teléfono de una vecina de confianza a la que podrán llamar desde la mansión para que me pasen el aviso. Ahora, si no le importa, tengo tanta faena que hacer y en cuanto a mi esposo… le seré sincera. No está de

humor para recibir visitas. Tras sufrir el lamentable accidente, se le ha agriado el carácter y no sé si se comportaría con la cortesía que usted se merece. Creo que no necesito explicarle más, don Julio.

—No se preocupe, me voy ya. Encantado de haberla saludado y ojalá que dentro de poco la vea contratada y en activo en la hacienda "Los Cafetales".

—Es muy amable de su parte. Que Dios le bendiga por sus favores y por su actitud para con nosotros.

Al observar aquella noble conversación entre espíritus que se entendían sin abrir la boca, di gracias al Creador porque jamás abandona a sus criaturas, por muy desesperadas que estas se hallen.

CAPÍTULO 16

"LOS CAFETALES"

Al lunes siguiente, Marcia tomó un autobús que la dejó en las afueras de la ciudad, punto desde el que andando podía llegar a aquella maravillosa mansión en pocos minutos. Tras atravesar una gran verja de hierro y cruzar el jardín, doña Alfonsina la estaba esperando en lo alto de la majestuosa escalera que servía de entrada a la casa, pero nada más verla iniciar la ascensión no pudo aguardar más y se dirigió con premura hacia ella. Fue entonces cuando el corazón de la propietaria de "Los Cafetales" experimentó un brinco en sus latidos que fue aumentando en intensidad conforme la madre de mi maestro se le acercaba. Cuando la señora de unos cincuenta años le tendió la mano en señal de bienvenida a la que podía ser su nueva empleada, unas lágrimas imposibles de disimular se asomaron por sus pupilas.

—Usted debe ser doña Alfonsina —comentó nuestra protagonista—. Perdone ¿se encuentra bien? La noto como emocionada. ¿Quiere que la ayude a subir?

—Ah, no te preocupes, no es nada. Debes excusarme por mi afectación, pero es que de pronto he recordado algo del pasado y me he impresionado. Me dijeron por teléfono que te llamabas Marcia. ¿Puedes decirme cuántos años tienes?

—Sí señora, ese es mi nombre y tengo treinta y uno.

—Perfecto, estás en la edad idónea. La chica que trabajaba antes aquí era más joven pero tú también tendrás más experiencia de la vida. La verdad es que el hecho de que hayas venido recomendada por un amigo de mi esposo te proporciona muchas ventajas. Y es que es raro que don Julio yerre en sus apreciaciones. No le conozco en profundidad pero ese hombre posee un ojo muy agudo para descubrir la personalidad de la gente, aspecto que me ha sido confirmado en varias ocasiones por mi marido.

—Sí, ese señor tiene un buen carácter. Es una bendición para los que le rodean, o al menos a mí me lo parece.

La entrevista no se alargó más de treinta minutos. Capté una predisposición muy favorable en la dueña de la hacienda, por lo que sin más demora, Marcia quedó emplazada a empezar con sus nuevas tareas para la mañana siguiente. Incluso el sueldo que se le asignó le pareció más que correcto, pues superaba sus expectativas más altas en comparación a la media que se abonaba en aquella ciudad para ese tipo de labores.

Tras echarle un vistazo a la residencia y serle explicados sus nuevos cometidos, una mujer de aspecto feliz por el trabajo obtenido se encaminó hacia la salida. Fue justo en ese momento, en el que pasaba por el vestíbulo de la casa, cuando movida por un impulso intuitivo giró su cabeza hacia la izquierda y se vio a sí misma dibujada en una pintura que ocupaba un lugar preferente sobre la pared del inmenso recibidor.

—Pero… ¿qué es esto? —balbuceó impactada Marcia—. No lo entiendo. ¿Qué misterio se encierra aquí?

Doña Alfonsina extrajo un pañuelo blanco de su vestido que llevó con rapidez a su cara, enjugando las lágrimas que acudían a su rostro.

—Tranquila, joven amiga. Ahora comprenderás el motivo de mi afectación cuando te aproximabas a mí en la escalera por primera vez.

Con el pensamiento detenido, permanecí con todos mis sentidos espirituales abiertos, pues las vibraciones de aquella señora denotaban que algo profundamente enigmático iba a ser desvelado en cuestión de segundos, algo proveniente del pasado pero que seguía allí muy presente…

—No sé quién es la mujer del cuadro —expresó con cara de sorpresa Marcia—, pero le juro que es como si hubieran encargado un retrato de mí y lo hubieran colgado de esa pared.

—Sí, es increíble. Tu parecido con esa joven resulta fascinante.

—Perdone la intromisión, doña Alfonsina, pero aquí hay algo que no encaja. Creo que necesito una explicación para resolver este rompecabezas.

—Sí, claro, faltaría más. Te aclararé este misterio. Ella fue una muchacha que se llamaba Ana y que habitó en esta casa.

—¿Fue? ¿Se llamaba? ¿Acaso ya no vive aquí? Nadie pone una pintura de alguien en un lugar tan destacado si no es una persona importante.

La señora situó su mano derecha con delicadeza sobre el hombro de la esposa de Fabio. Ambas permanecieron como ensimismadas contemplando a unos metros la expresión del semblante de aquella mujer joven que parecía cobrar vida a través de su mirada.

—Era mi hija, mi única hija —manifestó la propietaria de la mansión—. Si ella viviera, tendría ahora tu misma edad. Ese retrato es de poco antes de morir. Ahí tenía veinte años y se hallaba en el esplendor de su juventud.

—Pero ¿qué desgracia fue la que sucedió para que se marchara a esa edad tan temprana?

—Fue muy sencillo, Marcia. Era tan afable en el trato que no quiso ni siquiera molestar para irse de este plano. Ocurrió en una jornada de hace ahora unos doce años. Se estaba probando un vestido nuevo que yo le había comprado para una fiesta que se iba a celebrar. A media tarde, se introdujo en su habitación

para cambiarse y ver cómo le quedaba. Tendrías que haber visto su cara de ilusión y la enorme sonrisa de sus labios. La tardanza en llamarme para que la contemplara con su nuevo atuendo me extrañó mucho, por lo que acudí a su estancia a comprobar el motivo de la demora. Cuando empujé la puerta de su habitación suavemente para ver si podía observarla y sorprenderla sin que ella se diera cuenta, me quedé petrificada. Tumbada en el suelo, con su traje celeste bien colocado para estrenar… allí estaba mi Ana, tendida sobre la moqueta de su dormitorio. ¡Dios mío, parecía un ángel!

»Cuando la toqué con la intención de reanimarla, ya estaba muerta. Los médicos no tardaron mucho en llegar a casa, pero tan solo pudieron certificar su defunción. Al parecer, su corazón falló estrepitosamente. Todo fue repentino. Nada pudo hacerse. Era su destino entre nosotros: veinte años, ni un día más de prórroga en estas tierras. Ahora ya entenderás por qué cuando te vi me afecté tanto. Era como si tuviera a mi propia hija revivida delante de mis ojos. No pude evitar imaginarme cómo sería mi existencia si ella hubiera continuado entre los muros de esta mansión. ¿Lo ves? Os parecéis tanto que al contemplarte, todavía me agito por dentro y me conmuevo. Son tantos sentimientos encontrados, tantos recuerdos asociados a su figura… Ana era tan dulce, tan buena chica, tan preparada, tan optimista, tan vital, tan esperanzada en formar una familia y tener hijos… que cada vez que recuerdo aquella fecha es como si me atravesaran el costado con una daga. Te aseguro que no es solo amor de madre sino que esta muchacha tenía algo especial como ser humano que la distinguía y la elevaba en dignidad.

—Doña Alfonsina, créame que lo siento. No era mi intención despertar en usted tantas evocaciones. Estoy pensando que tal vez, a pesar de nuestra sintonía, no sea buena idea que yo trabaje aquí…

—¡No, no, no, por favor! —dijo la señora en tono enérgico—. ¿Qué locura es esa? En absoluto. Lo ocurrido

no es más que otra señal de que me voy haciendo vieja, muy sensible al paso del tiempo, pero eso es un problema mío con el que tú no tienes nada que ver.

—Entonces ¿quiere que vuelva mañana? ¿Cree que es un buen plan el vincularme con la imagen de su hija?

—Por supuesto que me acostumbraré. Disculpa mi turbación, Marcia, no la he podido evitar. Verás, era nuestra única hija y tanto mi marido como yo habíamos depositado en Ana todas nuestras ilusiones, nuestros proyectos…para que ella fuera la persona más feliz del mundo. Después de la tragedia, yo ya no tenía edad para engendrar más criaturas y mi esposo, como ya te he comentado, está casi siempre de viaje por motivos de negocios. Como tendrás ocasión de comprobar, no soy mujer de mucha actividad social, tampoco recibo muchas visitas salvo las de obligado cumplimiento por los contactos de mi esposo. Eso es todo. ¿Comprendes ahora mi posición? Insisto, mañana, en cuanto amanezca, estaré encantada de recibirte en tu nuevo trabajo.

—Gracias, doña Alfonsina, nos despedimos entonces hasta dentro de una horas.

—Sí, desde luego, hasta mañana.

Cuando nuestra protagonista se bajó del autobús cerca de su casita, se sentía inmensamente feliz. Habían sido tan escasas las alegrías en aquel humilde hogar que se hallaba emocionada. Tras darle muchas vueltas en su mente, decidió que primero se lo diría a su hija y luego a su marido, esperando que al menos en esta ocasión se lo tomara a bien, ya que el hecho de su contratación suponía una fuente de ingresos segura para su familia en unas condiciones nada fáciles de sobrellevar.

—¡Adriana, hija mía, Dios es justo! Parecía que ese trabajo estaba como hecho para mí. La mansión es hermosa, enorme, el lugar es acogedor, pero sobre todo, la señora… no sé, era como si la conociera de toda la vida. Rápidamente hemos conectado. Era como si hubiera existido desde el principio una

corriente de simpatía que nos hacía sentirnos próximas. No creas que este fenómeno sucede habitualmente. En las labores de servicios destinadas a este tipo de casas, las distancias entre dueños y subordinados es casi imposible de traspasar. Por supuesto que es pronto aún, pero te confieso que los comienzos no han podido resultar más prometedores.

—Supongo, madre, que eso cambia por completo la situación.

—En efecto, Adriana —contestó Marcia con seguridad—. Ya tienes casi catorce años. Tienes que ser consciente de que renunciar a un sueldo nos complicaría las cosas hasta el extremo. Te pido por favor que me respondas con toda sinceridad a la pregunta más importante que te voy a realizar en todo este tiempo. ¿Te ves con fuerza para cuidar del pequeño de la casa y sobre todo, de tu padre? Solo serán las horas que yo esté trabajando en la mansión de "Los Cafetales".

—Pues claro, mamá. Esto no es nuevo para mí, ya casi me considero una "experta". Siempre hemos estado juntas en esto y nos hemos apoyado la una a la otra como los pilares que sostienen una casa. La verdad es que de no ser así, esta familia se habría roto hace tiempo. Ya sé que mantener distraído a papá no es fácil, pero me apañaré. Si no fuera capaz ahora ¿cuándo crees que estaría en disposición? Venga, no pongas esa cara de intranquilidad. Cuenta con mi ayuda. Llegaremos hasta donde haya que llegar. Lo mejor es ir día a día, hora a hora, sin mirar demasiado al futuro ni organizar planes demasiado ambiciosos. El mañana ya se nos presentará cuando toque.

—Estoy asombrada, hija —manifestó la madre entre sollozos—. ¿Eres tú la que has respondido o la persona adulta que habita en ti? Nunca dejará de sorprenderme la madurez que observo en tu interior, impropia de tu edad, aunque forzada por los acontecimientos al haberte expuesto desde niña a unas condiciones muy dificultosas para salir adelante. No hay duda de que sois tú y Daniel los que habéis alumbrado mi existencia,

los que en medio de tanta oscuridad habéis brillado como lucecitas que guiaban mis dubitativos pasos. Dame un abrazo, Adriana y que Dios te bendiga.

Y pasó el tiempo y las cosas, al menos mejoraron algo. No es que el hogar de los Souza de pronto se transformara en un lugar idílico de convivencia y buen ambiente, pero sí que la atmósfera de opresión y negatividad del ayer se fue dispersando poco a poco. Fabio no hablaba mucho, pero al menos se mostraba algo menos cáustico en sus expresiones y sus palabras ya no albergaban el tono corrosivo tan habitual en él. ¿Sería posible que su sensación de impotencia y su postración estuvieran surtiendo algún tipo de efecto sobre su pensamiento? Todavía era pronto para especular con un posible cambio de actitud, mas durante mi estancia en "Nueva Europa" había observado casos relacionados con este. Lo curioso era que me recordaba a algunos ejemplos de espíritus que habían recibido un fuerte "correctivo" en sus vidas en el plano físico, tan solo a ellos achacables, pero que les había servido de inicio a una nueva reflexión, a un nuevo punto de partida que quizá anunciara variaciones más positivas y una mejor adaptación a las circunstancias a las que habrían de enfrentarse.

Me dejé arrastrar como barquita en medio del lago por la imaginación. ¿Y si Fabio…? Yo mismo pronuncié la palabra "¡basta!". No era el momento de continuar con mis cábalas. Ni la roca más desgastada se erosiona en una jornada ni en un año y cuando las aristas están muy afiladas, cualquiera que se acerque y las toque puede resultar herido. Atrapado en mi propio silencio, me decía a mí mismo que debía mostrarme cauto, pues no existe ningún fenómeno en la Naturaleza que no precise de un tiempo para su formación.

Lo que de verdad aparecía ante mi vista como algo digno de estudio, era la relación de afecto sincero entablada entre doña Alfonsina y Marcia. Esta se consolidaba día a día y

no solo porque a la señora le vinieran inevitablemente a su cabeza los recuerdos de su desaparecida Ana, sino porque la esposa de Fabio cumplía con absoluta fidelidad con sus tareas en la hacienda. Estas no se limitaban tan solo a las labores domésticas, sino que siguiendo los sabios consejos que en su fecha le indicó don Julio, también le servía de dulce compañía a una mujer con escasas amistades, con un marido casi siempre ausente y que había perdido al ser que más quería hacía ya años. Así, conforme transcurrían las semanas, ese aire nostálgico, esa intensa melancolía que reinaba en el interior de doña Alfonsina se fue disipando, aunque sin desaparecer del todo. De este modo, la dueña de "Los Cafetales" empezó a tomarle un cariño inmenso a Marcia, convirtiéndose esta en alguien insustituible que más que trabajar para ella por un salario le aportaba algo que no todos estaban dispuestos a entregar: un cálido y generoso afecto.

Próximo a la escolarización de Daniel, pues las agujas del reloj no se detienen para nadie, mi maestro se me presentó en mitad de la noche para intercambiar impresiones acerca de cómo se estaba desarrollando nuestra misión.

—Rafael, —intervine emocionado— parece que las aguas están volviendo poco a poco a un cauce menos abrupto. ¿Me equivoco en mi apreciación? ¿Cómo lo ves tú desde tu perspectiva?

—Prudencia, querido alumno, mucha cordura. Todavía es pronto para cantar victoria. Fabio es duro y tiene acumulado mucho resquemor en sus adentros. Con tanto tiempo para pensar, a su cabeza le siguen viniendo recuerdos vagos de su anterior existencia como persona de éxito en el dinero y los amoríos. Para nuestro hombre, resulta muy cruel tener que admitir su actual situación de minusvalía. Considera que él lleva ya años mascullando en su mente cómo ha alcanzado la coyuntura en la que se halla envuelto. Asiduamente, repasa su larga estancia en el orfanato, sus orígenes carentes por completo

de afecto, su turbulenta vida matrimonial y especialmente, su accidente, causante directo de su parálisis. Aunque el tiempo continúa su transcurso, a su entendimiento todavía le sigue siendo más fácil atribuir las culpas de su estado a factores externos que a su propia voluntad.

»Mi buen Manuel, piensa en los avatares de este ser sometido a prueba, que cuanto más ha escupido hacia arriba más ha sentido la presencia de su propia saliva sobre su rostro. Recuerda que el nefasto día del terrible percance, nadie le obligó a pegar a su mujer, que Marcia no había robado ninguna cantidad de dinero como maliciosamente interpretó Fabio y que por supuesto, nadie le coaccionó para que se emborrachara de aquella brutal manera y después, casi inconsciente y bajo los efectos del alcohol, resultara atropellado al cruzar la calle. Cuando huyes de los problemas, estos no se solucionan ni por sí solos ni por arte de magia, sino que simplemente se posponen hasta que se alcanza un momento crítico en el que ya no cabe más aplazamiento y entonces… ¡zas!... el destino te golpea con toda su fuerza y te proporciona un aviso como una sonora bofetada en tu mejilla. Por supuesto, la reacción corre por cuenta del sujeto. Así funcionan las cosas, Manuel.

—Maestro, tengo una pregunta que deseo hacerte desde hace tiempo. La gran afinidad que observo entre doña Alfonsina y Marcia resulta evidente, lo cual me induce a pensar que esos lazos tan intensos pueden provenir del pasado. ¿Podrías aportarme algún dato que me permita esclarecer este maravilloso fenómeno?

—Por supuesto, querido amigo. No hay nada que carezca de explicación en el Universo, aunque a veces no la veamos directamente porque no es el momento oportuno. Has de saber que la buena de doña Alfonsina es otra de las numerosas mujeres maltratadas por Fabio en su anterior existencia, y que si no lo has olvidado, estuvo llena de todo tipo de excesos por parte de este. Mi madre actual y ella no se conocían,

pero lo que de verdad las ha movido a encariñarse ha sido la similitud de experiencias traumáticas vividas tanto en el ayer como en el presente. Recuerda cómo nuestra amiga Marcia, que en aquella etapa era un hombre, se casó en esa época con otra de las jóvenes abandonadas en su día por el conocido hacendado Fabio, cobijándola y dándole todo su apoyo. Doña Alfonsina, al saber de la vida que ha llevado Marcia hasta hoy, se ha visto de alguna manera reflejada en mi madre, cuando su inconsciente le ha traído a la memoria los recuerdos de un tiempo lejano en el que ella fue la humillada y la desamparada por el antiguo y poderoso terrateniente que hoy vive sobre una silla de ruedas.

»¿Acaso no sabes que cuando las personas han experimentado situaciones trágicas semejantes tienden a solidarizarse entre ellas? ¿No ves que el sufrimiento compartido es más lle-vadero que en soledad? La dueña de "Los Cafetales" padeció el drama de perder a su única hija en plena juventud y Marcia soporta ahora el desprecio de mi padre, su maltrato y el fracaso de su matrimonio.

—Entiendo, Rafael. Aunque cada una de las mujeres contemple los hechos desde su propia perspectiva, no cabe duda de que las pruebas vitales unen a quienes las resisten.

—En efecto, Manuel, así es. No resta mucho para que un niño como yo pueda empezar a actuar con racionalidad. No he podido antes por razones obvias, pero con el tiempo podré comunicarme con Fabio y trabajar sus pensamientos. Esta es la parte sustanciosa de mi trabajo: se trata de una operación de rescate en toda regla. Mas no olvides un pequeño detalle que envuelve este asunto y que se constituye en clave fundamental.

—¿A qué te refieres? —manifesté con interés.

—Muy sencillo: hace falta que el individuo muestre la voluntad de ser rescatado. Casi nada ¿verdad? En esto como en otras tantas cosas, se cumple el viejo y sabio adagio que dice: "Ayúdate y el cielo te ayudará". Las leyes divinas son perfectas

y no cambian porque muden los siglos. Esa es nuestra mayor seguridad y nuestra mayor certeza, la luz que nos guía, la que alumbra la senda de todos los espíritus. En fin, aquí estaremos para comprobarlo.

—Es emocionante. Espero aprender mucho observando tu entrada en acción. Un buen alumno debe permanecer atento al camino emprendido por su profesor. Perdona el matiz de mi nueva pregunta pero ¿no crees que Fabio reaccionaría a mejor si pudiera volver a andar? Bueno, procuraré ser más claro en mi exposición. Si tú quisieras ¿podrías curarle?

—Hummm… interesante cuestión planteada por un aventajado alumno. Claro que podría sanarle, pero esa posibilidad está denegada por ahora desde la superioridad. El manejo adecuado de los fluidos sirve para regular las funciones vitales del organismo, de modo que estas se normalicen y actúen con eficacia, pero sé de antemano que la intervención que planteas no es posible a fecha de hoy. Manuel, tan solo te pido que recuerdes la jerarquía existente en el mundo espiritual. Para que te hagas una idea, yo también estoy sometido a las órdenes de mis rectores. Lo he dicho de esta forma para que lo entiendas bien. Dicha jerarquía no es exactamente idéntica a la que puedes observar en el mundo de la carne, pero en su esencia, obedece al mismo principio de subordinación que obra en la materia y en el resto de los mundos.

»No estoy autorizado a alterar el destino de las personas así como así. En cuanto a tu primer interrogante, al ser la evolución de las almas un fenómeno dinámico sometido a múltiples factores y variaciones, no puedo garantizarte cómo reaccionaría nuestro personaje si ocurriera lo que has manifestado. Piensa por un instante con la racionalidad que Dios te ha proporcionado. Con su recuperación, no cabe duda de que Fabio experimentaría una gran alegría al principio pero ¿quién nos asegura que no volvería a las andadas? Tú mismo has sido testigo directo de sus actos, de cómo una y otra vez volvía a

reincidir en sus tremendos errores y del daño que ocasionaba en sus seres más cercanos. ¿Imaginas acaso que su estado de parálisis no cumple con unos objetivos?

»Todo posee un fin en esta vida y obedece a un plan inteligente diseñado por Aquel que todo lo dispone. Créeme Manuel, ahora mismo todas las posibilidades se hallan abiertas. Solo Dios conoce el nombre de la puerta que Fabio atravesará. Yo le deseo lo mejor a nuestro hombre, sin embargo, es de obligado cumplimiento el hecho de que tenga que seguir trabajando su actitud interior. Además, como te he anticipado, voy a entrar en acción en un plazo no muy largo. Si no ¿para qué habría encarnado en un cuerpo físico y en medio de las densas vibraciones pertenecientes a este planeta de expiaciones? Paciencia, amigo. Tus preguntas denotan tu interés por el desarrollo de la misión y no sabes cuánto me alegro por ello. Sin embargo, tus tiempos no son mis tiempos, ni los de Fabio y por supuesto, tampoco son los tiempos del Creador. Espera y verás. Mientras tanto, prosigue con tu aprendizaje, mi buen discípulo.

CAPÍTULO 17

PALABRAS DE UN NIÑO

Antes de finalizar la estación previa al ingreso de Daniel en la escuela, Adriana llevó una jornada a su padre a la calle para que le diera el aire, camino de un parque cercano en el que se respiraba un ambiente relajado. Aquella tarde, mi maestro se puso muy terco e insistió como niño que era en acompañar a su padre y a su hermana mayor en aquella improvisada "excursión", mientras que Marcia se quedaba en casa en su día de descanso semanal.

—Mamá, mamá, déjame ir con ellos. Me aburro mucho en casa. Por favor, por favor, Daniel quiere ir al parque a jugar.

—Venga, Adriana —expresó la mujer—, llévate también a tu hermano si no te importa. Así aprovecharé yo para limpiar el resto de la casa sin tener que ocuparme del pequeño.

—Está bien, pequeñajo, pero a ver cómo te portas. ¿Eh? ¿Qué? ¿Quieres empujar también el carrito de papá? ¿Te hace ilusión? Bueno, no te preocupes, no seas tan pesado; cuando alcancemos la arboleda, allí te dejaré que lo hagas.

—Sí, sí, quiero ayudar, déjame ser conductor de papá —chilló con gran agitación Daniel.

Como la escena prometía, captó toda mi atención. Por ello, me dispuse a dar el paseo con los tres. Al poco, llegamos a una zona ajardinada que contaba también con la presencia de numerosos árboles y plantas y donde había conversado más

de una vez a solas con mi admirado Rafael. El niño pretendía empujar la silla de su padre tal y como le había prometido su hermana mayor, pero evidentemente no pudo debido a la diferencia de peso.

—Aaaah… —exclamó el pequeño de la casa—. Daniel no puede. Papá ¿por qué estás tan gordo?

—Niño —intervino su hermana—, deja a tu padre. No es que esté gordo, es que la silla es de hierro. Por eso no puedes moverle.

—Papá, ¿tú siempre has vivido en una silla de ruedas?

Fabio miró fijamente a su hijo pero no le contestó.

—Papá —continuó Daniel—, de toda la gente que conozco, tú eres el único que va siempre sentado. Eso es muy bueno. Así, no tienes que hacer esfuerzos para ir de un lado a otro. Todo te lo dan hecho. Eres como los señores ricos que tienen un chófer para conducir o incluso para viajar lejos. A mí también me gustaría no tener que mover las piernas para ir de un sitio a otro y que me llevaran. Sería muy divertido. ¿Te gusta eso, papá? ¿A que sí? Entonces ¿tú eres rico también?

El silencio fue la única respuesta que se observó, aunque me fijé en cómo el rostro de aquel hombre se iba crispando por momentos.

—Deja a tu padre tranquilo, niño —intervino Adriana—. No te contesta porque se siente cansado. ¿Es que no te das cuenta, pequeñajo? ¿Tú me has visto alguna vez haciendo ese tipo de preguntas tan extrañas? ¡Tienes cada cosa, Daniel! ¡Mira que comparar a tu padre con los hombres que disponen de un conductor privado!

—Entonces, papá no está contento con su silla de ruedas. Y ¿por qué no te levantas y caminas tú solo?

—¡Niño estúpido! —profirió Fabio gritando—. Cállate ya o te arreo un tortazo. Me apetecía permanecer en silencio pero al final me has hecho hablar. ¿Tú quieres saber lo que yo soy? Eres demasiado curioso. De verdad, ¿quieres saberlo?

—¡Síiiii… Daniel quiere saber!

—¡Soy una mierda, sí, eso es, una auténtica mierda!

—Papá, eso está muy feo, has dicho una palabrota. Un padre no tiene que decir palabrotas a su hijo. Eso no está bien.

—Pues ahora ya lo sabes, niñato, te guste o no. Los paralíticos somos eso, una repugnante mierda tan grande como la mansión en la que tu madre trabaja, un despojo de carne sin voluntad y al que nadie quiere acercarse ni mirar.

—No entiendo eso que has dicho, papá, pero si estás mal ¿por qué no te levantas y andas? Por favor, Adriana, si yo estuviera siempre sentado y me aburriera, me levantaría. Díselo hermana, a lo mejor a ti te hace caso.

—Basta ya, Daniel —cortó la conversación la muchacha—. No es tan fácil como crees. Las personas inválidas no pueden dejar de serlo porque lo pretendan. ¿No ves que es una enfermedad para toda la vida y que uno no puede desprenderse de ese mal caprichosamente?

—Lo que veo es que los dos os habéis enfadado mucho conmigo. Entonces, Daniel no puede hacer más preguntas a su padre… Me callo ya y así dejo de molestar a los mayores.

Observando la tensión creada en el ambiente, Adriana cogió a su progenitor y lo dejó descansando bajo la sombra de un gran árbol, mientras que agarró al hermano del brazo y se retiró con él a unos metros donde no se les pudiera escuchar.

—Daniel, ya sé que eres un crío pero ¿por qué haces preguntas tan, tan, tan…complicadas? Papá suele estar casi siempre de mal humor y encima vas tú y le interrogas acerca del motivo por el que está en una silla de ruedas en vez de caminar. Él no puede andar, hermanito, que te entre en la cabeza. Ya le gustaría a él levantarse de ese maldito aparato, pero no puede. Si sigues con tus comentarios, se enfadará más y más y también con mamá y por supuesto conmigo. Pero ¿quieres dejar de mirarle? ¿Me estás escuchando?

—Que síiiii… pesada... vale, no más preguntas "complicadas".

—Eso, no más preguntas, ni sencillas ni difíciles, aunque tratándose de ti… Otra cosa, amiguito, no te acerques mucho a papá cuando le hagas alguno de tus comentarios, sobre todo si yo no estoy.

—¿Por qué, hermanita?

—Porque te puedes quedar sin dientes —expresó la joven con un gesto elocuente y llevándose su mano derecha a la boca.

—Bah, no te creo. Tú lo que quieres es asustarme para que me calle, pero yo sé que él no puede pegarme. Los padres no hacen ese tipo de cosas con sus hijos.

—Ya, pero no te fíes. Como hermana mayor te he dado un buen consejo. No te pases de listo, mocoso. Te lo digo por tu bien.

A Adriana le faltó tiempo, una vez regresaron los tres a casa, para relatarle a su madre con todo detalle lo sucedido en el parque, las extrañas intervenciones de Daniel, las abruptas contestaciones de Fabio y el mal ambiente surgido de repente en un escenario a priori tan tranquilo.

—Mamá, de verdad, a veces es que no alcanzo a entenderle pero ¿de dónde sacaste a este niño?

—Pues si no me equivoco, de la misma barriga donde tú estuviste alojada nueve meses.

—Pero a su edad, yo era muy silenciosa y hablaba poco. ¿No es así?

—Sí, hija mía —respondió con un suspiro Marcia—. Tu silencio siempre ha sido el mayor de mis apoyos, mi mejor aliado. Si supieras cuántas veces cuando te veía dormir en mitad de la noche, pensaba que eras mi mayor consuelo… Una sola de tus miradas, una sola de tus sonrisas de complicidad, cuando nos hemos enfrentado a infinitas batallas, me ha dado más fuerza que mil palabras. Cada cual hace lo que sabe y también lo que le sale de dentro. Cada uno viene a este valle de

lágrimas a ofrecer aquello que posee, no lo que no tiene ni ha trabajado. Unos hacen sufrir a los demás y otros consuelan a los que sufren. Daniel es pequeño aún, aunque ya apunta unas maneras diferentes. ¿Quién sabe para qué habrá llegado él a este mundo? Solo Dios conoce su destino pero el tiempo nos lo dirá. De todas formas, es solo un niño, no te inquietes por sus preguntas, carecen de maldad, provienen de una mente infantil si bien muy aguda para su edad. Es lógico que al observar a su padre como alguien diferente se plantee, como crío que es, determinadas cuestiones que a lo mejor otros no se hacen. Además, no te alarmes, quién sabe si con su inocencia no hace reflexionar a la roca de su padre…

CAPÍTULO 18

LA INVITACIÓN

El tiempo y los años transcurrieron y una jornada me desplacé a la hermosísima hacienda de "Los Cafetales" siguiendo a Marcia. En su horario de trabajo siempre efectuaba un descanso de una media hora de duración en compañía de la señora. En ese intervalo, ambas tomaban juntas una taza de café o de té añadiendo a las bebidas algo sólido para reponer fuerzas. Este ritual jamás se interrumpía salvo que sucediera algún hecho extraordinario. Ni que decir tiene que con el paso de las primaveras, los lazos de unión entre aquellos dos espíritus con forma femenina se habían intensificado hasta el límite de que bien parecieran los de una familia antes que los de una relación laboral entre patrona y empleada.

—Marcia, querida, llevo tiempo pensando en este asunto pero hoy me he visto con más fuerzas para comentártelo.

—Usted dirá, doña Alfonsina.

—Llevas aquí casi cinco años trabajando y te aseguro que ni una sola noche antes de acostarme, al pensar en ti y en tus circunstancias, me he arrepentido de haberte contratado.

—Gracias, es muy amable de su parte, aunque sospecho que quiere decirme algo más importante.

—Sí, ya sé que no eres mi hija aunque te parezcas a ella como dos gotas de agua. He reflexionado y si bien muchas

veces me has hablado de tu familia y de tus condiciones difíciles antes y después del accidente de tu marido… quizá haya llegado el momento después de un lustro de que yo les conozca. Me refiero a tu esposo y a tus dos hijos. ¿No te parece que sería oportuno? No sé cómo explicártelo pero los años pasan y lo lógico es que yo me interese por conocer a los parientes de mi mejor trabajadora.

—Señora, creo que ya hablamos de este asunto hace como una temporada. Lo descarté porque no me pareció una coyuntura propicia. Es mejor no mezclar los asuntos laborales con los afectivos, pienso yo.

—Pero mujer —sonrió amablemente doña Alfonsina—, ya sabes que te he cogido mucho cariño. Eres una persona noble y leal. Me encantaría charlar con ellos. Si no quieres que estén aquí por mucho tiempo, al menos tráelos para una merienda corta que no se alargue más de una hora y así tendré la oportunidad de saber qué personas ha puesto Dios a tu lado. No sé si te puedes poner en mi piel por unos instantes… Confieso que nunca invitaría a mi casa a nadie que no me resultara muy especial. Estoy casi todo el tiempo sola, ya sabes que mi marido emprendió hace poco un largo viaje de negocios…

—Ay, señora, la entiendo perfectamente pero… es que existe un serio problema.

—¿Qué problema, hija?

—Verá, doña Alfonsina, usted no conoce a Fabio. Todo lo que yo pueda haberle contado de él no tiene nada que ver con la realidad. Una cosa es describirle y otra bien distinta es tenerle enfrente, cara a cara, aunque él no pueda valerse por sí mismo. Señora, se lo diré con claridad: Fabio no acostumbra a hablar mucho pero cuando lo hace, su lengua es viperina. Puede parecer inadecuado que yo hable así de él, pero afirmar otra cosa sería faltar a la verdad. Ahora que ya no tiene libertad de movimientos, que no puede golpearme con sus puños con

la facilidad de antes, esa maldad la ha concentrado en su boca. Además, tendría que convencerle. La verdad, no sé yo si estaría dispuesto a venir. Me sorprendería que accediera.

—Tú inténtalo o ¿acaso quieres que sea yo la que os visite y me acerque a vuestra casa?

—Uf, mejor que no. Ya de solo pensarlo me entran temblores. No quiero ni pensar en la reacción de Fabio. Además, mi casita es muy humilde, seguro que usted se deprimiría al verla y…

—¡No digas más tonterías Marcia! Las riquezas, los negocios, el dinero… todo eso se quedará aquí cuando mueras. Nada de eso te va a ser útil en el "otro lado". No te pedirán explicaciones por los números de tu cuenta corriente ni por el número de habitaciones de tu hogar sino por las buenas obras realizadas. ¿Olvidaste acaso el mensaje contenido en los Evangelios?

—No, por supuesto, sus palabras son todo un estímulo. ¿Sabe una cosa? Me ha convencido con sus argumentos y por la forma en que los ha expuesto, con esa seguridad y confianza en lo que estaba hablando. Quién lo diría, pero usted me ha animado con su mensaje a efectuar la visita. ¿Por qué no? Será algo diferente, sin duda. Ahora bien, se lo digo de todo corazón: debe estar preparada; no puedo responder por mi marido. Creo que me entiende ¿verdad?

—De acuerdo, no te preocupes por eso. Estoy lista. Me dispondré para que no me coja por sorpresa nada de lo que él pueda expresar. Amiga, busca el día más apropiado para ti y me lo confirmas. Sin prisas. Te voy a dar facilidades. Te enviaré un vehículo grande donde puedan trasladar a tu marido con su silla y donde quepáis los cuatro más el conductor. ¡Bueno, tampoco mi casa está a cien kilómetros de la tuya!

Ambas mujeres rieron de alegría mientras se agarraban de la mano con jovial expresión. Yo, alarmado por el contenido de lo que había escuchado, salí despedido y a toda velocidad

a la búsqueda de Rafael. Quería ser el primero en transmitirle tan importante noticia. Cuando apresurado llegué a casa, le busqué por todas partes y no estaba. Me dirigí a la cocina, donde Adriana estaba preparando algo para comer y le "silbé" en sus oídos para que se centrara en la imagen de su hermano pequeño. Curiosamente, ella lo visualizó en su pensamiento jugando en una casita idéntica a la suya y rodeado de otros niños de su edad gritando y saltando en medio de un gran jolgorio. ¡De pronto, lo recordé! Claro, esa jornada había sido declarada festiva para los colegios de la ciudad y mi maestro había sido invitado a una fiesta de cumpleaños de un compañero de su clase que vivía muy cerca de allí, a escasos metros del hogar de Fabio y Marcia. Salí con rapidez y al oír el sonido de ecos infantiles, supe de pronto del lugar de la celebración.

—¡Maestro, maestro! —expuse elevando mi tono de voz para captar su atención—. Doña Alfonsina ha invitado a toda la familia a merendar a la hacienda de "Los Cafetales". ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué va a ocurrir? Nuestros planes pueden verse alterados...

Daniel me señaló discretamente con su dedo para que nos dirigiéramos a una zona de la casa donde no había nadie en esos instantes.

—Mi buen alumno, observo tus prisas y hasta tu emoción, pero ¿no pretenderás que hable contigo en medio de todos esos críos y de sus padres? Ya sabes que hay que mantener las "formas", precisamente porque ahora soy parte de la dimensión material.

—Mis disculpas, Rafael. Los nervios me atenazan.

—Ja, ja, ja… pero ¿qué nervios, amigo? ¿Ya no recuerdas que careces de sistema nervioso? Quizá tengamos que repasar ciertos conceptos de anatomía espiritual…

—Tienes toda la razón, maestro. Lo había olvidado. Está claro que son las dudas que asaltan mi pensamiento las que me están perturbando.

—Bien y ¿puede saberse a qué obedece esa exhibición de ansiedad?

—Pero… ¡Rafael! Fuiste tú mismo el que me lo dijiste cuando yo te pregunté por esta cuestión. Doña Alfonsina es una de las mujeres que en otra vida fue objeto de abusos por parte de Fabio, una de las víctimas de su maltrato, de su abandono. ¿Te imaginas por un momento la coyuntura que puede desplegarse ante nuestros ojos? Dos enemigos del pasado, frente a frente; será un duelo sin compasión y contará además con la presencia de Adriana y de Marcia. Hay que evitarlo a toda costa. La única esperanza que hallo en este asunto es que nuestro hombre no acepte acudir a la mansión a esa merienda organizada. Así al menos, no se encontrarían.

—Tranquilo, mi joven aprendiz. Guarda la calma. Veamos ¿te has preocupado por sumergirte en los sentimientos de doña Alfonsina? Piensa en que si su figura surgió de repente en la crónica de nuestros protagonistas, se debió a un motivo de peso. A estas alturas de la historia ¿no irás a creer que las cosas que suceden entre los espíritus que habitan en este planeta ocurren por azar o por pura casualidad?

—Maestro, la verdad habla por tu boca. De lo que sí estoy seguro es de que la propietaria de aquella casa tan bella es una buena mujer.

—¿Solo una buena mujer? ¿Sabías que es la presidenta honorífica de la Asociación de niños afectados por muertes repentinas? ¿Conocías que dona inmensas cantidades de dinero para investigar la causa y el tratamiento de tales enfermedades? ¿Sabías que cede un montón de fondos para ayudar a todas esas familias que por diversas circunstancias han perdido a sus hijos en la infancia o en plena juventud? Y sin embargo, Manuel, nunca verás su nombre reflejado en ningún periódico, ni semanario de sociedad, en ninguna entrevista, ni siquiera pronunciado en la radio. Recuerda las bellas palabras de Jesús al

respecto: "Tú, en cambio, cuando hagas limosna, que no sepa tu mano izquierda lo que hace tu derecha"…

»Esta es la única condición que ella puso a su filantropía. De modo que en el momento que se diera publicidad a su identidad, las ayudas cesarían. ¿Sabías que paga a sus empleados, incluida nuestra querida Marcia, una cantidad de sueldo considerablemente mayor que a otros trabajadores del mismo sector en su misma situación? ¿Has visto la humanidad y el trato cordial que profesa a todos y cada uno de sus asalariados? Sí, ya sé que ella no pasa necesidad, pero mírala bien, obsérvala y te darás cuenta de que su estilo de vida es frugal, correcto, disciplinado. Hasta sale poco de su bella mansión para no gastar más de la cuenta y no precisamente por avaricia, sino para disponer de más recursos que reviertan en beneficio de otros. Y ¿qué me dices del recibimiento y la atención que todos estos años ha dispensado a mi madre? Esto te demuestra que los lazos que unen a las personas provienen de otras existencias, de sus memorias inconscientes de experiencias compartidas, de múltiples factores que no pueden limitarse a la vida actual...

—El trato de ella con los que le rodean no es que sea bueno, es que resulta exquisito, lo confieso, maestro.

—Es cierto que su destino la colocó en una posición económica privilegiada pero ¿cuántas personas hay como ella que no regalan ni siquiera un trozo de comida para los gatos mientras que arrojan escandalosamente a la basura alimentos que les sobran habiendo multitud de personas que sufren privaciones y necesidades? Además, considera que nadie le regaló nada a esta pareja que perdió a su única hija Ana con veinte años de edad. Su marido dedica más horas al trabajo que cualquiera que puedas observar en la ciudad e incluso en la metrópoli. Sus riquezas no provienen de un golpe de suerte, sino que son el producto de mucho tiempo de esfuerzos y sacrificios. Cuando veo a doña Alfonsina, cuando examino su deseo de anonimato, sus ganas de permanecer en la sombra

mientras contribuye desde el silencio al bien del prójimo, me acuerdo tanto de las enseñanzas del verdadero Maestro de esta tierra que ahora piso con mi carne…

—Es cierto, Rafael; conforme has estado hablando de ella, he hecho memoria. ¿Quiere ello decir que no habrá tensión ni enfrentamientos, o sea, que no se producirá algo que perjudique las condiciones de trabajo de Marcia? Ahora que las cosas han mejorado hasta cierto punto, que al menos no les falta lo suficiente como para sobrevivir y salir adelante, sería una verdadera pena que Fabio montara en "Los Cafetales" uno de sus acostumbrados "numeritos" y que esta circunstancia diera al traste con la magnífica relación consolidada entre ambas mujeres.

—En absoluto —expuso Rafael con convicción—. Fabio podrá decir lo que quiera pero eso no implica necesariamente que doña Alfonsina vaya a salir corriendo despavorida o que le vaya a devolver un insulto con otra ofensa. Te contaré algo, mi buen Manuel. Tras padecer en su anterior existencia la coyuntura de haberse visto abandonada por nuestro hombre, ella lo pasó muy mal pero sacando fuerzas de flaqueza, finalmente se repuso. Es una luchadora nata, lo trae en su alma y conoce que el verdadero mérito se halla en el sacrificio personal, en la disciplina del día a día. Puedes considerarla como rica en lo terrenal, que lo es, pero no te despistes. Esto te lo digo para que el finísimo velo material que la envuelve no te impida traspasar lo que hay más allá, en su interior.

»Alfonsina sabe del verdadero valor de las cosas porque ella también ha pasado por penurias y limitaciones de todo tipo, pero a diferencia de otros, no permanece ensimismada en sus pensamientos, en una parálisis emocional quejosa, sino que utiliza con inteligencia y buen hacer los medios de los que dispone. No olvides que perder a tu única hija en plena juventud es una de las experiencias más duras a las que puede exponerse un ser humano. Si la corriente se mueve a su favor,

rema con fuerza y administra sus pasos. Y si la corriente va en su contra, no creas que se deja arrastrar o se abandona, sino que agarra bien la pala y boga con más empeño para superar el empuje de las aguas.

»Y ahora, ve tranquilo, hermano. Disfruta de tan emotivo encuentro. Verás cómo cada espíritu adopta posturas diferentes según las distintas formas que tienen de encauzar los acontecimientos de la existencia. Además, yo también estaré allí. No temas por Marcia ni por los desvaríos de Fabio. La dueña de "Los Cafetales" se ha "vacunado" ya contra la irrupción de muchas plagas, por lo que es casi imposible que enferme del mal que afecta a nuestro protagonista. No olvides que nuestra misión consiste en rescatarle, en ofrecerle todo aquello que obre en nuestras manos para que libremente cambie de actitud.

—Sí, maestro, permaneceré con los ojos muy abiertos porque la ocasión bien que lo requiere.

—Muy bien, Manuel. Y ahora, si no te importa, permíteme disfrutar de la maravillosa fiesta de cumpleaños que ha organizado Miguelito para sus amigos, entre los que me encuentro. No quiero decepcionarle empleando mi tiempo para jugar en charlar con un espíritu como tú.

—Sí, cómo no —respondí captando el tono humorístico de sus palabras—. Que disfrutes con tus globos y que te aproveche la tarta, querido Daniel.

Para mi sorpresa, Fabio no puso muchas objeciones al hecho de tener que acudir a la mansión a merendar. La joven Adriana y el pequeño de la casa estaban encantados. La invitación al evento resultaba algo novedoso para ellos, por lo que no estaban dispuestos a renunciar. Me preguntaba si algo en el interior de aquel hombre, hasta hace nada tan agresivo y tan brutal, estaba cambiando de veras o si era una ilusión mía. ¿Sería que el aburrimiento le llevaba a hacer lo que fuera para acabar con el tedio que le suponía estar sentado tantas horas? Pronto lo sabría.

Un taxi muy espacioso fue enviado a la humilde casita de nuestra familia para conducirles a aquella hora de la tarde hacia la bellísima mansión ubicada en las afueras de la ciudad. Para subir al vestíbulo a Fabio, se hizo necesaria la ayuda de uno de los jardineros de la hacienda, el cual, con su corpulencia, pudo montar a nuestro personaje sobre sus espaldas y llevarle por la amplia escalera que daba acceso a la casa.

Lo primero que me impresionó del encuentro fue que cuando doña Alfonsina, como gesto de hospitalidad, le ofreció caramelos a mi maestro, este se le lanzó a su cuello y la colmó de besos. ¿Sería verdad aquello de que los buenos espíritus se "reconocen" a primera vista incluso "embutidos" en el traje corporal? Ese acto, supongo que realizado a toda conciencia por el niño, sirvió para romper el hielo y hacer mucho más cálida la bienvenida a aquella residencia que más bien se asemejaba a un palacio y que, evidentemente, poco o nada tenía que ver con el modesto hogar de donde provenían los invitados. Todos sonrieron ante la ocurrencia del pequeño de besar con tantas ganas a la propietaria. Fijándome bien, me di cuenta de que hasta Fabio esgrimió una tibia sonrisa en sus labios que en segundos borró de su rostro.

Tras acomodarse en el cenador del inmenso jardín, aprovechando la bondad de la tarde y la agradable temperatura que reinaba en el ambiente, se inició la tan ansiada merienda, una vez que todos los participantes se sentaron a la mesa. La buena de Marcia había recibido instrucciones muy precisas el día anterior por parte de doña Alfonsina, en cuanto a no participar para nada del servicio del refrigerio, pues en aquella ocasión no había acudido a "Los Cafetales" en condición de empleada sino de invitada.

—Bueno, Marcia —abrió la conversación la señora de Cerezo—. Ya sabes que hoy no vienes aquí a bregar como de costumbre, sino a compartir conmigo y con tu buena familia un rato de ocio, que bien que os lo merecéis.

—No diga eso, porque aunque trabajo aquí, usted me dispensa un trato tan exquisito que a veces parezco más una parienta de la casa que alguna de sus asistentes.

—Bueno, si eso es así, es porque te has ganado toda mi confianza con tus actos y con tus palabras.

—Pues esta es mi hija de dieciocho años —expresó la esposa de Fabio con la dignidad propia de una buena madre—. Le presento a mi mano derecha, la señorita Adriana, embajadora celestial de inmejorables intenciones. Le aseguro que ella constituye para mí un tesoro de valor incalculable. Le parecerá una locura, pero de no haber sido por ella y teniendo en cuenta las circunstancias por las que he atravesado, creo que hace ya tiempo habría arrojado la toalla.

—La verdad es que te pareces bastante a tu madre —señaló doña Alfonsina mirando con una sonrisa a la muchacha—. Pero te diré algo, jovencita: intuyo que la semejanza es más de carácter que de aspecto físico.

—Muchas gracias, señora —respondió amablemente la chica—. Para mí, lo que ha dicho es un cumplido. Parecerme a mi madre supone un gran elogio, porque ella es una luchadora incansable. Desde que tengo recuerdos cuando era pequeña, hemos pasado por muchos problemas en casa y sin mi mamá, hubiera resultado todo tan oscuro que no sé si habríamos llegado al punto en el que nos encontramos ahora. ¿Sabe una cosa? ¿Ha oído usted hablar de las "almas gemelas"?

—Sí, cómo no, claro que he leído algo sobre esa cuestión.

—Pues le confieso que siempre he tenido la impresión de que mi madre y yo somos eso, o al menos es lo que yo siento por dentro. ¿No es cierto, madre? Por favor ¿qué tienes que decir sobre esto?

—Bueno, hija, si tú lo dices, pues será así. Lo que tengo claro es que en muchos momentos, a pesar de la diferencia de edad, nos hemos sentido entre nosotras más como hermanas que se apoyan que como madre e hija. Bueno, Adriana, que

tampoco hay tanta diferencia. Que te tuve con tan solo dieciocho años, ja, ja, ja…

—Es cierto mamá, ambas somos todavía muy jóvenes —respondió la muchacha riéndose.

—Bien, doña Alfonsina, a mi hijo ya le conoce algo. Es una joya, un diamante en bruto sobre el que tengo la intuición de que se va a pulir por sí mismo. A veces, nos quedamos asombrados con sus comentarios y en otras ocasiones, hasta preocupados. Está aquí pero parece que no esté aquí, sino en su propio mundo. La verdad es que se trata de un crío muy especial; es como si tuviera dentro a un adulto sabio y responsable que obra a través de él. En fin, supongo que esto que le digo no deja de ser amor de madre.

—Pues no sé qué decirte, mamá —comentó Adriana—. Yo no soy tú pero confirmo totalmente tus palabras con respecto a Daniel. Mi hermanito es un poco rarito, pero lo que más me llama la atención, aunque me cueste admitirlo por la edad que tiene, es que suele decir muchas cosas que llevan a la reflexión. No le exagero, señora, pero me recuerda a una especie de maestro o de filósofo que propone un debate entre sus alumnos para que estos se queden pensativos, absortos con la polémica que él mismo ha creado.

—Hummm… todo eso que decís es muy interesante —convino doña Alfonsina—. Veamos. Hagamos una pequeña prueba con el crío, si me lo permiten.

—Sí, por supuesto—asintió Marcia.

—¡Eh, Daniel! —gritó la propietaria de la Hacienda—. Deja un momento de mirar las flores y acércate. Anda, ven aquí.

—Debe disculparle —dijo su madre—. Se ha quedado como extasiado contemplando las maravillas de su jardín. Creo que le atrae mucho la inmensa gama de colores que puede observar aquí. Es que todo esto es nuevo para él y no está habituado a ver tantas plantas juntas.

—¡Eh, Daniel! ¡Recuerda que antes te di caramelos! ¿Ya lo has olvidado, pequeñajo? Ah, al final te ha costado trabajo venir ¿eh? Ponte en mis piernas un instante. Oye, he comprobado que te gustan mucho las flores ¿es cierto eso?

—Claro, es que son muy bonitas y las hay muy diferentes.

—Y ¿cuáles son tus preferidas?

—Las rosas.

—Ah, sabia elección, sí señor. Y, dime ¿por qué las rosas?

—Porque se abren y son de muchos colores, rojas, amarillas, blancas… Es que el otro día la maestra nos dijo en clase que cuando hay amor entre las personas, los corazones se abren y entonces, yo me acordé rápidamente de las rosas.

—Ah, eso está muy bien. Bueno, te voy a hacer una pregunta para que me respondas. Así, luego te daré más caramelos… ¿Te gusta esta casa?

—Sí, mucho.

—Y ¿puede saberse por qué, Daniel?

—Por lo que hay aquí pero que no puede verse.

—¿Cómo? ¿Por lo que no se ve? ¿Y… puede saberse qué es eso que no puede verse aquí en la casa?

—Pues, es que me he acordado otra vez de mi maestra.

—Caramba ¿y eso?

—Es que el otro día nos explicó que las cosas más bellas que hacen las personas dependen de la intención con la que se hagan y también dijo que eso no se podía observar directamente por la vista, sino desde adentro, a través de los ojos del corazón.

—Bien dicho, claro que sí. Ya estás casi a punto de conseguir más caramelos. Pero dime, entonces ¿cómo te sientes aquí?

—Muy bien. Es que aquí hay amor, como en la rosa cuando se abre, que en verdad nos está dando su amor. Yo puedo ver cómo se abre la flor pero lo del amor no puede verse, solo sentirlo por dentro.

—¡Vaya con el niño! —concluyó la dueña de "Los Cafetales"—. Creo que vosotras os habéis quedado un poco cortas al describir al crío. No es que tenga algo especial, es que todo él es especial. Y ¿habéis notado cómo te mira cuando te habla? Es una sensación muy extraña… no sé… como si me estuviera desnudando el alma…

Al contemplar la escena, hasta yo mismo me senté embelesado sobre el césped y me emocioné. Parecían palabras sencillas y muy hermosas, pero salidas de la boca de una criatura de seis años, aquello impresionaba. Todos, excepto Fabio, vertieron algunas lágrimas por sus mejillas, haciendo de aquel momento algo realmente singular. Las enternecedoras expresiones de mi maestro habían tocado la fibra más sensible de los presentes.

—Toma, hijo, dame un abrazo y coge tus caramelos —contestó doña Alfonsina entrecortadamente—. Te los has ganado.

De pronto, la voz ronca y desagradable de nuestro hombre rompió la armonía de la tarde, mientras tocaba sus palmas aplaudiendo con una lentitud exasperante.

—¡Oh, qué bello espectáculo y qué románticos se pusieron ustedes con las ocurrencias del nene! Ja, ja, ja… como para echarse a llorar con tanto sentimentalismo bobalicón. Como siempre, mi señora me ha vuelto a dejar el último de la fiesta, ni siquiera he sido presentado. Ohhhhh… ¿Por qué será? ¿Creerá ella que voy a meter la pata en cuanto abra mi boca? ¿Pensará la santa de Marcia que su esposo va a decir algo inconveniente? ¡Qué crueldad! ¿Verdad, señora? Hoy en día, los hombres de la casa ya no son los primeros sino la última escoria. ¡Pues sí que han cambiado los tiempos! Aunque creo que a peor, al menos para mí. Creo que usted no conoce del todo a mi familia y que en concreto, se ha fabricado en su mente una imagen fantasiosa de Marcia, como si ella fuera una especie de hada madrina que soporta con extraordinaria paciencia los sinsabores del día a

día. Bueno, no sé qué decirle ni sé ni de qué preocuparme. Supongo que ella ya le habrá advertido con gran profusión de datos acerca de los tremendos "peligros" que puede mostrar un desgraciado paralítico cuyo único soporte a la existencia es una garganta que habla cada vez menos y unas "magníficas" piernas que llevan ya unos años pudriéndose y con menos vida que los huesos de un esqueleto.

—Bueno, créame si le digo que no he imaginado nada sobre su dulce mujer sino que su comportamiento rutinario en esta casa es su principal embajador y el que la avala. En cuanto a lo que usted manifiesta de sí mismo, le comprendo perfectamente. Debe ser duro vivir dependiendo de los demás, tener tantas horas al día para pensar y no poder desplazarse libremente…

—¡Señora, usted qué va a saber! —expresó Fabio en tono despectivo—. Por favor, no me haga reír o mejor dicho, llorar. Para conocer eso habría que estar en mi estado y yo en cambio, lo que observo de usted es que anda muy bien, a pesar de su edad.

Marcia ya no sabía dónde meterse. Si en ese momento hubiera podido gritar con todas sus fuerzas "¡tierra, trágame!", lo habría hecho sin dudar. Se arrepintió de haber aceptado la generosa invitación de la dueña de "Los Cafetales" mordiéndose con vehemencia su labio inferior hasta hacerse daño. Todos los fantasmas más negativos se le cruzaron por su cabeza, viendo de pronto correr por su pensamiento un futuro negro en el que evidentemente ya no podría trabajar en aquella majestuosa mansión tras lo sucedido en esa merienda. Siendo testigo privilegiado de la turbulenta escena provocada por nuestro personaje, intuí que ni siquiera ella conocía en profundidad a una mujer como doña Alfonsina, a pesar de que llevaba allí trabajando varios años. No podía sentirse más avergonzada, pero haciendo de tripas corazón, Marcia acertó a expresar:

—Por favor, señora, se lo ruego, debe disculpar a mi marido. Me temo que había pasado ya mucho tiempo sin que él no hiciera algo para alterarnos. Perdónele, de veras, a veces creo que no sabe ni lo que hace ni lo que dice.

—Tranquila, mi buena amiga, relájate. No tengo nada que perdonarle. Solo tendría que disculpar a quien fuera capaz de herirme.

—Ya, qué fácil es hablar —comentó Fabio con el sabor amargo del sarcasmo en su expresión—. Tome, le regalo esta maldita silla de ruedas que ejerce su función de ataúd por anticipado y además, para no parecer rácano, le cedo mi enfermedad también. ¿Qué, contenta? Ah, se me olvidaba, para concluir le ofrezco mi humilde cuchitril en el cual vivo, a cambio de su "modesta" mansión donde según ese endiablado crío hay mucho "amor". ¿No me negará que se trata de un acuerdo justo?

—Querido amigo, cada cual cuenta con una serie de dones en la vida y debe trabajar con ellos. Esto que usted ve aquí no es más que apariencia y pasará, no guarde ni la más remota duda. Si el césped no se cortara regularmente esto se transformaría en una jungla de feo y abandonado aspecto, si la casa no se cuidara, la hiedra lo inundaría todo, se haría inhabitable y el polvo se acumularía de tal modo que resultaría imposible hasta respirar. Yo soy bastante mayor que usted aunque reconozco que me mantengo en buena forma. Fíjese, don Fabio, en que hasta podría ser su madre pero le confesaré una cosa: mi alegría interior no se debe al dinero ni a mis posesiones sino a la aceptación de mis circunstancias.

—Ya, qué facilidad de palabra tiene, señora. ¡Qué buen discurso maneja! Parece que se entrenara delante del espejo. Me sorprende, pero por favor, no me haga carcajear. Y puestos a filosofar ¿qué me sugiere que debo cambiar de mi ambiente para sentirme tan "feliz" como usted?

—Debe cambiar aquello que se pueda cambiar y aceptar aquello que no se pueda cambiar. Así se lo digo porque así lo

creo. Es una de mis reglas primordiales de comportamiento o mejor dicho, de higiene mental. Mire una cosa, usted no puede alterar el estado de sus piernas o al menos eso es lo que le han dicho los médicos, pero le aseguro que nadie le puede obligar a permanecer amargado por su situación hasta el fin de sus días. Esta sí que es una responsabilidad completamente suya.

—Pues mire usted qué casualidad que no me da la gana variar mi actitud. Se lo diré con claridad: prefiero ser una persona de 36 años de edad, todavía joven, que ha optado sin presión alguna por ser una criatura amargada y como tal, he elegido amargar a todo el que me rodea. Creo que ya se está dando cuenta en sus adentros de lo que esto significa, porque usted misma lo está comprobando en sus carnes a través de esta "interesante" conversación que estamos manteniendo.

—¡Fabio, por Dios! Creo que ya es suficiente —intervino Marcia interrumpiendo el discurso malicioso de su marido—. Jamás me has humillado tanto como hoy, ni siquiera en el pasado y encima ofendiendo y despreciando a la mano que me da de comer o mejor dicho, que nos da de comer. Tenemos que irnos ¡ya!, sin demora.

—Nada de eso —expresó doña Alfonsina con gesto conciliador—. Ustedes tomarán una merienda en mi casa como Dios manda y no se irán hasta que la anfitriona disponga lo contrario. Lo siento, pero hoy serán mis invitados y deberán cumplimentarme. Además, no pienso llamar a ningún taxi para que les lleve de vuelta hasta que me aburra de su presencia. Mire caballero, tiene toda la razón en lo que acaba de exponer. Cada cual es libre de tomar sus decisiones pero también de las consecuencias que estas acarrean. Al menos, don Fabio, es usted una persona coherente con sus planteamientos. Nadie le ha puesto un puñal en el pecho para que piense de ese modo pero si ha optado por ese enfoque tan particular ante la vida, yo le respeto, faltaría más, pero no niego que los efectos de su acción serán absolutamente parejos a los de su actitud.

—Bien, señora. Al menos estamos de acuerdo en eso. Es cierto, cada actuación genera unos resultados y hay que estar preparados para asumirlos. Y ahora y si me lo permiten, demos un pequeño descanso a la palabrería. Yo voy a tomar ese magnífico chocolate que se está enfriando y a probar alguno de esos pasteles que tienen muy buena pinta. Para eso hemos venido aquí, digo yo. Señora, con su permiso…

—Mamá, mamá —gritó Daniel mientras se aproximaba corriendo a la mesa—. Ahora comprendo por qué hablas tan bien de esta casa. ¿Sabes lo que he descubierto? Que alguien ha pintado un retrato tuyo y lo ha colocado en la entrada para que todo el mundo lo vea y sepa que tú trabajas aquí…

La ocurrencia inocente del crío hizo que el ambiente se relajara al romper todos a reír y mientras degustaban un maravillosa taza de cacao con dulces, la agresividad en aquel jardín disminuyó hasta tal punto que hasta el mismísimo Fabio se permitió una ligera sonrisa cuando la propietaria de "Los Cafetales" narraba el increíble parecido existente entre su desaparecida hija Ana y la buena de Marcia.

Cuando una atmósfera cordial se apoderó de aquella reunión y lo que parecía que podía acabar en tirantez se estaba convirtiendo en familiaridad, Daniel, que después de merendar se había ido a curiosear por la inmensa mansión, se acercó de nuevo al lugar donde departían los presentes:

—Mamá, mamá, quiero venir a este lugar más veces.

—Claro, hijo, si nos invita doña Alfonsina, por supuesto. ¿Te ha gustado entonces la visita? ¿A que sí?

—Sí, mucho, pero no solo por las flores tan bonitas o por ese cuadro tan grande de ti que han colgado en la pared.

—Ah, ¿no? ¿Entonces, mi amor? —preguntó con interés la madre de mi maestro.

—Es que he hecho una amiguita.

—Bueno… ya está mi hermanito con sus fantasías —confirmó Adriana moviendo su cabeza de un lado a otro.

—Fantasías o no pero a mí me gustaría escucharlas —intervino la propietaria—. No te preocupes, cariño, que los adultos muchas veces no sabemos interpretar bien lo que nos queréis decir. A ver, cuéntame de qué amiga se trata.

—Bueno, era mayor que yo y se parecía mucho a ti, mamá, aunque más joven. Ha sido muy educada conmigo, como dice mi maestra que debemos portarnos entre los niños.

—Hummm… qué interesante, hijo. Y dime una cosa ¿te dijo ella cómo se llamaba? —preguntó Alfonsina mientras tragaba saliva con dificultad.

—Ah, sí. Tiene un nombre muy corto. Me dijo que ella era Ana. Es igual que la mujer que está en el cuadro de la entrada.

—Pero Daniel ¿sabes lo que estás diciendo, hijo mío? ¿Y qué has hecho con Ana en todo este tiempo? —inquirió Marcia con asombro.

—Pues hablar y jugar. Me dijo que había vivido aquí muchos años pero que tuvo que irse pronto para que su madre, al no estar con ella, ayudara así a muchos otros niños que necesitaban ser atendidos porque estaban muy enfermos.

—¿Y qué más te contó? —preguntó doña Alfonsina entre sollozos contenidos.

—Sí, fue muy amable. Me llevó a su cuarto y me lo enseñó. Después me explicó a lo que ella jugaba cuando tenía mi edad, pero yo le dije que no podía jugar con muñecas porque era un niño. Entonces me habló de que se iba a acercar para ver cómo merendábamos y que luego se despediría de mí.

—Y ¿está aquí ahora entre nosotros? —expresó Adriana moviendo sus ojos hacia todas partes.

—No, se fue hace un ratito. Cuando yo iba a bajar por las escaleras me la encontré de nuevo y me comentó que había disfrutado visitando su antigua casa, que seguía queriendo mucho a sus papás pero que debía irse porque tenía cosas importantes que hacer. También dijo que en el futuro, seguiría viniendo hasta aquí porque se respiraba mucho amor. ¿Ve,

señora, como yo tenía razón? Esa chica del cuadro también me ha dicho que aquí lo que hay es amor. Ahora ya lo sabe. Cuando he bajado miré hacia atrás y ya no estaba pero seguro que volveré a verla. Señora ¿usted es la madre de Ana?

—¡Claro, hijo mío! Lo soy y lo seré siempre.

—Verá, es que antes de despedirse, ella me cogió de la mano, se agachó y me miró fijamente. Entonces, sonriendo y en voz bajita me dijo: "dile a mi mamá que siga haciendo lo de siempre, que hay muchos niños conmigo donde yo vivo que le esperan con sus bracitos abiertos para darle las gracias. ¡Recuérdalo, pequeño!".

—¡Ay, Dios mío, qué grande es esto! —manifestó doña Alfonsina mientras miraba a mi maestro con sus ojos inundados por las lágrimas.

—¡Ah, se me olvidaba! También me dijo que usted debía ayudar a mi papá.

—¿A tu papá? Pero ¿cómo? ¿Te explicó cómo hacerlo?

—Pues no. Solo me dijo que le ayudara. Nada más.

Estaba tan emocionado que me arrodillé sobre el césped y me quedé como petrificado aunque disfrutando de tan sublime momento. ¡Dios mío, estaba sollozando de felicidad, como si fuera un crío! No podía creer de lo que era capaz mi maestro Rafael. Doña Alfonsina y Marcia se fundieron en un inmortal abrazo de consuelo mutuo, mientras que una fuerte impresión embargó tanto a los presentes que hasta Adriana puso su mano encima del hombro de su padre, y este increíblemente, ¡no la apartó!

—Papá, antes de que se me olvide. Esa chica mayor me dio un mensaje para ti.

—¿Un mensaje? ¿Qué mensaje? —preguntó Fabio con cara de extrañeza.

—No sé, era como un aviso. Me dijo que volverías a andar cuando vieras una luz blanca muy fuerte.

—¿Una luz blanca?

—Sí, eso, una luz blanca y muy fuerte.

—Pero, niño, explícate —insistió su padre.

—Es que no me explicó nada más.

—¿Estás seguro?

—Claro, papá, ahora ya sé que andarás cuando veas esa luz. Yo ya sabía que esto de estar todo el día sentado no iba a ser para siempre. ¡Qué bien! Así podremos pasear los dos juntos. A los niños nos gusta caminar de la mano de nuestros padres. ¿A que sí, hermanita?

—Pero Daniel —afirmó la muchacha mordiendo su labio inferior—, ¿de dónde has salido tú, chiquillo? Menudo lío que has montado en un instante.

—¡De lío, nada, Adriana! —exclamó la propietaria con seguridad—. Este crío nos ha alumbrado la tarde como un faro en la costa y en plena tormenta. Es un regalo de Dios, posee música celestial en sus palabras y me ha hecho pasar una jornada inolvidable, como no recordaba desde los tiempos en que mi pequeña Ana correteaba por estos jardines cuando tenía su misma edad. ¡Que el Señor te bendiga, Daniel! Sin duda, Él te ha situado en esta familia y también ante mí porque todos necesitábamos escuchar lo que nos has contado con tu cándida inocencia. ¿Ves, Marcia? ¿Te acuerdas de tus temores a realizar esta visita de cortesía? Las cosas no son como empiezan sino como acaban. Supongo que ya te habrás dado cuenta de que tú y tu familia tendremos que encontrarnos de nuevo más pronto de lo que preveía. Por tanto y si alguno de los presentes no aduce ninguna objeción, me gustaría proceder de forma educada devolviéndoos el tremendo favor que me habéis hecho hoy al honrar mi casa. Por eso, os pido con franqueza que nuestra siguiente reunión se produzca en vuestro hogar, donde estoy segura seré recibida con todo vuestro afecto. ¿Qué me decís?

En ese momento, Marcia permaneció como paralizada, sin saber qué responder. Entonces, para facilitarle la inspiración y

aprovechándome del buen clima creado entre aquellas almas, le deslicé en su oído que utilizara ese instante crucial para alcanzar un acuerdo con su patrona. De este modo, valiéndose de una pronunciada sonrisa, ella dijo:

—Bien, por mi parte, estaré encantada de recibirla en nuestra humilde casita, doña Alfonsina. Creo que los niños también se sentirán encantados. Sin embargo, la última palabra ha de tenerla el jefe de la familia. Fabio ¿qué tienes que comentar a la proposición de la señora?

Sin perder ni un solo segundo, aproveché tan distinguido trance para volar rápido y acercarme a Fabio. Con todas mis fuerzas y concentrándome enérgicamente, le infundí a aquel hombre sentimientos de ternura y compasión.

—Si le soy sincero, no estoy acostumbrado a las visitas. No obstante y tras la experiencia vivida hoy, tengo que reconocer muy a mi pesar que he venido a este sitio con una idea equivocada. Al principio pensé que esto sería algo aburrido, ritual, un mero trámite de hipocresía social, de esos que abundan tanto en esta época. Deduje que tan pronto llegara aquí, a los pocos minutos estaría deseando estar de vuelta en mi domicilio. Por fortuna, tengo la impresión de que he fallado en mis previsiones tan pesimistas. Tenía tanto aburrimiento en mi cabeza, que por quitarme el tedio de encima estaba dispuesto a escapar de mi maldita rutina. Por las razones que sean, esta tarde se me ha pasado más rápida que una centella.

»Señora, creo que es de justicia decirle una cosa. He estado injustificadamente agresivo con usted. Le pido disculpas si la he ofendido pero mi mente anda tan amargada que no puedo controlar la negatividad de mis pensamientos. La verdad es que no me lo puedo creer aún, pero ha habido momentos en los que he sentido que sonreía, lo cual y dado mi estado, constituye un fenómeno excepcional. Estas personas que han venido aquí conmigo atestiguarán lo insólito de la coyuntura. Cuando me trasladaron a casa desde el hospital, tras sufrir aquel brutal

accidente que casi me cuesta la vida, pensé seriamente en el suicidio. Era una carga para el mundo, para mi familia y sobre todo, para mí mismo. Si no había podido conducirme con normalidad en la existencia valiéndome de mis dos piernas, me preguntaba con gravedad qué sería de mí, un paralítico que además dependía de otros.

»He de reconocer que la más negra desesperanza me embargaba, sobre todo porque veía que no existía ninguna fuente de ingresos en la casa, por lo que llegaría el día en que incluso pasaríamos necesidad. ¡Para qué vivir, pues! —me decía a mí mismo reforzando ese bucle infernal instalado en mi cerebro—. Le agradezco el hecho de que haya empleado a mi mujer. No cabe duda de que eso nos ha salvado. Además, considero que ustedes se llevan muy bien. No pretendo juzgarla, señora, pero parece usted un alma bondadosa en medio de esta jungla de maldad en la que vivimos y que se extiende por el mundo. De nuevo, mis disculpas. Créame que se lo digo con sinceridad, pues no es nada habitual en mí pedir excusas. Contemplar esta mansión enorme, sus jardines, tanto lujo… me ha ofuscado al penetrar aquí, al compararlo con la miseria en la que me muevo. Se va usted a reír, pero soy una persona a la que le hubiera gustado nacer en otras "circunstancias", en otro entorno menos complicado de aquel en el que lo hice.

»Pero ¿sabe una cosa? Quizá tenga usted razón. Tal vez lo importante no sea tanto la riqueza o la pobreza sino cómo se utilizan o mejor dicho, cómo se manejan ambas… Respondiendo a su pregunta inicial, por mí no existe inconveniente para que nos devuelva la visita, aunque debe estar preparada para respirar el ambiente de un sitio en el que por más que busque, no hallará ningún rastro de opulencia.

—Fantástico —contestó con alegría doña Alfonsina—. Por eso no debe preocuparse, don Fabio. No crea que yo siempre me he desenvuelto entre tanta "abundancia", como usted muy bien ha expuesto. Además, si tanto me "asustara"

esa atmósfera que voy a encontrar en su domicilio, no le habría pedido asistir ¿no cree?

—Ya; de nuevo está usted en lo cierto.

—Un aspecto que quería resaltar, caballero, es que no tengo que disculparle por nada. Comprendo perfectamente su situación y créame que jamás le voy a compadecer ni le voy a pasar mi mano sobre su espalda en gesto de pena. Tampoco le voy a susurrar en su oído la expresión "pobre hombre, qué desgracia más horrible tuvo". Eso no sería compasión, sino más bien una humillación. No creo que a usted le guste caer en el autoengaño. Es mejor ver las cosas claras, tal y como son. Hasta su hijo de seis años ha tenido esta tarde más amplitud de miras que todos nosotros juntos. Y es que a veces, cuando examinamos la realidad desde el corazón, desde la pureza de nuestras intenciones, es cuando nos aproximamos a la auténtica Verdad, difuminándose el velo de nuestras distorsiones. Manejar el presente es asumir lo que somos y evaluar las herramientas de las que disponemos. Al igual que no le vamos a pedir a un pájaro que piense sobre el sentido de su existencia, tampoco él nos va a exigir que volemos.

»Cada uno posee sus propios instrumentos —prosiguió doña Alfonsina— y es libre de utilizarlos en un sentido u otro. Hoy, don Fabio, con toda sinceridad le invito a que usted emplee los medios de los que dispone con sabiduría, pero también con buena actitud. Créame que se lo digo por experiencia: ello le conducirá a la verdadera libertad, la cual no consiste en retener fortunas materiales o corporales que al final siempre declinan, sino en utilizar con inteligencia los dones de nuestro espíritu, aquellos que inducen al hombre a reflexionar sobre quién es y hasta dónde puede llegar. Bueno, han de disculparme. A veces, cojo carrera, me pongo a dar discursos y no me detengo. Verán, es que estos temas que algunos califican despectivamente como "filosóficos" me fascinan. En fin, ya quedaré con Marcia para un próximo encuentro. Les agradezco profundamente la visita

de esta tarde. Ha colmado mis expectativas más optimistas y ha supuesto un refuerzo moral en mis convicciones.

Y así fue como aquella jornada, que había empezado como una más en la rutina de esa familia que luchaba por superar sus tremendas pruebas, finalizó con la luz de la esperanza levantándose por el horizonte de sus vidas, como si Dios les hubiera invitado con su mano abierta a meditar sobre la calidad de sus actos y sobre las actitudes que cada miembro mantenía. Me di cuenta perfectamente de cómo en el drama que supone la existencia de cada alma envuelta en el pelaje de la carne, siempre aparece la oportunidad de tomar conciencia sobre el curso de nuestros acciones, sobre cómo nuestro destino se desliza ante nuestros ojos y especialmente, cómo acaba por surgir ese preciso instante para recapacitar y alterar el ritmo de nuestros pasos, si así lo exige la coyuntura por la que estamos transitando. Tan solo había que permanecer atentos y abrir bien la mirada más importante, la del espíritu que todos portamos dentro.

CAPÍTULO 19

DEVOLUCIÓN DE VISITA

Pasó algo más de un mes y habiéndose alcanzado un acuerdo sobre el día ideal, la ansiada visita de doña Alfonsina al domicilio de nuestra conocida familia se produjo.

Un taxi se detuvo justo delante de la casita indicada, descendiendo del mismo una señora de noble aspecto que albergaba en su interior las mejores intenciones, la de aquellos que como Jesús afirmó son "limpios de corazón".

¡Dios mío! —me dije. ¿Se confirmarían las expectativas que había estado percibiendo durante las últimas cuatro semanas? Estaba tan escarmentado ya con Fabio que no deseaba hacerme falsas ilusiones. Ese reflejo negruzco que habitualmente se desprendía de la cabeza de ese hombre y que le acompañaba a todas horas, se estaba tornando últimamente en una tonalidad más cercana a lo grisáceo que a la oscuridad. No cabía duda de que ese fenómeno respondía de alguna forma a una modificación de parte de sus pensamientos, pues el color de esa envoltura energética que nos rodea siempre va acorde a la calidad de lo que transcurre por nuestra mente. Eran ya seis años de coexistencia con mi maestro y con los otros personajes en el plano terrenal. Había sufrido tantas y tantas decepciones con su comportamiento, había acumulado tal pesimismo con respecto a la posibilidad de que Fabio experimentara un

mínimo cambio positivo, que me repetía a mí mismo que debía ser prudente, muy cauto en mis apreciaciones.

Y sin embargo, algo nuevo bullía en mi interior. Una campanada de ilusión tañía de vez en cuando al observar a nuestro hombre, pues en alguna ocasión le veía sonreír, como el día en que visitó la hacienda de "Los Cafetales". Cuando se despertaba por las mañanas ya no eludía con cara de asco el "buenos días" pronunciado por su esposa o por su hija y al acostarse tampoco rechazaba los besos que le propinaban tanto Adriana como Daniel. Su evolución se medía en milímetros, pero resultaba tanta la carga de su ayer, tan pesado el lastre de sus antiguos y nocivos hábitos, que tampoco convenía exigirle una velocidad de aceleración mayor, pues su espíritu aún no estaba preparado.

En ese ambiente de gran expectación, seguí atento y con todo detalle a lo que aconteciera en la programada visita de la señora Cerezo al hogar de los Souza. Daba la impresión de que al igual que había sucedido en el encuentro mantenido en la mansión, ahora podía ocurrir otro tanto, es decir, desarrollarse una reunión edificante donde la moral de nuestros personajes se elevara hasta rascar zonas más sublimes con la punta de sus dedos. Dios mío, era como si la increíble fuerza moral desplegada por la mera presencia de esa señora, acompañada del recuerdo imborrable de su hija Ana, sirviera para encender la llama de los más anhelados deseos de reforma íntima e ilusión.

Con la silla de su padre bien agarrada entre sus juveniles manos, Adriana y el resto de la familia esperaban junto a la puerta la llegada de aquella mujer de cuidado semblante. Como si se tratara de una comitiva de recepción, doña Alfonsina fue saludando extendiendo su mano a cada uno de los presentes en un ritual tan natural como espontáneo. El último de la fila era mi maestro Rafael. Para cumplimentarle, la señora se arrodilló para situarse a su altura, de modo que el crío le

obsequió ofreciéndole un cariñoso beso en su mejilla derecha a modo de bienvenida.

Como había acordado con Marcia, la invitada había traído consigo una maravillosa tarta hecha por sus propias manos con la que pretendía honrar a sus distinguidos anfitriones. Y es que aparte de la buena disposición, no hay nada mejor entre los seres encarnados que propague el buen ambiente que reunirse en torno a una mesa y disfrutar de un exquisito manjar.

Tras degustar el delicioso pastel en cuya elaboración había puesto Alfonsina todo su amor, la conversación creció tanto en interés como en intensidad:

—Querida Marcia —expuso la dueña de la hacienda—. No quiero entrometerme, pero noto a tu marido con un diferente aspecto al de nuestro último encuentro, como si guardara por dentro una mejor disposición. ¿No es así?

—Sí, probablemente tiene usted razón. La verdad es que no deja de constituir un fenómeno sorprendente, casi mágico diría yo, pero desde nuestra última cita en su mansión, hace ahora algo más de un mes, advierto a mi esposo como más calmado, como si el malhumor por lo sucedido y el malestar por las circunstancias personales en las que vive hubieran decrecido en él.

—Hija mía, la magia no existe, es tan solo el producto de nuestros buenos propósitos y de su traducción en hechos. Pero debe perdonarme, caballero, porque la verdad es que tendría que haberle hecho esa pregunta directamente a usted. Dígame, don Fabio ¿qué opina usted al respecto? ¿Cómo lleva ahora su estado de ánimo?

—Bueno, señora, —respondió nuestro hombre—, yo no noto nada especial o quizá sí, pero no puedo engañarme: no me agrada mi situación. Lo que ocurre es que conforme han ido pasando las semanas tal vez mi mente se haya ido adaptando a esta triste circunstancia que constituye permanecer aquí postrado como un monumento de piedra.

—Es posible, don Fabio, pero su cara ha cambiado. Quizá usted no sea consciente de ello pero yo sí, entre otras cosas porque ha transcurrido más de un mes desde que estuvimos hablando. La técnica es muy simple: no hay que conformarse con mirar la piel de la otra persona, ni siquiera su rostro; si me permite decírselo, hay que adentrarse en lo que existe dentro del otro hermano, ahondar en su mirada y captar en silencio lo que te está comunicando desde sus adentros. Bien es cierto que esta labor puede resultar dificultosa para el que no está habituado pero todo es cuestión de entrenamiento. Con el tiempo, a los pocos segundos de permanecer en la presencia del prójimo, logras penetrar en su interior y percibir sus sentimientos más profundos.

—¿Acaso quiere impresionarme? He oído hablar del uso de muchos métodos por parte de hombres que estudian la mente y de otros que tratan de conmover al que tienen enfrente con no se sabe qué fines, pero en todo caso, poco recomendables.

—Nada más lejos de mis intenciones, señor. Sin embargo, tiene usted mucha razón en lo que acaba de citar, pues resulta patente la existencia de muchos personajes que armados de la palabrería se intentan aprovechar de las mentes más débiles en su propio beneficio. En cualquier caso yo procuro aplicar aquella máxima evangélica de Jesús que expone que "por sus frutos los conoceréis". La fuerza de esta sentencia es incuestionable y sus resultados son concluyentes. Uno no puede conocer realmente las intenciones del otro al principio, pero llega un momento en que la persona se revela, las cartas quedan al descubierto y finalmente sabemos acerca de si sus propósitos son malsanos o si solo están marcados por el ánimo de ayuda y la compasión hacia el prójimo.

—En eso sí que estoy de acuerdo con usted. Siempre se alcanza el instante en que el sujeto que se te acerca queda "retratado" así como sus pretensiones. Solo hay que

permanecer atento. Yo, por mi parte, he notado más el cambio en los que me rodean que en mi interior. Parece como si estas dos mujeres que ve aquí me trataran con más delicadeza, la que corresponde a un pobre inválido que precisa de ayuda hasta para realizar las cosas más sencillas. Supongo que la pena que les doy habrá servido para acrecentar la calidad de sus relaciones conmigo. En cuanto al pequeño de la casa, no tengo queja, si bien resulta todavía demasiado prematuro emitir un juicio sobre el niño. Hay que aguardar a que crezca y que como usted dice, muestre en la mesa sus verdaderas cartas. ¡Y pensar que le detestaba cuando vino al mundo, sobre todo porque suponía otra carga añadida a nuestra maltrecha economía doméstica!

—No se engañe, don Fabio. Se lo digo con el mayor de los respetos. No es que ellas hayan cambiado. Se trata de usted, mi buen amigo. La vida es como un espejo en el que se reflejan nuestros propósitos y cómo no, también nuestro estado de ánimo. Si usted saluda a la mañana, esta le saluda a usted y si la maldice, puede estar por seguro que lo más probable es que tenga una negra jornada por delante. Lo mismo ocurre con las personas. Por eso le aseguro que si ha notado esa pequeña mejoría, esta ha debido producirse porque en su interior algo ha variado. Nos empeñamos inútilmente en atribuirle un poder omnímodo a las circunstancias que nos rodean y acabamos por caer en la trampa de creer que lo de fuera es más importante que lo de dentro. Es necesario cambiar esa perspectiva. Si realmente fuera así, todas las personas expuestas a coyunturas parecidas reaccionarían de la misma forma y la misma vida nos enseña que eso no es así. No quiero con esto restarle valor a la situación en la que vivimos pero si hay voluntad, una criatura motivada y con las cosas claras puede renacer de sus propias cenizas. Insisto a fuerza de ser pesada; yo he captado en usted algo novedoso que se plantó en nuestro anterior encuentro y que se ha estado regando y abonando desde entonces con

nuevos pensamientos. De todo corazón, no sabe lo que me alegro y por supuesto, por su familia.

—En fin, qué quiere que le responda, posee usted un don de palabra capaz de elevar el espíritu del ser más doliente y humillado. Se lo digo de veras, doña Alfonsina: tendría que pensar seriamente en acudir a alguna emisora de radio y solicitar un espacio donde pudiera dar consejos a quien se los pida. No dudo de que su programa alcanzaría un gran éxito de difusión. Opino que habría mucha gente necesitada de la guía de sus argumentos y de sus buenas recomendaciones. Si usted cree firmemente en lo que dijo antes, yo no se lo voy a discutir. Señora, su inteligencia y su agudeza están fuera de los límites normales y si además ha superado el golpe de perder a su hija en plena lozanía, eso avala su sabiduría y la refuerza a cada día que pasa.

—Muy agradecido de su parte —contestó la dueña de "Los Cafetales"—. Ahora que estamos disfrutando de esta reunión tan armónica quería comunicaros un proyecto que me anda rondando la cabeza desde que estuvimos en la hacienda hace ya algunas semanas. En verdad, quería pedirle la opinión en concreto a usted, don Fabio, ya que es el sujeto afectado directamente aunque creo que todo esto atañe a la unidad familiar por completo.

—Doña Alfonsina —interrumpió Marcia—, si esa idea proviene de su mente seguro que es buena.

—Gracias, hija mía, pero por cierto… ¿dónde está el solecito que alumbra esta casa?

—Ah, claro, usted se refiere a mi hermanito. Verá, él había quedado con unos amigos para jugar en una casita cercana.

—Bueno, no importa, Adriana. Si eres tan amable, le entregas luego cuando vuelva estos caramelos que le compré. Seguro que le hace ilusión.

—Por supuesto, descuide —comentó la muchacha—. Se llevará una gran alegría al verlos. Le va a hacer gracia pero él

siempre nos insiste mucho en cuándo será la próxima ocasión en la que iremos a merendar a su mansión.

—¡Ay, qué lindo! Siempre tan ocurrente. Esperemos no decepcionar sus deseos de niño y que pueda retornar pronto a mi hogar. Después de lo que sucedió con mi Ana, este crío es una caja de sorpresas.

—Bien —intervino el dueño de la casa—. ¿Y puede saberse de qué trata esa idea que tanto puede afectarme?

—Sí, es fácil de explicar —comentó doña Alfonsina—. Llevo un tiempo pensando, incluso antes de conocerle a usted, en contratar a alguien que efectúe para mi hacienda labores de conserje. Estoy hablando de un empleado que se dedique a controlar la entrada a la mansión. Se trataría de una labor sencilla aunque de responsabilidad. En ese sentido, últimamente he automatizado determinadas tareas de acceso y de control a la finca valiéndome de los más recientes avances técnicos. ¡Ya se sabe! Siempre se está más segura en una casa tan grande cuando hay personas que se dedican a ejercer una inspección rutinaria. Además, yo suelo pasar muchos períodos en soledad debido a los continuos viajes de negocios que efectúa mi marido. Como conocéis por el primer día en que os invité a merendar, existe una garita con grandes cristales en la entrada principal de "Los Cafetales" y que mandé construir no hace mucho a tales efectos. Una vez acabada la obra, lo que falta es la mano humana, es decir, un trabajador que se ocupe de ella. Ese sitio tiene una privilegiada posición sobre la vista de la hacienda y dispone tanto de teléfono como de comunicación por radio con el resto del servicio.

—Perdone, señora Cerezo —dijo Marcia—. No sé si me equivoco en mi apreciación pero ¿acaso pretende usted dar empleo a toda la familia Souza?

—Bueno, hija mía, yo debo velar por los intereses de mi hogar y existen determinadas ocupaciones que no se pueden proponer a cualquier desconocido sino que solo se deben

aceptar bajo referencias, máxime si estamos hablando de las labores de control de una vivienda tan grande. De todas formas, nada más lejos de mis intenciones que la de presionar a don Fabio con este ofrecimiento. Os aseguro que si no tuviera la suficiente confianza en vosotros jamás se me ocurriría conversar de estos temas que no dejan de ser delicados ya que estamos hablando de un cometido de responsabilidad. ¡Por favor, no quiero parecer pretenciosa! ¡Dios me libre! No obstante, caballero, le pregunto: ¿qué le parece mi propuesta? Tranquilícese, tómese su tiempo, medítelo con los suyos… no hay prisa ni tiene que contestar de una forma inmediata. Quiero que reflexione sobre la cuestión y sobre las consecuencias que asumir esa labor tendría para su vida diaria. Cuando lo haya pensado, me lo comenta de forma clara y sincera. Ya nos conocemos como para andar ahora con excusas.

—Bueno, yo… no sé qué decir… la verdad es que no deja usted de sorprenderme. Pero si no me conoce apenas, tan solo de unas horas de charla y de dos encuentros, uno en su casa y el otro en la mía. Además, soy un inválido ¿qué utilidad puede ver en mí, señora?

—Mire usted —contestó con convicción doña Alfonsina—, le conozco más de lo que se imagina. No olvide la increíble cantidad de horas que paso cada mes con su buena esposa. Como es de suponer, tanto tiempo juntas da para hablar mucho y de amplias cuestiones. Creo que no se sorprenderá si le digo que un tema del que he charlado frecuentemente con Marcia es precisamente de usted y de sus circunstancias, de su historia. En cuanto a lo segundo que ha comentado, más razón aún para contratarle. Fíjese en que no ando buscando a alguien que sepa correr o pelear con nadie. Solo deseo tener bajo mi autoridad a una persona que me haga de vigilante, que controle los accesos y que dé la alarma en caso de necesidad. Para eso, usted da el perfil idóneo. No obstante, me reafirmo en lo anterior: piénselo con calma y ya me dará una respuesta.

—De acuerdo, muchas gracias por acordarse de mí para ese trabajo. Está claro que su bondad para con esta familia no tiene límites. Déjeme decirle con toda confianza que usted pertenece a una raza en extinción: la de las personas que se preocupan por sus semejantes.

—¡Qué ocurrencia, don Fabio! No diga eso. Se trata simplemente de compaginar intereses. Yo velo por los míos, pero si esto incluye el hecho de que los que me rodean resulten también favorecidos, pues bienvenidos sean. Creo que me he explicado con claridad. Ya lo he meditado muchas veces. Contratar a su mujer fue una de las mejores decisiones que he podido tomar en mi vida. Ella obtuvo un empleo pero yo gané mucho más. Deben saber que existen cosas que no pueden medirse por su valor material ni cuantificarse por el precio que uno paga por ellas. ¿Cuánto piensa usted que vale un buen consejo? ¿Cuánto estaría dispuesto a desembolsar por disponer de una buena compañía a su lado? Hasta unas palabras expresadas sabiamente y en el momento oportuno pueden llegar a tener un precio inalcanzable. ¿No es así? Esto lo he aprendido a lo largo de mis muchos años de experiencia y curiosamente, la existencia me sigue mostrando ejemplos que caminan en esa dirección.

—Coincido con usted al respecto —aceptó de buen grado nuestro protagonista—. Siempre se ha dicho que hay cosas que ni todo el oro del mundo podría comprar.

—Usted siempre tan filosófica y tan profunda, doña Alfonsina—expuso Marcia con una cálida sonrisa.

—Los años, hija mía, los años y las lecciones de nuestro paso por esta tierra —concluyó la noble señora.

De este modo y entre algazaras, finalizó la devolución de la visita que la propietaria de "Los Cafetales" había realizado a la humilde morada de nuestro núcleo familiar. En aquella tarde, todo eran buenas expectativas y vibraciones positivas, acorde a la coyuntura que se había vivido entre aquellos seres

unidos por los lazos del destino. En ese feliz instante, no tuve ninguna duda acerca de que el otrora salvaje y egocéntrico Fabio aceptaría el favorable ofrecimiento que le había sido propuesto por doña Alfonsina, a fin de obtener un salario digno, sentirse útil y desarrollar una ocupación provechosa en la que invertir los recursos mentales de alguien que no podía caminar con sus piernas. Di gracias al Padre que todo lo sabe por sus sabias miras, pues un accidente tan lamentable que le dejó inválido y en silla de ruedas, había servido de detonante a nuestro protagonista para que el curso lamentable del río de su vida cambiara hacia otros derroteros más constructivos y sanos.

Jornadas más tarde, movido por un resorte intuitivo, me dediqué a investigar los pormenores de esa oportunidad de trabajo que la señora de la hacienda había ofrecido al ser que estaba siendo objeto de misión por parte de mi maestro. Estaba claro que doña Alfonsina había pensado en todo y que no había dejado ningún cabo suelto. De esta forma, había dispuesto todas las facilidades posibles para Fabio, de modo que en la medida de lo posible, se allanaran las dificultades para la labor a desarrollar por una persona con serias limitaciones corporales. En otras palabras, una de las claves del éxito de lo que siguió en esta historia resultó ser que la tarea encomendada a este hombre parecía estar hecha a la medida de su "traje".

La grandeza de sus miras se hallaba fuera de toda duda. Comprobé cómo incluso aprisionados en organismos destinados a la desaparición física, había espíritus como el de esta mujer que por su elevación, parecía que solo habían venido al plano material para favorecer el adelantamiento de las otras almas que les rodeaban. Y es que existen en todos los ámbitos. En el arte, en las ciencias, entre los estadistas, ricos y pobres, catedráticos y otros sin formación, seres de renombre y muchos anónimos. ¡Qué puede importar su apariencia, su aspecto externo, si todos ellos se hallan en lo más profundo

movidos por el impulso que Jesús anunció a este mundo: el del amor, muestra suprema de la idea del bien!

A la semana siguiente, un protocolo de actuación que se desarrollaría durante los próximos años se inició conforme la luz del sol se anunciaba por el horizonte. Junior, el joven empleado de "Los Cafetales" que se ocupaba de realizar las compras para la mansión, asumió la responsabilidad de recoger todos los días a Marcia y a Fabio de su casita para llevarles a la hacienda. Con el mismo procedimiento, era el encargado de devolverles en coche a su domicilio tras la finalización de la jornada laboral.

Adriana, toda una mujer a sus dieciocho años, quedó al cuidado del hogar de sus padres y sobre todo, como responsable directa de la custodia de mi maestro, al que llevaba y recogía de la escuela al tiempo que le hacía de comer y le profesaba, como buena primogénita, todo tipo de atenciones. De no haber sido por el carácter primitivo y brutal de Fabio, se diría que Rafael había ido a nacer en medio de un torrente de amor cuyas aguas eran las manos de su madre y las de su única hermana.

CAPÍTULO 20

REFLEXIONES

Transcurrieron los meses y la coyuntura conflictiva y dramática de la etapa anterior, parecía haber caído en el olvido. Tanto la familia de nuestro protagonista como incluso doña Alfonsina se hallaban gratamente sorprendidas por el modo en que Fabio había asumido la carga de su trabajo. Se mostraba como un ser responsable, que ciertamente seguía desplazándose sobre ruedas pero al que le había absorbido como una bendición del cielo su labor de conserje en el acceso a "Los Cafetales". ¡Qué gran verdad —meditaba yo— que lo más importante no es tanto el tipo de tarea que tengas sino la forma en que la aceptas y el modo en que la llevas a cabo!

No es que de pronto aquel hombre se hubiera convertido en alguien simpático y predispuesto a la risa. Tampoco se trataba de eso. Cuando nos involucramos en la atmósfera terrenal, ni mi maestro ni yo hubiéramos pretendido tal cambio. La evolución de alguien jamás se produce a saltos. Si la formación de un buen profesional lleva un buen puñado de años, qué no será gobernar nuestras tendencias más íntimas y limar las aristas más afiladas de nuestra personalidad, esa que portamos en el zurrón de los siglos. Realmente, Fabio se encontraba en una encrucijada. Tras su última vida de excesos de todo tipo, donde no había aprendido a valorar los dones que le habían sido regalados ni a utilizarlos para buenos fines, la ley de ajustes que

preside los movimientos de toda criatura se puso en marcha. Por eso él había sido colocado en la coyuntura más propicia y adecuada a la nueva situación a la que debía enfrentarse. Y aún así, pese a las barbaridades cometidas en su infausto pasado, siempre tuvo la posibilidad de reconducir su camino. Lo que ocurrió fue que las ocasiones que le iban llegando las apartaba de golpe con su actitud cobarde e irresponsable y con su comportamiento insensato y egoísta.

Durante años se había ido escondiendo de sí mismo, ocultando el trabajo interior pendiente bajo la alfombra de sus debilidades, sin desear dar la cara ante los acontecimientos, pues eso implicaba tener que esforzarse, tomar conciencia de su desviado rumbo y encararlo con valentía. Pero somos de Dios y venimos de Él, por lo que es lícito pensar que ante los vaivenes de la existencia, jamás se pierde la chispa divina que mora en nosotros. Bien sea por los golpes del dolor grabados sobre nuestra alma o por la comprensión que este fenómeno supone para entender nuestro trayecto vital, tarde o temprano nos erguimos y logramos mirar al rostro de nuestros desafíos, aquellos que el Creador puso ante nuestra vista para que continuáramos creciendo.

Él tenía ahora otra "cara". A veces, cuando no queremos cambiar el modo equivocado en que nos conducimos por el camino de la vida, se nos sitúa justamente ante una coyuntura en la que resulta imposible volver la vista atrás, ya que el dolor se haría entonces insoportable. Fabio, una vez aceptada la realidad de su terrible accidente, una vez comprobado su estado sin retorno en el mundo, tuvo que aprender con tragos amargos que ahora ya no podía desplazarse por donde le apeteciera ni hacer lo que se le antojara. De una manera paradójica, de la impotencia por no andar con sus piernas surgió la necesidad de reflexión. Dada su escasa capacidad de movimiento y su dependencia precisamente de las personas que más había humillado a lo largo de los años, su esposa y su

hija, se encontró con la obligación de pensar, pues no había sido privado de esa cualidad por su parálisis.

De este modo, "empujado" por las circunstancias, se fue dando cuenta de que su familia no estaba contra él sino que pese a su lengua viperina y al recuerdo de sus terribles actos de violencia en el ayer, podía seguir contando con sus cuidados y su cariño. A fuerza de los manotazos propinados por un destino que solo él había esculpido con el cincel de sus actuaciones, había espabilado lo suficiente como para reconocer el tremendo sacrificio que los suyos estaban realizando al atenderle con esmero. Y para incidir aún más en la herida de su orgullo que le supuraba a borbotones, aparecieron en el ambiente dos seres esenciales que le habían hecho alterar su perspectiva de los acontecimientos: Daniel y doña Alfonsina.

¡Y qué alegría la aparición de su hijo Daniel, mi maestro! Se trataba de una auténtica bendición del cielo, un niño que con su sabiduría emanada de lo "desconocido" no dejaba de asombrar a los más cercanos y sobre todo, no cesaba de insuflar moral a aquella familia tan abatida por los golpes que su propio jefe les había propinado. Verdaderamente, lo que Rafael había conseguido era unir lo que estaba separado, casi roto. Su capacidad de aunar voluntades y para que cada uno se mirara en su espejo interno resultaba más que esperanzadora. Esa parentela, atravesada por los lazos inmortales del destino, jamás olvidaría que era mejor caminar juntos a pesar de las dificultades, que correr separados cada uno por su lado.

Por otra parte, nuestros tres personajes contaban con la presencia gratificante de doña Alfonsina, un ser angelical donde los hubiera aunque con traje corporal. Ella sí que estaba invirtiendo los talentos que Dios le había regalado. Su límite lo marcaba el altruismo y su objetivo pasaba siempre por hacer el bien. Y hasta en esa labor de compartir todo lo que poseía la habían ayudado desde las alturas. La pérdida de su hija a una edad tan joven le había hecho reflexionar de tal

modo sobre el propósito de la existencia, que ese evento tan trascendente le sirvió para confirmar lo que yo ya sospechaba: que una firme voluntad apoyada de unos elevados ideales puede obrar auténticos "milagros". Ella no hubiera sido más feliz acumulando riquezas que a otros no hubieran llegado. Lo que pretendía era realmente ser dichosa ayudando a los demás, no acaparando bienes que luego desaparecerían por las leyes de la física.

Rafael pasaba por ser un crío absolutamente normal. Sacaba buenas notas en el colegio aunque sin descollar, tampoco daba respuestas extrañas en clase ni se comportaba de modo distinto en los juegos o en las actividades con otros niños de su edad. A diferencia del resto de criaturas vestidas de ropa física, tenía perfecta conciencia de quién era y de para qué estaba en el plano terrestre. Sus únicas "genialidades" las aplicaba en su entorno familiar, pues después de todo había llegado a la Tierra con una misión muy específica que afectaba principalmente a la figura de su padre. Nadie, absolutamente nadie, podía sospechar que bajo esa piel, bajo esa mirada o detrás de sus palabras, residía el espíritu de alguien muy evolucionado que provenía de más allá de las galaxias.

Creedme en que esto último os lo digo al pie de la letra. Quien esperara prodigios o acciones sorprendentes de su parte, iría desencaminado. Su auténtico "carácter" tan solo asomaba en las circunstancias pertinentes, nada más. Y estas circunstancias siempre resultaban similares. Se trataba en definitiva, con los mensajes de un chiquillo y luego de un adolescente, de alcanzar lo más profundo de la conciencia de su progenitor, de tocarle esa "fibra sensible" que todos poseemos a pesar de la dureza de corazón manifestada por Fabio. Le estimulaba a la reflexión, generando en él un debate interno reparador que diera paso a los buenos sentimientos. Pretendía en todo caso, una vez ocurrido el lamentable accidente y con una silla de ruedas valiéndole como piernas, que su padre no

perdiera la magnífica oportunidad durante lo que le restara de vida de meditar sobre los brutales errores del pasado. De nuevo, el amor incondicional del Creador para con sus hijos se había puesto de manifiesto a través de aquella dificultosa empresa en la que yo también me hallaba plenamente involucrado.

En aquella mañana primaveral y soleada, doña Alfonsina y Marcia tomaban un pequeño refrigerio en la cocina de la mansión, dentro del período de descanso que a esta última le correspondía cada jornada. Su marido, en cambio, se hallaba cerca de la puerta principal, atendiendo a su trabajo como conserje de la finca.

—Señora, nos conocemos ya desde hace tiempo y siempre he querido hacerle una pregunta.

—Tú dirás, Marcia.

—¿Por qué hace esto?

—¿Hacer? ¿El qué, hija mía?

—Todo lo que ha hecho por nosotros. La vida es dura. Usted misma ha experimentado esa severidad en sus espaldas con la pérdida de Ana. Mire, el camino de mi familia cambió de la noche a la mañana el mismo día en que tuve la oportunidad de conocerla y me incorporó a su plantilla de trabajadores. Y al poco, le ofreció a un individuo como Fabio, amargado y retorcido como el que más, la ocasión de reconducir sus pensamientos y sus acciones con un empleo que llenara su tiempo en vez de permanecer horas y horas postrado como un vegetal, aburrido y entregado por su estado a las peores intenciones que puedan pasar por una cabeza humana. ¿Por qué lo hace, señora? No soy tonta, me doy cuenta de las cosas. Puedo entender lo de mi contratación porque la chica que estaba a su servicio se había ido y le había dejado a usted un gran vacío. Pero examinando el caso concreto de mi esposo, no tenía ninguna necesidad de actuar como lo hizo, de construir esas pequeñas rampas para que un paralítico como él en silla de ruedas pudiera ascenderlas con facilidad. Incluso le

habilitó en su garita de trabajo un cuarto de baño adaptado a su problemática, para que pudiera realizar sus necesidades con dignidad. Perdóneme la osadía, pero observo lo que sucede en el mundo, en la ciudad, en mi barrio, tanto dolor, tanto egoísmo por doquier, que veo cómo usted se comporta y lloro de alegría. Es la única respuesta que cabe en una persona que como yo, ha estado expuesta a tantas turbulencias y decepciones. No puedo evitarlo, pero al echar la vista hacia atrás y contemplarme cómo estoy ahora, debería arrodillarme ante su presencia y después de darle gracias a Dios, agacharme y besarle sus pies, doña Alfonsina.

—Hija mía, creo que exageras bastante. Te comprendo perfectamente y créeme que no puedo contestar con exactitud a tu pregunta. Hay cuestiones para las que resulta difícil dar explicaciones. Pero yo te pregunto a ti también. A pesar de tu terrible historia ¿por qué no abandonaste a Fabio en su momento? ¿Acaso no te dio él motivos más que suficientes para que te fueras de su lado? Y fíjate, aquí sigues, unida a su figura y lo cierto es que ya han transcurrido muchos años desde tu primer desengaño con su proceder. Entonces, ¿por qué lo haces?

—Uf, me ha cazado usted —admitió Marcia mientras movía su cabeza afirmativamente—. Es verdad, no sabría cómo argumentarle mi respuesta. Es algo interno, como una voz que te indica qué decisiones debes tomar en cada momento.

—Pues ese mismo impulso tuve yo cuando mi Ana desapareció de esta casa, aunque gracias a Daniel ya sé que de vez en cuando ella me hace visitas y que me sigue queriendo. ¿Acaso no fue mi propia hija la que a través de los labios de tu pequeño me dijo que ayudara a tu marido? ¿Crees que ella querría llevarme al error? Ya hace un tiempo, pero todavía recuerdo a la perfección los detalles de vuestra primera vista a "Los Cafetales". Jamás olvidaré lo sucedido con tu niño ni el aviso que me dio. Daniel sabía cosas tanto de Ana como de mí

que ni siquiera mi esposo conocía. Tu hijo no fue más que un mero intérprete, un mensajero de la voluntad de una persona que abandonó su cuerpo a los veinte años pero que sigue viviendo en el otro plano y que halló en aquella imborrable tarde la oportunidad maravillosa de invitarme a continuar con mis obras. Ella no pudo expresarse directamente al no pertenecer ya a la dimensión material, pero sí aprovechó la ocasión que un inocente crío como Daniel le había brindado. Si supieras lo feliz que me siento cuando me acerco a tu marido y al observarle, le noto un poco mejor cada día…

—Es cierto, doña Alfonsina, no es usted la única que ha sentido esa mejoría. Hasta Adriana me lo ha comentado. Todavía es pronto para reír, pues el sufrimiento que llevo acumulado en estos años no puede evaporarse con facilidad, pero convengo con usted en que las señales, por ahora, son positivas.

—Claro, hija. Incluso a veces tengo con él alguna que otra conversación interesante. No es que nos pongamos a hablar de intimidades, como es lógico, pero sí que aprecio un tono más esperanzador en sus expresiones. No pierdas de vista que no deja de ser un inválido y que ese tipo de impedimento deja huella por lo general en quien lo padece. Si te soy sincera, desde hace unos meses hasta hoy, creo que la frialdad y el más cruel egoísmo que moraban en él se van alejando poco a poco de su corazón. Mírale por dentro, compárale con el que era hasta hace unas fechas. Algo está cambiando en su interior. Quizá esté entreabriendo lentamente la puerta de sus adentros, para que la luz divina del que todo lo abarca pueda penetrar en él y alcanzarle con sus rayos. Con mucha paciencia, pero sin pausa. Las rocas que ves en la playa necesitan de siglos para ver erosionadas sus aristas. Ni siquiera el mar con toda su bravura, con todo su oleaje, puede lograr ese efecto en breve plazo. A las personas les ocurre lo mismo cuando pretenden modificar su carácter, aunque a veces precisen de un "empujoncito" de

los que vivimos con ellas. Tú, tus hijos y hasta yo le hemos ayudado en esa hercúlea labor. ¡Que Dios nos bendiga a todos! ¡Seamos prudentes, pero continuemos trabajando, cada cual con sus fuerzas pero sin desfallecer!

—¡Ay, señora, me hace emocionarme con todo lo que dice! Tiene usted una capacidad para llegar a lo más hondo de la gente que no deja de asombrarme. Mi existencia dio un giro total desde que la conocí. Lo mismo puedo afirmar de los míos. Nunca tendré con qué agradecerle su inmenso apoyo.

—Pero ¿acaso no trabajas aquí duramente? ¿Es que no te esfuerzas por llevar a cabo tu cometido de la mejor manera posible? ¿No sigues cuidando de tus hijos y de Fabio con esmero y con entereza? Es el deber cumplido el que te aporta la mayor de las satisfacciones y en ese sentido, te garantizo que puedes sentirte orgullosa de ti misma. ¡Ánimo, Marcia! Demos alabanzas por la posibilidad de seguir mejorando.

—Gracias, doña Alfonsina. ¡Usted no es de este mundo!

—Hija mía, los rayos del sol que salen cada mañana a alumbrar el planeta alcanzan a todos por igual. Dios no hace distingos al respecto. Lo que ocurre es que hay sujetos que se introducen en la trinchera de sus miserias para esconderse de la luz purificadora. Seamos nosotros criaturas que no debamos ocultarnos, a las que siempre les llegue ese resplandor sin el cual la Naturaleza no podría funcionar.

CAPÍTULO 21

CUMPLEAÑOS FELIZ

Coincidiendo con el decimonoveno cumpleaños de Adriana, la dueña de la hacienda quiso elaborar una magnífica tarta que le sirviera de regalo a la muchacha en la pequeña fiesta que nuestra familia organizó en su humilde hogar. A la celebración resultó invitado también Silvio, un joven maestro recién destinado a la ciudad y que era el responsable de la clase donde se ubicaba Daniel. Las coincidencias de la nueva pareja de enamorados, tanto a la entrada como a la salida del colegio cuando la chica llevaba y recogía a su hermano menor, propiciaron un progresivo acercamiento entre ellos y el surgimiento de un noviazgo que aún siendo reciente habría de reforzarse con el paso de las estaciones. Cuando una exultante Adriana sopló para apagar todas las velas, los aplausos se dejaron oír entre las paredes del reducido salón.

—Caramba, jovencita, cómo me alegro por ti —comentó doña Alfonsina—. ¡Uf, es increíble, pero cómo pasa el tiempo! Por un momento se me ha venido a la cabeza la imagen de Daniel celebrando también su decimonoveno aniversario. ¿Os imagináis la situación? Bueno, todavía restan doce años, pero os pregunto. ¿Creéis que estaremos todos aquí para festejarlo como hoy?

—Yo no, señora —contestó el pequeño de forma sorprendente.

—Pero ¿qué dices, hijo? —intervino Marcia—. ¿Qué quieres decir con eso de que no estarás aquí? ¿En qué otro lugar podrías hallarte sino en tu propia casa?

—Pues eso, mamá. No creo que cuando tenga la edad de Adriana esté aquí.

—Pero, entonces ¿dónde vas a irte, mocoso? —preguntó con gran curiosidad su hermana.

—Lejos de aquí.

—A ver, explícate —indicó Fabio—. ¿A cuánta distancia de aquí?

—Muy lejos. No podré trabajar en esta ciudad cuando sea mayor. Tendré que viajar, lo sé desde hace mucho tiempo.

—¡Bueeeeno…! Ya está el pequeñajo con sus anuncios enigmáticos —dijo Adriana agitando la mano derecha de arriba a abajo.

Y es que dados los antecedentes, cuando mi maestro hablaba, todos ponían una especial atención a sus palabras, por si de ellas podían extraerse consecuencias mayores.

Todos se echaron a reír con la ocurrencia que el crío había tenido, aunque yo me pregunté en mi intimidad por el verdadero significado de aquella curiosa advertencia protagonizada por mi maestro. Nada de lo que él decía podía ser interpretado a la ligera o pasar inadvertido, si bien en ese momento de tanta jovialidad, nadie iba a pretender escarbar en las profundidades de lo que pudiera albergar el mensaje de un niño de siete años de edad.

—¡Quién sabe! —exclamó doña Alfonsina—. A lo mejor tenemos aquí, delante de nosotros, a un potencial aventurero o a un viajante que como mi marido siempre está fuera de su casa atendiendo a sus negocios.

—Bueno, señora —comentó Marcia—, no olvide todo lo que dijo Daniel el año pasado cuando fuimos por primera vez a "Los Cafetales". Parece ser que nuestro pequeño posee una increíble capacidad para anticiparse a los acontecimientos.

—¡Venga, mamá! —expuso Adriana—. No conviene exagerar. Él también nos explicó que papá andaría. Ya han pasado muchos meses desde aquella buena merienda en la mansión y ya ves que nada ha cambiado al respecto.

—¡Es verdad, Daniel! —afirmó su madre con actitud cariñosa, mientras le tomaba de sus manos—. ¿Qué tienes que decir a ello? Tu hermana te "acusa" de "faltar" a la verdad. Hijo, desde que viniste al mundo siempre has sido alguien muy especial. Dinos algo que no nos haga perder por completo las esperanzas para que tu padre se levante algún día de su silla de ruedas…

—Está bien —contestó el crío—. ¡Papá! ¿Tú has visto la luz?

—¿Luz? ¿Qué luz? —intervino Fabio con cara de extrañeza—. Ah, no, yo no he contemplado ninguna luz. ¡Que yo sepa, claro!

Todos se carcajearon ante el chiste que el otrora amargado Fabio había elaborado de repente, construyendo un juego de palabras con la pregunta que había realizado el chaval.

—Papá, entonces, si no has visto la luz ¿cómo vas a andar? ¿No lo comprendes? Solo esa visión te permitirá saber que ha llegado el momento, que ya estás preparado para volver a caminar…

—Pues hijo, no entiendo nada. Espero que no sea esa luz que dicen que anuncia la muerte, ahora que nos van mejor las cosas.

—Tranquilo, papá. La luz de la que yo te hablo no anuncia la muerte. Sirve para avisar de otras cosas.

—Bueno, si tú lo dices, renacuajo… pero ahora no me quites tiempo de celebración —intervino Adriana—. Por favor, dejémonos de vaticinios sobre el futuro y centrémonos en este instante. Voy a cortar la tarta y a repartirla entre todos. Seguro que está muy sabrosa...

De pronto, todos los asistentes se olvidaron de la conversación y se dispusieron a degustar el exquisito pastel expuesto

sobre la mesa y que había preparado doña Alfonsina. Con la sonrisa en la boca por la dulzura del chocolate que Marcia había dispuesto como bebida de acompañamiento, nuestra muchacha, homenajeada por su feliz día, le preguntó a la noble señora:

—Perdóneme por mi indiscreción, pero el otro día mi madre me dijo que usted me iba a entregar dos regalos. Como comprenderá, tengo mucha curiosidad. Le he hablado mucho a mi novio Silvio de usted y de cómo es, por eso ambos estamos a la expectativa, porque sus sorpresas siempre resultan muy interesantes.

Como era lógico, todas las miradas de los presentes se posaron en aquella madura mujer, a la espera de desvelar el enigma del ansiado obsequio.

—Es cierto, hija. Vaya despiste el mío. Tu hermano y el misterio de su mensaje me han desviado la atención, por lo que me había olvidado de ofrecértelo.

—Pero, señora —insistió la joven—. Usted solo ha entrado en nuestra casa con la tarta en sus manos, sin nada más. ¡Y ese es el primer regalo…!

—Ah, claro, todo tiene su explicación. Lo que pretendo regalarte es algo que no puedes tocar, al menos por ahora. En verdad, se trata de una propuesta. Pero debes ser tú la que libremente la aceptes, eso sí, con el consentimiento de tus padres. Además, lo que te voy a ofertar, si te organizas bien, es perfectamente compatible con lo que estás haciendo ahora, es decir, llevar y recoger a Daniel de la escuela.

—La verdad es que ya no aguanto más esta intriga —expuso la afectada—. ¿De qué se trata esa misteriosa proposición?

—Pues es muy simple. Como sabrás, la economía, para prosperar, ha de buscar nuevas áreas de expansión. En este sentido ¿os acordáis del local que está cerca de aquí y que hasta hace poco se traspasaba?

—¡Claro, como para no recordarlo! —confirmó Fabio—. Allí pasé una etapa de mi vida trabajando como camarero.

Luego, el dueño murió de un infarto. Yo me hice cargo de ese bar pero aquello no acabó de funcionar en mis manos. Tuve una mala racha y luego ocurrió lo que ya sabéis, el accidente…

—Sí, no es necesario aportar más detalles —indicó Marcia—. Todos conocemos cómo terminó aquella triste historia.

—Bien —prosiguió doña Alfonsina—. Lo cierto es que abriendo nuevas puertas a mis intereses, hace tan solo unas fechas he adquirido ese local del que os hablaba en propiedad y a un precio adecuado. ¡Eh, no me miréis con ese rostro de sorpresa! ¿No pensaréis que mi marido es el único que puede hacer buenos negocios?

—De acuerdo… —intervino Adriana—. ¿Y en qué nos puede afectar a nosotros esa decisión que usted ha tomado?

—Mira aquel estante, hija —continuó la dueña de "Los Cafetales"—. ¿No son acaso tus revistas preferidas? Tienes más de cien y todas perfectamente ordenadas. Se nota que constituyen tu pasión. Esas publicaciones reflejan a las claras tus inquietudes desde que eras una adolescente y por supuesto, revelan el grueso de tus intereses actuales.

—Es cierto, señora, está usted en todo. Se nota que mi madre habla mucho de nosotros en su mansión. Desde que tengo uso de razón siempre me ha atraído el sector de la ropa, los vestidos y las últimas tendencias de la moda.

—Claro, ya lo sé. De hecho, eres una magnífica bordadora y haces multitud de arreglos a los vecinos, actividad con la que ganas tus pequeñas cantidades de dinero.

—Es verdad, doña Alfonsina —intervino Marcia—. Con esos ingresos al menos se puede costear sus propios "trapos". No es amor de madre pero tengo que reconocer que mi chica es de las mejores vestidas del barrio y también puedo decir con orgullo que es ella la que elige y paga su ropa.

—Desde luego —reconoció la benefactora de la familia—. En fin, iré directa al asunto que deseaba plantear. Pensando

en expandir mis negocios, quiero inaugurar en el local que he adquirido una tienda de ropa, sin grandes pretensiones, por ahora. Hay que adaptar la mercancía y la inversión al área donde se ubica. Nadie destinaría una gran cantidad de capital para adquirir prendas cuya venta va a resultar dificultosa. Soy consciente de que la gente vive en esta zona con lo justo y que no van a gastar excesivas sumas en vestirse. Pero ¡quién sabe! Lo que puede empezar de una forma sencilla, luego con el tiempo, si se gestiona bien, puede ampliarse y obtener una mayor cuota de mercado. Ahí entrarías tú, Adriana. En otras palabras, me gustaría ofrecerte la responsabilidad de ese futuro establecimiento. No te asustes ni te abrumes. Yo realizaría la inversión inicial en el género, en la decoración y en la puesta a punto del local. Tú serías la encargada de la gestión de las ventas, como es lógico. Al principio trabajarías sola, después ya se vería. Esto irá en función del volumen de ingresos que el negocio produzca. Como empleada mía, te corresponderá un sueldo base y otro porcentaje variable, o sea, a mayor cantidad de ropa que vendas mayores ingresos percibirás. Bueno, ¿pero me estás escuchando? Se te ha puesto la cara pálida cuando esperaba una sonrisa de aceptación. Anda ¿qué me dices?

—¡Ay, perdóneme señora! Es que no me esperaba este tipo de regalo. Una siempre cree que va a abrir una cajita conteniendo algo dentro que le guste, pero lo que me ha comentado supera todas mis expectativas. No sé ni qué contestar…

—Mira, Adriana, no creas que lo que te he propuesto ha sido fruto de la improvisación. Desde que puse mi vista en ese establecimiento que se traspasaba, pensé con toda intención en la posibilidad de contratarte. Posees el perfil idóneo para llevar a cabo esa función. Sé que esa actividad te atrae porque Marcia me lo ha dicho en muchas ocasiones. Pero aunque no me hubiera comentado nada, solo hay que fijarse en cómo vas vestida para darse cuenta de que el mundo de la moda te

apasiona, es como algo que llevas dentro y para lo que sirves. Disculpa que te hable así de sincera y líbreme Dios de ejercer sobre ti ningún tipo de presión. Tú decides, ya eres toda una mujer…

La muchacha recorrió con su mirada la pequeña estancia donde se celebraba su cumpleaños. Tras advertir un gesto de complicidad tanto en sus progenitores, como en Silvio e incluso en Daniel, se decidió a contestar.

—Es que verá, doña Alfonsina, usted parece adelantarse siempre a los deseos de los demás, nos pone las cosas tan claras y tan fáciles, tan adaptadas al carácter de las personas con las que trata, como es el caso de mis padres, que una no puede negarse a sus ofrecimientos.

—Entonces ¿eso es un sí por respuesta? ¿No quieres meditarlo aunque sea durante unas horas?

—Nooo… en absoluto. Es un sí rotundo y creo que todos los presentes se hallan de acuerdo con mi elección. No sabe lo que esta oportunidad significa para mí. ¡Dios mío, trabajar de forma autónoma aunque el negocio sea de su propiedad! Estoy muy ilusionada con este proyecto que usted me ha planteado. No hay palabras, es magnífico.

—Pues cuánto me alegro por ti, bueno, por todos, porque lo que afecta de modo positivo a uno de los miembros siempre repercute para bien en el resto de la familia. Además, Adriana, ambas ganamos. ¡Qué mayor negocio que este! Mira, cuando todo esté acondicionado, te enviaré a un conocido de mi marido que es persona de confianza y que te asesorará durante unos días sobre la buena marcha del negocio. Se trata de un experto en la materia y aunque tú tengas con el tiempo tu propia forma de hacer las cosas, al comienzo te vendrá muy bien para empezar a desenvolverte. Ya sabes que lo que se edifica sobre buena planta resiste los embates de futuros temporales…

—¡Increíble! Es usted un ángel… doña Alfonsina, como suele decir mi madre.

—Venga, venga, chiquilla. Estáis todos un poco obsesionados con atribuir a mis acciones un halo de santidad del que carezco. Estos son negocios y es conveniente realizarlos con gente que conoces y que sabes que no te van a defraudar. En este terreno la confianza en las personas con las que trabajas resulta esencial. Observa una cosa, Adriana. Te explicaré con una sola frase el mecanismo que opera en este ámbito: el bien es contagioso. Cuando un empleado se halla satisfecho con lo que hace y con el sueldo que recibe, y sobre todo se siente bien tratado, rinde más, traslada su felicidad a los suyos y ese bienestar lo reinvierte de nuevo en su labor. A ver, dime ¿qué más se puede pedir?

—Dicho así, suena como celestial —agregó la nueva vendedora de moda.

—¡Eh, Daniel! ¿Por qué me miras fijamente con esos ojos tan hermosos que Dios te ha dado? Ah, ya comprendo. Creo que has captado a la perfección el significado del acuerdo al que esta tarde hemos llegado Adriana y yo. Te aseguro que no le voy a restar a tu hermanita ni un minuto de la atención que todos los días te dedica. Tienes que comprender que ella tiene ya una edad en la que tiene que volar con sus propias alas. Ven, anda, súbete a mis piernas y consuela con tus abrazos a esta mujer a la que tanto le gustan los niños como tú.

Así fue cómo al cabo de las semanas la situación era como sigue.

Marcia continuaba trabajando felizmente en la mansión de doña Alfonsina, profundizando cada vez más en los lazos de amistad que unían a aquellas dos mujeres que más que dueña y empleada parecían casi familiares.

Fabio proseguía asimismo con su labor de conserje en la Hacienda de "Los Cafetales" sin que en ningún momento yo le escuchara emitir quejas sobre el carácter de su labor. Por cierto, nunca volví a ver alrededor de su silueta a entidades como las que contemplé en aquella noche en la que obligó a su esposa a

mantener relaciones sexuales con él y que a la postre, supuso el embarazo por el que vino al mundo el pequeño Daniel. Estaba claro que su desvinculación con la bebida le había servido para aclarar sus ideas, pero también para espantar a esas criaturas malévolas que habitualmente le acompañaban.

En cuanto a la buena de Adriana, ya con el local acondicionado, inauguró por fin la tienda de moda que quedaba bajo su responsabilidad. Aunque con dificultades al principio, poco a poco y merced al exquisito trato que le daba a su clientela, se fue haciendo con la confianza de un buen número de personas que empezaron a visitar su establecimiento con regularidad, realizando allí tanto sus compras como encargando arreglos. En ello tuvo mucho que ver el interés que la joven depositaba en su trabajo como vendedora. De forma paulatina, se fue abriendo mercado al tiempo que el volumen de ventas se iba incrementando.

Mi maestro acudía al colegio con toda normalidad y llevaba un ritmo de vida acorde a lo que era: un niño, aunque por dentro llevara un espíritu rebosante de sabiduría y de moral que había aceptado el grandísimo reto de "tomar carne" para intentar reconducir el rumbo de una nave, que como la de Fabio, se aproximaba irremediablemente hacia el averno más oscuro.

Yo no perdía detalle de todo lo que acontecía en esa familia y en torno a ella. Esa era mi labor, aprender a través de la observación, reflexionar y extraer mis propias conclusiones para el futuro, un período del que solo Dios sabía qué tipo de misión se me encomendaría. Dentro de este proceso de aprendizaje, pasadas unas fechas, Rafael me avisó que deseaba reunirse conmigo aquella noche, a fin de intercambiar impresiones y afianzar mis conocimientos.

CAPÍTULO 22

ESPÍRITUS EN LA PLAYA

En esta ocasión nos dirigimos a una playa cercana, pues cerca del mar existe una atmósfera muy sana que siempre favorece las reuniones entre espíritus.

—Querido alumno, ¡cómo me alegra verte de nuevo!

—Sí, maestro, yo también estoy encantado.

—Bueno, hace ya más de ocho años que nos hallamos aquí, inmersos en el plano físico. Es un buen momento para resumir lo que ha sucedido hasta ahora. Dame tu opinión al respecto.

—Rafael, he de reconocer que la unión del espíritu a un organismo físico condiciona mucho nuestra forma de actuar.

—Sin duda, hermano. Todo se enlentece junto a la carne, máxime si pensamos que el alma debe permanecer junto a ella a lo largo de la existencia y en planetas como este en el que tú habitaste no hace mucho. Por esa razón, los soportes físicos que poseen los espíritus en los mundos más adelantados son más livianos, acorde al espacio más sutil donde viven. Se trataría de una escala progresiva ascendente, de modo que cuanto más atrasada se halla el alma de un ser, más pesado resulta el armazón orgánico al que se asocia, al igual que más densa es la atmósfera del lugar en la que se desenvuelve.

—Maestro, tú tienes perfecta consciencia de lo que te pasa. ¡Debe ser difícil asumir esa grave limitación para alguien como tú!

—Ah, sí, confieso que no resulta un fenómeno sencillo, pero déjame explicarte. Esto es similar a lo que sucede cuando para obtener algo para ti sumamente valioso, debes renunciar durante un tiempo a una serie de "privilegios". ¿Acaso no invertirías todas tus energías en conseguir ese objetivo aunque ello te supusiera unas limitaciones temporales?

—Sí, estoy seguro que sí. No hay duda.

—Entonces, piensa en ello. Lo más esencial para un espíritu es su evolución; pero esta no puede llevarse a cabo, como dijo nuestro hermano Jesús, sin la ayuda al prójimo. En otras palabras, tu propio crecimiento implica también el que otros progresen. Esa es nuestra labor con esta familia, especialmente con Fabio.

—Pero Rafael, el grueso del trabajo lo estás haciendo tú. ¿No piensas que mi contribución está siendo más bien escasa?

—En absoluto, mi joven aprendiz. Todo sigue su curso. No puedes contemplar las cosas desde un prisma tan corto. Debes atender a tu porvenir. Las inversiones en estudio que realizamos en una época determinada siempre revierten de manera positiva en el futuro. Aunque ahora tengas la sensación de que tu labor no es todo lo activa que tú te imaginabas, razona con un poco de perspectiva. Este aprendizaje que estás efectuando en estos años constituye la base más sólida sobre las que se están asentando tus próximas actuaciones en el mañana. Amigo, tienes retos increíbles por delante que ahora mismo no puedo revelarte pero para los que sin duda, necesitas de la paciencia y de la reflexión que estás mostrando en el presente.

—Entiendo. El progreso va asociado al orden, a la superación paulatina de una serie de etapas sucesivas. No puedo saltarme las lecciones del "manual".

—En efecto, Manuel. Resultaría poco recomendable y una pérdida de tiempo, pues estarías dilapidando tus valiosos recursos. Las piruetas extrañas y los brincos los dejamos para

el circo, no para el camino evolutivo al que todos sin excepción estamos invitados.

—Maestro ¿crees que estamos alcanzando los objetivos de esta operación de rescate? ¿Piensas que la transformación de Fabio es total?

—No —contestó Rafael—, lo que lleva tantos años desvirtuado no puede ser reconstruido en tan poco tiempo. Es necesaria una mayor y más fiable consolidación de factores más positivos. Lo importante ahora es evitar a toda costa el estancamiento, pues una recaída en sus antiguos y nocivos hábitos resultaría muy perjudicial para su trayectoria. Hay que estimularle para que continúe su actual camino, con tranquilidad, pero insistiendo para que no detenga su avance. Imagina por un momento que permaneciera atascado durante un tiempo. Lo lógico sería que brotaran de nuevo el desánimo y la desazón interior. Cualquier habilidad precisa ser desarrollada y entrenada para que arraigue con fuerza en el alma de las criaturas. Si Fabio no termina de instaurar una serie de actitudes más provechosas, es muy posible que se le aparezcan de golpe todos los fantasmas de su turbio pasado. No dudes de que actuarán contra él como las alimañas hambrientas caen sobre su presa.

»Mi querido Manuel, en ese caso, todo se complicará y la ruta se tornará más cuesta arriba. Evitar ese anquilosamiento es parte de mi misión; para eso estoy aquí. Si lo piensas, nos encontramos ante un complejo proceso del que todos participamos. Dios es así de inteligente al confeccionar sus planes para con nosotros. Constituimos un pequeño grupo de espíritus que hemos coincidido para atender a unos objetivos muy claros de evolución. Tarde o temprano, aquí todos crecemos, unos a mayor velocidad y otros con más pausa, pero las puertas del progreso están abiertas para todo aquel que desee cruzarlas. Ningún movimiento, ninguna actuación, ni siquiera ningún pensamiento pasan desapercibidos ante

los ojos del Creador. Todo en la vida, de una u otra forma, contribuye a estimular nuestro ascenso hacia la perfectibilidad.

—Pero maestro, en su anterior existencia y en la actual, Fabio decidió pararse mientras que otros le adelantaban.

—Así es, desde luego. Ese es el peor de los enemigos de cualquier entidad: el estancamiento. Mas no te preocupes: como estás teniendo ocasión de comprobar, compañeros de ruta como nosotros hemos sido enviados a este punto de la carretera para ayudarle. Y en ese propósito de avanzar también han sido convocadas tres maravillosas almas con forma de mujer: Marcia, Adriana y Alfonsina. ¡Qué tres seres tan hermosos ante la vista del Padre Celestial! Ya ves que la belleza resulta independiente a la posibilidad de vivir en el mundo de la materia o en el incorpóreo. Lo realmente valioso es la experiencia que acumula el espíritu en ese zurrón que siempre porta, se halle donde se halle, la impronta de amor que haya esparcido entre otras criaturas, el aprendizaje que haya atesorado. Esta enseñanza, querido alumno, se observa tanto en sus pensamientos como en sus actuaciones. No existe otra regla que permita medir el auténtico crecimiento de las almas.

»Ese trío que te he mencionado, cada una de ellas con su bagaje a cuestas, tienen muy clara su meta de progreso. Han resultado ubicadas junto a nuestro hombre y desde que le conocen le han dicho: "Levántate, Fabio, toma nuestra mano y avanza con nosotras, no puedes quedarte paralizado en este punto del trayecto, atrapado por la maldad de tu infame ayer. O cambias de actitud o tu sufrimiento se prolongará". A cada segundo, innumerables espíritus son lanzados a esa infinita senda de la perfección por las que todos los hijos de Dios circulan. Como comprenderás, las almas más adelantadas no tienen ningún inconveniente en "retrasar" su posición para auxiliar a las más rezagadas, para insuflarles ánimos a fin de que prosigan con su andadura inmortal.

»Manuel, este es un Universo ordenado, donde todas las partes, por muy minúsculas que resulten, cumplen con su función primordial de empujar a las fuerzas de la evolución. Nada pasa desapercibido, ni se pierde, ni se manifiesta inútil: la más mínima actuación de uno de sus componentes afecta a la marcha del Todo. Ahí reside su grandeza, aunque el escaso desarrollo de la mente humana no alcance por ahora a comprender todo este sensacional mecanismo de causas y efectos.

—Rafael ¿dónde se sitúa pues el concepto del libre albedrío en ese sistema que tan bien has descrito?

—Mi buen amigo, te diré algo importante: no basta con que yo extienda el brazo, es necesario que tú alargues también tu mano. Todo lo dispuesto por Dios posee sus propios dispositivos de regulación. En este sentido, el progreso está controlado por sus propias leyes internas. Esto resulta consustancial a cada alma. Así, no puedes avanzar demasiado de prisa porque antes de abordar determinadas pruebas tienes que asimilar bien una serie de conceptos previos. Cuando tus pasos se detienen ocurre exactamente lo mismo. La pesadez de la parálisis, el desencanto por sentirte embarrado, se carga sobre tus hombros hasta que no puedes más. En ese instante supremo, te levantas y gritas hacia el cielo una expresión conocida: "bastaaa…". Precisamente es el dolor uno de los mecanismos previstos para corregir las desviaciones.

»Al respecto, puedes aprender muchísimo de esto que hemos hablado con el ejemplo de Fabio. Qué curioso, pero cuando él se ha visto en una situación de amarga impotencia, tan limitado en sus movimientos, tan mermado, es cuando ha tenido que realizar un esfuerzo por reflexionar y comprender. Ha sido el momento mágico en el que ha aprendido a vislumbrar la naturaleza de los seres que le acompañaban en su aventura terrenal. Justo lo que antes despreciaba con sus golpes y sus desplantes, ahora lo valora de una forma más equitativa.

»Manuel, cuando crees que lo posees todo, es muy frecuente que no aprecies lo que te rodea. Cuando el destino te lo arrebata, te obliga a iniciar un proceso de meditación y por ende, te empuja hacia el cambio interior. Si el individuo, por propia iniciativa, no quiere entender cómo funcionan los mecanismos de la existencia ni para qué estamos aquí, no hay problema, la misma vida se encarga de eso aunque para ello tenga que darte ciertos toques de atención que muchas veces, sumidos en el egoísmo y en el orgullo, no somos capaces de reconocer ni de agradecer.

»Si has de levantarte temprano, programas el reloj antes para que este suene a su debido momento. Pero si decides no hacer caso al sonido de la alarma, no tienes por qué "preocuparte". Tarde o temprano, alguien acudirá a tus dominios para avisarte, a fin de que te incorpores. Si aún así te das la vuelta hacia el otro lado para continuar durmiendo ignorando esa llamada, ese alguien te zarandeará, con fuerza si hace falta, pero con toda su intención. Dios, con todo su amor, no puede permitir que ninguna de sus criaturas permanezca tendida en el barro por tiempo indefinido. Te aseguro que ningún espíritu viene al mundo a holgazanear ni nadie está destinado a un inevitable letargo. La ley del progreso velará por sacudir incluso a las entidades más perezosas. Y doy fe de que es mejor despertarte por tu propia cuenta a que alguien tenga que obligarte a hacerlo.

—Entonces, maestro, el accidente de Fabio estaba programado…

—Ya hemos hablado en otros momentos de las "programaciones" de los espíritus. Estas no son estáticas, como algunos creen refiriéndose a la cuestión del destino, aunque existen fundamentos obligados que no pueden alterarse. Pero yo te pregunto: si te emborrachas y te lanzas con un coche a circular a toda velocidad por la carretera ¿acaso no aumenta exponencialmente la posibilidad de sufrir un accidente y de soportar sus secuelas?

—Sí, desde luego, los efectos siempre siguen a unas causas.

—Piensa entonces en nuestro hombre. ¿Sabes la cantidad de alcohol que ingirió aquel día de golpe en pocos minutos atenazado por su impulsividad y por su nula tolerancia a la frustración? Las personas se aventuran con frecuencia a peligros de alto riesgo y luego se quejan porque han padecido un grave percance. No resulta grato involucrarte en un "sorteo" donde con tu conducta te has hecho acreedor de recibir la mayor parte de los boletos. Y aún así, por la imperfección de los seres, una vez que te toca el "premio" llegan luego las lamentaciones. Las leyes físicas están para algo, nosotros no podemos manipularlas a nuestro antojo. Solo podemos trabajar sobre el pensamiento de las otras almas. Mira, Manuel, si hace falta, yo puedo decirte hasta mil veces que no entres en un sitio o que no pasees por una determinada calle pero en última instancia ¿quién decide lo que ha de hacerse? Por más voluntad que yo haya desplegado para convencerte, si no quieres escucharme, si tu intención es penetrar en ese lugar o andar por esa vía, es tu libertad, nada ni nadie te lo impedirán, aunque luego tendrás que atenerte a las consecuencias.

—Comprendo, Rafael. Si alguien eligiera por nosotros, no existiría el mérito ni tampoco el aprendizaje por parte del sujeto.

—Así es, amigo. Para avanzar hay que escoger por tu cuenta, es decir, tienes que asumir la responsabilidad que como ser humano te corresponde. Tranquilo, Dios es generoso. Si te equivocas, no pasa nada. Aprendes la lección y vuelta a empezar, aunque la repetición de curso siempre conlleva un coste para el individuo. Créeme en que si no hubiera algún tipo de penalización muchos se lanzarían al abandono más completo. Así se camina, tomando decisiones, superando desafíos. Por eso el aburrimiento está reñido con la ruta de la evolución. Aquí, los que más se hastían son los que continuamente se detienen en sus andares pero como ves,

existe una legión infinita de ayudantes y colaboradores entre los que nos encontramos, que centran sus esfuerzos para que los seres sonrían, para que digan adiós a la ociosidad y abran la puerta de su corazón a la bendita actividad edificante, la que nos permite caminar en pos del progreso. Siempre ha sido así, querido Manuel y lo seguirá siendo, sin duda.

Con el sabio discurso de mi maestro finalizó aquella reunión que realizamos junto al mar, absorbiendo los buenos fluidos que emanan de los océanos. ¡Cómo agradecí aquella jornada el tranquilo paseo por la orilla de la playa! ¡Qué gran provecho alcancé con las palabras de Rafael! Habiendo sido reconfortado por su enseñanza, tomé nuevos bríos para proseguir con mi misión.

CAPÍTULO 23

BODA CON APRENDIZAJE

Y pasó el tiempo y transcurrieron los años. Y el amor entre Silvio y Adriana se afianzó hasta desembocar en el proyecto de boda entre ambos. El joven profesor hubiera preferido casarse antes, pero la prudencia de la chica, muy marcada por su turbia infancia y por una adolescencia vinculada a los despropósitos de su padre, le hicieron postergar tan magno acontecimiento hasta que no consiguió ahorrar el dinero suficiente procedente de su trabajo. Con esa cantidad más lo aportado por su futuro marido, la radiante pareja consiguió el importe necesario que se invirtió en la entrada para un piso de reciente construcción, no muy distante de la antigua casa donde vivían los progenitores y el hermano menor de nuestra joven protagonista.

Daniel cumplió los catorce años, ya todo un muchacho y continuó con sus buenas notas en la enseñanza media. Sin embargo, las máximas calificaciones las cosechó en su asignatura más esencial: animar a Fabio, abrirle el paso a nuevas esperanzas, conversar con él sobre la vida, sobre su sentido y sobre su destino. La inteligencia y la claridad mostradas dentro de la familia por aquel niño en su infancia, no cesaron con la llegada de la pubertad. Escuchándole hablar con su padre en el mundo físico, comprobaba que más que un adolescente estaba ante lo que Rafael era en verdad: un espíritu evolucionado,

un emisario de las altas esferas, alguien digno de cumplir un plan muy concreto para con un alma tan torturada como la de Fabio. El reto era cuando menos complicado. Tratar de rescatar a ese pobre hombre que durante tantas épocas se había arrastrado por el barro, un ser que durante su vida no había querido levantar su cabeza para mirar hacia delante y que en medio de su lodazal, había procurado enfangar a toda criatura que tuviera a su alrededor, lanzándoles dardos venenosos para generar más y más sufrimiento.

Doña Alfonsina, incansable en sus ansias de progreso, continuó con sus obras de caridad, intentando por todos sus medios crear renovadas ilusiones entre los niños más enfermos. Y Marcia siguió hermanándose con su empleadora, generando con ello potentes lazos de amistad, al tiempo que halló verdaderos motivos para mantener sus cuidados hacia su marido. Este último pareció elevar su vista cada vez más y con el paso de las estaciones fue reconociendo poco a poco su culpabilidad en el insoportable sufrimiento que había causado tanto a ella como a sus hijos. Del mismo modo, fue valorando en su justa medida la dedicación y el esfuerzo que su familia aplicaba sobre un hombre como él sin vida en las piernas.

La dueña de "Los Cafetales" ya lo tenía todo acordado con los padres de la muchacha y para ello, dada la confianza existente, resultó para la noble señora un honor ceder los jardines de su bella mansión para que Adriana pudiera cumplir su sueño más apasionado: su boda con aquel chico que viniera destinado como maestro unos años antes a su ciudad.

Y llegó el ansiado día. Por parte de la novia, solo había tres componentes de su familia aunque la anfitriona, que había cedido su casa con sumo placer, podía considerarse como un miembro añadido a esa parentela. Lo importante eran las buenas vibraciones que se observaban entre ellos, no la cantidad de gente asistente. Por parte de Silvio había más acompañantes pero sin exceso, pues los contrayentes habían

insistido en efectuar una ceremonia sencilla y sin demasiado boato.

Para los que le conocían, lo mejor estaba por llegar. Contemplar a Fabio vestido con un traje blanco impecable, ejerciendo de padrino de una hija a la que había tratado en el pasado de una forma humillante y vejatoria, fue todo un espectáculo digno de mentes edificadas sobre el amor y la superación de sí mismas. Lo que antes había supuesto un estorbo para él, un motivo más de queja sobre los sinsabores de la vida, ahora se constituía en causa de orgullo para un padre que en esa importante jornada quería ejercer como tal.

La ceremonia se produjo conforme al guión previsto. Durante el posterior convite observé tan buenas vibraciones en el ambiente que me relajé. Me tumbé sobre la manta de césped que constituía el cuidado jardín de Alfonsina y en el crepúsculo de la tarde que ya caía, me dispuse a examinar el maravilloso paisaje de estrellas que ante mi vista se desplegaba. Me dejé invadir por las sensaciones más esperanzadoras y me pregunté entonces por cuánto tiempo más permanecería en aquel entorno en el que daba la impresión de que los antiguos problemas se hallaban en fase firme de reconducción.

Me sentí tan en paz conmigo mismo, dejándome absorber por la serenidad, que perdí la noción del tiempo. De pronto, salí de mi letargo y me incorporé como asustado. Tuve un presentimiento negativo. Dada mi condición de espíritu intuitivo, no solía equivocarme en mis corazonadas. Entonces, me giré bruscamente hacia atrás y lo que observé me heló el alma.

—¡Qué horror! —me dije en voz alta.

Avanzada ya la fiesta, habían dejado a Fabio a solas. Junto a él percibí a una silueta negruzca de aspecto masculino, muy opaca, que estaba aplicándole como una especie de masaje sobre los hombros al tiempo que de vez en cuando, acercaba su boca al oído de él y le murmuraba algunas palabras para mí incomprensibles. Guiado por un impulso repentino,

enfadado conmigo mismo por haber perdido la concentración en aquel escenario aparentemente feliz, me abalancé sobre la sospechosa figura para apartarla de allí. Jamás olvidaré la tremenda e inesperada patada que me propinó en mitad del estómago y que me dejó como aturdido. Inmediatamente, tendido sobre la hierba sentí miedo, no sabía qué hacer, me hallaba como bloqueado. A los pocos segundos pude pensar y concluí en que todo nuestro plan, aquel que había costado tantos esfuerzos y sacrificios, no podía fracasar por culpa de aquella entidad invasora que seguro que albergaba la peor de las intenciones para con nuestro protagonista.

Busqué a mi maestro por todas partes hasta que le localicé hablando con la dueña de "Los Cafetales". Le pedí auxilio, dado el preocupante suceso que había presenciado. A continuación, Daniel pidió disculpas a doña Alfonsina, comentando que le iba a echar un vistazo a su padre. Mientras caminábamos al encuentro de Fabio, le expliqué con rapidez lo que había ocurrido. En un santiamén, alcanzamos el escenario descrito.

—¿Eh? ¿Otra vez tú, imbécil? —declaró con una sonrisa malévola el desconocido de apariencia forzuda que pensó que yo me encontraba solo—. ¿Acaso quieres que te dé otra patada? Ya has podido comprobar que soy ágil en mis movimientos. Si me haces enfadar te atacaré de nuevo y te arrepentirás. ¡No te acerques!

—¡Tú no vas a golpear a nadie! —exclamó mi maestro con resolución—. Es más, vas a volver ahora mismo por el camino por el que has venido. Que yo sepa, no has sido invitado a esta fiesta de concordia.

—¿Eh? ¿Quién habla? No has sido tú ¿verdad? ¿Quién hay por ahí? ¿Te gustan los trucos para intimidarme? Muéstrate, cobarde. Los hombres dan la cara, no se esconden.

—¿De verdad quieres verme? —afirmó Rafael.

—Sí, seas quien seas, quiero contemplarte para lanzarme sobre ti y pelear. Soy fuerte ¿sabes? Estoy preparado para el

combate. Durante muchos años me gané la vida dando palizas y contigo acabaré rápido. Pero no puedo vencer a una sombra que achantada, se oculta.

De pronto, por un acto de su voluntad, mientras que Fabio permanecía como ensimismado en sus pensamientos, mi maestro se hizo visible ante aquella entidad que se hallaba presa de las peores intenciones.

—¡Ahhh…! ¡Maldito! Me deslumbras, me haces daño a la vista, mis ojos se queman —profirió a gritos el desconocido mientras que daba patadas y puñetazos al vacío sin ningún sentido.

En un gesto rápido y sin acercarse a la perturbadora entidad, Rafael alzó su mano y moviendo simplemente el índice y el pulgar de su mano derecha, emitió un haz luminoso muy potente con el que atrapó al extraño agarrándole por el cuello hasta levantarle un palmo del suelo.

—¡Desgraciado! ¿Qué estás haciendo? Me haces daño, suéltame la garganta que me ahogo, no me aprietes más…

—¿Cómo te llamas y qué quieres? —preguntó mi preceptor.

—No tengo nombre… no lo sé… me olvidé de hasta quién soy… pero todos me laman "luchador"…

—Así que "luchador"… Y ¿quién te envía?

—Me ha mandado aquí mi jefe —logró balbucear a duras penas aquel ser de mala catadura mientras agitaba de forma compulsiva sus piernas como si no pudiera respirar, como si pretendiera desembarazarse a toda costa del rayo luminoso que le mantenía suspendido en el aire.

—¿Y puede saberse cuál es el encargo que te ha dado tu jefe? Venga, responde, si quieres que aligere la presión de mis dedos sobre tu cuello.

—Sí, sí, te contesto. Me pidió que utilizara todos los medios a mi alcance para que este desgraciado paralítico volviera a beber alcohol.

—¿Este "desgraciado"? —interrogó Rafael con tono exigente.

—Sí, así les llama mi amo; para él, todos aquellos a quienes atacamos son unos desgraciados que merecen nuestro desprecio.

—Ya, entiendo; pues ahora cuando te suelte quiero ver cómo corres lejos de aquí y no vuelves más. Ah, y dile a tu jefe que no envíe aquí a ninguno más de sus sirvientes, que este lugar se encuentra protegido. Cuéntale que si viene alguien más, le sucederá lo mismo que a ti.

—Sí, sí, de acuerdo, pero suéltame…por favor.

El rayo de energía blanquecina que mantenía a aquel sujeto levantado se cortó de golpe, cayendo aquella singular forma al suelo con gran aparatosidad.

—¡Ah, maldito! ¿Qué me has hecho en los ojos? No puedo ver bien, me has dejado como ciego…

—Venga, no exageres, en poco tiempo recuperarás la vista, justo en cuanto te alejes de aquí. Ah, por último, un consejo. No te dejes manipular tan fácilmente. Piensa en que quizá tu jefe se está aprovechando de ti. Reflexiona sobre ello y tal vez tu situación mejore. No puedes arrastrarte como esclavo el resto de tus días. Vamos, vete ya…

Una vez que el espíritu que había atacado a nuestro hombre se sintió libre, se tocó el cuello repetidamente, como asegurándose de que se había librado de la presión ejercida por el haz luminoso proyectado por la mano de Rafael. De pronto y sin querer permanecer por más tiempo en aquel escenario donde había salido derrotado al no obtener su malvado propósito, la figura amenazadora se lanzó a la carrera y desapareció de nuestra vista para siempre.

—¡Uf, maestro! —expresé con alivio—. Qué mal momento he pasado. Creía que todo el trabajo realizado hasta ahora no serviría para nada. Cuando contemplé a ese ser junto a Fabio, lisonjeándole, sospeché de inmediato de sus intenciones. Menos mal que has aparecido porque la verdad, no sabía qué hacer.

—Mi buen estudiante, te explicaré lo que te sucedió. Es muy sencillo: te dejaste arrastrar por tu primer empuje emocional y esto no es siempre lo más adecuado. No puedes permitirte el sentirte atenazado por el miedo y mucho menos dominado por la reacción más impulsiva. Esto juega siempre a favor de tu contrincante y debilita tu posición. Te pusiste a su altura y recibiste un buen golpe porque no utilizaste las "armas" de la compasión y la bondad. Hubiera resultado mucho más práctico emitir elevadas vibraciones de afecto que habrían envuelto con prontitud a aquella sombra distorsionadora. Con tu nivel de aprendizaje, es seguro que le hubieras espantado. Estas entidades como la de hoy se hallan tan obsesionadas con la presencia del mal que en cuanto perciben ondas amorosas, plenas de claridad, huyen aterradas. Es como si expusieras a alguien que ha permanecido encerrado en la penumbra del sótano de una casa durante años, a la vista de un sol que brilla con fuerza. Quedaría tan deslumbrado que primero se taparía los ojos y luego trataría de escapar por todos sus medios.

—Lo siento maestro, me distraje, no presté la debida atención. Ha sido un error por mi parte.

—Venga, Manuel, no te tortures. Yo siempre estoy contigo. Además, esto que ha acontecido te vendrá bien. De estos incidentes siempre se extraen conclusiones positivas. El proceso de aprendizaje es largo y en numerosas ocasiones se alternan las victorias con las caídas. Forma parte natural del procedimiento y afecta a todos los espíritus. Fíjate en un aspecto interesante: cuando parecía que todo se había normalizado en esta familia, has bajado tu cota de vigilancia. La lucha por el bien exige una constante atención por nuestra parte. Esas criaturas tenebrosas tienen todo el tiempo del mundo para intentar traspasar nuestras barreras y conspiran sin cesar para atravesar el velo de nuestra cautela. Su objetivo es claro: tu pensamiento, es su vía natural a través de la cual actúan sobre sus potenciales víctimas, como en este caso le ha ocurrido

a Fabio. La conclusión, por tanto, es que hay que estar alertas, sin obsesionarnos, pero tampoco sin olvidar el objetivo de la misión que se nos ha encomendado.

—Gracias, Rafael, tus palabras me alivian y me sirven de consuelo.

—Mira, relájate y estate tranquilo. ¿Por qué no me acompañas? Así te sentirás mejor. Ven conmigo ahora. Como comprenderás, tengo que hablar con mi padre un rato y reconducirle en la buena senda. El bien ha de prevalecer.

Suspiré, ya más calmado y con lágrimas en mis pupilas me apresté a seguir los pasos de Daniel, el cual, agarrando con sus manos la silla de Fabio se dispuso a dar una vuelta con él a través del jardín, aunque lejos de la música y de las voces del festejo que se desarrollaba.

—Padre —inició la conversación mi maestro—, hagamos un pequeño recorrido por este maravilloso vergel. A ambos nos vendrá bien tomar el fresco de esta noche.

—Sí tienes razón, hijo. Tengo la cabeza un poco embotada. No puedo pensar ahora con mucha claridad. No sé lo que me ha ocurrido pero tengo una sensación extraña instalada en mi mente.

—Bueno, si me cuentas lo que te ha pasado, tal vez podamos darle una explicación a ese aturdimiento.

—¿Eh, cómo dices? La verdad es que no ha sucedido nada que al menos pueda recordar. ¿Te refieres a algo en concreto?

—Lo sabes muy bien. Tú y yo somos uña y carne. Desde que vine al mundo siempre hemos estado muy unidos, más incluso que muchos padres con sus hijos.

—Sí, es cierto. En eso tienes toda la razón. Pero ¿a qué viene eso ahora? No creo que sea el momento de hablar de filosofía cuando estamos celebrando la boda de tu hermana.

—Ya, entonces ¿puedes decirme lo que llevas oculto bajo tu inmaculada chaqueta blanca?

—¿Cómo? Caramba, no dejas de asombrarme, muchacho. Posees la imaginación de un niño pero con las palabras de un adulto saliendo de tu boca. No tengo nada, absolutamente nada.

—Pero, venga, padre. ¿A quién pretendes engañar? ¿Acaso a ti mismo? En cuanto he mencionado que tenías algo escondido, te has palpado sin saberlo la chaqueta, como queriéndote asegurar de que la botella seguía en su sitio y que no se te había caído por el césped.

—Pero, pero… ¿Cómo sabes eso? La verdad, chico, a veces me asustas.

—Venga, dámela, por favor. Como se suele decir, tengamos la fiesta en paz.

Ante la evidencia tan manifiesta, Fabio tomó la bebida guardada bajo su traje y se la entregó a mi maestro.

—Veamos, ron añejo venezolano, 38º de alcohol y elaborado con caña de azúcar. Ah, muy interesante. Bueno, depositemos esto sobre este banco del jardín. Ya la recogerá alguno de los camareros cuando la fiesta se termine. ¿Sabes una cosa? Existen ocasiones en las que tan solo se necesita de un segundo para desperdiciar el trabajo de muchos años. Sí, padre, estoy hablando de toda esa labor de sacrificio y voluntad que tanto cuesta. Por ejemplo, este fenómeno es muy habitual en el caso de las drogas, sean del tipo que sean. Mucho tiempo de abstinencia, de autocontrol, de contemplar las cosas desde otro punto de vista y de repente, lo puedes echar todo a perder en cuanto la sustancia tóxica penetra de nuevo en tu cuerpo y pudre tu mente.

—Hijo mío, tienes el cuerpo de un adolescente pero hablas como un viejo. Eres un portento de la Naturaleza. ¿De dónde has salido, chaval?

—De ti y de mi madre o ¿crees que nací de las estrellas?

—Ya, pues a veces no pareces de este mundo. Pero que conste que me alegro de tener a mi lado a alguien tan especial

como tú. Oye una cosa ¿tú no hablarás así con tus amigos o con los profesores en clase? Alguno podría considerarte un poco lunático.

—Lo sé, padre. Sin embargo, piensa que mis mejores "discursos" se producen en el ámbito familiar, ya lo sabes. De ser como tú dices ya te habrían llegado noticias sobre mis supuestas "rarezas".

—Sí, es cierto. Nunca he recibido ninguna novedad o queja sobre ti al respecto de lo que comentas.

—Mi misión está muy clara en mi mente y por si no te has enterado todavía, no me importa repetírtela. Soy tu protector, tu guardián, he de velar por ti, como cualquier buen hijo haría con un padre como tú, en unas circunstancias tan concretas como las que te afectan.

—Ya, Daniel, pero no me negarás que a veces provocas desconcierto entre los que te rodean por tus mensajes enigmáticos.

—Sí, debes disculparme pero aunque a veces no me entiendas del todo, lo que deseo de corazón es que me hagas caso. En tu situación, mi objetivo siempre ha sido el mismo, animarte, demostrarte tu valía, alentarte para que llevaras una vida digna, tan alejada de los remordimientos y de un pasado turbio como esperanzada en un futuro pleno de oportunidades.

—Sí, se ve que tu madre te ha informado durante estos años de mi anterior conducta.

—Claro, padre, una buena esposa siempre anhela lo mejor para su familia. Además, piensa que con ella tengo una ventaja, pues la conozco nueve meses antes que a ti. Por cierto, hablemos de esta noche de regocijo pero también de riesgos. ¿Qué pretendías hacer con esa botella?

—¿Tú qué crees? No sé ni lo que me ha pasado, de verdad. Me siento confuso, no te miento. De pronto, en mitad del festejo estaba conversando con los invitados pero lo cierto es que no estaba en la charla. Fue como meterme en mí mismo

y aislarme. Empecé a cavilar dando vueltas y más vueltas a mi cabeza y me convencí de que tomando una copa me animaría más.

—¡Pero tú ya estabas alegre por el casamiento de Adriana!

—Sí, pero empecé a pensar que no era suficiente, que hoy era una fecha especial, que por qué no mostrarme más contento, que con probar tan solo un trago mi alegría resultaría ya completa. Después de todo, ya nada más que me resta una boda más, es decir, la tuya, cuando corresponda.

—Claro, pero ya te dije antes que al bajar la guardia el enemigo puede aprovecharse de ello para destruirte. Hay aspectos con los que no debes transigir. Los consejos de los médicos cuando sufriste el accidente y todos los desvelos de mi madre y de mi hermana para que te mantuvieras lejos de la bebida hubieran quedado destrozados al más mínimo sorbo de ese ron. ¿Crees que me lo invento? Las ciencias están ahí para algo y estamos hablando de un tema muy delicado, padre. Espero que lo ocurrido esta noche te sirva de advertencia. Has de permanecer tranquilo pero vigilante, mas no te agobies. Yo velaré por ti para que esos pensamientos no ronden por tu cabeza.

—Sí, es cierto. Te lo agradezco. El ser humano es débil por naturaleza. Fíjate en mí, sin ir más lejos.

—Ahora ya lo sabes, no puedes abandonarte al curso de tus pensamientos. Existen límites que no conviene traspasar. Mira, te haré una pregunta que te invitará a reflexionar y debes perdonarme si te parezco brusco, pero la considero necesaria en este instante de la conversación. ¿De verdad te gustaría volver a los viejos tiempos? ¿Ya no te acuerdas cuando llegabas borracho a casa y la emprendías a golpes con mamá o con mi hermanita? ¿Ya has olvidado que el trabajo y la ingesta de alcohol son como el agua y el fuego, o sea, absolutamente incompatibles? ¿Has perdido la memoria de cómo cualquier droga puede sacar los peores instintos que llevas dentro porque ya no eres dueño de tus actos?

—Sí, sí, vale, no te cebes conmigo. Me haces sentir fatal. No es mi intención volver a esa página de mi ayer. ¡Malditas sean mis piernas! ¡Si pudiera volver a andar y ser una persona normal! No creas que resulta sencillo, hijo, vivir atado a esta silla y depender de otros para todo. Aunque esté trabajando y por tanto me alegre de sentirme útil, a veces, cuando me acuesto, reniego de aquel aciago día en que bebí, en el que me ofusqué por una absurda discusión y por el que me quedé como estoy, sin ningún tipo de dignidad.

—Escúchame, padre. Un hombre que puede pensar jamás pierde su valía, porque su espíritu vive y trabaja por mejorar. Es cuestión de voluntad o mejor dicho, de una férrea disciplina. En cuanto a la dignidad, esta jamás se abandona porque todos somos criaturas de Dios y el Creador provee a sus hijos de esa dignidad de la que tú hablas. Harás bien en dejar de mencionar cualquier expresión que se refiera a las penas y a las maldiciones. Piensa en que te han ofrecido una gran oportunidad de redimirte. Tu esposa y tu hija y por supuesto la dueña de esta gran casa, contribuyen a ese plan y yo estoy aquí también para colaborar con ese propósito. Ya ves, somos muchos los que estamos pendientes de ti para rescatarte de un turbio pasado. Tú solo debes limitarte a responder bien a esa confianza que los más íntimos hemos depositado en ti. ¿Qué te parece?

—Si no fueras porque eres mi hijo y porque llevo años escuchándote hablar con similares palabras en tus diálogos conmigo, te hubiera mandado directamente al infierno o tal vez diría que estás loco o que soy yo el chiflado al oírte. Insisto en lo de antes; no sé qué tienes por dentro ni cómo puedes charlar de esa forma pero reconozco que todavía no he percibido de ti ningún mensaje falso o errado, aunque ahora que lo recuerdo existe una excepción.

—Ah, ¿sí? Pues dime ¿cuál es esa excepción?

—Ya la conoces —expresó Fabio mientras miraba fijamente a los ojos de mi maestro—. Cuando eras solo un

crío, ya dabas muestras de una extraña sabiduría que nos dejaba a todos boquiabiertos. No sé si fue la fantasía de la mente de un niño, pero recuerdo a la perfección aquella escena como si se estuviera produciendo ahora, tu promesa de que algún día yo volvería a caminar. Los médicos siempre dijeron que las posibilidades de hacerlo eran muy remotas pero jamás cerraron la puerta a lo que realmente constituiría un verdadero milagro. De todas formas, el paso de los años y el que nada haya cambiado en todo ese período han hecho desaparecer todas las esperanzas de mi cabeza.

—Sí, padre, ese asunto no está olvidado ni mucho menos pero tus tiempos no son mis tiempos. Hay que ir paso a paso, poco a poco.

—Entonces… ¿confirmas mis vagas ilusiones? Yo ya soy un cuarentón y tú tienes catorce años. ¿Quieres decirme con tu proverbial sapiencia si debo esperar aún mucho más?

—La luz está cerca, padre, aunque los designios de Dios solo son conocidos por Él. Yo no me preocuparía en exceso de la cuestión ni me obsesionaría con ello. Debes mantener el nivel que has mostrado en esta última fase contribuyendo con tu actitud a la armonía familiar, haciendo bien tu trabajo en "Los Cafetales" y creyendo con fe en tus posibilidades como persona. ¿Te parece poco el desafío? Lo otro vendrá por añadidura pero insisto: solo el que todo lo conoce sabe el momento. Te diré algo: los milagros existen, no tengas dudas, pero ignoramos el instante exacto en el que se producen. Estos suceden en el momento exacto, ni antes ni después sino cuando conviene al sujeto. Padre, sigue tu camino y aprende la lección recibida esta noche, donde la alegría por el matrimonio de Adriana y la tragedia por tu falta de vigilancia frente al alcohol han estado a punto de cruzarse. Si dejas tu mente a merced de las malas influencias estas se apoderarán de ti y estropearán toda la labor que estás llevando a cabo. La próxima vez que te encierres en ti mismo y albergues la menor duda acerca de

volver a beber, llámame rápido que yo te haré compañía. Te lo repito: años de arduo trabajo pueden dilapidarse por segundos en los que no se presta la debida atención. El pensamiento es un arma que te pude conducir al cielo o a la cueva más oscura. Somos libres de filtrar lo que pasa por nuestra mente.

—Caramba, por más que reflexiono, esto parece un diálogo entre locos. Todo un adulto como yo absorto por las palabras de un muchacho. Menos mal que no hay testigos. De ser así, pensarían que ambos estamos para ser encerrados en un manicomio. A ti por hablar como un gurú de esos que salen en las revistas y a mí por escucharte como si fuera en verdad tu hijo y no al revés. Y sin embargo, te confesaré una cosa que va más allá de lo racional.

—¿Puede saberse de qué se trata, padre?

—Bueno, es muy sencillo, pero no me refiero a pensar sino a sentir. Tus discursos amansan mi alma, me dan fuerzas para sobrevivir aunque me encuentre sostenido al suelo por estas ruedas y no por mis propias piernas. Quiero que sepas algo: no dejes nunca de hablar conmigo, Daniel. Tu compañía sí que se ha transformado en un auténtico prodigio para mí. Procura no alejarte de mi existencia, ni siquiera cuando ya seas mayor. La gente débil como yo precisa a su lado de individuos fuertes como tú para no caer en la desesperación y en la apatía. Te lo voy a decir claro porque ya tienes una edad para comprender. A veces, me pongo a cavilar y dadas las circunstancias en las que fuiste concebido, no acabo de explicarme cómo has llegado a desarrollar ese carácter tan extraordinario que posees y cómo empleas esas palabras tan consoladoras conmigo, alguien que en cuanto se enteró de que venías al mundo tan solo acertó a maldecirte porque eras una carga añadida a mi situación. Hay que ver cómo cambian las circunstancias. En fin, creo que no puedo ser más sincero…

—Ay, padre, debe haber sido la voluntad de Dios… Cuenta conmigo en todos los sentidos, te lo prometo.

Y así terminó aquella envolvente charla entre almas de la que fui testigo privilegiado. Fabio necesitaba más que nunca de ese discurso, para que viera cómo el camino positivo que había recorrido en su más reciente etapa vital podía interrumpirse con brusquedad si retornaba a sus antiguos vicios del pasado. Para mí, resultó una experiencia digna de júbilo pues me hizo olvidar el incidente que había protagonizado con ese "luchador" o lo que fuera y que en forma de sombra me había perturbado hasta el extremo de hacerme llorar. Ahora, sonreía de nuevo y daba gracias al Creador, pues a través de las manos y de la boca de mi admirado Rafael, el espíritu de la alegría había penetrado de nuevo en lo más hondo de mí, aportándome la suficiente energía como para seguir adelante en mi misión de aprendizaje.

CAPÍTULO 24

LA GRAN EXCURSIÓN

Y mi maestro cumplió los 16 años. Todo iba a buen ritmo y conforme a lo previsto en la familia Souza. Fabio continuaba con sus progresos, Marcia con su trabajo reconfortante, Adriana felizmente casada con el profesor Silvio y Daniel a lo suyo, es decir, a continuar esparciendo semillas de esperanza entre los suyos, especialmente con su padre, objeto principal de su misión. Y cómo no, doña Alfonsina, que cada vez se asemejaba más al ángel guardián de toda aquella parentela a la que había dado trabajo pero sobre todo, un motivo de ilusión para existir desde una más alentadora perspectiva. Para celebrar el aniversario del benjamín de la casa, se proyectó una excursión campestre para el fin de semana.

De este modo, el domingo y en el coche de Silvio, se desplazaron los cinco miembros de aquella familia, la cual había estado al borde de la destrucción y que sin embargo, había fortalecido sus lazos inmortales a partir de la brutal experiencia a la que se había enfrentado nuestro protagonista con su violento accidente.

Tras más de una hora de conducción, llegaron al punto de destino. Se trataba de un lugar apacible junto a un río que atravesaba aquella parte de una zona boscosa y que con sus aguas alimentaba la frondosidad de aquel idílico paraje donde abundaban la vegetación y los árboles. Al poco y tras

organizarse, se desplegó una mesa donde se colocarían las viandas y las bebidas para celebrar una emotiva comida que sirviera de homenaje a Daniel, cuyo cumpleaños había sido justamente el día anterior.

Tras las risas y la buena conversación en torno a la mesa, los cinco llevaron a cabo un relajado almuerzo con los alimentos preparados con amor por las dos mujeres del grupo. Al poco de acabar, Marcia, Adriana y Silvio se decidieron por realizar una pequeña excursión por uno de los bellos senderos de los alrededores, paralelo al curso del río. Dada la temperatura agradable de aquel día, el paseo constituía un magnífico espectáculo para la vista así como una agradable sensación para la piel, al notarse el frescor de las aguas que discurrían suavemente y entre breves murmullos.

Mientras tanto, Daniel se quedó junto a su padre y como ya venía preparado, resolvió darse un baño en un meandro del río que mostraba algo más de profundidad. Mi maestro situó a su progenitor junto a la orilla para que aprovechara también la frescura y pudiera contemplar cerca el flujo de la corriente.

—¡Ay, Dios mío! —exclamó Fabio—. Si yo pudiera bañarme como cualquier persona normal. ¡Cuánto me gustaría disfrutar de esa sensación de sentirte mojado! Si estas piernas me lo permitieran…

—Venga, padre, no empecemos con los lamentos. Estas piernas de las que hablas han cumplido su función primordial —afirmó Daniel mientras se las tocaba con sus manos—. Tienes que mirar siempre el lado positivo de las cosas y no quedarte en lo superficial. Si estás buscando un tesoro en el sitio exacto tendrás que cavar lo suficiente hasta descubrirlo o ¿te vas a rendir cuando remuevas un poco la tierra y no halles nada?

—Bueno… ya empieza el muchacho con sus juegos de palabras filosóficas…

—No, padre. Hoy no pretendo recitarte ningún discurso. Estaba pensando en que me va a encantar tirarme desde esas

rocas y darme un chapuzón. Es la hora ideal para remojarse el cuerpo. Mira, si lo ves bien, dentro de un rato y cuando me seque con la toalla, te dejaré que te humedezcas el rostro con estas aguas tan limpias, tan claras…

Ubicado solo a unos metros de aquellas dos figuras humanas, me alegré mucho al ver las risas de Fabio viendo saltar a su hijo desde las peñas y sumergirse para efectuar unas brazadas, volver a salir y repetir todo aquel divertido ritual.

—¡Eh, mira, padre! Voy a intentar saltar desde aquella posición más elevada para que me observes justo desde enfrente de donde estás sentado. Así verás mi depurada técnica.

—Muy bien. Ten cuidado, chaval. Diviértete porque esto no lo puedes hacer todos los días.

Mi maestro tomó un renovado impulso y efectuó un espectacular salto sumergiéndose recto como si hubiera utilizado un imaginario trampolín. Transcurrieron unos treinta segundos y tanto su progenitor como yo pensábamos que Daniel estaba bromeando al tardar tanto en nadar hacia la superficie. Fabio se fijó bien en la zona del río donde se había lanzado Rafael y de pronto, el corazón comenzó a latirle con inusitada fuerza. Un claro rastro de sangre empezó a aparecer en aquella zona que justo allí formaba una especie de círculo donde las aguas permanecían mansas. De repente, yo mismo me llevé la mayor sorpresa de todos los años que había permanecido en la dimensión terrenal. Un fogonazo de color blanco intenso estalló ante mi vista. Fabio lo vio también porque rápidamente se tapó los ojos con sus manos. De modo instintivo gritó: ¡nooooo…!

A continuación, sintió como un fuerte crujido en su espalda, se puso de pie y se tiró con ímpetu al agua para tratar de rescatar a su hijo de las profundidades. Todo ocurrió tan deprisa que no tuvo tiempo ni de pensar cómo le había sucedido aquel hecho increíble, cómo se le había aparecido esa luz misteriosa y desconocida y cómo, por sorpresa, sus

piernas habían recobrado su original impulso. A duras penas buscó dentro del agua hasta que observó la silueta del cuerpo de su hijo, el cual yacía inconsciente en el fondo del río. Una gran cantidad de sangre brotaba de su cabeza. La herida era bastante profunda. El impacto con una de las rocas del fondo al saltar había sido lo suficientemente duro como para causarle un fuerte traumatismo y hacer que Daniel perdiera el conocimiento.

Haciendo un esfuerzo titánico, agarró el cuerpo de su hijo y pudo depositarlo sobre la orilla. Durante unos minutos le practicó la respiración artificial e incluso un masaje cardíaco. Todos sus intentos por reanimarle resultaron infructuosos. Estaba claro que había perecido ahogado. Fue entonces cuando me di cuenta de que la hora de mi maestro había llegado. Con 16 años recién cumplidos, su ciclo dentro de un organismo de carne y huesos había tocado a su fin.

La escena era dantesca. Fabio, arrodillado sobre el cuerpo inerte de su hijo, lloraba desconsoladamente en un decorado que hubiera impresionado incluso al ser más indiferente. Sin saber qué hacer, se quedó junto al cadáver que había habitado mi admirado Rafael vertiendo lágrimas y más lágrimas mientras susurraba repetidamente una sola frase: "¿Por qué, Dios mío, por qué?".

Al poco, ignorantes de lo acontecido, llegaron Marcia, Adriana y Silvio en actitud alegre y relajada tras su paseo por el bosque. Confieso que aunque yo era un espíritu que sabía de la inmortalidad del alma y que lo que veía allí no era más que el resto de un vehículo orgánico, me sumé sin darme cuenta al drama de aquella familia, golpeada por lo que ellos consideraban una tragedia de dimensiones colosales. Sollocé con ellos como un crío lo hace cuando resulta abandonado por su madre. Fue tanta la emoción que les embargó que tuvo que pasar un buen rato para que los presentes cayeran en la cuenta de que las piernas de Fabio habían sido sanadas. La predicción

que de niño había efectuado Daniel acerca de la curación de nuestro protagonista cuando este observara una luz se había cumplido a la perfección. Pero esa tarde, desde luego, no era el momento para hablar de ese lance milagroso. La pérdida del pequeño de la casa para sus padres, de su querido hermanito para Adriana y de su joven cuñado para el bueno de Silvio, resultó para esas criaturas como un vendaval de fuego que les consumía el rostro.

No hace falta que os proporcione excesivos detalles del funeral que resultó el viaje de vuelta. Yo no hacía más que mirar a mi alrededor para localizar a Rafael pero no hallé ni rastro de él. ¿Dónde estaría? En esos momentos críticos necesitaba explicaciones, mucho consuelo, porque empaticé tanto con esos seres que no entendían nada de lo que les estaba pasando, que yo me sentía como uno más de ellos, como si fuera otra criatura de carne y hueso que sabe que ha perdido a un hermano muy cercano. Veía en sus ojos reflejada la sombra de una frase brutal que se repetía hasta la saciedad: "ahora que todo había mejorado, sucede esta tragedia".

Lo cierto es que había vivido tan de cerca ese ambiente familiar, me había implicado con tanta intensidad en su discurrir, en sus pensamientos, en sus diálogos y hasta en su aliento, que su dolor fue mío, como si de pronto hubiera dejado de ser lo que era, un espíritu en misión de servicio. Tenía que centrarme, propinarme a mí mismo un golpe de racionalidad en mi frente y comprender lo que había acontecido. Sin duda, mi maestro debía saber de la crónica de aquel día marcado en el calendario, pero la verdad es que no me había comentado nada de ese trascendental lance, tal vez por mi bien o quizá porque existen aspectos que es mejor no conocer por anticipado.

Participé toda la noche del velatorio de Daniel. Colas de personas se acumulaban en respetuoso silencio para dar el pésame a los Souza, aunque los comentarios acerca del milagroso suceso por la curación repentina de Fabio no pudieron evi-

tarse. Por un lado, aparecía el sufrimiento por la visión de un cuerpo exánime en la lozanía de la vida. Por otro, todos los asistentes se hacían eco del increíble hecho que suponía el que un hombre que llevaba años y años postrado en una silla de ruedas hubiera recuperado por sorpresa su movilidad. Incluso algunos empezaron a deslizar la idea de que la muerte del chico estaba vinculada enigmáticamente con la sanación de su padre. También se habló en abundancia de los enormes sacrificios realizados por el muchacho para que su progenitor recobrase ánimos y algún día pudiera rescatar la esperanza de andar de nuevo.

En medio de aquella triste madrugada y como suele suceder en episodios de este tipo, emergió la figura elevada y consoladora de un alma que no tenía límites en su capacidad de compasión para con los demás: doña Alfonsina. Su silueta resplandeciente en lo moral destacaba sobremanera entre todo esa aglomeración de personas arremolinadas en torno a aquella casita donde muchos todavía no alcanzaban a entender cómo una mujer de tan distinguida clase social había acudido a velar el cadáver de un chaval de un estrato "inferior". ¿Quién mejor que ella para aliviar las penas del momento? ¿Quién mejor que esa madre, que había perdido a su única hija en la misma flor de la juventud?

—Mucha fuerza, mi querida familia —afirmó con dulzura la noble señora—. Orad por él, pues en estos casos siempre viene bien el recuerdo alegre de su paso por este triste mundo, una tierra en la que este tipo de golpes tan duros nos pone a prueba, pero no para que maldigamos el destino sino para que saquemos lo mejor que tenemos dentro y podamos sobreponernos a las adversidades.

—¡Ay, doña Alfonsina, qué tremenda desolación! —expresó con llanto Marcia—. Usted que tanto pasó con la marcha de su Ana… Dígame, ¿cómo se sale de esta? ¿Qué ilusión queda para una madre tras perder a su hijo y a esta edad?

—La hay, mi buena Marcia, la hay. Su recuerdo imborrable te ayudará a enjugar tus lágrimas y a seguir sobreviviendo, aunque desde otra perspectiva. Pero todo depende de ti. Muchos se hunden, otros se secan por dentro y se convierten en flor mustia. Pero los hay que extraen la cabeza del agua y continúan respirando, orientando sus días para el bien; hasta agradecen a Dios que aunque solo fuera por unos cortos años, tuvieron el enorme privilegio de traer al mundo a criaturas como esta con la que hemos comido, reído o simplemente hablado. Y pensar que fue él, el que siendo tan solo un inocente crío me reveló con toda naturalidad la presencia de mi Ana por casa, pero no como la fantasía de un niño que se inventa cosas para llamar la atención sino con la precisión de unos datos que solo yo y mi hija compartíamos en la más silenciosa intimidad. Él, que tanto vio en las profundidades de las almas, nos ha dejado hoy con dolor, pero con la dicha de que por donde anduvo sembró el bien. Los designios de Dios resultan a veces misteriosos, pero esta noche me confieso como la criatura más inculta. Ignoro los motivos por los que Daniel se nos ha ido, pero admito que debe existir una razón poderosa para ello que solo el Creador conoce.

—¿Acaso no nos anticipó él su propia muerte? —preguntó afirmativamente Adriana—. Todavía guardo el recuerdo fresco de la fiesta de uno de mis cumpleaños. Fue en aquel instante cuando predijo que con mi edad él ya no estaría entre nosotros, que habría viajado lejos. Esa tarde yo cumplí los diecinueve, luego sus palabras bien fueron un anticipo de lo que estaba por venir. ¡Ay, papá, di algo! Desde que Daniel tuvo uso de razón fue contigo con el que más tiempo pasó junto. Era tu sombra, tu consejero, tu cuidador, un auténtico ángel de la guarda.

—¿Qué puedo decir? —expuso Fabio mirando fijamente hacia el suelo—. Me resulta imposible traducir al lenguaje lo que siento. No hay consuelo a esta pérdida. Y encima he tenido que ser testigo directo de esta desdicha. Yo que tanto

he hecho sufrir a los que me rodeaban y ahora el destino me ha devuelto en un solo mazazo todo el dolor que he ocasionado. No sé si podré recuperarme de esta catástrofe. Os lo prometo: aunque hablé multitud de veces con él, ahora me maldigo. ¡Cómo desearía cambiar ahora mis andares por su sonrisa, por sus dulces palabras, por sus sabios consejos! Fue mi propio hijo el que me confirmó en varias oportunidades que cuando yo viera la luz recobraría mis piernas para valerme por mí mismo. Y eso es lo que ha pasado. No estoy delirando, creedme, vosotras estabais presentes cuando lo vaticinó. Os lo juro por su nombre. He permanecido todas estas horas mudo, impactado por su desaparición pero os aseguro que cuando de repente vi su sangre esparcirse por las aguas del río, justo en ese momento, una especie de resplandor estalló ante mis ojos. Era como una puerta absolutamente blanca, radiante de luz, como si fuera la entrada al mismísimo cielo. Yo estaba sentado en mi silla a la vera del río e instintivamente, ignorando que llevaba años paralítico, me puse de pie y me lancé al agua y entonces descubrí lo inimaginable.

»Mi hijo no era de este mundo. ¿Quién hay por ahí que pueda ir anticipando con tanta exactitud lo que va a ocurrir, incluso el milagro de mis piernas? Este chico estaba aquí pero no permanecía acá, sino que se situaba en otra dimensión a la vez. ¡Ay, Daniel! ¿Por qué te has ido? Ahora que un nuevo horizonte se habría abierto ante nosotros… Hubiera preferido ahogarme yo, inválido como estaba y que solo constituía un pesado fardo para mi familia, antes que tú que tenías toda la vida por delante. Al igual que hiciste con los de tu sangre, sé que habrías esparcido la felicidad entre todos los que te hubieran conocido en el futuro. Resulta todo tan injusto… ¿Acaso no hubiera sido preferible que yo, cerca de los cincuenta, hubiera desaparecido en vez de esta criatura inocente plena de amor que lo único que hacía era consolar y animar a un triste engendro como yo? Él, con sus consejos, me abrió la puerta a

otra forma de encarar mi existencia, a otra visión de las cosas, incluso de mi enfermedad.

»¡Ay, Adriana! ¡Hasta el día de tu boda, tu hermano me salvó el pellejo! Por si no lo sabías, también en esa ocasión se comportó como un ángel para mí. Aquella noche me sentía confuso, fui débil y oculté en mis ropas una botella entera de ron que pretendía beberme por completo en la soledad de aquel jardín. ¿Conoces lo que ello hubiera supuesto? ¿Entiendes lo que hubiera sido recaer en el vicio de la bebida y para más colmo en la jornada más feliz de tu vida? Y entonces apareció él, como siempre de forma proverbial, conversando como un viejo sabio pero con su sonrisa de adolescente y me habló con claridad acerca de que podía arruinar en un instante el trabajo de un montón de años… y de ese modo comprendí mi fragilidad, la locura de lo que tenía en mente hacer y le entregué el ron y le hablé de mis miedos más profundos a un chico ¡de solo catorce años!

»Él me elevó con sus frases y me dio fuerzas para no volver a los errores del pasado y ahora, ya veis, lloro su muerte porque su pérdida no la asimilo en mi cabeza, porque todavía no me la puedo creer, porque mi alma se rebela ante el mayor golpe que el destino me ha propinado. Si no hubiera sido por él ¿qué habría sido de mí? ¿Qué habría sido de todos nosotros? ¿Qué habría sido de usted, doña Alfonsina? Yo contemplé su cara de madre aquella tarde cuando amargado, ni siquiera quise ir a su invitación. Yo vi su rostro lloroso, señora, por las palabras que mi hijo le había dicho acerca de su Ana. Ahí, justo esa tarde, comencé a tomar conciencia de que Daniel era alguien muy especial. Él, con su mirada, también cambió su vida, doña Alfonsina.

—Tiene usted más razón que un santo, don Fabio —intervino con emoción la dueña de "Los Cafetales"—. Su hijo traspasó mis sentimientos. Son aún más motivos para agradecerle a Dios el que hayamos tenido la ocasión de conocer

a este joven tan singular. No es fácil encontrar en el mundo a este tipo de seres tan maravillosos que vienen a este planeta con misiones muy concretas y que una vez que las cumplen… se despiden de nosotros sin hacer ruido… con un hasta pronto…

—Dios lo quiera, señora —agregó Marcia—. Ojalá haya sido por eso.

CAPÍTULO 25

DESPEDIDA Y NUEVA MISIÓN

Al día siguiente, varias paletadas de tierra fueron arrojadas por los más íntimos sobre el ataúd de Daniel, lo que atrajo de nuevo las lágrimas a los ojos de los presentes. Los unos trataban de consolar a los otros, tal era el desgarro interno que aquel suceso había producido en ellos, pero ahora se hallaban más unidos que nunca, quizá porque intuían que solo juntos podrían superar el trauma de la desaparición física de la persona que tanto había contribuido a fundir sus rumbos.

Al contemplar los gestos dramáticos de aquellos seres que habían constituido mi familia durante más de dieciséis años, rodeando sus hombros con sus brazos como una piña, experimenté un sentimiento contradictorio. Por un lado, pensé en la pena que significaba que aquellas criaturas no supieran con exactitud que la vida seguía sin detenerse, como los brotes que surgen a finales del invierno y se consolidan en primavera tras los rigores del frío. Sin embargo y por otra parte, reflexioné acerca de que Rafael había sido ante todo un aglutinador, un ser que con su sola presencia, con su mirada, con su mímica, había cosido lo que estaba a punto de rasgarse por ese cáncer que corroe a los habitantes de los mundos menos adelantados: el egoísmo.

Absorto por completo en mis reflexiones, escuché de pronto una cálida voz a mis espaldas:

—"Polvo eres y en polvo te convertirás"…

—¡Maestro, maestro!… —acerté a verbalizar entre sollozos.

Corrí hacia su figura y le abracé con todas mis fuerzas.

—Pero, pero… ¿dónde estabas? Te busqué entre las aguas del río, en el bosque, en el camino de vuelta, por toda la casa y hasta en el cementerio. De verdad que me sentía desesperado sin tu presencia. Creí que nunca más te vería.

—No seas tan inocente, mi buen discípulo. ¿De verdad pensabas que iba a marcharme sin recogerte, después de todas las aventuras que hemos pasado juntos? Hay que completar siempre los trabajos, Manuel. Viniste acompañándome y ahora regresaremos a "Nueva Europa" cogidos de la mano, como la ocasión lo merece. ¿Dónde oíste que un buen maestro dejara en la estacada a su alumno? El vínculo que se ha formado entre nosotros perdurará en la noche infinita. Recuerda que todos somos hijos del mismo Padre.

—Lo siento, Rafael. Mi falta de fe me nubló la vista y me convirtió en una criatura débil y ansiosa, tan cercana a estos hermanos sufridores de carne que por momentos creí que la sangre corría por mis venas a borbotones.

—Tranquilo, amigo. Has actuado bien por la nobleza de tus sentimientos, por tu extrema compasión para los que han sido durante todo esta etapa tu familia. Tras desligarnos del vehículo corporal, hasta los espíritus como nosotros precisamos de un tiempo para superar el "shock" de la turbación. Pero este período es más breve cuanto más creces, pues es la justa recompensa a una menor ignorancia del sentido de la vida y la respuesta a la ética instaurada en tus adentros. Como constituimos una red de apoyo, dos hermanos me asistieron para adaptarme a mi nueva coyuntura. Ya se han ido, han cumplido su función. Como ves, nada queda abandonado al azar en ese Reino celestial de Jesús al que todos pertenecemos.

—Es cierto, Rafael. Todo pues bajo control.

—Sí, querido hermano. Afortunadamente, somos algo más que polvo. ¿No lo crees así?

—Sí, maestro. Ahora que todo ha pasado, parece que todos estos años han transcurrido en un santiamén. Parece que fue ayer cuando los hermanos "constructores" te introdujeron en el vientre de Marcia.

—Por supuesto, la percepción del paso del tiempo constituye un fenómeno muy particular que varía mucho de una dimensión a otra y que depende de cada alma.

—Sinceramente, siento pesar por ellos al verles tan acongojados. Si supieran que tú estás aquí, asistiendo al entierro de tus restos, si pudieran conocer lo que hay tras el túmulo…

—Tranquilo, mi buen alumno, todo está previsto. Para ello, tendrás que prestar un último servicio a nuestra maravillosa causa. Constituirá el gran colofón a nuestra misión de rescate.

—Estoy a tu completa disposición. Haría lo que fuera porque las sonrisas retornaran a sus caras, como ocurrió cuando celebraron el almuerzo en la última excursión a la que asistimos…

—Perfecto, Manuel. Entonces, escúchame. Voy a darte las instrucciones oportunas para acometer nuestro plan.

Las jornadas pasaron y tras unos días necesarios para recapacitar sobre la nueva coyuntura surgida tras la desaparición del cuerpo de mi maestro, todos volvieron a sus trabajos. En aquella mañana soleada, de azul intenso y atmósfera acogedora, doña Alfonsina sintió en sus adentros la necesidad de registrar uno de los cajones que había en un mueble del gran salón de su residencia. Sin saber por qué, se le vino a la mente la idea de observar las fotos y otros objetos que conservaba de su fallecida hija Ana. Sin que ella se diera cuenta y cumpliendo las explicaciones que me había indicado Rafael, manipulé con mis manos su nuca durante unos segundos. Rápidamente, me dirigí a la estancia contigua, donde Marcia estaba limpiando una de las habitaciones y realicé sobre ella la misma operación.

Cuando la dueña de "Los Cafetales" se giró con la intención de sentarse y examinar sus recuerdos con más calma, las imágenes y los papeles que tenía entre sus dedos se le cayeron al suelo. Justo enfrente de su rostro y a unos cinco metros de distancia, las siluetas perfectamente reconocibles de Daniel y de Ana se aparecieron ante sus ojos. La mujer, sorprendida, tan solo acertó a gritar "Marcia" por lo que esta, creyendo que algo malo le sucedía a la señora acudió rauda al gran salón. Cuando la esposa de Fabio contempló también con nitidez las mismas figuras de mi maestro con la forma de su hijo adolescente y de la joven hija de doña Alfonsina tal y como se apreciaba en el gran cuadro del vestíbulo, las dos mujeres se abrazaron en gesto instintivo y se arrodillaron en el suelo llorando, sin poder dar crédito a lo que sus pupilas humedecidas estaban observando. Fue entonces cuando la cálida voz de Daniel se dejó escuchar en el interior de sus oídos.

"Dulces hermanas, benditas seáis. No tengáis temor. Vinimos al plano que habitáis con misiones diferentes pero guiados siempre por el mismo fin de amor que Dios quiere para todas sus criaturas. Mi objetivo era muy claro: rescatar a un ser como Fabio que llevaba demasiado tiempo estancado en sus propias miserias. Nosotros, como cumplidores de las leyes del Creador, anhelamos disolver el sufrimiento de las personas que se atormentan con sus pensamientos y sus actos. Una vez completada nuestra meta, hemos de seguir trabajando en nuestra dimensión, lugar al que también vosotras viajaréis cuando llegue el momento preciso. Habéis de saber que todos somos inmortales y que la muerte que a menudo presenciáis y que tanto dolor os causa, es tan solo un paso que anuncia un nuevo despertar. Mujeres, ahora y por este testimonio, ya tenéis esa certeza. Por vuestra distinción, por vuestra entrega, os habéis hecho acreedoras de conocer esa verdad con vuestros propios ojos".

"Madre —tomó la palabra el espíritu de Ana—, no has de preocuparte. Continúa con tu senda como hasta ahora porque

los cielos te bendicen. No te inquietes, te aseguro que cuando llegue tu turno vendré a recibirte pues grandes son tus méritos. Me despido de ti, pero quiero que sepas que yo siempre estaré contigo".

"Hermanas, —finalizó aquel breve discurso mi maestro—. Dad testimonio de esto a vuestros seres queridos, porque no ha de ocultarse la luz sino que ha de mostrarse abriendo de par en par las ventanas de vuestra morada para que penetre e ilumine las conciencias. Que Dios os bendiga".

Ambos espíritus extendieron sus brazos en señal de profunda amistad y tras sonreír a las dos mujeres, sus siluetas blanquecinas se difuminaron hasta desaparecer.

No pasó ni un minuto, cuando Marcia corrió a la desesperada bajando a grandes saltos las amplias escaleras de la mansión. Atravesó a toda velocidad el ancho jardín como si huyera de un peligro cierto, mas ella no escapaba de nada, sino que simplemente pretendía compartir desde su alma la impactante experiencia que había vivido junto a doña Alfonsina. Al acercarse al punto donde se hallaba su marido, no pudo evitar gritar:

—¡Fabio, Fabio! —exclamó ella mientras se arrodillaba ante la figura de su esposo juntando sus manos y mirando al cielo—. Tu hijo vive y está entre nosotros…

Esa misma tarde, mi maestro y yo nos reunimos con dos espíritus más, los cuales venían con la intención de acompañarnos a la ciudad de "Nueva Europa", colonia espiritual asociada al planeta Tierra y de donde partimos tanto Rafael como yo hacía algo más de dieciséis años. Cumplida nuestra estancia, aunque de diferente forma, entre las densas vibraciones del mundo material, había llegado el sublime instante de iniciar el viaje de vuelta. Nuestra misión estaba finalizada, aunque emplear esta expresión en términos de evolución no es del todo correcto, pues el camino del progreso resulta infinito y sabemos que cuanto más nos aproximamos a

la luz divina más trabajos y responsabilidades se nos atribuyen. Pero por lo que se ve, las sorpresas no habían terminado aún.

A la mañana siguiente y en la misma sala donde nos habíamos reunido hacía años, justo antes de descender a ese complicado plano físico que domina vuestro ambiente, tanto mi maestro como Helga, la dirigente espiritual de aquella maravillosa ciudad, me convocaron a una reunión. Sin tiempo todavía para olvidar la tremenda impresión provocada por el conjunto de experiencias vividas en la Tierra, supuse que querrían evaluarme y hacerme una serie de observaciones sobre el resultado de mi trabajo. Rafael se excusó con una sonrisa y comentó que hablaría poco pues ya todo estaba dicho, por lo que cedió el turno de la palabra a Helga.

—En fin, querido amigo, examinado tu expediente así como tu conducta observada a lo largo de esta última etapa, no hay mucho más que añadir. He estado hablando con tu tutor, aquí presente, de lo sucedido en la misión y estamos muy contentos con tus progresos. Puedes sentirte satisfecho con lo realizado. ¡Felicidades, Manuel! Pero como la vida no admite pausas, tengo que decirte que hemos pensado precisamente en ti para un nuevo cometido. Ahora que has aprendido tanto, que has experimentado el reto de convivir con una familia de carne y hueso en la esfera material, creemos que estás lo bastante preparado como para enfrentarte a un emocionante desafío.

»Querido amigo: como rectora de este lugar, ya sabes que el progreso de las almas no se detiene. Si nos das tu conformidad, ha llegado el tiempo de que abandones por un período más o menos amplio "Nueva Europa". Tranquilo, concluida tu meta, retornarás con nosotros. Mientras tanto, ya estás en condiciones de conocer el alcance de tu nuevo reto. En cuanto digas un "sí" con tu pensamiento, serás destinado como espíritu protector de una criatura que va a encarnar en breve en la Tierra, ese planeta al que todos nosotros permanecemos vinculados desde hace varios siglos. Veamos ¿qué te parece la idea?

—Uf, no sé ni qué decir… la verdad es que me siento abrumado, sobre todo porque no sé si estaré a la altura de las circunstancias.

—Pues claro que sí —exclamó con convicción la dirigente—. En próximas fechas te vamos a proporcionar toda la información oportuna sobre quién va a ser tu tutelada, pues su alma convivirá en esta ocasión con la envoltura correspondiente a un cuerpo femenino. Calma, Manuel, no me mires con esos ojos de sorpresa. La posibilidad de cumplir con esta función entraba dentro de lo probable y si te estamos haciendo esta propuesta es porque pensamos que ya posees el nivel adecuado para asumir este tipo de tareas. Digamos que será tu primer encargo como ángel guardián, tal y como les denominan los seres encarnados a los espíritus que velan por ellos desde la intimidad. Considera que el caso que tendrás entre manos no te resultará excesivamente complicado, aunque esta coyuntura variará mucho según cómo ella ejecute su libre albedrío. Mas por sus antecedentes, te encariñarás con rapidez de esa criatura pues ya ha recorrido parte de su camino y apunta buenas maneras para continuar avanzando. Ya sabes que el desarrollo no funciona a saltos y que todo debe ir paso a paso. Además, en caso de precisar nuestra ayuda, tan solo tendrás que elevar tu pensamiento hacia nosotros. Ten por seguro que te ampararemos de inmediato. No existen islas en el amplio panorama de la evolución. Todos nos prestamos auxilio cuando lo necesitamos.

Noté perfectamente cómo el nerviosismo me invadía, sonreía en verdad para disimular la ansiedad que me apretaba por dentro y no se me ocurrió otra acción que mirar a mi maestro a la cara buscando su aquiescencia. Él no dijo nada pero efectuó varios movimientos afirmativos con su cabeza, por lo que de repente, todos mis temores, productos de un "ataque de responsabilidad", se disiparon. Y es que su gesto significó para mí algo más que un gesto, era otra muestra de

su inmenso cariño, de un lazo de afecto que jamás olvidaría. Haber permanecido junto a él, observándole y aprendiendo de sus actuaciones durante todos esos años, había afianzado de tal manera un vínculo entre Rafael y yo que cualquier palabra o señal suya influían sobre mí de forma ilimitada. A los pocos segundos, le di a Helga un gran "sí" por respuesta a su invitación.

—Dame un abrazo, Manuel —expresó con decisión mi maestro mientras se incorporaba—. Ahora me despido de ti. Tengo que volver al sitio de donde vine. La historia continúa y todo ha de seguir su curso. Tranquilo, mi buen aprendiz, nuestra conexión nunca se perderá. No sé cuándo, pero te aseguro que volveremos a encontrarnos. Mientras tanto, guardaré de ti el mejor recuerdo. Has sido un magnífico alumno y me siento orgulloso por ello. Como ya has visto, un nuevo desafío te espera y estoy convencido de que ejercerás tu labor de protección y consejo sobre ese espíritu de la mejor forma posible. Rogaré por tu aprendizaje y no guardes la menor duda sobre que seguiré el curso de tu misión. ¡Que Dios te bendiga, querido hermano!

Cuando me estrechó con sus brazos sentí el aliento de la felicidad, como si todas mis energías se hubieran renovado por dentro. Tal es, queridos amigos, el modo en que estos seres tan adelantados se conducen por la vida, dejando por donde pasan un rastro de amor y calidez solo comparable desde la distancia al que el sublime Maestro de Galilea transmitió a sus queridos discípulos.

Os digo un adiós ahora con mis mejores deseos de evolución, esperando una nueva oportunidad de coincidir con vosotros en el futuro, envueltos en el camino de progreso al que toda alma está destinada. ¡Que así sea!

FIN

ÍNDICE

Introducción..... 7
Capítulo 1. Pinceladas espirituales..... 11
Capítulo 2. El maestro Rafael..... 23
Capítulo 3. Un oscuro pasado..... 33
Capítulo 4. La boda más triste..... 45
Capítulo 5. Instintos salvajes..... 55
Capítulo 6. Un pequeño rayo de luz..... 67
Capítulo 7. Preparativos y concepción..... 77
Capítulo 8. La anciana benefactora..... 87
Capítulo 9. El cofre misterioso..... 95
Capítulo 10. Aprendiz silencioso..... 107
Capítulo 11. Rondas nocturnas..... 113
Capítulo 12. Triángulo equilátero..... 129
Capítulo 13. De mal en peor..... 143
Capítulo 14. Secuelas..... 157
Capítulo 15. El paralítico moral..... 169
Capítulo 16. "Los cafetales"..... 183
Capítulo 17. Palabras de un niño..... 195
Capítulo 18. La invitación..... 201
Capítulo 19. Devolución de visita..... 225
Capítulo 20. Reflexiones..... 237
Capítulo 21. Cumpleaños feliz..... 245
Capítulo 22. Espíritus en la playa..... 255
Capítulo 23. Boda con aprendizaje..... 263
Capítulo 24. La gran excursión..... 279
Capítulo 25. Despedida y nueva misión..... 289